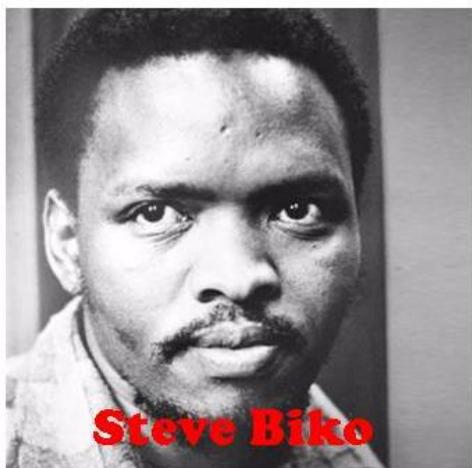


GRITA LIBERTAD



Steve Biko

JOHN BRILEY

John Briley
Grita Libertad.

Digitalizado por lety quagliaro y kamparina
para Biblioteca-irc en Junio de 2.004

Edición actual:
Biblioteca Omegalfa

Maquetación: Demófilo
Noviembre, 2018

Edición realizada para su libre difusión,
sin valor comercial ni ánimo de lucro.



Biblioteca Libre
OMEGALFA
2018
Ω

Grita libertad

John Briley

Traducción de
Francisco Martín

*A Mary y a Shaun,
que vivieron conmigo gran parte
de esta historia*

Prólogo

Una novela —como una película— tiene vida propia. En la pantalla se logra tanto con un gesto, una mirada, la manera de vestir de una persona, que sutilmente se pueden insinuar doce detalles con el simple modo en que un personaje entre en una habitación..., y no sólo proyecciones respecto al carácter de esa persona, sino también a propósito de otros personajes con arreglo a cómo ellos reaccionan ante su entrada, al ver su forma de vestir o advertir su estado de humor.

Este «realismo», en el caso de Grita libertad, puede crear (y yo creo que lo consigue) una inmediatez eléctrica y, cuando esto se compare con otros en un cine lleno, emociones muy poderosas.

Pero la novela también tiene sus ventajas, puesto que su ritmo es el ritmo del lector, y su «realidad» no depende de la interpretación, la música o la realización. Esa realidad se forja en la cabeza del lector.

Esta novela se basa en el guión de Grita libertad, que a su vez procede de dos obras de Donald Woods, Biko y Asking for trouble. No es una transcripción literal de estos libros ni del guión del film, ya que en muchas ocasiones se resuelve con arreglo a su propia vida, pero yo espero que arrastre en su andadura al lector con esas mismas emociones.

El guión de Grita libertad ofrecía un esquema a seguir por otro tipo de narradores (director, actores, editor), mientras que esta novela pretende coger de la mano al lector y decirle «sígueme» dentro de ese cinematógrafo de la imaginación —el más grande y el más minúsculo— que todos llevamos en nuestros recovecos mentales.

1

La jornada comenzaba antes de que apareciera el sol. Siempre. Si trabajaba uno en Ciudad del Cabo, el *boas* te esperaba a las siete o a las ocho. Sin excusas posibles. Había que estar allí. Y si no estabas, sobraba gente para reemplazarte.

Por eso la neblina de humo sobre las rudimentarias chozas de hojalata y madera de cajones era ya espesa cuando la inmensa mole de Table Mountain comenzó a surgir en la oscuridad del gris frío del amanecer. Aquella masa oscura se veía igual desde las blancas y tranquilas calles de Ciudad del Cabo a varias millas, que desde las sucias callejas hormigueantes de la ciudad ilegal de chabolas de negros de Crossroads.

La plomiza actividad matutina de aquella población encubría su precaria existencia. Por todas partes, en sus retorcidas y caóticas callejas, se veían viejas cepillando su dentadura en un vaso a la puerta de las chabolas, niños descalzos adormilados llenando con restos de madera el fogón de la cocina, figuras proventas femeninas removiendo gachas de maíz, quinceañeras arrojadas en telas de algodón bostezando y saliendo de alguna letrina, amorosas madres amamantando plácidamente a sus retoños, niñas encendiendo cuidadosamente lámparas de queroseno sobre la rudimentaria mesa de cocina, hombres afeitándose dificultosamente ante espejos rotos y mujeres metiendo bajo las desvencijadas camas el orinal limpio.

El único signo de la ilegalidad de aquel poblado de Crossroads era un adolescente sentado sobre la plataforma de una torre de perforación abandonada, el punto más elevado de aquel laberinto miserable. Arrojado con una manta astrosa, el jovencillo estaba recostado contra un soporte roto, cabeceando intermitentemente. Colgando de su cuello tenía un gran silbato brillante... De vez en cuando miraba con ojos adormecidos hacia la larga carretera que discurría hasta Ciudad del Cabo.

Aquel cometido de centinela formaba parte del molesto juego entablado entre el gobierno y los miserables residentes de Crossroads.

La región de El Cabo siempre había sido la más independiente, la menos sumisa de todas las zonas negras de Sudáfrica. Las ciudades portuarias siempre tienen sus lacras, y en Ciudad del Cabo éstas eran principalmente la falta de trabajo y la obligada mano de obra barata. Los negros llegaban a la ciudad forzados por motivos tan elementales como el hambre y la sed, y allí los patrones daban trabajo aunque no se contara con el debido permiso. Además, si sabían eludir a la policía durante el viaje, la familia del trabajador podía infiltrarse en la zona, construirse un chamizo en Crossroads y sobrevivir con el trabajo de otro, el suyo propio, o el de la mujer, el de la hija.

La policía medio hacía la vista gorda porque no podían echarlos a todos, dado que el *baas* tenía necesidad de ellos, y, a su vez, sabía que podía pagar menos y hacerlos trabajar más si no tenían permiso de trabajo. Por eso le interesaba que hubiera mano de obra disponible. Aunque a nadie le interesaba que aquella gente se instalara ni que pensara que tenía ningún derecho a estar allí y...

En el creciente ajeteo matinal, se abrió de pronto paso en la distancia un ruido, y el adolescente del silbato se puso alerta como si le hubiesen arrojado un cubo de agua fría. De pie, oteaba a lo lejos sobre el gris oscuro de la serpenteante carretera... Y los vio casi en el mismo instante en que comenzó a percibirse el sonido sordo y potente de los motores en la atmósfera húmeda de la mañana. Una fila de gigantes grises: «hipopótamos» del ejército, monstruos de acero capaces de transportar cincuenta soldados cruzando barricadas de piedras y hasta disparos de pistola; y tras ellos, un largo rosario de vehículos de policía con los faros apagados, aproximándose a toda velocidad al poblado de barracas, dejando tras sí una nube de polvo cada vez más visible conforme el amanecer iluminaba el cielo gris ceniza.

El silbato sonó hiriente en la atmósfera y su chillido fue repetido casi al unísono por otros doce silbatos, mientras la somnolienta población temblaba como un caballo espantado. Las mujeres cogieron a los niños y se escondieron; los hombres se abalanzaron a proteger los enseres valiosos, un reloj, una cartera, una radio; los jóvenes corrían por los caminos de tierra, saltando entre charcos, dando la alerta y animando a otros con bravatas, no sin lanzarse por encima

del hombro miradas de temor conforme aumentaba el rugido de los vehículos militares.

Sin embargo, aquel día el ataque del «Sistema» hacía inútiles todos los esfuerzos por esconderse y resguardarse. Los Land Rover de la policía irrumpieron violentamente por tres lados del poblado, con enormes lanzagranadas de gases lacrimógenos montados en la parte trasera, roncós dispositivos monstruosos, semejantes a motores a reacción primitivos, que escupían copiosas cantidades del ardiente gas lacrimógeno. Todos los Land Rover evolucionaron por las polvorientas callejas, arremetiendo contra la población y dejando tras ellos nubes de gas asfixiante.

Con la rapidez adquirida por la experiencia, muchos negros lograban taparse la boca con trapos, pero era imposible impedir que el gas irritase los ojos, y, si eso no bastaba para obligarlos a salir a descubierto, tras los Land Rover marchaba la policía protegida con máscaras antigás, irrumpiendo en las chabolas y haciendo salir a todo el mundo con látigos y porras, destrozándolo todo a su paso. Las callejas se transformaron de pronto en un caos de gente corriendo en todas direcciones, tosiendo, esquivando los latigazos, tratando de proteger a los niños, y los gritos de dolor y pánico destacaban por encima del zumbido estridente de las lanzadoras de gas, los silbatos de la policía y las órdenes en afrikaan vociferadas a través de los megáfonos.

Conforme el humo se fue disipando, la policía con perros irrumpió en el poblado. Esta vez su propósito era claro: arremetían y cargaban contra los hombres, sin titubear en aporrear a cualquier mujer díscola que se interpusiera, pero economizando su furor para los varones, jóvenes y ancianos. Ni siquiera los más ligeros de piernas tenían escape, y poco a poco todos fueron apaleados y cercados en un reducto en el que aguardaban los autobuses militares, con ventanas cegadas, para llevarse a los que por un motivo u otro desagradaban a los agresores.

Mujeres y niños, muchos de ellos llevándose todavía al rostro trapos húmedos, con ojos aún inflamados por efecto del gas lacrimógeno, contemplaban impotentes cómo la policía destrozaba sus «casas» de cajas y cartones, de cuerdas, hojalata y lona. Los *bulldozer* derriba-

ban las estructuras, aplastaban aquellos muebles grotescos, abatían los tabiques, destrozaban los hornillos, las camas, las ropas... Los niños, con ojos muy abiertos, miraban aterrados y fascinados. La mayoría de las mujeres seguía allí de pie, aferradas a sus más valiosas pertenencias, aguantando la agresión con estoica resignación. Sólo algunas gritaban desafiantes.

Al quedar al descubierto el interior de las viviendas, en muchas se vieron carteles de Nelson Mándela, algunos tenían escrito descaradamente su nombre con las iniciales ANC, en otras aparecieron retratos de Robert Sobukwe, el líder panafricano... Pero en algunas chabolas lo que se vio fue el retrato de alguien más joven. Un rostro agraciado y serio, de ojos graves penetrantes. En casi todos ellos ponía «Steve Biko», pero en algunos en gruesos caracteres debajo del nombre se leía «Conciencia negra». Los *bulldozer* pasaron una y otra vez sobre aquellos habitáculos reduciéndolos a añicos.

A unos mil trescientos kilómetros de allí, una joven despertaba en una pequeña habitación limpia. Acababa de amanecer y sólo oía los ruidos que le eran familiares. La joven estiró sus flexibles miembros y se dirigió a una mesita donde echó agua en una palangana y se despezó dejando que el agua corriera por las mejillas y el cuello. Tenía ojos almendrados, grandes, una boca sensual, pero aun en la tranquila languidez matutina su bello rostro difundía inteligencia y era espejo de un cerebro pocas veces inactivo.

Se secó con una toalla y cogió un objeto caro de su modesta estancia: una radio ultramoderna con doble antena de acero. Salvo un florero, el único adorno de la habitación era un cartel con el retrato de Steve Biko, uno exactamente igual a los destrozados en Crossroads.

Mamphela Ramphele era médica. Unos años antes Steve Biko era estudiante de medicina, igual que ella, pero Steve había pasado de la medicina a la política, la política de la condición negra en Sudáfrica. Y ahora la doctora Mamphela Ramphele era la única médica de una pequeña clínica para negros para la que Steve había logrado reunir los fondos, a pesar de haber sido «desterrado» por el gobierno sudafricano, con prohibición expresa de reunirse con más de una persona, escribir o hablar en público.

Al igual que Steve, Mamphela era de color claro, y, según las enrevesadas leyes racistas de Sudáfrica, se le podría haber aplicado la catalogación de «color» en lugar de «negra». Los «de color» eran descendientes de mezcla de razas, negros y holandeses, negros e ingleses o negros y portugueses. El gobierno sudafricano los prefería porque eran aún menos numerosos que los sudafricanos blancos, y otorgándoles ciertos privilegios, que negaban a los negros, los utilizaban como pararrayos contra la ira negra. Los negros, sintiendo envidia de los sueldos y los trabajos algo mejor pagados de los «de color», dejaban así de pensar tanto en sus justas reivindicaciones por lo que les hacía el gobierno.

Con todo, igual que Steve, Mamphela era demasiado inteligente para no ver el torvo propósito de aquella clasificación, demasiado ética para querer «ventajas» que sirvieran para dividir a los sudafricanos en facciones rivales. Por eso en su cartilla seguía constando la identificación racial de «negra».

Mientras se quitaba su camisa gris para lavarse, Mamphela se quedó de pronto paralizada. La voz profunda del locutor de los informativos tras dar las noticias de la mañana y puntualizar el cambio del dólar y el rand, los últimos acontecimientos en Oriente medio, el Mercado Común y el conflicto Este—Oeste, comenzó morosamente a hacer el resumen de una redada de la policía en un poblado ilegal de las afueras de Ciudad del Cabo aquella misma mañana. «Entre los detenidos se hallaban algunos sin permiso de trabajo que han sido devueltos a sus respectivos lugares de origen. La acción policial no halló resistencia y muchos de los ilegales se presentaron voluntariamente a las autoridades policiales y militares —concluyó el locutor imperturbable, añadiendo con palpable entusiasmo—: El Springboks consiguió ayer sobre el equipo visitante argentino una brillante victoria de 33—10. El equipo de rugby...»

Mamphela alargó la mano y desconectó la radio y su mirada se posó lentamente en el cartel de Steve.

Mientras tanto en Crossroads el último vehículo militar abandonaba el poblado. Era un gigantesco «hipopótamo» repleto de policías sudorosos que hablaban entre carcajadas, y que cruzando la llanura se dirigió hacia Ciudad del Cabo, dejando una nube de polvo a su paso. Tras su estela, las mujeres y los hombres que quedaban lo siguieron con la vista un instante con mudo estoicismo, y después, uno tras otro, comenzaron a recoger lo que quedaba de sus pertenencias.

Sobre la zona planeaba aún un sudario de polvo y humo, pero con paciencia y tesón poco a poco los tabiques destrozados fueron reparados y levantados. No era nada nuevo y volvería a suceder, quizá dentro de un mes, una semana, tres meses, a lo mejor con menos virulencia, o quizá más. Era el precio que se pagaba por trabajar, por ser negro. El único signo de que la incursión había suscitado las semillas del encono era una mano que aquí y allá colocaba enfureci-

da una foto de Mándela en un trozo de hojalata o de cartón destinado a servir de nuevo como tabique de «sala de estar».

En la clínica —llamada Zanempilo o «Lugar de Curación»— Mamphela efectuaba las visitas rutinarias matinales. Vestía una bata quirúrgica, tan limpia y sencilla como la propia sala, cuyos pacientes eran niños, la mayoría víctimas de enfermedades que no habrían padecido de haber tenido acceso a agua potable y a condiciones higiénicas normales. Pero el agua y las condiciones sanitarias normales no estaban al alcance de la mayoría de sudafricanos y el índice de mortalidad infantil era uno de los principales cargos contra el gobierno blanco de Sudáfrica. En el extremo de la sala había una pequeña pieza que albergaba a los enfermos graves. La enfermera de noche había sido Tenjy Mtsintso, quien, al entrar Mamphela, estaba tomando la temperatura a una niña afectada por una grave infección que le tapaba parte de un ojo y discurría hacia abajo por la cara y el hombro. Tenjy, una guapa muchacha menuda de veinte años, que parecía más joven y frágil de lo que realmente era, levantó angustiada la vista hacia Mamphela, pero ésta se dirigió sin más al pequeño escritorio junto a la puerta y comenzó a repasar los informes nocturnos.

Tenjy sacó el termómetro de la boca de la niña, anotó la temperatura y comenzó a cambiarle los pañales. Mamphela se le acercó.

—Le ha bajado la fiebre —dijo Tenjy—, pero sigue sin retener alimento.

Mamphela se inclinó sobre la niña y le tomó el pulso; luego la auscultó, sin que Tenjy le quitase ojo. Finalmente ésta, sin poder contenerse, le preguntó pausadamente:

—¿Has oído esta mañana las noticias? Mamphela continuó examinando a la niña.

—Si le hubieran cogido —dijo sin inmutarse—, lo sabríamos. Lo habrían anunciado.

Su determinación sorprendió a Tenjy pero sin convencerla.

Más tarde, durante el desayuno en la reducida cocina, otros miembros de la clínica discutieron sobre lo mismo. Mapetla Mohapi, un robusto y honrado colega de Steve que prestaba su ayuda en la clíni-

ca, estaba convencido como Mamphela de que si a Steve le hubieran detenido se sabría.

—Si la policía le hubiera encontrado (a lo mejor con carteles en el coche), ¿creéis que no sería la primera noticia del informativo? —gritó mientras se dirigía al patio a coger leña para la estufa.

—¡No! —vociferó Tenjy—. ¡Primero tratarían de hacerle confesar algo! Porque si la gente *sabe* que está en poder de la policía, tendrían que tratarle con más cuidado.

Como de costumbre, Mamphela leía conforme comía, pero estaba atenta a la discusión. Dio un golpecito a Tenjy en el hombro y señaló hacia la ventana.

—Creen que está aquí —dijo, indicando el Land Rover de la policía aparcado en el camino de tierra que conducía hacia la clínica. En su interior se veía a los dos policías que seguían a diario los pasos de Biko. Los dos agentes estaban repantigados, como de costumbre, con los ojos medio cerrados mirándolo todo, seguros de que cualquiera que entrase o saliera tenía que pasar ante ellos.

—Si la policía de Ciudad del Cabo le hubiera cogido, seguro que esos dos lo sabrían —prosiguió Mamphela—, y no estarían ahí fuera.

Ntsiki Biko, la guapa esposa de Biko, de generoso busto, estaba dedicada a sacar medicamentos de una caja de embalaje, colocándolos cuidadosamente ordenados en el refrigerador, comprobándolos en el albarán. Ella también había escuchado la discusión, llena de angustia, pero tratando de sopesar los pros y los contras dentro de su corazón.

—Creo que está escondido —dijo con mayor convencimiento del que sentía—. Estuvo aquí con Peter Jones y Peter tiene permiso de trabajo. Si a Steve le hubiesen detenido, Peter me habría llamado.

Ante sus palabras todos callaron un instante. Incluso Tenjy renunció a tener razón para no aumentar la angustia que todos detectaron en la voz de Ntsiki.

Tabby, un niño de diez años, que estaba sentado en una ventana vigilando a los policías mientras daba cuenta de su desayuno, rompió finalmente el silencio.

—Ya llegan —dijo.

Mamphela levantó la vista del libro. Por el camino avanzaban ya los pacientes hacia la clínica. Sabía que algunos habrían estado andando toda la noche y otros incluso días.

—Bien: acabemos y abramos la sala de consultas —dijo cerrando el libro y dejándolo a un lado en la mesa—. Steve está bien, ¿sabes?
—dijo, mirando a Ntsiki antes de salir.

—Claro que sí —replicó Ntsiki con sonrisa forzada.

Mamphela le tocó cariñosamente el brazo y salió con premura a iniciar su jornada.

East London es una ciudad portuaria en el océano Índico, a unos mil doscientos kilómetros de Ciudad del Cabo. Es una ciudad provinciana, no una gran metrópoli, pero ha adquirido cierta notoriedad porque Donald Woods, editor de su diario *Daily Dispatch*, ha mostrado una valentía poco corriente al llamar a capítulo al gobierno por algunos de los principales aspectos absurdos de las leyes racistas. Woods era un sudafricano de sexta generación que creía, como casi todos los blancos del país, que Sudáfrica es tanto de ellos como de los negros, pero había estudiado derecho y tenía suficiente imaginación para superar las barreras educativas y culturales y darse cuenta de que el gobierno no actuaba ética ni humanamente con su tiranía sobre los negros sin derecho a voto.

No opinaba que a los negros debiera concedérseles pleno derecho al voto, y, desde luego, no creía que fuesen capaces de participar en el gobierno, ni siquiera tener un papel relevante en la administración, pero sí creía en la justicia a su manera, y creía que todos los seres humanos tienen ciertos derechos inalienables. Al sorprender al gobierno violando esos principios éticos básicos, Woods lo atacó con pluma tan acerada y precisa, que su periódico fue citado de un extremo a otro de África. Al mismo tiempo, tanto el periódico como él fueron objeto de varias querellas judiciales por parte del gobierno. Pero sus conocimientos legales, y el paradójico respeto gubernamental a la independencia de la judicatura, le valieron para librarse repetidas veces de multas que habrían podido hundir el periódico y, en ocasiones, haberle llevado a la cárcel.

Una de las cosas que con más vehemencia atacó fue la costumbre de aquellas incursiones policiales a municipios negros, tanto legales como ilegales. Él se había criado en el marco de las leyes que obligaban a negros y blancos a vivir separados, y a que los negros viviesen en comunidades aparte de las ciudades de los blancos, pero que esos negros estuvieran sujetos a un acoso arbitrario —y cosas peores— a manos de quienes tenían que defender la ley, le sublevaba como ser humano y como abogado.

Cierto que los negros que vivían en poblados ilegales violaban los decretos de residencia, pero si el gobierno quería atajar tales violaciones debía llevar casos concretos ante los tribunales y no someter a innumerables hombres, mujeres y niños a caprichosos ataques y violencias. Pero Woods sabía, como todos los habitantes de Sudáfrica, que los poblados negros eran tolerados porque los empresarios blancos se beneficiaban de la barata mano de obra que representaban, por lo que consideraba aquellos ataques hipócritas e inmorales.

Aquel día de noviembre de 1975, había escuchado la noticia del asalto a Crossroads y decidido escribir un editorial. Llamó al responsable de la primera plana, Tony Morris, y juntos comenzaron a compaginar los artículos de la maqueta de la primera página. Lo que antes era el artículo principal sobre el perdón de Ford en el Watergate de Nixon pasaría a la izquierda de la página, y la negativa del gobierno a la nueva apelación para la libertad de Nelson Mándela iría en el centro, en yuxtaposición al artículo sobre Crossroads. El artículo sobre la posibilidad de construcción en Durban de una fábrica japonesa de montaje de automóviles quedaría en última página.

Estaba abismado en la tarea, encerrando en círculo con su lápiz azul los titulares e indicando los posibles cuerpos de letras, cuando Ken Robertson, uno de sus periodistas más prudentes pero más productivo, entró en el despacho pasando como una tromba ante el viejo servidor negro del té, Alee.

—Jefe —se limitó a decir Ken, lanzando un montón de fotos sobre el escritorio. Mientras Woods se volvía para examinarlas, Ken cogió con toda familiaridad un cigarrillo del paquete del escritorio del director y lo encendió.

Eran fotos del ataque a Crossroads, algunas movidas, pero todas impresionantes. Una mujer llorosa sujetando a un niño en brazos y mirando desconsolada su choza destrozada, dos soldados apaleando a un niño, un anciano mudo y aturdido sentado en un sillón astroso en un habitáculo de tabiques destrozados, un policía echando a una niña a latigazos, un *bulldozer* en el momento de aplastar una misérrima cocina.

Woods levantó incrédulo la vista hacia Ken, quien sonrió. Era un hombre algo regordete, algo más irreverente y sin la formación ni inteligencia de su jefe, pero «conocía la calle», tenía olfato para los conflictos y sabía que Woods le consideraba su protegido.

—¿Cómo las has conseguido? —inquirió Woods, desafiante.

—Las conseguí —replicó Ken, expulsando humo y sonriendo—. ¿Nos atrevemos a *publicarlas*?

Woods volvió a examinar las imágenes. Era un hombre que se abismaba en su trabajo; sus gafas y su espeso pelo gris le hacían parecer algo más viejo de cuarenta y dos años, pero era de movimientos armónicos y juveniles. Un hombre en la flor de la edad. Su rostro se contrajo de pronto en una mueca.

—En éstas me arriesgo —dijo con decisión—. Incluso te dejo que las firmes.

—Eres regio —replicó Ken—. Si me detienen, el primer nombre que daré será el tuyo.

Los dos sabían que la «libertad» de prensa en Sudáfrica era un laberinto de contradicciones, estructurado por docenas de leyes y ordenanzas, y que la publicación de fotografías de la policía apaleando a negros podía provocar reacción oficial y «oficiosa». Pero lo paradójico era que si uno tenía una buena cantidad de fotos y eran lo bastante malas, a veces el gobierno pensaba que era mejor dejarlo correr que mantener el contencioso ante la opinión pública. Era la clase de cuerda floja que a Woods y a Ken les gustaba recorrer.

Ken recogió las fotos para escribir los pies, con el rostro aún surcado por una mueca de autocomplacencia.

—Vamos, dímelo. ¿Cómo conseguiste sacarlas y regresar aquí? —inquirió Woods.

—Estamos en el siglo veinte, jefe. Espera a ver mi nota de gastos.

—¿Y quién te avisó?

—El mismo que las hizo. Mira: siempre me estás acusando de beber por gusto, pero en realidad es la peor parte de mi trabajo. Si bebes mucho, estás predispuesto a encontrarte con un policía que ha leído tus editoriales, jefe, y de vez en cuando con uno que, además, está

de acuerdo con ellos —dijo Ken sonriendo con picardía y levantando una de las fotos en cuyo segundo plano se veía una pared adornada con carteles de Biko—. ¿Y el señor Biko? —añadió—. ¿Lo menciono en el artículo? Mi hombre me ha dicho que se veía la foto por todas partes.

Aquello hizo cambiar el tono del diálogo.

—¿Crees que había una reunión o algo? —inquirió Woods.

—Por lo que me dijo, creo que debió de haberla —contestó Ken—. Biko no podía estar allí, pero sí alguno de los suyos hablando de la Conciencia Negra; yo diría que eso casi seguro.

Woods reflexionó un instante y luego movió la cabeza negativamente.

—No, no lo mezcles. Sólo quiero reprochar a las autoridades el ataque; ya me ocuparé yo de Biko en un editorial. Con un puñado de locos afirmando que la supremacía blanca todo lo justifica, sólo nos faltaba un chalado negro diciendo que la supremacía negra salvará al mundo.

Ken asintió en señal de aprobación y salió del despacho.

Woods se volvió hacia Tony Morris y la maqueta de la primera plana.

—De acuerdo, pondremos una de estas fotos en la parte superior central —dijo, marcando la zona con el lápiz azul.

La edición provocó la explosión que Woods había previsto. Las fotos aparecieron reimpresas en otros periódicos del país y Woods recibió la habitual serie de llamadas telefónicas; amenazas veladas de la policía, el Ministerio de Asuntos Bantúes (negros), el Ministerio de Información, violentas amenazas anónimas de muerte, de hombres y mujeres, y algunas felicitaciones de otros directores de periódicos.

Lo que en definitiva le libró, al parecer, de procesamiento fue el editorial que escribió sobre Biko. Se titulaba «EL bantú stephen biko. la fea amenaza del racismo negro» y fue aprobado hasta por los peores enemigos del periódico.

Y eso fue lo que motivó la visita de Mamphela al *Daily Dispatch*. Se presentó vestida con vaqueros y un suéter blanco. Estaba sensacional.

Cruzó el largo pasillo hasta el despacho de Woods con una altivez que llamó la atención tanto como sus atributos físicos. Los negros no andaban de aquel modo en una ciudad de provincias africana. Al llegar ante el escritorio de la recepcionista Ann Hobart, lanzó un ejemplar del periódico sobre la carpeta de la firma.

—Quisiera saber quién es el responsable de esto —dijo.

Ann, sorprendida por los modales y la pregunta, dirigió la vista al diario, doblado por el editorial de Woods sobre Biko.

Volvió a alzar la vista, pero antes de que tuviera tiempo de decir una palabra, Mamphela depositó una tarjeta sobre el periódico.

—Soy la doctora Mamphela Ramphela —dijo con aplomo—. Y si no me recibe, más vale que llame a la policía, porque no pienso marcharme de aquí hasta que salga él.

Ann dudaba, todavía impresionada por la irrupción de Mamphela, ya comenzaba a recuperarse y a sentirse molesta por el desparpajo de aquella mujer negra, pero optó por coger el teléfono.

—El doctor Ramphela desea hablar con usted, señor Woods —dijo fríamente.

Woods estaba acostumbrado a la reacción de Ann ante los negros, en particular ante los negros pretenciosos, y supuso que «el» doctor Ramphela sería un viejo teólogo con alguna historia que contar.

—Dígale que pase, por favor —dijo imperturbable y volvió a concentrarse en lo que estaba redactando para la edición de aquel día.

Ann abrió la puerta.

—Doctor Ramphela —anunció con voz agria.

Woods mantuvo la vista en su trabajo durante un segundo y luego se dio la vuelta y se encontró con aquella Atenea negra que avanzaba airada hacia él. Lo primero que advirtió fue su enfado, pero inmediatamente seguido de la evidencia de que aquel cuerpo no pertenecía a ninguno de los teólogos que él conocía.

Lanzó una mirada de perplejidad a Ann, quien interpretó lo que quería decir, hizo una rápida reverencia y salió del despacho.

Mamphela situó el editorial ante Woods.

—Hace tiempo que leo este periódico y sé que no es usted de los peores —le espetó, mordaz—, por lo que resulta aún más desconcertante que intente hacer creer esa mentira infame cual si fuera algo razonado.

Woods se había recuperado de su sorpresa inicial para reaccionar como lo habría hecho cualquier escritor decente.

—Mire, doctora... —empezó, mirando el nombre que había anotado al llamarle la secretaria— Ramphele, tiene razón. Me he tomado la molestia de oponerme al prejuicio blanco, pero si cree usted que por ello voy a ceder ante ningún agitador que proponga el prejuicio negro, se equivoca completamente.

Era la clase de ataque resuelto que a casi todos los antagonistas infundía cierto respeto al menos, pero en Mamphela no causó tal efecto.

—¡Prejuicio negro! —exclamó—. Eso nada tiene que ver con Steve. ¿Es que nunca verifica los hechos antes de publicar algo?

—Ese señor Biko está levantando una barrera de odio negro en Sudáfrica —replicó

Woods—, y me opondré a él mientras esté sentado en este sillón.

—¡Lo que usted hace en ese sillón es poner palabras en boca de Biko y bien sabe usted que no puede replicar por estar desterrado! Si...

—Creo que entiendo perfectamente lo que pretende el «señor Biko» —interrumpió

Woods, acalorado—, y no pienso...

—¡Pues lo entiende mal! —intervino ella, tajante—. Y él no *puede* venir a verle. ¡Si es usted un periodista tan honrado como dice, debería ir a verle!

—Escuche —replicó Woods, enfurecido, pero inmediatamente se dominó. ¿Qué hacía él entablando una discusión a voces con una mujer..., y además negra? Volvió a mirarla. Hermosa, no cabía duda

de que inteligente, y altiva como una millonaria blanca—. ¿De dónde es usted? —inquirió finalmente.

Mamphela se limitó a bajar un poco la voz.

—Sudafricana —contestó sarcástica—, pero soy una de las dos de mi tribu a quien se le concedió una beca para estudiar en la facultad de medicina de Natal. Soy un ejemplo de la preocupación paternalista blanca por los nativos del país.

Era una puya, y por un instante Woods estuvo tentado de caer en la trampa y responder al sarcasmo con el sarcasmo, pero se contuvo; lanzó un suspiro, se recostó en el sillón y tiró el lápiz en la mesa.

—Me alegra que nuestro dinero no cayera en saco roto.

Mamphela esbozó una sonrisa. Si había algo capaz de desarmarla era el humor. Se apartó del escritorio y se repantigó en una silla, sin dejar de mirarle, calibrándole como ser humano y no como el simple autor de un artículo que consideraba equivocado y malévolo. Woods no rompió el silencio; no le cabía duda de que estaba analizándole. Sólo que no sabía cuál sería su juicio definitivo. Finalmente fue ella quien habló y esta vez sin despecho:

—Señor Woods, si no es usted tonto, está mal informado. Steve Biko es uno de los pocos que aún puede salvar Sudáfrica. Ahora está en King Williams Town, que es su zona de destierro. Debería usted verle...

Aquella tranquila sinceridad impresionó tan profundamente a Woods como su cólera altanera.

King Williams Town estaba a sesenta escasos kilómetros al norte de East London y era una de tantas pequeñas ciudades encantadoras de Sudáfrica. Naturalmente, con casco urbano estrictamente reservado a los blancos, porque los negros vivían en un poblado a unos ocho kilómetros del centro. En él las casuchas tenían el mismo aspecto miserable de otros poblados, pero el paisaje era bonito y acogedor y no parecía tan penoso verse obligado a vivir en aquel lugar.

Woods conducía su Mercedes blanco. Primero cruzó el poblado pensando en la dirección que le había dado Mamphela; una dirección en la propia ciudad. A los negros se les permitía comprar y trabajar en ella durante el día, pero se le antojaba raro hallar en ella a una persona desterrada.

Al llegar a la calle en cuestión, resultó ser una ancha avenida tranquila bordeada de árboles. Woods comprobó la dirección, cada vez más sorprendido por el lugar del encuentro. Aminoró la marcha al aproximarse al número y entonces lo vio: era una vieja iglesia, casi derruida, medio oculta por los arbustos y rodeada de los restos de una valla. Paró frente a ella en la otra acera y la contempló un instante antes de apearse. En aquel momento advirtió la presencia de dos policías aparcados junto a un árbol un poco detrás de él. Eran sin duda los «cuidadores» de Biko. Sonrió y les dirigió un saludo con la mano. No es que él estuviera muy de acuerdo con los decretos de destierro, pero si habla un negro en el país a quien él considerase que había que vigilar, ése era Biko. Una de las ironías prometedoras de Sudáfrica era que, por mucha razón que tuvieran, los negros en su mayoría no mostraban prejuicios hacia los blancos, y si alguna vez se llegaba a una solución pacífica en el problema racial del país, aquello era algo positivo que había que conservar. Ésa era una de las razones que le inducía a ser tan implacable en sus condenas al gobierno por abuso de autoridad en los poblados. Y de pronto, ahí estaba esa figura del mundillo estudiantil negro que había acuñado el malévolo «principio» de la Conciencia Negra.

Ellos no querían saber nada con los blancos liberales. De hecho los liberales eran su principal diana porque «creaban un falso sentido de progreso». Ellos querían construir organizaciones *negras*, política *negra*, y Woods sabía perfectamente que lo que se necesitaba eran organizaciones *sudafricanas*, blancas y negras; política *sudafricana*, blanca y negra. De hecho, uno de sus mejores logros era haber conseguido que se admitiese a los negros en el club local de ajedrez, e incluso consiguió que en el equipo nacional que viajó a Suiza figurase un «reserva» negro. Por eso pensaba que si había necesidad de desterrar a alguien, ese alguien era precisamente Steve Biko.

Conforme cruzaba la calle camino a la vieja iglesia, vio a dos negros que arreglaban una ventana en un lateral del edificio. Uno de ellos le había visto y dio unos golpes en la ventana en el momento en que Woods llegaba a la puerta.

Pulsó el oxidado timbre y la puerta se abrió inmediatamente.

—¿El señor Donald Woods? —dijo sonriente Ntsiki en el tono formal y gracioso que hacía que la gente se sintiese bienvenida e importante al mismo tiempo. Era un don de la mujer negra y Woods no pudo menos que ceder en su animosidad.

—Sí, soy Donald Woods —contestó.

Llegó un niño corriendo que se agarró a la falda de la mujer y se quedó mirando tímidamente al hombre blanco. Su ingenuo encanto y la sonrisa de Ntsiki trajeron a Woods el recuerdo de su infancia, cuando su padre tenía un economato en la metrópoli y mujeres como Ntsiki y niños como aquél eran clientes habituales. En esta ocasión deseaba mantener alejados aquellos recuerdos.

—He venido a ver a Steve Biko —dijo con la mayor firmeza de que fue capaz.

—Soy la esposa de Steve —contestó Ntsiki—. Le está esperando —añadió, abriendo la puerta e invitándole a pasar.

Se dice que puede juzgarse a un hombre por su esposa, y Woods quedó bastante sorprendido, porque Ntsiki era maternal, acogedora y en apariencia muy sencilla; muy distinta a como él habría esperado.

El interior de la iglesia constituyó otra sorpresa. Habían hecho con tablas un pasillo de un extremo a otro y hombres y mujeres estaban pintando las paredes y colocando tabiques divisorios, pues todo el espacio había sido transformado en zonas reducidas, cada una de ellas pensada para una actividad concreta. En una, unas muchachas aprendían costura; en otra estaban montando el cañón de chimenea de un horno de cerámica; en otra había ya un joven torneando barro; otra era una pequeña biblioteca de libros usados y revistas; había un diminuto taller en el que dos viejos hacían juguetes, y el sitio del altar había sido convertido en escenario.

Ntsiki se detuvo cada vez que Woods mostraba interés, dejándole que observase.

—Nos la dio el padre Russell —dijo a modo de explicación—. Queremos hacer una especie de centro donde los negros puedan reunirse durante el día y quizá dar clases; organizar, quizás, una junta de trabajo, para que la gente sepa dónde puede encontrar empleo.

Woods había oído hablar de Russell, un joven pastor anglicano que se exponía mucho por los negros. Asintió con la cabeza, muy impresionado por lo que veía. Acarició el pelo del niño que seguía agarrado a la falda de Ntsiki y que no dejaba de mirarle sonriente con los ojos muy abiertos. El pequeño eludió la caricia de Woods y se escondió entre la falda de Ntsiki, pero aún más sonriente.

—¿Y éste quién es? —preguntó Woods.

—¡Ah, Nkosinathi! Un bribón como su padre —contestó Ntsiki, dándole una afectuosa palmada en la espalda—. Y a veces, peor.

A pesar del evidente cariño, Woods detectó cierto tono de sufrimiento que indicaba que quizá padre e hijo fuesen un poco excesivos para la franca naturaleza de Ntsiki.

Condujo a Woods hacia una puerta lateral junto al altar y la abrió, volviéndose hacia él.

—Le está esperando. Ha sido un placer, señor Woods —añadió con otra sonrisa, indicándole el patio fuera de la iglesia.

Al salir Woods, la puerta se cerró inmediatamente a su espalda. Miró en derredor y no vio a nadie. El ruido de charla de la iglesia había sido sustituido por un silencio sólo roto por el viento. El patio estaba

lleno de malas hierbas y había un viejo árbol gigantesco en el centro que dejaba caer al suelo sus verdes zarcillos. Detrás de él, en un rincón, Woods vio una pequeña edificación, pero no se veía a nadie. Bajó del escalón y comenzó a andar por el patio, observando. El viento movía el follaje del árbol, llenando el patio de sol y sombra que dificultaba la visión, pero allí no había nadie. Woods se dio la vuelta, confuso, y volvió a sentirse molesto, y en aquel momento algo junto al árbol llamó su atención. Observó con atención a través del follaje y en el claroscuro intermitente, quieto como el tronco del árbol, vio a un negro alto que tenía los ojos clavados en él y que le contemplaba impassible, como debía de haberlo estado haciendo desde que había salido al patio.

—¿Biko? ¿Es usted Steve Biko? —dijo Woods.

El hombre no contestó, pero tras una pausa, se dirigió hacia la pequeña edificación haciendo un ademán a Woods para que le siguiera.

—Venga conmigo.

Esto molestó más aún a Woods por tratarse de un negro. Lanzó un profundo suspiro y murmuró algo a propósito de aquella absurda visita y se abrió paso con cuidado entre las matas de hierbajos, con sus caros zapatos y traje.

El negro entró en el pequeño edificio. ¿Sería Biko o alguien que le llevaba ante su presencia? Al cruzar la puerta, Woods se detuvo y miró al interior. Vio una figura tras un escritorio en penumbra en lo que parecía un pequeño despacho, pero aún no distinguía bien el rostro para saber si era el mismo que había visto en los carteles.

Aguardó un instante a la espera de alguna palabra de acogida o saludo, pero no se produjo. Sólo veía dos grandes ojos escrutándole con enorme paciencia y distanciamiento, le pareció a Woods. ¿Qué querría?

—¿Puedo pasar? —dijo finalmente Woods con la mayor ironía de que fue capaz. La figura asintió con la cabeza y Woods, lanzando otro suspiro, pasó al despacho—. No dispongo de todo el día para andar jugando, y...

—Le habría recibido en la iglesia, pero como imaginará sólo puedo ser una persona a la vez y el «Sistema» está en la acera de enfrente.

Woods ya estaba junto al escritorio y vio que *era* Biko, y sabía que lo del «Sistema» era el modo negro de referirse a las autoridades blancas: la policía, el ejército, el casero. Los policías de enfrente de la iglesia sólo esperaban cualquier infracción para arrestar a Biko. Pero ahora que estaban frente a frente, fue Woods quien se puso a mirarle. Vio que parecía más joven y guapo que en las fotos, porque no tenía arrugas y sus ojos oscuros profundos bullían de vida y eran espejo de una mente compleja y sensible. Biko sonrió de pronto malévolo y Woods detectó el «bribón» a que había aludido Ntsiki.

—Aunque, naturalmente, usted aprobará mi destierro —añadió Biko, sarcástico. Woods estuvo a punto de decir «¡Exactamente!», pero se contuvo. Al fin y al cabo le habían convencido a que fuese para oír lo que aquel hombre tenía que decir.

—Creo que sus ideas son peligrosas, pero no apruebo el destierro.

—Un auténtico «liberal» —arguyó Biko con cierto sarcasmo.

—No me avergüenzo de esta etiqueta —replicó tajante Woods—, aunque por lo visto usted la juzga con cierto desprecio.

Biko sonrió. Desde que habían comenzado a hablar había adoptado una actitud divertida que aumentó conforme Woods se iba mostrando menos complaciente y más beligerante.

—Vamos, no exagere —protestó Biko—. Sólo opino que un «liberal blanco» que aprovecha todas las ventajas de su mundo blanco, trabajo, estudios, vivienda, un Mercedes —Woods parpadeó involuntariamente ante la puya—, quizá no sea la persona «más adecuada» para decir a los negros cómo deben comportarse frente al *apartheid*.

—Me pregunto qué clase de «liberal» me consideraría —replicó Woods asintiendo con la cabeza— si usted, señor Biko, fuese el que tuviera la casa, el trabajo y el Mercedes y los blancos viviesen en los poblados.

La respuesta produjo una carcajada en Biko, por la inversión de situaciones y por la estimación de su propia personalidad, porque

era evidente que cierta fanfarronería y presunción masculina formaban parte fundamental de su personaje.

—Eso es una buena idea —replicó—. Los blancos en los poblados y yo en un Mercedes. Ha sido muy amable en venir, señor Woods. Hace tiempo que deseaba conocerle —añadió con una sonrisa tan calurosa y franca como la de su esposa, alargándole la mano.

Woods dudó un instante mientras analizaba aquel súbito cambio de humor, la inteligencia y la inesperada sinceridad de aquellos ojos y aquella sonrisa. Luego estrechó la mano que le ofrecían.

Fue el principio.

Horas después, aquella mañana se dirigían en coche a la clínica Zanempilo. El centro se hallaba a unos veinticuatro kilómetros de King Williams Town, en una zona montañosa tan árida que nadie se tomaba la molestia de labrarla. Los seguían los dos policías, los «cuidadores» de Biko, y conforme ascendían por la carretera en cuesta que llevaba a la clínica, Woods vio por el retrovisor el coche oficial envuelto en la estela de polvo que ellos levantaban y creando a su vez otra nube.

—¿Le siguen a todas partes? —inquirió Woods.

—Eso creen —contestó Biko, lanzando una mirada al retrovisor, al mismo tiempo que sacaba, sonriente, un brazo por la ventanilla para saludarlos.

A Woods no acababa de convencerle aquel gesto, pero optó por mantener la boca cerrada y los ojos abiertos. Ya había tenido una sorpresa. La clínica estaba en lo alto de una colina y su edificación más visible era la capilla. Arquitectónicamente tenía el aspecto heteróclito de «obra de voluntarios», pero su forma achaparrada con la cruz en lo alto le confería ese toque africano tan familiar a Woods y que Picasso había divulgado. Así que el rebelde Biko era cristiano, pensó. Bueno, Vorster y Kruger y todos los demás también lo eran, y eso no significaba nada; no obstante, era una sorpresa.

Woods dio la vuelta al coche en un pequeño aparcamiento junto a la clínica. El coche policial se había detenido en su lugar habitual a cierta distancia en la carretera. Se apearon y Woods, sin soltar la portezuela, contempló el conjunto. Había tres edificios de madera, largos, de un solo piso, de aspecto parecido a un barracón militar; la iglesia y una gran dependencia anexa. Se veía una cola de negros aguardando cola junto al edificio más próximo: mujeres embarazadas, mujeres con niños de pecho, niños y viejos.

—Es aquí, ¿no? —preguntó Woods.

—Eso es —replicó Biko—. No es muy grande, pero es una clínica para negros, con personal negro y con su médico negro.

Mamphela acababa de aparecer en la puerta principal para seleccionar pacientes de la cola. Vestía la bata blanca, de su cuello colgaba un estetoscopio y llevaba en la mano unos expedientes. Se detuvo al ver a Biko acompañado de Woods y se los quedó mirando. Aun con el pelo estirado hacia atrás y la bata suelta, resultaba una mujer que causaba impresión. Se los quedó mirando sin manifestar emoción alguna y a continuación saludó con una leve inclinación a Woods, lanzó una mirada a Biko y volvió a ocuparse de los pacientes.

—¿De quién es la idea de la clínica? ¿De ella o de usted? —inquirió Woods a Biko por encima del techo del coche. Conociéndola, imaginaba que su intervención debía de ser notable.

—Fue una idea «colectiva» —contestó Biko, respondiendo algo cortante al tono desafiante de Woods—, pero fue una suerte encontrarla —añadió, volviendo a mirar a Mamphela.

Woods reflexionaba a propósito de la inteligencia de la doctora y de la fama de Biko. Bueno, daba igual; la clínica era una especie de milagro, independientemente de quien fuese la idea. Se volvió de nuevo hacia Biko, moderando un tanto el tono desafiante.

—¿Y un médico blanco «liberal» que hiciese el mismo trabajo no les convendría?

—inquirió con ironía.

—Cuando era estudiante —comenzó a decir Biko en un tono solemne nuevo para Woods— y me entrenaba para los trabajos que ustedes nos permiten, comprendí de pronto que no sólo los trabajos eran de los «blancos»; la *historia* que leemos está *hecha* por blancos, escrita por blancos... Los medicamentos, los coches —añadió, golpeando el techo del Mercedes—, la televisión, los aviones, todo es invento del hombre blanco, hasta el fútbol... —Hizo una pausa con pensativa tristeza y a Woods le impresionó aquella reacción amarga y el propio concepto—. En un mundo así —prosiguió Biko— resulta difícil no pensar que uno es inferior por haber nacido negro.

Sus palabras quedaron flotando en el aire mientras dirigía la vista a los dos policías que le observaban desde el coche.

—Llegué a pensar que *ese* sentimiento era para nosotros un problema más importante que los afrikaners y el «Sistema» nos hacen. Me daba la impresión — continuó, volviéndose pausadamente hacia Woods— que, en primer lugar, el negro tenía que creer que tenía igual capacidad que el hombre blanco para *ser médico...*, líder.

Hizo otra pausa y Woods por primera vez tuvo que darle la razón, asintiendo con la cabeza, impresionado por la idea y, finalmente, impresionado por el hombre autor de la misma.

—Por eso nos propusimos montar esto —dijo Biko, lanzando una mirada a la clínica—. Mi error fue pasar por escrito algunas de esas ideas.

—Y el gobierno le desterró.

Biko asintió con la cabeza y clavó los ojos en él.

—Y el «irreductible editor liberal» Donald Woods comenzó a atacarme.

—Yo le atacé por ser *racista* —respondió Woods.

—¿Cuántos años tiene, señor Woods? —replicó Biko, sonriente. Woods dudó un tanto irritado por el tono de la pregunta.

—Cuarenta y dos —respondió—. ¿Eso qué más da?

—Sudafricano blanco —dijo Biko burlón, inclinándose sobre el techo del coche—, periodista y cuarenta y dos años. ¿Ha vivido alguna vez en un poblado negro?

Woods se rebulló incómodo. Había pasado por algunos poblados, pero «vivir» en uno de ellos, era algo que ni se pensaba.

—He... he estado en muchos —dijo tartamudeando mientras Biko sonreía más todavía.

—Tranquilícese —indicó—. A excepción de la policía, supongo que ni un sudafricano entre diez mil los conoce.

Pero Woods no estaba tan tranquilo y Biko dejó de sonreír al ver su desconcierto y el tono de su voz se volvió íntimo, como si hablase con un viejo amigo.

—Mire usted: nosotros sabemos cómo viven —añadió pausadamente— porque les cortamos el césped, les hacemos la comida, limpiamos su basura. ¿Le gustaría ver cómo vive el noventa por ciento de

sus paisanos que tiene que desaparecer de las calles de los blancos a las seis de la tarde?

Y no lo decía en broma.

Horas después aquella misma tarde Woods se daba en su piscina un ansiado baño refrescante, pero en casa estaban cuatro de sus cinco hijos y no fue verdaderamente relajante. Duncan y Dillon tenían nueve y diez años respectivamente, y eran ya lo suficiente mayorcitos para darle guerra cuando la tomaban con él, cosa que hacían siempre que podían. Gavin, que tenía siete, solía unirse a ellos, pero muchas veces acababa poniéndose de su parte, lo que significaba que Woods tenía que defenderle al mismo tiempo que se defendía. Y la «pequeña» Mary, de cinco años, afortunadamente prefería enseñar a nadar a sus muñecas, en la parte menos honda, o ayudar a limpiar la casa a Evalina, la criada negra.

Finalmente, Woods abandonó, dando un cariñoso coscorrón a los dos mayores, y nadando hacia el borde; echó a correr hacia la ducha y los vestuarios, anexos al cuarto de juego que bordeaba la piscina. *Charlie*, el pastor inglés, comenzó a ladrar y a perseguirle, queriendo entrar en el juego.

—Voy a escribir al señor Evans para que os ponga más deberes —gritó ya bajo la ducha. Desde la piscina le llegó el abuceo y el ruido de las salpicaduras, pero le dejaron ducharse en paz.

Veía el jardín y el césped porque la puerta en celosía de la ducha le llegaba a la altura del hombro, y vio a Wendy y a Jane avanzar por el camino de coches que conducía a la casa. Wendy iba al volante del Volkswagen, cuyo asiento trasero iba lleno de paquetes de ultramarinos. Tras aquella jornada en la clínica, Woods tenía que admitir que los blancos en Sudáfrica vivían muy bien. Sabía que en la mayor parte de los países tener una criada y un jardinero se consideraba un lujo, mientras que en el país había pocos sudafricanos que no tuviesen como mínimo una criada. Aparte las tierras y las casas. Había oído comentarios de extranjeros asombrados de que una persona con un empleo normal tuviese una casa con dos o tres acres de terreno, cancha de tenis y piscina. Era un país rico, desde luego, bendecido por Dios con una tierra fértil, una inmensa riqueza mine-

ral y un clima que le alegraba a uno la vida... Pero estaban los negros... ¿Cómo resolver lo de los negros?

Wendy dejó las bolsas en el coche —ya las cogería después Evalina— y se dirigió con Jane saltando a la pista. Wendy era cuatro años más joven que Donald y se mantenía también joven de cuerpo y espíritu. Era una excepcional pianista, mejor que Donald, y eso que muchos opinaban que él debía haberse hecho profesional. Y, a juzgar por su esbelto cuerpo tan vital, nadie habría pensado que había traído cinco hijos al mundo. Jane era la mayor; tenía catorce años, era amiga de su madre y la preferida del padre.

—Bueno, ¿y cómo era? —gritó Wendy, mientras se zafaba de los cariñosos embates de *Charlie*.

Woods cerró la ducha, se puso un albornoz y salió secándose el pelo.

—¡Dillon! —chilló Wendy. Dillon estaba echando agua a Duncan; ni siquiera miró a la madre, se zambulló y se dedicó a divertirse con otra cosa. Mary llegó corriendo hasta su madre para enseñarle cómo había vestido a la muñeca. Wendy le dio un abrazo, lanzó un ¡oh! ante la muñeca y miró a Woods impaciente—. Venga, Donald: suéltalo. ¿Cómo es? —añadió, estirándose en una tumbona.

Woods se sentó en el borde de la mesa junto a ella.

—Pues como en las fotos —contestó—. Es joven, unos veintiocho o treinta años, guapo, alto..., mirada dominante.

—Yo no voy a salir con él, Donald. Lo que pregunto es cómo es, qué clase de persona.

Aunque Wendy era políticamente mucho más liberal que Woods, su actitud frente a la Conciencia Negra era muy parecida, y no le habría sorprendido que él le hubiese retratado a Biko como un joven Hitler.

—Pues no lo sé —respondió Woods pensativo—, pero han construido una clínica estupenda allá arriba. Todo es negro. Ella es la médica. Tendrías que haber visto a toda esa gente que acude desde kilómetros y kilómetros.

—¿Y con qué dinero cuentan? —replicó Wendy, mirándole poco convencida.

—Por lo visto, algún dinero negro y mucho dinero de la iglesia de ultramar, y hasta las compañías mineras han dado algo.

—¿Las mineras *sudafricanas*? —inquirió Wendy sorprendida.

—Exacto —contestó Woods—. Por lo visto algún pez gordo le oyó en un discurso y quedó impresionado. Y te digo una cosa: es un hombre que impresiona.

Evalina llegó con un vaso de zumo de naranja para Wendy. Lo dejó en el suelo, se inclinó a ver la muñeca de Mary y se dirigió al coche a descargar las bolsas. Wendy le dio las gracias distraídamente, concentrada en la conversación con su marido.

—No te habrá hablado de la Conciencia Negra, ¿no? —inquirió, malévola.

—No —respondió Woods con muy poca convicción—, pero he convenido ir con él a un poblado negro.

Wendy volvió a quedarse atónita. Donald no era una persona fácil de manipular, y menos por parte de un joven negro.

—Pero si está desterrado, ¿cómo puede llevarte a ningún sitio? —inquirió pensativa.

—No lo sé —respondió Woods, asintiendo con la cabeza—, pero quiero averiguarlo.

Se puso las gafas, se inclinó y le dio un beso en la mejilla, sonriendo por su sorpresa, aunque, a decir verdad, él mismo se sentía más que sorprendido.

El día acordado para la gira informativa de Woods al poblado se produjo unas tres semanas después de la primera entrevista. Biko quería llevarle a un poblado de las afueras de East London, lo que implicaba salir de su zona restringida de destierro; pero no era la primera vez que lo hacía, y pensó que a Woods le causaría un hondo impacto ver lo que había en la trastienda de su país. Estaba trabajando con Mamphela en su despacho en una charla que tenía que dar la doctora, cuando llegó el momento de prepararse para recibir a Woods. Se puso unos zapatos gastados y un jersey viejo con ni reídos y rotos, y Mamphela le dio el viejo abrigo militar que estaba en el suelo. Era un «Dlamini» de los excedentes tic guerra, el largo e increíble gabán que llevaban todos los trabajadores negros. Biko se lo embutió y Mamphela le entregó una gorra de obrero.

Por muy rara que le sentase la gorra, Mamphela le contempló muy seria mientras se la ponía.

—¿Crees que realmente merece la pena arriesgarse? —inquirió con tono de reprobación.

—La formación de un blanco «liberal» es un deber —contestó Biko con una mueca. Hila le lanzó, despechada, un pañuelo astroso. Decididamente no le divertía.

—Si te cogen fuera de la zona de confinamiento irás a la cárcel, y al señor Woods le bastará con escribir una carta explicativa al consejo de administración de su periódico.

—Eso es lo que en Sudáfrica se llama justicia, ¿no lo sabes? —replicó Biko con sequedad.

Mamphela sonrió ante aquellas palabras, pero optó por darle la espalda y sentarse a la máquina de escribir. Él la miró en actitud triunfante, pero era un presentimiento difícil de conjurar.

—No quiero que te metan en la cárcel —dijo Mamphela con voz sombría. Biko hizo honor a su preocupación contestando gravemente:

—No nos cogerán.

De pronto apareció Ntsiki en la puerta con una factura en la mano.

—Tengo que pagar los portalámparas —apremió—. Está esperando. Mamphela se puso inmediatamente en pie y siguió hablando con Biko conforme salía del cuarto.

—No os cogerán si no va algún confidente a la policía.

En cuanto Mamphela salió del cobertizo, Ntsiki pudo entrar y se dirigió a una pequeña caja fuerte que había en el suelo frente al escritorio de Biko. Le contempló en su atavío y le dirigió una sonrisa burlona.

—Aún haremos de ti un trabajador, Steve Biko.

Biko le respondió con una mueca y una pantomima de obrero que anda penosamente.

Ntsiki cogió el dinero de la factura y se detuvo un momento antes de salir.

—¿Cómo vas a hacerlo? —inquirió, refiriéndose a cómo pensaba escabullirse. Biko corrió la cortina de la ventanita.

—Di a Thabo que venga y que se quede detrás del árbol hasta que salga yo. Encenderé la lámpara del escritorio y Mamphela irá a entretener un par de minutos al

«Sistema».

Yo salgo y Thabo entra y se sienta en mi puesto. Lo único que tiene que hacer es simular que lee hasta que yo vuelva.

Ntsiki le miraba meneando la cabeza, medio sonriente.

—Me alegra no ser tu madre —dijo antes de salir para volver a la iglesia.

Woods se había vestido con ropas viejas, pero en comparación con las de Biko parecía un modelo de revista. Según el plan, tenía que aparcar el coche en un descampado a unos cinco kilómetros de la ciudad, y cuando John Qumza, que hacía de conductor, viese que no había moros en la costa, se acercaría a recoger a Woods y luego irían a otro punto a recoger a Biko.

Oficialmente ningún blanco podía entrar en un poblado negro; sin embargo, la transgresión era asunto baladí dentro del conglomerado de leyes racistas, y era muy improbable que a un blanco que fuera allí a mirar le llevaran ante los tribunales. Pero existía riesgo para cualquier negro que participase en una visita ilegal, y más en aquel viaje, porque un blanco entre negros llamaría necesariamente la atención de los «cachiporras» —la policía negra de los poblados— y, si hacían preguntas, dado que Biko había transgredido su confinamiento, podían plantearse graves problemas. Por eso la operación había sido planeada como una expedición militar.

Por muy pobrementemente que Woods pensara que iba vestido, John Qumza se estremeció al verle cuando se acercaron al coche.

—¡Dios mío! —exclamó—. Creo que deberíamos pisotearle para ensuciarle un poco.

John era amigo de Biko desde sus tiempos de la universidad y era uno de los fundadores de la organización estudiantil SASO, que había dirigido Biko. Estaba acostumbrado a las poco ortodoxas relaciones entre negros y blancos por parte de Biko, pero esta vez había ido demasiado lejos. John había sido seminarista y, como tantos otros negros con estudios, había ido a un colegio de misioneros blancos; se sentía tranquilo entre blancos y estaba convencido, en base a su experiencia, de que era posible y deseable una sociedad integrada. Además, mostraba una paciencia ante la intransigencia blanca que muchos de los que rodeaban a Biko —en particular Mapetla— no tenían.

Al detenerse el coche delante de Woods, Mapetla saltó del asiento trasero y mantuvo la portezuela abierta.

—¡Maldita sea, suba! —gruñó, casi empujando a Woods al centro del asiento. Cosa nada fácil porque ya lo ocupaban tres.

Woods pidió excusas varias veces mientras intentaba hacer sitio para sus piernas y su espalda, pero Mapetla montó tras él y lo lanzó sobre el regazo de un negro gordinflón que se echó a reír diciendo:

—Encantado de conocerle. Yo soy Meja.

Woods procuró hacer una inclinación de cabeza.

—Dijo que vendría vestido con ropa *vieja* —gruñó Mapetla.

—¡Y eso he hecho! —protestó Woods.

John ya pisaba el acelerador y miró angustiado por el retrovisor.

—¡Dejad de discutir y que se siente en el centro! ¡Ahí encima le verán a la primera! Woods comenzó a rebullirse para cambiar de sitio, pero Mapetla y otro, que pronto supo que se llamaba Dye, le hundieron a la fuerza en medio del asiento y ambos se medio sentaron cada uno en una de sus piernas.

—Dale tu sombrero, Dye —ordenó Mapetla, y éste se quitó el trozo de media que llevaba por gorro en su sudado cráneo y lo encasquetó en la cabeza de Woods, quien no pudo mover los brazos para ajustárselo.

—Tápale bien la cabeza por atrás —gritó John desde delante mirando por el retrovisor.

—También podía apartármelo un poco de la frente —añadió Woods, mortificado. Todos lanzaron una carcajada y Woods se sintió un poquito más a gusto—. Y podría también apartarme el mechón de los ojos —añadió mientras Mapetla le bajaba el gorro por el cogote y le subía el cuello del abrigo.

El negro sonrió y le arregló el pelo. Después de todo, parecían aceptarle.

El «coche» en que viajaban era un taxi, un taxi para negros. También en eso existían leyes. Había taxis para blancos y taxis para negros. Los de los negros, que pasaban mucho tiempo en las carreteras de los poblados, se hallaban constantemente afectados por averías. Éste no era ni mejor ni peor que los demás, pero era un horror. Después de dar unos botes en dos baches, en los que Woods pensó que saldría anatómicamente mal parado, se atrevió a hacer una discreta pregunta.

—Vamos tan apiñados para así ocultarme mejor, ¿verdad? Otra carcajada fue la respuesta.

—Mire, señor Woods: volvemos al poblado al final de la jornada —contestó John, burlón—. Nosotros tenemos que hacer el viaje de ida y vuelta al trabajo de lunes a sábado, y no conozco a nadie que gane para pagarse él solo un taxi.

—Yo conozco *predicadores* que tienen dinero de sobra para taxis —arguyó uno de los negros, bromeando.

—Teniendo en cuenta lo que tienen que hacer para salvar *unas* almas, está justificado, Zeke —replicó John.

Dentro de aquel vehículo reinaba un ambiente lúdico de aventura.

—Nuestros taxis van cargados —prosiguió John— y la gente está acostumbrada a verlos así. Casi siempre viajamos seis en el asiento de atrás, y a veces siete. Pero hemos decidido hacerle viajar lujosamente para que pueda echar un vistazo por el camino.

—Muy previsor —murmuró Woods, amargado.

El comentario suscitó otra carcajada y contribuyó a granjearle mayor confianza entre los negros.

Tras varias curvas y varias sacudidas, el coche abandonó la carretera y se internó por un camino de tractor hacia una granja, donde se detuvo. Biko esperaba entre unos matorrales. Salió de ellos y montó en el asiento delantero. Tully, el más joven del grupo, se alzó y luego se acomodó sobre las rodillas de Biko y el otro pasajero. Iban cuatro delante y cinco atrás. John ya daba la vuelta al coche para volver a la carretera, cuando Biko se dio la vuelta y miró a Woods sin poder contener una sonrisa de oreja a oreja. —¿Va usted cómodo? —inquirió, solícito. Nueva carcajada.

—¡Qué demonio, tiene el mejor sitio! —comentó Mapetla. Entraron dando tumbos en la carretera y John pisó a fondo el acelerador, mientras Woods sufría los zarandeos y bandazos del coche y Biko seguía contemplándole sonriente. —Escuchen —indicó Woods, a la defensiva—: yo me he criado en un pueblo negro; no se crean que voy tan incómodo.

—Lo sé —replicó Biko, muy serio—. Conduce ese Mercedes blanco sólo por los vecinos. Como liberal que es, si pudiera iría por ahí en autobuses y taxis como nosotros.

Los demás le miraron también y no tuvo más remedio que sonreír. Pero no se dio por vencido.

—Pues a pesar de la evidencia contraria, como no paráis de decirme que los días de los blancos están contados, lo que hago es disfrutarlos mientras pueda.

La irónica alusión a las pretensiones negras suscitó otra carcajada.

—Mire: puede que no tengamos solucionados todos los problemas de transporte de la revolución —replicó John—, pero no se crea que porque viajemos así no tenemos al «Sistema» en el punto de mira. Se oyeron varios «Amén». —Ja, ja! —dijo Woods, burlonamente bravucón. —¡Escúchele, hombre, escúchele! —exclamó Mapetla, animado.

Cuando llegaron al poblado seguía reinando dentro del taxi un ambiente deportivo, pero enseguida se vieron en medio de una larga fila polvorienta de taxis y autobuses. Conforme se hacía de noche todo parecía volverse gris; los edificios se apiñaban junto a la deteriorada carretera; los taxis rojinegros cubiertos de polvo parecían elementos móviles del terreno, y todo eran caras de personas apiñadas en vehículos, asomadas a las ventanillas de los autobuses, aguardando en los cruces a un amigo, al padre, al marido o a la esposa.

También en el taxi el humor se tornó grisáceo. Lo que más impresionó a Woods no fue aquella masa de gente apiñada moviéndose al unísono, espectáculo totalmente impensable en Sudáfrica, donde una de las mayores delicias era la gran disponibilidad de espacio, sino aquel cansancio que difundían todos los rostros. Jóvenes quinceañeras, musculosos jóvenes de veinte años y, naturalmente, los viejos y los de edad mediana que acababan así su jornada laboral año tras año. En todos aquellos rostros se advertía un embotamiento, tan sólo interrumpido de vez en cuando por alguna sonrisa a un amigo o a un conocido, pero que inmediatamente recobraban la pesadez y el sopor habituales. Él había visto muchos negros cansados, sudorosos, trabajando en todo tipo de cosas, pero siempre había sonrisas y chistes, una aceptación y una vivacidad que muchas veces envidiaba. Pero eso durante el día, y hasta ahora no se le había ocurrido que para acudir a la ciudad por la mañana aquellos negros tuviesen que hacer cola como la que en aquel momento había formada; y eso mucho antes de que amaneciese, y que cada noche tenían que regresar bien después de haber caído el sol. Día tras día, año tras año. Había vivido toda su vida entre negros, y ahí estaba, a una hora de su casa, captando miradas nuevas para él.

Fueron avanzando lentamente por las calles principales del poblado. Los taxis y autobuses sólo circulaban por algunas vías; las pequeñas callejas estaban llenas de gente que caminaba penosamente hacia sus casuchas del tamaño de cajas de cerillas. Había algunas tiendecillas y establecimientos parecidos a bares en las calles por las que discurría el tráfico y los clientes se apiñaban ante ellos como abejas, comprando verdura, fruta y pan. Las lámparas de aceite colgadas de postes formaban bolsas de luz amarillenta en la creciente oscuridad. Aquellos sobrios rostros negros que veía al pasar se le antojaban a Woods misteriosos y hasta amenazadores. Había en ellos una hosquedad nueva para él. Hacía tiempo que había advertido que la gente puede tener una personalidad en su trabajo y otra muy distinta en casa o en el juego, pero esto era distinto. Era como si todo el mundo negro, que él pensaba conocer tan bien, tuviera una vida que él ignoraba totalmente. Y no era por los elementos externos —calles de tierra, autobuses y taxis abarrotados—, sino por los rostros, el cansancio, la apatía taciturna de aquellos grandes ojos oscuros.

Estuvieron dando vueltas en el taxi sin decir palabra hasta que la mayor parte de las calles quedaron vacías; había concluido la hora punta de la tarde y la gente ya estaba en sus casas. Todavía algunos se apresuraban por las oscuras callejas, pero aquella enorme masa hormigueante que tanto había impresionado a Woods en el atardecer ya se había fundido con las sombras.

Por un silencio y el modo en que evitaban su mirada, supo que los demás eran en parte conscientes de su impresión. Biko no había vuelto la cabeza una sola vez y seguía sentado, con el mentón apoyado en la mano, mirando por la ventanilla, como alguien que ha visto el espectáculo muchas veces, pero que en cada ocasión se siente afectado.

—Vamos a estirar las piernas —repuso finalmente Biko.

John detuvo el coche y todos bajaron. Les hacía buena falta y los gruñidos y gestos de relajamiento disiparon el ambiente de gravedad que los embargaba.

—La próxima vez vendremos en su Mercedes —bromeó Dye dando saltos para desentumecerse las piernas.

—Cuando vayas al paraíso no te dejarán ir en Mercedes —apostilló Mapetla, burlón— No tienes categoría.

—Tú qué sabes —replicó Dye—. Dame un puro y un buen traje y hasta los ángeles se pondrían firmes.

—Huy, huy, huy, y eso que no has bebido —replicó Mapetla, riendo.

Biko había apoyado las manos en el guardabarros delantero para flexionar su ágil cuerpo, primero en cuclillas y luego con las piernas rígidas. Finalmente se incorporó y miró a Woods. Era el primer contacto desde la entrada en el poblado y le escrutaba con la mirada. Pareció encontrar lo que buscaba y lanzó una sonrisa forzada.

—Vamos a dar una vuelta —dijo pausadamente.

Condujo a Woods de la calle principal a las callejas laterales. John y Mapetla caminaban unos pasos detrás, vigilantes. Anduvieron entre las casas, algunas con luz eléctrica, otras con lámparas de queroseno. Por las puertas salía una tenue nube de humo de los hornillos que comenzaba a planear sobre toda la zona. Vieron cómo preparaban la cena en cuartos atiborrados de gente, un hombre bañándose en una exigua bañera metálica, un par de prostitutas junto a una casa hablando con uno que vestía un mono asqueroso. Unos viejos calentaban latas de sopa en un fuego entre unos ladrillos, fuera en la calle. De vez en cuando la carrocería de un viejo automóvil hacía las veces de cobertizo. En dos ocasiones vieron pandillas de jovencuelos merodeadores. Eran los tsotsis —pandillas de negros que vivían a costa de sus compatriotas negros—, tolerados por la policía para que causaran disturbios en los poblados. Woods nunca los había visto, pero conocía su existencia y sabía su método coercitivo: un radio de bicicleta clavado en la columna vertebral que te dejaba lisiado de por vida.

En el umbral de algunas casas, golfos jóvenes —y de mediana edad— permanecían recostados, ociosos, mirando la calle y siguiendo con la vista los perros que iban de casa en casa, cómo descargaban un carro y sobre todo el itinerario de Woods y Biko.

Woods no se perdía detalle, del mismo modo que había observado la descarga de autobuses y taxis. Para él era un mundo nuevo. Como a los negros no se les permitía la entrada en las zonas residenciales

de los blancos al anochecer, tampoco era concebible que un blanco —con excepción de la policía— anduviese por un poblado negro a aquella hora. Lo que más le sorprendía era los negros «bien vestidos». Pensó que serían algún tipo de oficinistas de ambos sexos. Es lo que se dijo cuando los había visto en sus trajes oscuros arrugados a veces pero siempre limpios, al oír su curioso inglés, su fluido afrikaans; siempre había supuesto que vivían en casitas limpias, pobres quizá, pero, al igual que su ropa y su idioma, adecuado reflejo de la «vida blanca». Pero viendo aquellas casas sin agua corriente, sin luz eléctrica, todas con rudimentarias letrinas y cuartos minúsculos abarrotados de gente entregada a las más diversas actividades, comprendió que formaban parte de aquella extraña población

«desconocida», igual que los trabajadores, los golfos y los niños desperdigados. Doblaron una esquina en el momento en que un niño miraba furtivamente desde la

puerta de una casa oteando si en la calle había peligro, alguna pandilla; su mirada se

tropezó con Woods y Biko y echó a correr a toda velocidad hasta otra casa más alejada.

—Corre, hijo, corre —dijo Biko por primera vez mientras veían alejarse al niño—. Es un milagro que los niños sobrevivan en este ambiente —añadió amargamente contemplando el panorama—. La mayoría de las mujeres que tienen permiso de trabajo son criadas y sólo pueden ver a sus hijos unas horas los domingos. Aquí hay tantos borrachos y malhechores tan desesperados que son capaces de dar una paliza mortal a un niño si sospechan que tiene cinco rands.

Woods se volvió en la oscuridad de la calleja y se quedó mirando a Biko.

—¿Era usted un crío como ése hace unos años? —inquirió.

—Sí —contestó Biko, sonriendo—, aunque seguramente más asustado.

—¿Se ha criado en un poblado?

—La mayor parte del tiempo. Mi padre murió cuando yo era muy niño. Me llevaron a una escuela de misioneros alemanes y suizos.

Ahora lo entendía mejor Woods; iba a preguntarle a propósito de ello, pero Biko prosiguió en tono íntimo de confesión:

—Pero un crío sabe correr, y si sobrevives te crías en estas calles, en estas casuchas; tus padres hacen lo que pueden, pero al final recibes la educación que te da el hombre blanco...; luego vas a *su* ciudad a trabajar o a comprar, ves *sus* casas, *sus* calles, *sus* coches... Y empiezas a darte cuenta de que hay algo que «no está bien» respecto a ti, a tu condición humana. Algo que tiene que ver con tu negritud..., porque por muy tonto o listo que sea un niño blanco, ha nacido en *tu* mundo, mientras que un niño negro, tonto o listo, nace aquí..., y, tonto o listo, morirá aquí...

Volvió la mirada a Woods, que ni pudo ni quiso ocultar el impacto que le causaban aquellas palabras.

Caminaron en silencio durante un rato y luego Biko siguió hablando:

—Incluso para tener derecho legal a vivir en un poblado como éste —añadió mordaz—, el patrón blanco tiene que firmarte el pase cada mes o pierdes el derecho de residencia. Y aún si es tan amable y lo firma, es el gobierno el que te dice la casa en que has de vivir, los que tienen que vivir contigo y el precio del alquiler. No tienes derecho a poseer tierras ni a que tus hijos hereden nada. La tierra pertenece a los blancos..., y lo único que uno puede dejar a sus hijos es esto —concluyó pellizcándose suavemente un trozo de piel oscura del carrillo.

Pese a su capacidad de imaginación, Woods nunca había comprendido realmente el profundo abandono sin esperanza de la población negra. Aquella noche, las palabras de Biko se lo hicieron sentir a su alrededor..., como algo vivo.

Siguieron caminando algunos minutos más. Era evidente que Biko le llevaba a algún sitio concreto, y por último llegaron a una casa, exactamente igual por fuera que las otras. Conforme se acercaban oyeron el ritmo enfático de la música pop africana. Unos negros, charlando y riendo, entraron antes de que Biko y Woods llegaran a la puerta. Woods miró a su alrededor y vio cuatro o cinco viejos automóviles aparcados por allí, y en uno de ellos unos hombres bebiendo de una botella.

—¿Ha estado alguna vez en una taberna clandestina? —preguntó Biko.

—No en una de negros —contestó Woods.

—Si no es de negros, no es una taberna clandestina —replicó Biko con una mueca, adelantándose a la puerta y cediendo el paso a Woods—. Conozca una auténtica.

Una vez dentro le presentaron a la Reina del lugar, quien se comportó cual si tener clientes blancos fuese cosa normal, en realidad, salvo la primera mirada de sorpresa, ninguno de los que llenaban el local se fijó en Woods. Peter y Mapetla se sentaron a una mesa en un rincón y Biko trajo unos litros de cerveza y luego salió a bailar con la Reina.

A Woods le sorprendió la cantidad de gente que se apelotonaba en un local tan pequeño, que además estaba lleno de cosas. En todos los rincones había pertenencias amontonadas para hacer sitio para el negocio. El tocadiscos, que sonaba estridente, estaba situado sobre un montón de mantas, maletas de cartón, latas, cazuelas, abrigos, sombreros. Y aquél era el montón más pequeño.

Era una clientela estrictamente masculina. Junto a la Reina solamente había dos jovencitas. Una de siete años, bailando con uno que parecía su abuelo, y otra algo mayor que a Woods le dijeron era la sobrina de la Reina y que servía cerveza.

Algunos hombres bailaban, solos o sueltos pero en agradable compañía de otros. Un grupito fumaba hachís en un rincón en una bote-

lla con el cuello roto, dispositivo que potenciaba el efecto, según explicó Mapetla a Woods. Él sabía que el hachís circulaba hacía años entre la población negra, pero era la primera vez que lo veía fumar.

Después de lo que había visto en la calle, la impresión más evidente de aquel local era la alegría. Los hombres bebían y reían, charlaban y reían, bailaban y reían, fumaban y reían. Y no parecía ser un desahogo neurótico del cansancio y el embotamiento que había visto antes. Parecía un placer auténtico, saludable.

El propio Biko se había transformado: bailaba con la regordeta y alegre Reina con auténtica alegría. Era un bailarín ágil y experto y expresaba claramente el sentido del ritmo y la «presunción» masculina de su carácter. Su pareja parecía en la gloria y, a pesar de su corpulencia, se movía con elasticidad y ponía en el baile algo que, pese a sus carnes, resultaba erótico.

Woods se inclinó sobre la mesa para hacerse oír en medio de aquel estruendo.

—Tengo oído que las reinas de estos sitios son confidentes.

—Lo son —replicó Mapetla a gritos— porque la policía les cerraría el local si no lo fuesen.

Woods frunció el ceño sin comprender por qué actuaban tan desprecupadamente.

—... Ésta informa de ciertas cosas —prosiguió Mapetla— y «de otras... —Hizo un gesto encogiéndose de hombros, sonriente—. Además, le gusta Steve. Él tiene eso con las mujeres.

Woods volvió a dirigir la vista hacia Biko y comprobó que era cierto lo que Mapetla le decía.

—Es muy desenvuelto —gritó a John—. ¿Cuánto tiempo estuvo con los curas suizos?

—Siempre fue desenvuelto —contestó John riendo—. Con los curas suizos estuvo unos dos años. Su padre murió cuando él acababa de cumplir diecisiete años y ellos le recogieron.

Woods asintió con la cabeza; se imaginaba a aquel adolescente en la edad en que habría podido convertirse en un rebelde violento, con la

imaginación y las energías contenidas por los curas de un modo que pocas respuestas podía darle, y quizá forzándole a convertirse en algo peor.

La sobrina de la Reina se apartó de pronto de la mesa que servía y se acercó a la puerta de un segundo cuartito. Estaba justo detrás de Woods y, al entrar, la dejó abierta. Woods aprovechó para mirar. Allí dentro había montones de cajas He cerveza y más objetos, ropa, leña para la estufa, una alacena llena de cosas, pero la mayor parte del cuarto lo ocupaba una destartada cama metálica. En el colchón descansaba una vieja con la cabeza apoyada en unas almohadas, que miraba a Woods con ojos muy abiertos. A ambos lados de la vieja dormían dos niños. La mujer no apartó los ojos de Woods hasta que la sobrina volvió a salir cargada con una ruja de cerveza.

Woods dio con el codo a Mapetla antes de que la niña cerrase la puerta, señalándole la cama y a la Reina.

—¿Son suyos? —preguntó.

—Supongo —contestó Mapetla, encogiéndose de hombros—. De ella o de algún familiar.

—Yo no podría dormir con todo este jaleo todas las noches.

—Se acostumbran —afirmó John—. Lo mejor y lo peor de los seres humanos es que se acostumbran a casi todo...

Woods asintió con la cabeza. El baile concluyó y, tras un achuchón desenfadado y lisonjero a la Reina, Biko se llegó a la mesa, cogió una botella y dio un largo trago. Sin soltar la botella y con la respiración todavía agitada por el ejercicio, miró a Woods.

—He pedido champán —dijo—, pero me ha dicho que se les acabó todo a la hora del té.

La enrevesada ironía suscitó una carcajada en John. Woods no tuvo más remedio que sonreír.

—Bueno: a nadie parece importarle —comentó.

—No —replicó Biko—, es uno de nuestros dones. Disfrutamos de la vida de vez en cuando. La mayoría de los que ve aquí —añadió, volviéndose hacia la gente sin soltar la botella— no tienen cama propia. Carecen de permiso de trabajo y de residencia, por lo que

mujer y marido no pueden vivir en el mismo poblado. Tienen que arriesgarse a vivir en un poblado de forma ilegal, o vivir separados. Ustedes han logrado hacer lo que no consiguieron los esclavistas americanos, separar a las familias negras, y hay miles de esposos que se consideran afortunados si pueden verse una vez al año.

—Eso lo hace el gobierno afrikaaner —replicó Woods a la defensiva—. No impute a todos los blancos por el *apartheid*.

John miró a Biko y luego se volvió hacia Woods.

—No echamos la culpa a *todos* —comentó alegremente—, pero es que nos dejan sin mujeres. ¿Cuántas criadas tiene usted, señor Woods? —añadió en tono lascivo.

—Sólo una, John —contestó Woods, timorato.

—¿Está casada? —inquirió John.

—Lo siento —contestó Woods, asintiendo con la cabeza.

—¿Y cuántos días tiene libres? —volvió a preguntar John en tono ingenuo.

Woods se dio cuenta de la añagaza. Miró a Biko y comprendió que se había dejado sorprender.

—Medio día los domingos, como todas las criadas, ¿verdad? —añadió John.

—Bueno, es que... —tartamudeó Woods.

—Si fuese su esposa, señor Woods, y usted y los niños negros tuviesen que estar fuera de la ciudad cada día a las seis de la tarde, ni siquiera en domingo podría verla y estaría enfadado con los afrikaaner o con la gente para la que trabajase, ¿no? —concluyó John cerrando el razonamiento.

Woods quiso encontrar una respuesta adecuada, pero antes de que se le ocurriera algo, Biko intervino:

—No la tomes con él, John, ha venido aquí a divertirse. Vamos: beba —añadió mirando a Woods—. Voy a llevarle a cenar con una familia negra de las que no han separado.

La casita del poblado a que llevaron a Woods estaba dividida en cuatro cuartitos y la pieza central —en la que se cocinaba, *te* lavaba y se comía— era más pequeña que la taberna. Era la casa de unos

parientes de Tenjy y ella los aguardaba. Tras las presentaciones a la numerosa familia que llamaba hogar aquel lugar —los viejos padres, un hijo, la hermana de la madre y su marido con sus tres hijos, dos primos quinceañeros, y la sobrina y sobrino del padre—, sentaron a Woods al extremo de una mesa que habían alargado con tableros y cajas para hacer sitio a todos. Mapetla estaba a su lado y Biko y John al otro extremo, que en realidad quedaba ya dentro de uno de los diminutos dormitorios. A Woods volvió a chocarle aquella acumulación de objetos: ropas de cama, ropa de invierno, zapatos, libros viejos, sartenes, cazuelas, cuencos de madera; todos los adimículos necesarios para once perdonas, apilados a lo largo de las paredes en las habitaciones. La cena consistió en un estofado servido en platos grandes ron pan y arroz. No había luz eléctrica y comieron a la luz de lámparas de queroseno, una colgada del techo y otra en el extremo de la mesa junto a Biko. A pesar de lo difícil que era moverse, Biko se levantaba constantemente para servir, abrir las cervezas y hacer zalamerías a la tía de Tenjy, son—riéndole y dándole achuchones cada vez que la mujer rechazaba su ayuda. Una cena muy bulliciosa y comunitaria. Tenían hambre y comían con ganas y, por triste ironía, se sentían honrados de que un hombre blanco comiese con ellos.

John había dicho la oración antes de empezar, y aquel «Señor, gracias por estos alimentos» cobró un significado que a Woods jamás se le había ocurrido. Él se había criado en un país abierto y, por lo que él sabía, los negros nunca habían padecido hambre, pero en aquella casa sentía el esfuerzo y la enorme lucha que suponía dar una cena. Cuando el «Amén» de John fue coreado por los que estaban a la mesa, la voz de Woods se incorporó a la respuesta. Luego alzó la cabeza y se dirigió a los tíos de Tenjy.

—Me siento como en casa —dijo—. Mi padre era tendero en un pueblo y bastante tiempo fuimos la única familia blanca en millas a la redonda.

Había sentido el impulso de impresionarlos con sus credenciales de liberal, y era cierto, desde luego, pero lo que no fue capaz de decir es que ni él ni su padre habían compartido la mesa con los nativos. La ocasión en que más próximo había estado a esa experiencia fueron las tardes veraniegas en que su padre cerraba la tienda y se sen-

taba en una silla en el césped a fumar su pipa y a beber coñac de un gran frasco. Tenía siempre un vaso exclusivo para él y otro para los indígenas que iban saliendo de la oscuridad y formaban un círculo en el suelo a su alrededor. De niño, Woods se quedaba de pie tras la silla de su padre y escuchaba a los hombres contar historias. En aquella época su padre estaba conceptuado muy liberal por aquellas reuniones.

—No son pueblos y la tierra es mala; por eso el gobierno quiere que nos los quedemos —comentó Mapetla—. Pero eso estaría muy bien si lo hicieran al revés, dándonos nueve décimas partes de la tierra y dejaran los pueblos para los blancos.

John y el tío de Tenjy golpearon la mesa con el cuchillo manifestando su aprobación de la idea, pero el sobrino quinceañero los miró sorprendido.

—Los bóers nos ganaron la guerra; por eso tienen toda la tierra —comentó como enunciando una verdad evidente.

Biko se volvió hacia él, enfurecido, pero luego dio la vuelta a la mesa con el gran cuenco de estofado.

—Eso es lo que te enseñan en la escuela, ¿no, Tom?

—Claro, pero es verdad. Perdimos todas las guerras —replicó el muchacho.

—¿Y has aprendido en tus clases de historia que los alemanes y los japoneses perdieron la última guerra? —inquirió Biko, echándole en el plato una cucharada del guiso.

—Claro, y lo leo en los tebeos.

—Bien —dijo Biko, sonriente—; pues está clarísimo, porque a los alemanes y a los japoneses no los han puesto en una montaña ni en un desierto y les han dicho que era su pueblo, ¿no?

El muchacho asintió con la cabeza y Biko le revolvió el pelo.

—Los pueblos son otro método para dividirnos, Tom. Nos dicen que no somos sudafricanos, sino zulúes, chosas y sothos. Pues bien, recuerda que los blancos son bóers, ingleses, galeses y alemanes. Si quieren pueblos, que todos tengan pueblos. Puedes ir a poner una tienda al pueblo del señor Woods.

El muchacho sonrió.

—Por mí no hay inconveniente —intervino Woods—. Sé que tendría más crédito del bueno de Tom que de Steve.

—Eso por descontado —afirmó Biko con énfasis. Para calmar los ánimos el tío hizo una sugerencia.

—Podríamos invitar al señor Woods a nuestro partido de fútbol.

Se produjo un silencio con embarazosas miradas en torno a la mesa. Fue Biko quien lo rompió.

—¡Bah, no creo que el señor Woods traicione nuestra confianza! —dijo.

Pero aquélla fue la última palabra sobre el tema aquel día y Woods se quedó intrigado. Mientras contemplaba los rostros de los comensales en espera de alguna explicación, Biko le echó en el plato otro trozo de estofado.

—Vamos, coma; que va a tener una noche cumplida —indicó.

Después de cenar los hombres se espatarraron; John y el padre en sillas y los demás en el suelo. Bebieron cerveza y siguieron hablando sobre los «liberales» como Woods. Mientras tanto las mujeres trabajaban fregando los platos, lavando las ropas de trabajo que colgaron junto al hornillo para que estuvieran secas por la mañana, pero escuchaban e intervenían cuando les parecía oportuno. Woods advirtió que tenían que recurrir a una bomba afuera para coger agua y calentarla al fuego. Era rudimentario y fatigoso, pero, al igual que muchos trabajos rituales en muchos otros sitios, las mujeres parecían hacerlo de buena gana..., aunque pensó que quizá fuera aquella noche porque él —la visita blanca— era el objetivo de todo el grupo.

Mapetla inició el ataque con una estupenda descripción de la llegada del hombre blanco a África.

—Primero —empezó— llega el hombre blanco y dice: «¿Les importa que pase por aquí?» Y nosotros contestamos: «¡Qué caramba, no hombre, la tierra es de Dios!» Luego vuelve y dice: «¿Les importa que traiga a mi esposa e hijos?» Y nosotros contestamos: «Claro que no, hay mucha tierra y para comer nos basta con ir de caza un par de días a la montaña. ¡Que Dios le acompañe en el viaje!» Lue-

go el blanco encuentra un lugar y lo rodea con una valla y dice: «Voy a asentarme aquí y a trabajar la tierra.» Nosotros nos encogemos de hombros y decimos: «De acuerdo. Daremos la vuelta, amigo.» Luego el hombre blanco amplía las vallas y dice: «Oigan: cada vez que pasan por aquí molestan al ganado. ¿Les importaría no pasar por aquí?» Y nosotros nos encogemos de hombros y nos apartamos un poco, y el blanco coge el rifle y dice: «Escuchen: no podemos estar todo el tiempo con gente rondando por aquí, tendrán que tener un pase para que podamos llevar control de quién viene y quién va.» Y todo el tiempo sus sacerdotes andan predicándonos la fraternidad y el amor. Por eso, al final, lo que tenemos es fraternidad y amor y ellos tienen toda la tierra.

Woods no tuvo más remedio que sonreír a tamaña verdad, como hicieron los demás, pero sólo para sentirse más fuerte en su posición:

—Vamos; no es que defienda el pasado, ni lo que ahora sucede, pero tienen que reconocer la utilidad del cambio que una sociedad industrial procura.

—¿A nosotros? —exclamó Mapetla, escéptico.

—Bueno; ahora mismo no —replicó Woods, señalando a Biko, que estaba espatarrado en el suelo tallando un trozo de madera dura—, pero si dejáis de hacer caso a Steve Biko y dejáis que los «liberales» os integremos en *nuestra* sociedad, si...

Tenjoy entraba cargada con un cubo de agua ayudada por su sobrino. Como las otras mujeres, se había puesto una especie de bata vieja mientras lavaba el «vestido bueno».

Había oído la última observación de Woods y terció en la conversación.

—Sí —comentó indignada—, quieren darnos una educación *ligeramente* mejor para que podamos acceder a trabajos *ligeramente* mejores.

—Quizás al principio —replicó Woods—, pero sólo al principio. A largo...

—Al principio o al final —interrumpió John—. Lo que está diciendo es que su sociedad es mejor que la nuestra, por lo que ustedes los liberales van a enseñarnos generosamente cómo vivir a su manera.

Woods quedó algo perplejo ante la objeción, porque él así lo pensaba, pero ¿cómo rebatirles sin ofenderlos? Miró a Biko, que le observaba con aquella penetrante sonrisa levemente burlona.

—No queremos que nos «metan» en su sociedad —dijo, ya con sonrisa menos burlona—. Yo quiero ser yo (tal como soy), y pueden meterme en la cárcel, o matarme, pero no voy a ser lo que ustedes quieren que sea.

Al decirlo se le había borrado la sonrisa y Woods advirtió la frialdad y tensión que se había creado entre ellos.

—No se trata de lo que queramos que sea —replicó intentando disipar la hostilidad—, pero tiene que admitir que hay ciertas ventajas en nuestra clase de sociedad; por ejemplo, mueren muchos menos bebés blancos que negros, y tenemos más...

—Fusiles, bombas, úlceras y suicidios —interrumpió Biko—. Aparte piscinas y Mercedes. Sus prioridades han producido un mundo en el que todo el planeta puede volar por los aires si alguien comete un error.

—De acuerdo —asintió Woods—, hay cosas malas, pero hay muchas buenas y...

—¿Nuestra sociedad *sólo* es mala? —inquirió Biko, tajante.

—No, no digo eso —contestó Woods.

—Cuando estudiaba con los curas suizos —prosiguió Biko sin hacer caso de Woods— leí una definición de la cultura que decía: «Cultura no es más que el equivalente a decir: así trata una comunidad de responder a los problemas vitales.»

¿Está usted de acuerdo?

—En lo que estoy de acuerdo —respondió Woods con una sonrisa ambigua— es en que esos curas suizos tendrían mucho que decir. Pero, sí, estoy de acuerdo.

—En su sociedad blanca —prosiguió Biko, haciendo una leve concesión en su tono a la buena disposición por parte de Woods por

mantener el diálogo sin excitarse—, cuando llamas a la puerta de alguien, si es buena persona te dice:

«¿Qué se le ofrece?» Se da por supuesto que la gente está por obtener algo de ella, o por lo que te da. Nosotros no pensamos así. No queremos el planteamiento de que estamos en este mundo por algún percance celeste que nos obligue eternamente a una competitividad y rivalidad desastrosas.

Woods lanzó una carcajada por la manera de juzgar la mentalidad «blanca». Su actitud humorística produjo en el rostro de Biko la sonrisa que esperaba.

—Dijo usted que se crió entre negros —intervino John, Abundando en el tema—.

¿Ha advertido acaso que nuestras canciones son canciones de grupo y no lamentos solitarios a la luna por hallarse sin compañía en un mundo repugnante?

Woods volvió a reír, pero asintió convencido y dijo: «Sí, si», porque era una observación justa en relación con la canción africana. No sabía exactamente el sentido subyacente, pero desde luego era cierto y le había encantado la imagen pintada por John del blanco «en su lamento solitario a la luna».

Volvió a intervenir Tenjy, que con las otras mujeres estaba colgando la ropa «buena» en la cuerda tendida por en—rima de la estufa.

—Sabemos que las potencias blancas han hecho maravillas dando al mundo industria, armas y medicinas, pero quizá nuestra cultura tenga algo que aportar para que la gente «prenda a vivir junta. No queremos perder eso y dejarnos absorber en sus ropas, en sus actitudes.

—Tiene razón —dijo el tío—. Éste es un país africano y tenemos derecho en primer lugar a nuestro sitio, a nuestras maneras y luego nos uniremos a nuestros hermanos y hermanas blancos y hallaremos el modo de vivir en paz. No puede ser «le la manera que ustedes quieren imponer.

—Eso me parece bien —contestó Woods—, pero tampoco se puede hacer en el vacío. No se puede retroceder, porque el siglo veinte avanza para todos.

—Pero no tiene por qué avanzar sólo al ritmo de ustedes —comentó Mapetla—. Lo mejor que ustedes desean para nosotros es que nos sentemos a *su* mesa, con *su* vajilla y *su* platería, y si aprendemos a hacerlo como ustedes, nos dejan amablemente quedarnos. Nosotros queremos frotar la mesa para que reluzca. Es una mesa *africana* en la que queremos sentarnos con pleno derecho.

Aquella afirmación rotunda revelaba entresijos de amargura que a Woods le eran desconocidos. Se quedó mirando en silencio a Mapetla, tratando de rechazarlo interiormente, cuando John, advirtiéndolo la impresión que aquello le causaba, tocó su mano.

—También usted se sentará a esa mesa —dijo—. Sabemos que es tanto su casa como la nuestra, pero no se sentará como dueño de la casa, sino como uno de la familia.

—Me consuela saber que piensan dejarnos sentar —dijo Woods con un suspiro, haciendo el máximo de concesión posible y provocando las primeras sonrisas sin reservas de la conversación.

El tío de Tenjy sirvió más cerveza en el vaso de Woods.

—Recuerde —añadió bonachón— que antes de que llegaran ustedes hace mucho tiempo teníamos nuestra cultura; teníamos muchos pueblos pequeños, donde todo el mundo se conocía. Usted conoce nuestro idioma y sabe que la palabra que utilizamos para decir *sobrino* es «el hijo de mi hermano», Tenjy no llama *tía* a mi esposa, sino

«hermana de madre». Nosotros no tenemos vocablos aparte para los miembros de la familia, todos comienzan con «hermano» o «hermana» y todos nos cuidamos mutuamente.

La idea causó auténtico impacto en Woods. Sabía de aquellas peculiaridades de las lenguas africanas desde que había aprendido a hablarlas y las hablaba desde niño. Pero cuando se hizo mayor y pensó en esos detalles, los interpretó como prueba de la pobreza del idioma; ahora comprendía que quizá fuese algo más profundo, un modo de mantener apretados los vínculos familiares, de forjar aquella otra familia ampliada global que era otra faceta de la sociedad negra que él había advertido desde el primer momento en que había cobrado conciencia de la diferencia blancos—negros.

—Ustedes consideran primitivos los pueblos en que vivimos —añadió Mapetla—, pero en esos pueblos no había ricos ni muertos de hambre. La tierra era de *toda* la tribu y no había nadie sin casa durmiendo en la calle, ni niños en orfanatos.

Aquello causó también impacto en Woods. Tenjy estaba quitando un jersey a su padre para incluirlo en la siguiente colada, pero no quitaba la vista de Woods y vio que estaban minando sus convicciones.

—Nosotros tenemos muchas cosas buenas —dijo— que su sociedad aún no ha conseguido.

—Tenían guerras tribales —replicó Woods sonriendo— en este idílico país suyo, por cierto.

—¿Y cómo califica usted a la primera y segunda guerra mundiales? —inquirió Biko. Se hizo un instante de silencio y todos rompieron a reír.

Woods lanzó una mirada a Biko. Detrás de él, en el pequeño dormitorio, vio a tres pequeños durmiendo en un colchón en el suelo. Había en la escena algo tan casero que chocaba con su primera visión de un fanático negro. Biko le «largó la figura que había estado tallando».

—Tenga —dijo—. Para sus hijos. Arte africano. Aprendí a hacerlo cuando su sociedad me otorgó generosamente cien días de celda de aislamiento.

—Gracias —dijo Woods cogiendo la figurita de un hombre con una lanza y dirigiendo la vista a los demás—. Todos os expresáis muy bien, pero hay en ello algo que me asusta.

—Naturalmente que lo hay —replicó Mapetla—. En el mundo de ustedes todo lo «blanco» es «normal» (que es como tiene que ser el mundo) y todo lo «negro» es «malo» o un error.

Los demás asintieron a coro.

—Y lo verdaderamente genial —añadió Biko— es que durante décadas han conseguido inculcárnoslo también a la mayoría.

Woods esbozó una sonrisa, pero sabía que el comentario no era totalmente cierto.

—No es usted justo con mucha gente que...

—En realidad nuestro caso es muy sencillo —le interrumpió Biko pausadamente—. Nosotros creemos en un Dios *inteligente*. Creemos que Él sabía lo que hacía al crear al hombre negro... Igual que cuando creó al blanco...

Sostuvo la mirada de Woods, a quien la profundidad y ecuanimidad de aquel juicio afectó más que nada de lo que había visto aquel día tan agitado.

Transcurrieron seis semanas antes de que el consejo de administración del periódico volviera a reunirse. Entretanto Woods había llevado a Wendy a la clínica de Zanempilo. La primera visita fue como una verificación de sus propias impresiones.

¿Vería lo mismo que él, o, con su mentalidad racional y sensata, ella le haría sentirse como un romántico crédulo? Pero se equivocaba. Wendy se entendió inmediatamente con Mamphela y Ntsiki. Le costó más aceptar a Biko. Era físicamente tan atractivo y parecía tan dueño de una relación especial con la hermosa Mamphela y con su graciosa esposa. Wendy instintivamente acusaba la situación pero se resistía a ir más lejos en sus averiguaciones.

Cuando la conversación derivaba hacia el asunto de Conciencia Negra, Biko siempre intervenía el último, pero su análisis, su tranquila seguridad y la originalidad de su juicio bastaba para vencer las reservas de principio de Wendy. Sabía que la gente nunca más volvería a vivir en tribus, pero coincidía fundamentalmente con lo que él decía respecto al enfoque negro de la vida en comunidad. Wendy comprendía la necesidad de cimentar la dignidad negra en una acción negra con ideario negro.

Además, había otra cosa. Con su penetrante intuición femenina veía bajo la elocuencia y el humor de Steve a un individuo profundamente herido por un sentido trágico. No sabía si era por su vida, por su pueblo o por Sudáfrica, pero ella lo advertía; era algo profundo y evidente. Y cuando lo manifestó, también Woods lo advirtió. Y, naturalmente, estrechó sus mutuos vínculos.

Les resultó divertido enterarse de cómo Steve burlaba la vigilancia de sus «cuidadores». En la clínica había siempre alguien observando a los dos policías de forma que si se advertía el menor peligro de que irrumpieran en una reunión, inmediatamente se avisaba a Steve para que se retirase a una habitación aislada. Cuando iban de paseo, Donald o Wendy se retrasaban unos pasos, de modo que, aunque formalmente cumplían los requisitos del confinamiento, podían

mantener una conversación entre los tres. Pero cuando estaba sin restricciones a la vista de la policía, Steve cumplía escrupulosamente las condiciones del destierro. No se dejaba ver con un bolígrafo; no tomaba ni un vaso de agua ni una taza de café con más de una persona ni un solo segundo. Su criterio era que si en su presencia se ceñía religiosamente al castigo, habría menos posibilidades de que sospechasen que lo infringía gravemente cuando no le veían.

Durante una visita de Woods, Biko le sugirió por primera vez que contratase a un periodista negro. Era una idea tan poco convencional que, al principio, Woods pensó que bromeaba. Pero Wendy sabía que no. Ella no sólo opinaba que debía ser un negro, sino una mujer negra.

Cuando llegó el momento de asistir a la reunión del consejo, Woods estaba convencido de que necesitaba las dos cosas: un periodista y una periodista.

Al consejo le costó más convencerlo. ¿Y qué información iban a cubrir? ¿A quién le iba a importar ese detalle? Woods arguyó que ganarían nuevos lectores entre la población negra y Ted Heizel, el contable, replicó que seguramente perderían un anunciante blanco por cada lector negro que ganasen. Woods insistió en que los negros constituían un gran mercado y que los anunciantes agradecerían la posibilidad de influir en ellos. Pero no todos estaban de acuerdo. Woods tenía la impresión de que una votación le sería adversa, a pesar de que los más significados le apoyaban; en cuanto a los otros, no sabía qué le indignaba más, si su falta de confianza en él o la fatua creencia de que las noticias sobre los negros no tenían importancia si no era en el caso de revueltas o de intervención gubernamental. Dejó que pasaran a tratar otro asunto, y cuando terminaron les dijo que en la cuestión del contrato del nuevo personal una decisión que no fuera unánime minaría la moción, y que juzgaba que había que someterlo a votación, pero con la condición tácita de que el resultado era para él cuestión de principios y que un solo voto en contra motivaría su dimisión.

Al día siguiente llegó tarde al despacho. Todos estaban trabajando cuando entró — con paso animado— seguido de Tenjy y Mapetla. Los dos mostraban su misma actitud decidida, pero iban tensos de

temor y angustia acompañándole en aquel reducto blanco de poder e influencia.

La redacción se detuvo, en medio de una frase, en medio de una palabra, a mirarlos. Julie Davenport, la directora de sociedad, derramó el café en el escritorio y ni se dio cuenta hasta que el reducido séquito hubo entrado en el despacho de Woods.

Ken Robertson estaba sentado en el borde del escritorio «le Woods leyendo un original cuando éste abrió la puerta. El joven alzó la vista para hablar, pero se quedó con la boca abierta.

—Ken —dijo Woods, animoso, mientras colgaba la chaqueta en el respaldo del sillón—, te presento a Tenjy Mtinsto y Mapetla Mohapi. Son de King Williams Town, donde nos conocimos hace unas semanas; y tengo el gusto de comunicarte que el consejo ha aprobado su incorporación a la plantilla.

Ken miraba a Woods sin saber qué decir. A continuación miró a Tenjy y a Mapetla, que vestían sus mejores ropas, pero no cabía duda de que eran negros. Como el resto del personal, había oído que en la última reunión del consejo había habido jaleo, pero aquello no se lo imaginaba.

Woods cogió el teléfono mientras observaba la sorprendida acogida de Ken a Tenjy y a Mapetla.

—Ann —dijo—, llame a Bob y dígame que voy a enviarle dos nuevos empleados para que los incluya en nómina, y luego pase usted para acompañarlos a contabilidad

—colgó y se volvió hacia Ken—. Enseñales el proceso de originales. —Mientras Ken asentía sin haber salido aún de su sorpresa, entró Ann—. Ann, nuestros dos nuevos reporteros, Tenjy y Mapetla. Cuando acaben en el departamento de personal, haga el favor de enseñarles la oficina.

—Por supuesto —musitó Ann, mirándole como a la espera de alguna explicación. Pero no hubo ninguna. Woods volvió a dirigirse a Ken.

—Cuando hayan dado una vuelta a la oficina, quisiera que tú y Bob les enseñaseis el uso de las cámaras fotográficas.

Ann hizo signo de acompañarlos y Tenjy se volvió para decir gracias. Woods hizo un gesto displicente con la mano como indicando que no eran necesarias y se sentó al escritorio a revisar el correo y los télex. Al advertir que Ken seguía en el despacho, levantó la vista.

—Les pondré un trabajo para mañana en la lista de salidas —dijo. Ken se le quedó mirando.

—De acuerdo —musitó distraídamente y se acercó a la mesa—. Esto..., perdone, jefe, pero... ¿dónde van a trabajar?

Woods le miró sin inmutarse y señaló con un amplio gesto la espaciosa sala al otro lado de los cristales del despacho.

—En la redacción.

Ken asintió con la cabeza.

—La redacción. Claro. ¿Dónde si no? —Woods sonrió y Ken meneó la cabeza—. Dígame una cosa: ¿ese Biko practica también la magia negra?

Lista vez la sonrisa de Woods no fue tan espontánea y contestó más pausadamente.

—No estoy muy seguro —dijo pensativo—. Creo que merece la pena probar. Cubrirán las noticias de la población negra. Temas que no hemos tocado antes: bodas, música, deportes..., delitos. No es nada ilegal y conseguiremos muchos nuevos lectores.

—¡Oh! Estoy seguro de que a los lectores blancos les encantará..., y cuando empiecen a escribir sobre la Conciencia Negra... —añadió abriendo las manos en amplio gesto—¡Guau!

Woods hizo una mueca.

—No te preocupes —dijo—, recuerda que es mi lápiz azul el que decide lo que se publica.

—Naturalmente, *boas*, señor —contestó Ken yendo hacia la puerta, haciendo una reverencia y entrando en la redacción.

—¡Ken! —gritó Woods. Ken volvió a meter la cabeza por el quicio de la puerta—. A ti te gusta el fútbol, ¿verdad? —preguntó el jefe.

Ken asintió con la cabeza, algo perplejo por la pregunta y ir gran sonrisa de Woods.

Dos semanas después de que Tenjy y Mapetla comenzasen a trabajar en el periódico, Ken comprendería a cuento de qué venía aquella pregunta. Woods le había dicho que no hiciese planes el domingo y luego le citó en una carretera secundarla fuera de la ciudad. Cuando llegó, Woods le hizo signo de que dejase el coche fuera de la carretera, junto al suyo. Cinco minutos después llegaba un taxi negro. En él iban Mapetla y Dye, que hicieron sitio entre ambos a Woods y a Ken en el asiento de atrás. Ken estaba perplejo y un poco molesto.

—¿Dónde demonios vamos? —inquirió—. ¿Tengo que comunicar a mi familiar más próximo que no sé si volveré?

—Vas a un partido de fútbol indígena —contestó Mapetla—.

El único peligro que vas a correr es el de perder tu confianza en que los blancos son los que mejor juegan al fútbol en esta tierra.

Su actitud con Ken denotaba que la relación había progresado mucho en aquellas dos semanas.

Ken miró a Woods.

—Si me lo hubiera dicho, habría traído mi pañuelo de los East London Pirates.

—¡Ah! Si lo hubieras hecho no estoy muy seguro de que hubiese podido garantizarte tu integridad personal —terció Mapetla— porque nuestros muchachos son muy fieles.

Ken y Woods sabían que existía un mundo del deporte negro en Sudáfrica y que las fidelidades eran inquebrantables. Aunque no se leía en los periódicos ni se veía por televisión, los negros tenían sus propias ligas de fútbol, de críquet y de rugby, pero como las leyes de libre circulación y residencia restringían sus movimientos por el país, no había grandes equipos negros a nivel nacional. En alguna zona podía surgir un ídolo y hasta conseguir tal fama que los blancos hubieran oído hablar de él, pero como un deportista negro no podía disponer de tiempo para entrenarse ni de entrenadores de calidad, el nivel deportivo seguía siendo bastante *amateur*. Los equipos eran siempre locales y la multitud negra conocía a los jugadores como miembros que eran de la comunidad, por lo que en los partidos todos se mostraban fieles a su equipo, se divertían y... a veces llegaban a las manos.

Mapetla lo había programado de manera que llegasen al campo cuando ya la mayoría de los aficionados ocuparan sus sitios. El estadio no era grande, pero estaba construido en un anfiteatro natural que daba cabida a unas diez filas de espectadores a cada lado del campo. En los dos extremos cortos la gente asistía de pie al encuentro y llenaba los terraplenes.

Mapetla pagó el taxi y con Ken, Woods y otros rezagados se apresuró hacia la entrada. La gente los miraba y, al entrar, tres con aspecto duro se interpusieron a su paso con las piernas abiertas.

—Perdone, *baas*. ¿Qué se le ofrece? —dijo uno alzando la mano.

—No pasa nada —repuso Mapetla, adelantándose con Dye—. Son amigos de Steve

Biko.

—¿Biko? —inquirió impasible el duro entornando los ojos—. Biko está en King

Williams Town y no tiene nada que ver con este partido.

En torno a ellos se fueron arremolinando más duros, que por lo visto rodeaban el estadio como equipo de protección.

—Mira, hombre —replicó Mapetla—, no te preocupes. Estos blancos son...

No acabó la frase porque vio a John Qumza que venía corriendo desde la puerta.

—¡G. P.! ¡G. P.! —gritó, y el duro se volvió hacia él—. No pasa nada, Steve les dijo que vinieran.

G. P. se volvió hacia Woods y Ken con gesto escéptico, mientras John llegaba a la altura del grupo.

—Hola, señor Woods —dijo—. ¡Vamos, hombre! —añadió dirigiéndose de nuevo a G. P.—. Si fuesen delatores no serían de piel blanca. Y si fuesen del «Sistema» no iban a esperar que nadie les diese permiso.

G. P. no parecía aún del todo convencido. Alargó la mano y cogió la cámara de Ken.

—Ellos, conforme; pero esto no.

Por un instante John no supo qué hacer. Pensó que habla sido una estupidez por parte de Woods dejar a Ken que llevara una cámara, pero en realidad ellos no sabían nada.

—Mapetla —dijo—, lleva la cámara a mi coche. Tiene razón, no es una idea acertada.

Entregó a Mapetla las llaves del coche, señalándole donde estaba. Aquello satisfizo a todos y G. P. y sus colegas dejaron pasar a Woods y a Ken, aunque mirándolos con desconfianza.

Conforme se aproximaban al terreno de juego oyeron hablar por un altavoz, al tiempo que John los instaba a apresurarse.

—Un partido de fútbol indígena es un acontecimiento en el que normalmente no se sorprende a un blanco —dijo—. Así que si alguien se encarga de algún modo de los «cachiporras», podrán tener una buena entrevista sin molestias.

Entraron en el campo y ahora oyeron claramente al que hablaba por el altavoz:

—... seguro, segurísimo que pagan a algunos de los nuestros para que siembren la discordia entre nosotros.

Woods no conocía al hombre que con túnica oro y marrón se alzaba en un podio en medio de las gradas atestadas, pero habría reconocido su nombre si lo hubiera visto escrito. Era Mzimbi, un líder negro buscado por la Policía de Seguridad por ser partidario declarado de la revolución violenta.

Los dos equipos estaban ya en el campo, calentándose mientras el orador hablaba, y parte del público miraba a los jugadores, pero todos escuchaban a Mzimbi.

—¿Y por qué el blanco les paga? —proseguía Mzimbi—. Porque cuando luchamos entre nosotros, cuando una tribu se enfrenta a otra, puede decir: «¿No lo veis? Son incapaces de arreglar sus vidas.»

Se oyeron algunas aclamaciones. John conducía a Woods y a Ken escalones arriba hasta la parte superior de la grada. Con Mzimbi al otro lado y los equipos en el terreno de juego, el grupo sólo llamó la atención a unos pocos, pero éstos los miraron con cierta alarma y suspicacia.

—... Y cuando consigue que luchemos entre nosotros y nuestros amigos de ultramar lo ven —proseguía Mzimbi—, entonces ¡los convence de que tiene razón en decirnos *dónde* tenemos que vivir y *cómo* tenemos que vivir!

Otra vez se oyó el consenso de una salva de aplausos.

Woods y Ken tomaron los asientos que les había reservado John y procuraron pasar lo más inadvertidos posible.

—Así puede seguir negándonos los mejores trabajos —decía Mzimbi—, pagándonos menos por hacer el mismo trabajo que los blancos y aprobando sus leyes sin escuchar *una sola palabra* de lo que digamos.

Se repitió el enfebrecido aplauso. Ken miró a Woods con una expresión que parecía decir: «¿Dónde diablos nos hemos metido?» Woods sonrió y siguió escuchando atentamente.

—No olvidéis —dijo Mzimbi, acusador— ¡que mataron a más de cuatrocientos estudiantes negros el año pasado!

Ahora no fue un aplauso sino un rugido de cólera lo que respondió a sus palabras.

—¡Por eso tenemos que estar unidos! —vociferó—. ¡Como un solo hombre tenemos que hacer saber a los blancos que se ha acabado la explotación del negro!

La gente se puso en pie en el estado aplaudiendo. Ken volvió a lanzar una mirada a

Woods y meneó la cabeza asombrado.

Mzimbi continuó acoplando la cadencia de su discurso al ritmo de los aplausos.

—¡Y si la única manera de que lo entienda es decirle que nunca podrá dormir tranquilo en su gran cama en su gran casa blanca, *así lo haremos!*

Aquello era el final del discurso y la gente rugía. Mzimbi respondió a los aplausos levantando las manos en gesto triunfal. Woods contemplaba la escena, y, sabiendo que Biko era partidario del cambio no violento, se preguntó cómo podría habérselas con una multitud

enfebrecida como aquélla. Finalmente Mzimbi pidió silencio y la gente volvió a sentarse poco a poco.

—Ahora tenemos una sorpresa —añadió Mzimbi—. Es una persona algo modesta, pero escuchad lo que va a deciros.

A continuación hizo un gesto de adiós a todos y desapareció entre la multitud protegido por una falange de guardaespaldas.

Por un instante se hizo el silencio y luego una voz espiritual se hizo oír por el micrófono.

—¡Ésta es la reunión ilegal más numerosa que he visto! —dijo la voz, suscitando una ola de aprobación y risas.

Woods reconoció inmediatamente la voz de Biko, pero no le localizó entre la multitud. Todos trataban de ver de dónde procedía la «voz» y algunos murmuraban:

«Es Biko, es Steve Biko.»

—He oído lo que ha dicho el último que ha intervenido y estoy de acuerdo: ¡*vamos a cambiar* Sudáfrica!

La multitud lanzó un grito de aprobación.

Mzimbi se disponía a alejarse clandestinamente del estadio en un viejo Renault con cuatro de sus ayudantes cuando oyó el grito de la multitud y pensó que Biko no lograría borrar la impresión que él había causado.

En el estadio la voz de Biko seguía resonando.

—¡Lo que tenemos que decidir es la mejor manera de hacerlo! ¡Creedme: el hombre blanco no es invencible!

Sus palabras levantaron otra ola de aprobación. Woods y Ken continuaban tratando de localizarle y Ken prestaba ya atención a lo que decía.

—Agradecidísimo de que me haya traído —dijo con un hilo de voz.

Pero, conociendo las ideas de Biko, a Woods no le preocupó. Acababa de comprobar que con humor y una llamada a la nueva Sudáfrica, Biko se había ganado hábilmente al público, lo que, dada la fuerza de la soflama de Mzimbi, no era nada fácil.

—Una de las cosas que podemos hacer —tronaba el altavoz— es atacarle donde sea fuerte. Podemos (tenemos ese poder) y él lo sabe.

—¡Allí! —exclamó Ken señalando un punto situado a la derecha de la grada, y Woods vio, efectivamente, a Biko en el escalón más alto, con John Qumza y Mapetla a derecha e izquierda y otros rodeándolo.

—Pero por muy airados que debemos estar —proseguía Biko—, recordad que en esta lucha no hay que matar a *nadie*, ¡sino matar la *idea* de que una clase de hombre sea superior a otra clase de hombre!

Su naturalidad y el tono personal e íntimo del razonamiento habían calmado a la muchedumbre. Hasta los jugadores en el terreno de juego comenzaban a abandonar los ejercicios de calentamiento para sentarse o escuchar de pie lo que decía.

—Y matar esa *idea* no depende del hombre blanco. Tenemos que dejar de esperar que él nos *dé* algo.

Se produjo una oleada de aplausos de la multitud arrastrada por sus palabras, sin que supiera realmente dónde quería ir a parar.

—Tenemos que llenar la comunidad negra de orgullo propio —continuó Biko—. No con algo que nos *den*, sino con algo que obtengamos de nuestras propias vidas.

Woods miró a Ken como obligándole a admitir que aquello era algo que no se esperaba, pero Ken se limitó a encogerse de hombros, escéptico.

Pero si no se había ganado a Ken, Biko se había hecho con el resto del público. No hablaba recurriendo a los viejos lemas que suscitaban una respuesta automática, no pedía venganza ni ira, decía cosas que no se habían dicho nunca y la multitud le escuchaba de un modo que obligaba a Biko a hacer largas pausas entre una idea y otra, dejándola reflexionar.

—Tenemos que enseñar a nuestros hijos la historia *negra* —prosiguió—, hablarles de nuestros héroes *negros*, de nuestra cultura *negra* para que no se vean frente al hombre blanco como *inferiores*.

Ante aquellas palabras la muchedumbre reaccionó y un aplauso recorrió el estadio. No eran voces y gritos, sino una aprobación tranquila y sentida.

—Y *entonces* —afirmó Biko con énfasis—, *entonces* estaremos en igualdad de condiciones haga lo que haga. En conflicto si quiere..., pero también tendiéndole una mano para decir que los dos podemos hacer un país en el que valga la pena vivir. ¡Una Sudáfrica tan hermosa como lo es esta tierra y tan hermosa como somos *nosotros!*

Se hizo otra vez silencio y a continuación una respuesta abrumadora, interminable, con gritos de júbilo, aplausos, silbidos y pateos. Woods estaba de pie aplaudiendo como los demás, ante la perplejidad de Ken, quien finalmente se levantó uniéndose a los demás con un tímido aplauso.

Los revolucionarios negros en Sudáfrica suelen decir que si hay tres negros juntos uno de ellos es confidente del gobierno. Es una exageración que refleja una triste verdad. En Sudáfrica existen muchos medios para sobornar a los delatores, y no sólo con simples amenazas, detenciones arbitrarias o cárcel, sino incentivos concretos como puede ser un permiso de trabajo para una hija o un hijo, o un permiso de residencia para la esposa, el riesgo de perder el trabajo o la perspectiva de otro mejor.

No era de extrañar que la policía se enterase de la reunión en el campo de fútbol. Tardaron algo más en saber la identidad de los principales participantes, pero al cabo de unos días los cuidadores de Biko recibieron la orden de llevarlo a la comisaría de King Williams Town.

El gran temor de los delatores es que los descubran y sean objeto de venganza. Por eso la policía ha establecido un método rudimentario pero eficaz para ocultar la identidad de sus informadores. Cuando hicieron pasar a Biko al despacho del capitán De Wet, le mandaron sentarse en una silla frente a una caja de cartón de dos metros como las que sirven para embalar neveras. La caja tenía una pequeña ranura y Biko sólo veía los ojos de un rostro negro.

—Es él —dijo una voz dentro de la caja—. Es el hombre que había en el estadio.

De Wet se situó delante de Biko y el confidente salió de la caja y desapareció por un pasillo interior. Una vez cerrada la puerta, como señal de que ya no estaba, De Wet sonrió tranquilamente a Biko y luego cruzó el despacho y cerró la puerta principal. Biko sabía que aquello era probablemente el prelude de un interrogatorio muy «físico», y habló pausadamente, pero su tono era tan intimidatorio como la presencia de los dos policías a sus espaldas.

—Sabe que no soy partidario de la «violencia», De Wet; no cometa el error de tratarme sin respeto.

De Wet volvió a situarse ante él y la sonrisa en su rostro se tornó sórdida.

—No me digas lo que tengo que hacer, cafre —respondió pausadamente—. Por haber salido del confinamiento y hablar ante la multitud, en ese juicio no serás «testigo»; te sentarás en el banquillo *con* tus amigos. Por incitar al odio racial.

—¿Quién me acusa? —replicó Biko con desdén—. ¿Cómo se llama? —añadió con un gesto de la cabeza dirigido a la caja de cartón.

Había logrado minar parte de la amenaza del rostro de "De Wet, que ahora parecía menos seguro.

—Capitán De Wet —prosiguió Biko con peligrosa familiaridad—, no va a enviarme ante un tribunal de Pretoria basándose en las «pruebas» de un confidente a sueldo oculto en una caja de cartón, ¿verdad? —De Wet no dijo nada y Biko sonrió—. Todos sabemos que esa gente dice lo que se les ordena.

De Wet hizo una pausa, reflexionando, y luego agachó la cabeza situándola casi a la altura de la de Biko.

—Eres un veneno, Biko —dijo mascando las palabras—, y voy a hacer que te encierren.

La sonrisa de Biko era casi amistosa, pero se advertía en ella el desdén.

—No con esa clase de testimonio —dijo—. No querrá hacer el ridículo.

Aquello suscitó la ira de De Wet, que dirigió el puño derecho al rostro de Biko, pero éste se zafó de las manos que le sujetaban los hombros y paró el golpe con la velocidad y la fuerza de atleta natural que le caracterizaban.

—No lo haga —repuso con rabia controlada, igual a la de De Wet.

Los dos policías le agarraron los brazos y le obligaron a quedarse pegado contra el respaldo. Biko no se resistió, pero su mirada permaneció fija en De Wet. La furia en los ojos de éste podía interpretarse como desafío o como amenaza, según donde uno pensara que estaba el poder, y De Wet pensaba que el poder era de él. Miró a los dos policías y éstos sujetaron con fuerza a Biko. De Wet le lanzó un

brutal revés que le hizo torcer la cabeza a un lado y chorrear sangre por la boca.

Biko echó la cabeza hacia atrás y un hilillo de sangre le corrió por la barbilla, pero sostuvo la mirada a De Wet, ahora con estoica resignación. Ahora el capitán había quedado satisfecho porque Biko entendiese quién mandaba en aquel edificio.

Hizo gesto a los policías para que le dejaran y éstos le soltaron los brazos. Inmediatamente Biko dio un salto y le devolvió el revés con igual saña. De Wet perdió el equilibrio y sólo evitó la caída agarrándose a la caja de cartón contra la cual

había sido lanzado. Los dos policías se abalanzaron sobre Biko y le redujeron, al tiempo que uno de ellos sacaba una porra.

—¡No! ¡Espera, no le pegues! —gritó De Wet en afrikaans. Le sangraba la nariz y sacó un pañuelo para contener la hemorragia, echando la cabeza hacia atrás. Lentamente cruzó el cuarto—. Tiene que ir a ese juicio —añadió taponándose la nariz— y no debe parecer que le ha sucedido nada. —Finalmente se encaró a Biko, aún con la cabeza torcida, mirándole con ira contenida—. Tienes suerte, Biko... suerte.

Los dos policías seguían sujetando a Biko.

—Sólo exijo que se me trate igual que usted espera que le traten —dijo sin hacer caso de la amenaza de De Wet.

—¿Tratado como un «blanco»? ¿Tú y tus soberbias ideas?

—Si teme a las ideas, más vale que abandone ya —advirtió Biko con una sonrisa.

—Nunca abandonaremos —gruñó De Wet.

Los dos policías sujetaban con fuerza a Biko, pero él continuaba sonriendo y hablando.

—Vamos: no tenga miedo. Si prueba verá que no tiene que temer. Nosotros somos tan débiles y humanos como usted.

De Wet no entendió de momento aquello, pero enseguida captó la intención de Biko al trastocar el concepto y se volvió aproximando su rostro enfurecido al del negro.

—Algún día te cogemos con las manos ensangrentadas — murmuró amenazador—, y entonces veremos lo «humano» que eres.

Quería que Biko entendiera claramente el feroz odio subyacente a aquella amenaza, que lo asumiera, que viviera constantemente recordando aquella promesa de venganza. Cuando vio que Biko lo había intuido, ordenó con desdén a los policías:

—Echadle de aquí.

Biko fue llevado a rastras por la comisaría y arrojado a la calle por una puerta lateral.

Dos semanas más tarde era un Steve Biko distinto el que se sentaba en el banquillo ante el tribunal de Pretoria. Los preparativos del juicio habían sido largos. Dos años antes dos organizaciones en cuya creación Biko había desempeñado un importante papel, la SASO (South African Students Organization) y la BPC (Black People's Convention), habían celebrado un *rally* en apoyo del nuevo gobierno de Mozambique. El gobierno sudafricano había reconocido el final del dominio portugués en Mozambique, pero había prohibido el *rally*, deteniendo a un grupo de líderes de Conciencia Negra sospechosos de haberlo organizado. Los tuvieron detenidos mucho tiempo sin cargos, hasta que finalmente a nueve de ellos les imputaron una serie de cosas, basadas fundamentalmente en la alegación de la instigación al odio racial. Sin embargo, desde el principio se evidencio que a quien se sometía a juicio era a Conciencia Negra, y citaron a Biko como principal testigo de la defensa.

Subió al estrado vestido con un traje conservador, corbata y una camisa impecable. Al prestar juramento, su prestancia y aplomo le situaron al mismo nivel que cualquier persona en la sala. El fiscal del estado y el juez Retger pondrían a prueba su grandeza mental. El fiscal inició el interrogatorio citando una afirmación de los estatutos de la SASO, la organización fundada por Biko:

—Aquí dice: «Creo que Sudáfrica es un país en el que negros y blancos deben vivir juntos.» Éstas son palabras tuyas, ¿qué quiere decir?

Biko respondió sin vacilaciones.

—Significan que yo, y esos caballeros en el banquillo, creemos que Sudáfrica es una sociedad plural en la que todos los estratos de la población aportan su contribución.

Entre el público asistente al juicio se produjo un rumor ante la fluidez de la respuesta. Wendy, que estaba sentada en la parte de los blancos, dirigió la mirada a la sección negra en la que se hallaban Ntsiki y Mamphela, y las tres intercambiaron una sonrisa. Aquel fiscal comprendería inmediatamente que se las había con un «indígena» cuya agilidad mental pondría a prueba a los mejores abogados.

El propio fiscal acusó cierta sorpresa, pero le habían aleccionado respecto a Biko y confiaba plenamente en salir triunfante del prolongado enfrentamiento.

—Entiendo —replicó secamente—. ¿Está familiarizado con el lenguaje de algunos de los documentos que los acusados han tratado con grupos negros?

—Sí, dado que algunos de esos documentos fueron redactados por mí.

—¡Ah, por *usted!* —repitió el fiscal, aprovechando la oportunidad y mostrando uno de los panfletos—. ¿Éste, que «advierte con preocupación y disgusto el descarnado terrorismo gubernamental»? —Exacto.

La cruda franqueza de aquella respuesta aparentemente autoacusadora cogió al fiscal por sorpresa y produjo en la sala una especie de suspense. Wendy y Ntsiki se estremecieron atemorizadas. Una vez recuperado, el fiscal insistió en la frase:

—Dice usted «descarnado terrorismo». ¿Cree sinceramente que es una afirmación correcta?

—Creo que es más correcta que la acusación contra esos hombres.

—¿De verdad?

—Sí, «de verdad» —contestó Biko. Aquella burla de la dignidad patricia del fiscal hizo que el magistrado echase fuego por los ojos, pero, una vez que Steve dejó bien sentado ante el tribunal que no estaba dispuesto a dejarse enredar verbalmente, procedió a contestar a la pregunta—. No me estoy refiriendo a *palabras* — prosiguió—,

pienso en la violencia con que la policía carga palo en mano contra la gente, aporreándola. Me refiero a la policía disparando contra gente desarmada. Me refiero a la violencia *indirecta* de que se nos hace objeto mediante el hambre en los poblados. Me refiero a la desolación y a la desesperanza de los campos de tránsito. Creo que todo eso constituye más terrorismo que las palabras que hayan pronunciado esos hombres. Pero ellos están en el banquillo y la sociedad blanca no.

De nuevo la respuesta provocó un murmullo en la sala. Pero el fiscal estaba al quite:

—Entonces ¿su respuesta a ese supuesto «terrorismo descarnado» es provocar una respuesta violenta en la población negra?

—No. Nuestro movimiento pretende evitar la violencia. El fiscal estaba convencido de tenerle a su merced.

—Aquí escribe usted que sus «auténticos líderes han sido encarcelados en Robben Island o desterrados al exilio»

—Sí.

—¿Qué entiende usted por «auténticos líderes»?

—Me refiero a hombres como Nelson Mándela, Sobukwe, Govan Mbeki.

—¿Y no es bien cierto —atajó el fiscal en tono triunfal— que todo lo que esos hombres tienen en común es la incitación a la *violencia* negra?

—¡Lo que esos hombres tienen en común es la voluntad de defender y luchar por nuestra causa como *negros!* —respondió Biko, recibiendo un eco de apoyo del público negro, pero el juez Retger lo cortó con un golpe estentóreo de mazo.

—Entonces ¿está usted de acuerdo con todos ellos? —insistió el fiscal.

—Estoy de acuerdo en que su preocupación, sus sacrificios en defensa de los negros se han ganado el apoyo natural de todos nosotros. Podemos no estar de acuerdo con cosas que hicieron, pero sabemos que hablaron en la lengua del pueblo y siempre ocuparán en nuestra mente un lugar preeminente.

Se levantó un murmullo entre la asistencia negra, pero el juez Retger lo cortó frunciendo el ceño.

—¿Y dice que no está de acuerdo con su llamada a la violencia? —inquirió.

—Creemos que existe el modo de llegar a donde queremos con medios pacíficos. Hay alternativas; pero hemos aceptado seguir ese camino concreto.

El fiscal cogió otro panfleto y lo alzó.

—Sus *propias palabras* apelan a la confrontación directa.

—Así es. No aceptamos la sociedad existente en Sudáfrica. *Exigimos* la confrontación.

El fiscal se le quedó mirando como si le tuviera vencido.

—En resumen, usted ¿«exige» violencia?

—No —contestó Biko sin inmutarse—. Usted y yo tenemos ahora mismo una confrontación, pero sin violencia.

Se produjo un estallido de risitas y el fiscal se vio en un brete, pausa que aprovechó el juez Retger para inclinarse hacia Biko.

—Pero en esos documentos no dice nunca que el gobierno blanco haga nada que esté bien.

Biko se volvió hacia él respetuosamente. Su actitud con Retger, que con toda evidencia parecía dispuesto a presidir un juicio imparcial, era mucho menos desafiante.

—Hace tan poco bueno, señoría, que no merece la pena mencionarlo.

Volvieron a oírse risas y Retger miró severo a la sala. Wendy era una de las que trataba de ocultar la sonrisa. Retger se volvió hacia Biko, no con la actitud de ataque del fiscal, sino con auténtica perplejidad.

—Pero a pesar de esa convicción, ¿aún cree usted que es en el gobierno donde se puede influir de forma no violenta?

—Sí, señor. Creo que es inevitable que este gobierno escuche a la opinión negra. En mi opinión sólo trata de ganar tiempo. El señor Vorster puede posponer ciertos problemas, diciendo: «¡Bah! El pro-

blema negro lo resolverá la próxima generación», pero yo creo que conforme aumenta la voz que dice «No», tendrá que tener en cuenta los sentimientos de la población negra...

—En resumen, cuando eso suceda, ¿pondrá usted al señor Vorster en la tesitura de la guerra o la paz? —interrumpió el fiscal.

—Sí —respondió Biko volviéndose hacia él—. Pero no nos interesa la lucha armada. En realidad, llegado ese caso, el proceso de negociación resultará perjudicado. Creemos que interpretamos correctamente la historia y que el hombre blanco aceptará finalmente lo inevitable.

De nuevo el fiscal pareció confundido, pero el juez Retger seguía dispuesto a entender.

—Pero qué duda cabe que un enfoque en el que se acusa al gobierno de «terrorismo descarnado» inflama el odio racial y la repulsa hacia los blancos.

Por primera vez Biko dudó un poco antes de contestar. Quería que Retger —y el tribunal y la prensa— entendieran, entendieran sin ambigüedades.

—Señoría —comenzó diciendo—, los negros se dan perfectamente cuenta de las dificultades que padecen y no necesitan que nosotros les digamos lo que les hace el gobierno.

Se produjeron risitas y Biko sonrió, pero su rostro y su voz recobraron inmediatamente la solemnidad.

—Lo que queremos —prosiguió— es decirles que dejen de *aceptar* esas dificultades y las afronten. Creo que la idea base a propósito de la sociedad negra es que presenta factores de sociedad inerte. Una sociedad que ha perdido la esperanza en su capacidad para estructurar su propio destino. Nosotros creemos que la gente no debe ceder a ese sentimiento. Hay que encontrar medios, aun en estas circunstancias, para abrir paso a la esperanza.

La sala guardaba silencio y Biko, al proseguir hablando, sabía que no sólo lo hacía para el juez Retger.

—Esperanza para nosotros... esperanza para el país. Ése es el objetivo de Conciencia Negra. Sin ninguna referencia a los blancos; tratar

de edificar en nosotros mismos el sentimiento de nuestra propia humanidad... conseguir nuestro legítimo lugar en el mundo...

Su propia humanidad y su dignidad llenaron el silencio de la sala. Lo que había comenzado como un ataque a Conciencia Negra se había convertido en foro de su portavoz más clarividente. Al día siguiente los periódicos de todo el país publicaban resúmenes del diálogo. Woods publicó la intervención de Biko completa.

La siguiente reunión del consejo del periódico no fue fácil para Woods. Habían perdido una serie de anunciantes, pero pudo alegar un buen aumento de lectores y unos ingresos un treinta por ciento mayores que el año anterior. Pero Biko era un desterrado y era ilegal citar sus palabras. En el caso del juicio, arguyó Woods, era una situación ambigua porque era *legal* citar los testimonios judiciales; como lo habían hecho muchos periódicos, estaba seguro de que el gobierno no iba a ponerse en evidencia atacando a uno solo. Pero, a pesar de su argumentación, el consejo estimó que su política ponía en peligro la vida del periódico. El presidente del consejo hizo un resumen al concluir la reunión.

—Creo que habrá notado el espíritu de lo que hemos tratado —dijo—. Somos responsables del periódico, no de ninguna cruzada privada, por muy encomiable que sea. El periódico está medrando, pero si eso fallara, más vale que tenga en cuenta que la reserva de buena voluntad de este consejo para con usted se habrá agotado.

A Woods le sentó muy mal la coacción, pero decidió tomársela con filosofía. Al fin y al cabo, era lo normal. Si tenía éxito con su ataque al gobierno, se sentirían «muy orgullosos» del periódico; si fracasaba, ya le habían avisado. Pero lo que había hecho sin que realmente le avalaran era crear un empleo fijo para Mapetla y Tenjy, y un lugar para las noticias negras que había sido aceptado por la redacción y los lectores.

Tenjy escribió un artículo sobre el «centro comunitario» que estaban montando en King Williams Town, que suscitó una oleada de donativos de negros y blancos. Steve llamó a Woods para darle las gracias y manifestarle que no sabían qué hacer con todo aquello.

—Ya encontraremos sitio —dijo Woods en broma— porque Wendy va hacia allá con otro coche lleno.

—Bueno, no se preocupe, ya encontraremos algún hogar —respondió Biko—, pero es asombroso lo que se logra con un poquito de ideas constructivas.

—Tenga cuidado, no acabe hablando como un «liberal».

—¡Oh, no! —replicó Biko—. Para llegar a eso haría falta mucho más que unas cuantas cazuelas y sartenes y una nevera usada.

Aquella noche, Dilima, el viejo que hacía de vigilante en la antigua iglesia de King

Williams Town, oyó ruidos en el patio.

Estaba durmiendo en un catre en el cuarto utilizado como taller de costura y se incorporó para escuchar con atención, listaba seguro: alguien trataba de forzar la puerta principal. Algunos chavales, pensó, que se han enterado de los donativos. Saltó de la cama y se puso los pantalones, la camisa y los zapatos.

Se oyó un estrépito y la puerta de la iglesia se abrió de par en par. Dilima iba a lanzar un grito de advertencia, pero se contuvo al ver a tres encapuchados que irrumpían; iban armados de palancas y su corpulencia daba miedo. Dilima retrocedió, escondiéndose en las sombras. Otro encapuchado se unió a los tres primeros, dando órdenes en afrikaans, y los cuatro comenzaron a destrozar todo lo que encontraban.

Aterrado, Dilima, se fue acercando poco a poco a la puerta lateral. Los encapuchados lo hacían añicos todo: ventanas, los tabiques divisorios, máquinas de escribir, muñecas y el horno de cerámica. Era como si quisieran arrasar el lugar.

Dilima aguardó el momento oportuno y se deslizó por la puerta, cerrándola despacio tras él. Su primera idea fue ir al teléfono del despacho de Steve, pero ya se dirigía allí cuando vio que tres encapuchados estaban destruyéndolo. Uno de ellos salió del cobertizo y se dirigió a la puerta lateral de la iglesia, y Dilima se ocultó corriendo entre el follaje del árbol centenario y con toda cautela se encaramó a la primera rama.

Veía a un encapuchado en el despacho de Biko arrancando el teléfono y estrellándolo contra el escritorio. El que había salido antes se detuvo casi debajo de Dilima. Oía su respiración agitada por el esfuerzo. Cuando los otros dos salieron y se reunieron con él, se quitó la media que cubría su rostro sudoroso. El viejo le reconoció inmediatamente. ¡Era el capitán De Wet de la Policía de Seguridad!

Al acercarse los otros a él, De Wet les habló en afrikaans, ordenándoles que fueran a ayudar a los otros en la iglesia, y luego se dirigió a la calle, donde había dos coches aparcados junto al bordillo.

Al día siguiente Steve pidió a Donald y a Wendy que comparecieran. No estaba en la iglesia cuando llegaron, pero sí Mamphela y Ntsiki con el padre Kani, un cura negro que se había convertido en uno de los partidarios más decididos de Biko. La iglesia estaba destrozada. La gente trataba de rebuscar entre los restos por si había algo que tuviera arreglo, pero los encapuchados habían hecho una buena labor. Todo lo que era de valor estaba destrozado.

Woods estaba anonadado, pero Wendy se enfureció. Ayudó a limpiar, pero no dejaba de pensar que, una vez limpio, aquello volvería a ser un espacio vacío.

—¿A quién se acude cuando la policía te ataca? —dijo Ntsiki entristecida sin dirigirse a nadie en concreto.

Wendy interrumpió lo que hacía y miró a Donald, que estaba recostado en una columna divisoria rota mirando ceñudo al vacío.

—Donald —sugirió decidida—, ve a ver a Kruger. Es el ministro del Interior, y a ti te ha dicho que suprimiría las ilegalidades policiales. ¡Que cumpla su palabra!

Mamphela trataba de ordenar los papeles del archivo, esparcidos por todos lados, y rió al oír la sugerencia.

—¿Kruger? Seguramente les dará una medalla.

Woods se apartó de la columna, haciendo lo que siempre hacía en momentos de indecisión: encender un cigarrillo.

—Vamos, Mamphela, los ministros tendrán sus prejuicios, pero no aprueban ese tipo de cosas.

—¿Ah, no? —replicó Mamphela con sorna—. Me apuesto algo a que le dará alguna excusa si usted se lo plantea.

El padre Kani, que estaba tan desanimado como los demás, se dirigió una vez más a

Dilima.

—¿Estás seguro de que era el capitán De Wet? —inquirió.

Dilima se mostró algo inseguro y el padre Kani repitió la pregunta en chosa, a lo que el viejo contestó asintiendo con la cabeza: «¡Ndimbonile!» Estaba seguro.

Woods, desconsolado, expulsaba humo.

—¿Dónde está Steve? —preguntó irritado, pensando en que él al menos tendría alguna idea.

—Fue a la clínica —respondió Mamphela— para entretener a la policía y que no le vieran a usted hablar con Dilima.

—Bueno: seguramente ha hecho bien —admitió Woods—, pero yo no puedo publicar los hechos en base a la simple alegación de una persona que no puede declarar.

—Si menciona su nombre, Dilima no llegaría al tribunal —dijo Ntsiki.

—No duraría ni esta semana —añadió Mamphela. Wendy no podía aguantar más.

—¡Donald, toma el avión a Pretoria! Si vas aquí a la policía, se reirían de ti, pero esto no puedes dejarlo así. Woods se la quedó mirando indeciso. —Hazlo. ¡Ve! — insistió ella.

Woods ni siquiera cogió una bolsa de equipaje. Llamó al despacho de Kruger y éste acordó recibirle en su casa el sábado.

Era algo más de mediodía cuando el taxi se detenía ante las puertas de la casa de Kruger. Estaba en las afueras de Pretoria, en una inmensa finca. Woods imaginaba que habría un guardia o dos en la entrada, pero nadie le dio el alto. Recorrió el sinuoso camino de coches mirando los céspedes y jardines de la enorme finca, y cuando estuvo cerca de la casa miró hacia atrás y no vio más que colinas ondulantes por todos lados. No había ningún signo de vida, aunque sabía que tenía que haber algún alojamiento para negros detrás de alguna de aquellas colinas, porque la tierra estaba cultivada, pero desde la casa sólo se veía una amplísima panorámica del bello campo sudafricano.

Se dio la vuelta y se acercó a la puerta para llamar, en el momento en que una voz rompió el silencio de las colinas.

—¡Ah, señor Woods, ha encontrado el camino!

Woods se volvió a Kruger de pie en el porche de columnas que prolongaba un ala de la casa. Vestía pantalón deportivo, camisa abierta y zapatillas, y tenía un vaso *en* la mano. A su lado aparecieron dos perritos que cruzaron a saltos el césped, ladrando para llamar la atención del visitante. Woods se agachó, les dejó que le olieran la mano y los acarició.

Alzó la mirada hacia Kruger. Era un hombre grueso, pero, en su vestimenta cómoda

e informal, parecía «tranquilo» más que «amenazador».

—Es usted el ministro del Interior —dijo Woods— y entro tranquilamente en su propiedad sin que se vea a nadie —añadió con un amplio gesto.

—¡Oh, quizá no se los vea, pero si no se hubiera esperado su visita...! —contestó Kruger arqueando las cejas con gesto jovial, aunque sugerente de algo terrible—. Pase, pase —añadió amable—. Estaba tomando un copa, ¿le apetece una?

Condujo a Woods al estudio. Era un cuarto amplio y cómodo, adornado con una serie de trofeos deportivos y un par de banderines firmados del «Springbok». Los libros que llenaban las dos librerías que cubrían la pared del fondo tenían el lomo usado, signo de que no eran mero adorno. Kruger se acercó a un carrito de bebidas.

—Bien, ¿qué va a tomar? —preguntó.

—¿Qué bebe usted?

—Estoy tomando un whisky.

—Muy bien —dijo Woods—. Le agradezco que me haya recibido en el fin de semana.

—¡Bah, hombre, no tiene importancia! Me gusta ayudar a la prensa si puedo. ¿Para qué quería verme? —inquirió dando el vaso a Woods—. Gesundheit —añadió a modo de brindis.

—Gesundheit —contestó Woods; ambos dieron un sorbo y Kruger indicó una silla a Woods, mientras él se dejaba caer en su cómodo sillón.

—Es un asunto relacionado con Steve Biko —comenzó a decir Woods .

—¿Biko? —exclamó Kruger, dejando en cómica consternación el vaso en el suelo, cruzando las piernas y tapándose la cara con las manos, mientras levantaba los pies del suelo, balanceándose hacia adelante y atrás—. ¡Por Dios, lo sé todo sobre Steve Biko!

Woods sonrió cortésmente, pero no se amilanó.

—¿Por qué está confinado? —inquirió—. Es partidario de la no violencia y es necesario un líder negro como interlocutor..., y le aseguro que es un auténtico líder.

—Mire, señor Woods: sé que lo dice de buena fe, pero le aseguro que tenemos *motivos* para confinar al señor Steve Biko.

—Si los tienen, ¿por qué no le juzgan ante un tribunal?

Kruger se le quedó mirando, analizando si hablaba en serio, sus intenciones, y luego se inclinó hacia adelante en plan confidencial.

—Escuche, a usted no necesito decírselo —arguyo—, pero este país tiene un problema muy especial y hay que hacer ciertas cosas que no nos gustan, ¿cono! ¿Cree que me gusta desterrar y detener a gente sin someterla a juicio? Yo soy abogado, y esas cosas se hacen cuesta arriba. —De pronto se le ocurrió algo y tocó a Woods en el brazo—. Venga, venga usted... Quiero enseñarle una cosa, señor Woods.

Se levantó y condujo a Woods a la pared del fondo, hacia el vestíbulo, una de cuyas paredes estaba decorada con fotografías enmarcadas de la familia. Las más antiguas estaban a la izquierda y se sucedían cronológicamente por el recinto hasta la puerta. En el primer grupo Woods vio una vieja foto de una familia agrupada junto a un carro Conestoga, una instantánea tomada seguramente en la década de 1860 a 1870; luego había una granja, acabada en sus tres cuartas partes, con un grupo de hombres trabajando en ella, y entre las paredes y las vigas, tres mujeres con cubos de leche cerca de la cámara.

—Nosotros, los afrikaaners, llegamos aquí en mil seiscientos cincuenta y dos —comenzó diciendo Kruger—, doscientos años antes de que existiesen cámaras fotográficas, y mire esto —añadió señalando el carro—, es la ruta a través del desierto; esto es la casa rural —siguió recorriendo el vestíbulo—, los campos de concentración en que los ingleses pusieron a nuestras mujeres e hijos durante la guerra de los bóers.

Woods había visto fotos como aquéllas antes. Eran igual que las fotos de los campos de concentración de la segunda guerra mundial: niños y mujeres hambrientos, esqueletos con piel. Una de las peores cosas para los descendientes de ingleses en Sudáfrica era aquel recuerdo de los campos de concentración y de los miles de personas que habían muerto en ellos. Así se ganó la guerra de los bóers. Los ingleses nunca lograron derrotar a la guerrilla bóer, pero los hombres no podían seguir luchando, con sus familias muriendo en los campos de concentración.

Kruger había pasado de largo ante algunas fotos de la guerrilla bóer para detenerse ante unas imágenes de un pueblo, de calles de tierra, en las que un hombre y dos niños posaban de pie ufanos ante una ferretería.

—El trabajo de la tierra, la construcción de las ciudades —comentó Kruger señalando rápidamente con la mano unas fotos de una granja en los años veinte y luego un inmenso huerto, con un Ford del año 33 en segundo plano con dos hombres y tres muchachas sentadas en la capota recogida.

Las fotos continuaban con imágenes de un joven en traje de rugby, de pie, con el balón en la mano y rodeado por el equipo. Woods reconoció al joven Kruger, aunque de hecho en la amplia secuencia de fotos familiares el parecido no era muy acentuado.

Kruger aguardó mientras Woods contemplaba las últimas fotos, una de las cuales era de la casa en la que estaban en aquel momento.

—Admirable —comentó Woods—. Un auténtico tesoro para cualquier familia.

—Puedo asegurarle —asintió Kruger— que *cualquier* familia afrikaaner le enseñaría una colección igual. No hemos colonizado este país: lo hemos *hecho*, señor Woods —añadió, sosteniendo la mirada del periodista hasta que éste bajó la vista, para a continuación dar un golpecito en una foto que había en la consola del vestíbulo—. El abuelo Johannes, un gran bebedor —dijo, yendo hacia la puerta y volviéndose antes de entrar para encararse con Woods. No había agresividad en su expresión ni en sus palabras, sino una profunda sinceridad—. ¿Cree usted que vamos a abandonar todo eso? —inquirió señalando las fotos—. Eso es lo que quiere el señor Biko.

Dice que esto es un país negro. *Gott!* Lo que hay aquí es producto de tanta sangre y esfuerzo afrikaaner como el que hayan podido aportar los negros... que vinieron a pedirnos trabajo. No lo olvide. Nosotros no obligamos a nadie a trabajar.

Woods conocía de sobra el razonamiento de los afrikaaners, pero en ninguna ocasión anterior se lo habían planteado tan sentidamente y, desde luego, nunca el ministro del Interior.

—No —respondió con sonrisa de asentimiento—, a nadie se le obligó a trabajar, pero los negros tenían muy pocas alternativas, puesto que les habíamos quitado casi todas las tierras. ¿Y no opina usted que la mano de obra barata guarda relación con los logros económicos?

Kruger dio un bufido, pero no para mofarse, sino como señalando que había oído tal argumentación. Abrió las puertas de la mansión mostrando la espectacular vista campestre. Desde la entrada se veía que la casa dominaba un gran lago que llenaba un valle hasta el horizonte. Kruger condujo a Woods hacia el césped.

—Comprendo lo que dice —dijo concesivo—, y creo que entiendo el punto de vista de ellos. Sí, sí —añadió señalando una mesa de jardín rodeada de sillas—. Sentémonos a la sombra.

«Sabemos que tiene que haber un modo de trabajar juntos —prosiguió— y vivir juntos, y procuramos encontrarlo. Quizá no lo suficiente de prisa como quieren algunos, pero no es conveniente que su señor Biko les inculque falsas expectativas. No vamos a hacer las maletas y entregarlo todo.

En cierto modo el decorado hacía difícil negar la firmeza de su posición, pero, en otro aspecto, su apabullante esplendor al compararlo con la vida en los poblados, posibilitaba que el peligro de revolución le pareciese a Woods más real que nunca. Ya el contraste entre su casa y los poblados era abismal, pero no digamos con aquella mansión.

Kruger se inclinó hacia adelante para hablar en tono confidencial, uno de sus gestos habituales, sin duda.

—Escuche —dijo en voz baja—. Créame: yo sé mucho más sobre el señor Steve Biko que usted, señor Woods. ¿Por ese motivo quería verme?

—No, señor —comenzó a decir Woods sin que Kruger le dejase continuar. Se reclinó en la silla, acariciando a uno de los perritos que los habían seguido y continuó hablando.

—Bien: si plantea usted esa sugerencia y piensa usted que realmente merece la pena, desde luego que lo tendré en cuenta —dijo.

—Gracias, señor ministro —respondió Woods con sequedad—. Creo que realmente lo merece, pero en realidad he venido a verle por un incidente ocurrido en una especie de centro comunitario que Biko estaba montando. La otra noche fue destrozado y...

—Sí —volvió a interrumpirle Kruger—, lo sé y la policía está investigando.

—¡Fue la policía quien lo hizo!

Kruger estaba llevándose el vaso a los labios y por un instante se quedó paralizado, sin mirar a Woods y sin poder reaccionar; luego dio un sorbo y miró a Woods con toda tranquilidad.

—¿Qué le hace afirmar tal cosa? —inquirió.

Su reacción sorprendió un tanto a Woods. ¿Lo sabría? ¿Creería que no era verdad?

—Un testigo ocular vio a un capitán de la policía local destrozarse el centro con sus hombres.

—¿Está dispuesto a declararlo? —inquirió Kruger con frialdad.

—Tiene miedo —respondió Woods—, y yo opino que sería más efectivo que usted interviniera a nivel interno. Siempre ha dicho que estaba en contra de las acciones ilegales de sus funcionarios.

—¡Ah, ya lo creo que lo estoy! Y le agradezco infinitamente su colaboración, señor

Woods. Le aseguro que me ocuparé de esto. No quiero matones en mi departamento. Ahora era Woods el sorprendido. La vehemencia y decisión de Kruger le habían impresionado.

—Bien..., pues yo... —tartamudeó, pensando que había resultado demasiado fácil y un poco decepcionante después de un viaje tan largo hasta Pretoria—. Le doy las gracias —añadió— y no quiero robarle más tiempo de su fin de semana —apuró su bebida y se puso en pie.

—¡Oh, gracias por el modo como ha tratado este enojoso asunto! —replicó Kruger. Conforme cruzaban el césped, un hijo de Kruger, de quince años, vino hacia ellos desde la casa, con ropa de jugar al tenis y unas raquetas. Miró a Woods, le saludó cortés—mente con una inclinación de cabeza y se dirigió a su padre.

—Papá, ¿vas a poder jugar al tenis?

—Claro, naturalmente —contestó Kruger, afable—. Johan, te presento al director del *Daily Dispatch*, el señor Donal Woods.

—Encantado de conocerle —dijo el muchacho cortésmente.

—¿Ha venido en coche, Donald? —inquirió Kruger.

A Woods le sorprendió que le llamase de pronto por su nombre de pila.

—No, señor; en taxi.

—¡Ah, le llevaré a la ciudad!

—No, no —protestó Woods—. Tiene usted que jugar al tenis. Si me llama un taxi... Pero Kruger se negó rotundamente:

—No es ninguna molestia, hombre. Tenemos toda la tarde para el tenis; además, los perros quieren un paseíto.

Había sacado las llaves del coche, y mientras las agitaba los animales no dejaban de saltarle a las piernas. A Woods le divertía aquella escena de patriarca tranquilo, su educado hijo y los perros mimados y cariñosos.

—Es usted muy amable —dijo Woods conforme se dirigían a la parte trasera del camino de coches.

—¡Ah, señor Woods! No crea que somos tan monstruosos como se dice a veces. En aquel momento Woods pensó que probablemente tenía razón.

El domingo por la tarde Wendy estaba arreglando unas flores en el pequeño patio de la cocina y Woods leía en la sala de estar, cuando

se oyó llamar a la puerta con fuerza. *Charlie* comenzó a ladrar y corrió hacia la entrada.

—Déjalo, Evelyn —gritó Wendy—, ya voy yo. ¡*Charlie*, ven aquí!

—Al abrir la puerta lateral de la cocina, los dos hombres que aguardaban ante la puerta principal se volvieron hacia ella. Por su actitud y forma de vestir pensó que eran vendedores—. Sí

—les dijo—. ¿Qué desean?

—¿Podemos ver al señor Donald Woods?

En aquel momento Woods abrió la puerta principal. Llevaba en la mano parte del periódico y las gafas caídas en la nariz, con gesto contrariado porque vinieran a molestarle.

—Soy Donald Woods —dijo sin más.

—¿Presentó usted una queja al ministro del Interior? —preguntó el mayor de los dos, Fred Lemick, medio inquiriendo medio afirmando.

Woods sonrió. Eran de la policía.

—Está bien, Wendy —dijo a su mujer, que cogió al perro por el collar y lo metió en el patio—. Ha sido *rápido* —añadió Woods—. Hablé con él ayer mismo y...

—Tenía usted un testigo del presunto delito —interrumpió Lemick.

—Sí, ya le dije al señor Kruger que no podía dar su nombre, pero que sin lugar a dudas...

—Usted ha denunciado un delito, señor Woods —volvió a interrumpir Lemick—, y la ley estipula que hay que dar el nombre del testigo.

Woods, que tanto se había alegrado de la rapidez del ministro, comprendió de pronto que iba a tener que vérselas con un limitado policía local que le robaría media tarde para establecer los hechos.

—Ya le he dicho que manifesté...

—Tiene que dar el *nombre* del testigo... o irá a la cárcel —insistió Lemick con descortés rudeza—. ¡Es la ley!

Aquello era demasiado. Fuese o no un fantoche, aquel policía exageraba.

—No me gustaría tener que volver a visitar al señor Kruger —replicó, enojado—

para simplemente informarle de que usted... Lemick sonrió y volvió a interrumpirle.

—Informe usted a quien desee —puntualizó con retintín—. Tenemos órdenes superiores, señor Woods.

Woods se le quedó mirando un instante. ¿Qué querría decir con «superiores»? Y luego comenzó a entender.

—¿De Kruger? —musitó pasmado.

Lemick sonrió. Ahora dominaba la situación y miró al otro policía como buscando asentimiento.

—No he dicho del señor Kruger... He dicho «superiores» —recalcó volviéndose hacia Woods, y por su fatua seguridad, Woods comprendió de quién procedía la orden y le enfureció la traición a sangre fría que implicaba. Lanzó una mirada a Lemick y se dispuso a cerrar la puerta.

—La próxima vez que le envíe —le espetó con acritud— ¡más vale que venga con un mandato judicial!

—La ley está de nuestra parte —replicó Lemick, impasible, con todo aplomo.

—Sí, pues la justicia está de la mía —replicó Woods—. ¡Ya veremos cómo queda la cosa ante los tribunales! —Y se disponía a dar un portazo, pero se detuvo para volverse hacia Lemick—. ¡Ah, y dígame al señor Kruger que venga algún día a mi casa a tomar un whisky!

Lanzó otra mirada furibunda a Lemick y cerró de un portazo.

Durante unas semanas no sucedió nada y Woods supuso que el ministro habría decidido que llevarle ante los tribunales iría en detrimento de su honorabilidad y había renunciado a la idea. Publicó un largo artículo de Tenjy y Mapetla sobre los destrozos causados en la iglesia por unos «vándalos», que suscitó otra oleada de donativos mayor que la primera y algunas contribuciones en metálico, y poco a poco volvieron a reconstruir los tabiques divisorios y a reponer el horno de cerámica y las máquinas de escribir.

El jueves por la tarde Woods se las arregló para encontrar tiempo y acercarse a ver cómo iban las obras. Al salir del periódico, un funcionario judicial le aguardaba para entregarle un sobre del tribunal.

Aquella tarde se jugaría el primer partido de rugby de la liga negra. La mayoría no tenían trabajo, pero a unos cuantos les habían dado permiso para el partido. No hubo espectadores hasta el final del partido, en que una figura solitaria de la colina que dominaba el terreno de juego contempló la última jugada. El juego se inició con los dos equipos agrupados, sus líneas frontales hombro con hombro en reñida competición. Sus uniformes eran un batiburrillo de prendas personales, pero incluso con éstas ya polvorientas y sudorosas, se distinguía que un equipo lucía camisetas con una especie de círculos y el otro, con una raya vertical, aunque color y grosor de círculos y rayas variaba enormemente.

Finalmente el equipo de los círculos logró sacar el balón tic una patada de aquel apelonamiento humano, lanzándolo hacia el centro, y la defensa comenzó a desplegarse por el campo. El jugador del centro se hizo con él y lo pasó al extremo. Por mucho polvo y sudor que llevara encima, se veía que el extremo era Biko. La expresión de su rostro era a la vez de placer, perversidad y determinación. Esquivó la carga de un contrario que se le echaba encima cuando iba a coger el balón y corrió hacia la defensa, aguantando una carga y librándose de otra. Era rápido, fuerte y tenía astucia y disfrutaba demostrándolo. Hizo un regate a dos contrarios, cambió de ritmo para dejar buena posición atrás y fue como una flecha hacia el lateral para que los de atrás pudieran estar en posición, esquivó otra carga y siguió corriendo, pero le atacaron fuerte cuando se aproximaba a la meta. Aguantó la pelota hasta el último segundo y luego se la pasó a un extremo. El contrario que le había derribado se levantó rápidamente para perseguir al que había recibido el pase, pero Biko le agarró de la pierna y volvió a derribarle; el contrario se revolvió y le propinó una patada.

—¡Maldita sea, Biko —gritó propinándole otra patada—, deberían poner un arbitro sólo para ti!

Biko se echó a reír y le soltó; pero demasiado tarde. No obstante, el extremo de la camiseta con círculos había sido derribado poco antes de la meta y el silbato marcó el final del partido.

Los dos equipos se despidieron con empujones amistosos y dándose la mano, pero cuando se disponían a abandonar el terreno de juego, un par de jugadores repararon en la figura que había estado viendo el partido y dieron la alarma.

—¡Steve, el «Sistema»!

Todos vieron la figura a contraluz allá arriba. Una voz dio una orden.

—Rodeadle, que se ponga en el centro; Steve, agárrate a sus hombros.

—Haced una pina hasta llegar al camión y luego desapareces, Steve —dijo otro jugador, muy alejado del hombre blanco que los observaba.

—Voy a hablar con él para entretenerle —indicó otra voz.

Pero conforme abandonaban el campo, Steve estaba seguro de haber reconocido aquella silueta. Finalmente el observador comenzó a andar por el borde del promontorio. Por la forma de andar, Biko comprendió que no se había equivocado.

—Dejadlo —dijo pausadamente—. ¡Dejadlo! —repitió en voz alta, impasible, soltándose del grupo y avanzando hacia el altozano.

—¡Eres muy sucio jugando, Biko! —le echó en cara la figura conforme se aproximaba a ella.

Como Biko esperaba, era la voz de Woods.

—Me enseñó a jugar un cura católico —respondió Biko—. ¿Qué esperaba? — Conforme se acercaba al promontorio vio el techo del coche de Woods—. ¿Está solo? —inquirió.

—Totalmente —contestó Woods.

El resto de los jugadores seguían mirando con cautela, pero al verlos hablar se tranquilizaron, y deshicieron el grupo echando a andar hacia una camioneta de panadero aparcada junto al campo, de cuya parte trasera un muchacho sacaba agua y cerveza.

—¿Quién le dijo que estaba aquí? —preguntó Biko.

—Tu esposa —respondió Woods—. No dijo dónde piensa la policía que estás. Biko se echó agua por la cabeza y cogió una botella de cerveza.

—Fingimos una llamada telefónica diciendo que iba a revisar los libros de la clínica y luego me escabullí en la furgoneta del pan. — Woods asintió con la cabeza, sonriente—. ¿Quiere una cerveza? — le ofreció Biko.

—Sí —contestó Woods, y Biko le lanzó una.

—Hoy me ha llegado la citación —señaló Woods, abrumado—. Van a hacerme un juicio.

Biko le miró perplejo y Woods sonrió.

—Creo que quieren romper nuestra amistad.

Biko esbozó una *de* sus sonrisas de inteligencia mientras observaba a Donald.

—No sé —dijo secamente—, unos meses en la cárcel quizá sea lo que necesita para demostrar su autenticidad de activista amigo.

Algunos jugadores se echaron a reír, pero Biko apagó su sonrisa y miró a Woods desafiante, como diciendo: «Si va a la cárcel, ¿seguirá a nuestro lado?»

Woods intuyó el reto de aquella mirada y quiso expresar sus sentimientos, lógicamente en primer lugar y luego personalmente.

—No te preocupes —dijo—, va a defenderme mi profesor de derecho, Harold Levy, y él es más brillante que ninguno. —Esto era ya una concesión, porque Biko sabía que Woods solía asumir su propia defensa en las imputaciones por parte del gobierno—. No voy a dar el nombre de Dilima —añadió conciso—, hagan lo que hagan. — Por un instante dejó que su convicción hablara por sí misma y luego alzó la botella de cerveza hacia Biko—. Pero evidentemente, Kruger quiere guerra —añadió dando un trago prolongado.

—¡Diablo, siempre quiso guerra con nosotros! —dijo uno de los jugadores.

—Algún día seremos nosotros el maldito «Sistema» en el país — gruñó otro jugador— ¡Veremos entonces!

Biko sonrió y se tumbó cómodamente en la yerba, junto adonde se había sentado

Woods; dio un sorbo de cerveza y luego miró al que acababa de hablar.

—Muchos de nosotros moriríamos en balde, Tom, si nuestro sistema no es más que una simple versión negra del suyo.

—A mí no me importaría —dijo el jugador que había derribado a Steve en la última jugada.

Hubo un murmullo de consenso y se oyeron algunos «¡Amén!» Biko hizo una mueca y miró hacia el terreno de juego. Con frecuencia comprobaba que los negros sólo querían estar en el lugar de los blancos para hacer exactamente lo que éstos hacían.

—Un mal policía es un mal policía, Soga —arguyó pausadamente—, y pega palos por iguales motivos. Sustituir uno blanco por uno negro no vale la pena... —añadió dejando flotar la frase; luego se apoyó en el brazo y miró a Donald—. Bueno, de todos modos, seis meses de cárcel para el señor Woods.

El sarcasmo provocó sonrisas en el grupo, pero a pesar de la humorada, su punto de vista había quedado claro.

El sitio en que vivía Biko estaba dentro de la zona del poblado de King Williams Town. Era una vivienda normal; pero, como el gobierno le vigilaba, el matrimonio y los niños tenían todo el espacio para ellos. Una noche, aproximadamente una semana después de que Woods recibiera la citación para el juicio, Biko estaba trabajando a una hora tardía en un artículo para el boletín de la SASO. Era un artículo que llevaría el título de «Hablando sinceramente» y que Peter Jones iba a incluir en la publicación.

De pronto Ntsiki se sobresaltó y Biko dejó de escribir. Los dos escucharon atentamente.

—Afuera hay alguien con una linterna —dijo ella, acercándose a la ventana para mirar con cuidado.

Justo en ese momento llamaron con fuerza a la puerta. Steve recogió apresuradamente las hojas del artículo y Ntsiki escondió el tintero y la pluma. Según el decreto de confinamiento, no se le permitía escribir ni cartas. Volvieron a llamar a la puerta.

—Entrégale el artículo a Mapetla —musitó Steve al tiempo que se sacaba la camisa de los pantalones y se revolvía el pelo. La llamada se transformó en unos golpazos que despertaron a casi todos los perros del poblado, que comenzaron a ladrar.

Steve abrió despacio la puerta, sin quitar la cadena, haciéndose el adormilado, y lo que vio no le gustó nada. Ante él tenía a Lemick, el peor de los policías locales, y tras él a los dos cuidadores corrientes.

—¿Sí? —farfulló Steve, pasándose la lengua por los labios como si acabara de despertarse.

—Tenemos motivos para pensar que tiene usted documentos subversivos —dijo tajante Lemick—, y tenemos orden de registrar la vivienda.

Biko le miró con frialdad, asintiendo con la cabeza y luego alzó la vista y sonrió a los dos policías.

—Les hacen trabajar tarde, ¿eh? —señaló en plan simpático.

—¡Abra la puerta! —ordenó Lemick, molesto por aquella familiaridad del negro con los policías.

Biko reprimió un bostezo.

—¿Tiene una orden judicial? —inquirió.

Lemick se quedó perplejo por aquel descaro, pero, conociendo a Biko, había tomado la precaución de obtener la orden. Sonrió agriamente y sacó del bolsillo interior de la chaqueta el papel que puso a la altura de la nariz de Biko.

—Bien —contestó Biko en el mismo tono adormilado—. Bien, acérquemelo a la ventana para que lo lea. —Y cerró la puerta echando el cerrojo.

Lemick se quedó mirando a la puerta con callada cólera. No le gustaba parecer impotente delante de dos subordinados, pero pensó que sería hacer el tonto ordenarles que echaran abajo la puerta, y, con un profundo suspiro, se dirigió a la ventana.

En el interior, Biko revisó todo rápidamente, encontró otro papel y se lo dio a Ntsiki, que tenía en brazos al niño pequeño. Biko se dirigió a la ventana y la abrió con el mismo gesto adormilado. Era una ventana cuya parte superior se abría hacia afuera y Biko tuvo que

ponerse de puntillas para acercar la cabeza. Lemick esperaba impaciente en el terreno desnivelado bajo la ventana.

—Acerque su linterna —dijo Biko a uno de los cuidadores.

El hombre dio un paso adelante y alumbró la orden con su linterna.

—Así —dijo Biko con un bostezo—, ácelo, por favor. —Lemick lanzó un gruñido, pero levantó la orden. Biko miró al hombre que sostenía la linterna—. Un poquito más cerca.

El hombre se acercó y puso la linterna sobre el papel. Biko frunció el ceño como quien se esfuerza para leer y arrimó más la cabeza como si estudiara el texto palabra por palabra.

Mientras, Ntsiki ponía un pañal en la cama, colocaba en él los papeles, y envolvía al adormilado Samora, que ya tenía un pañal; le levantó suavemente para tumbarle en los papeles del pañal «extra» y el niño gimió en sueños, pero no se despertó.

En la ventana, Biko seguía con movimientos de cabeza las líneas como si leyese cada palabra minuciosamente. Llegó al pie de la primera página y miró a Lemick.

—Muy bien —dijo—. Dé la vuelta a la página, por favor.

Lemick le lanzó una mirada. Le fastidiaba la incomodidad física de sostener la orden, pero dio la vuelta a la página.

—¿Podría leer un poco más de prisa? —comentó sarcástico.

Biko volvió a mirarle y luego se inclinó de nuevo hacia el papel, moviendo la cabeza palabra por palabra, pero procurando hacerlo con la mayor rapidez posible.

A sus espaldas, Ntsiki lanzó un carraspeo como señal de haber acabado. Cogió a Samora con el doble pañal y lo acunó contra su hombro. Finalmente Biko asintió con la cabeza y lanzó un suspiro.

—Bien, es correcto —dijo—, pero no van a encontrar ningún papel en mi casa. Lemick dobló la orden de registro y se la guardó en el bolsillo.

—Ya veremos —contestó con acritud. Steve comenzó a cerrar la ventana.

—De acuerdo, en cuanto se haya vestido mi esposa le dejo pasar —dijo, acabando de cerrar la ventana.

Lemick estaba furioso. Miró a los dos agentes, se dirigió hacia la puerta como una flecha y ante ella estuvo dando vueltas impacientemente unos segundos hasta que comenzó a aporrearla enloquecido.

Biko abrió despacio la puerta con un dedo en los labios.

—¡Chiss! No despierte a los niños.

Lemick reaccionó como casi todo el mundo lo hace en semejante advertencia y, aunque lanzó una mirada furibunda a Biko, entró en la casa con paso suave. Los dos cuidadores entraron prácticamente de puntillas.

Lemick, irritado, ordenó pausadamente a los dos agentes iniciar el registro. Sólo había una lámpara de queroseno y recurrieron a sus linternas para examinar una librería de madera, los utensilios de cocina, una estufa de leña y las camas. Levantaron incluso las sábanas de Nkosianthi, que dormía, y metieron la mano bajo el colchón. El niño apenas se movió, pero Lemick, que comenzaba a barruntar su fracaso, tapó violentamente al niño con las sábanas, y Ntsiki, sin soltar a Samora, se arrodilló pacientemente y apartó las sábanas del rostro del pequeño. Lemick miraba enfurecido por todos lados, tratando de imaginar dónde podían estar escondidos los papeles.

—Ya le dije que no encontraría nada —le espetó Biko con cierta dureza.

Lemick le miró, aparentemente imperturbable, ocultando con su autodominio la gran frustración. Volvió la vista hacia Ntsiki y los niños y Biko intuyó que se proponía hacer alguna maldad gratuita, e inmediatamente probó a disipar su cólera.

—Es un crimen que les ordenen realizar estos servicios inútiles. Mina la moral — apostilló en tono amistoso.

Lemick se volvió hacia él dudando de si lo decía por burlarse, pero Biko parecía sincero y su actitud era como la de una persona que se ve obligada a soportar una molestia con ellos.

Despechado, Lemick lanzó un profundo suspiro e hizo signo a los dos agentes para que salieran, y ya se disponía a abandonar la vivienda tras ellos, cuando se detuvo en el umbral para lanzar una última amenaza.

—Volveremos —dijo con decisión, barriendo de nuevo con la mirada las dos habitaciones, y se disponía a dar un portazo, cuando Steve le señaló con un gesto de la cabeza al pequeño durmiendo en brazos de la madre, al tiempo que se llevaba un dedo a los labios; el policía se contuvo y cerró la puerta despacio.

Steve se dio la vuelta. Ntsiki contenía a duras penas la risa y él le sonrió, pero ella de pronto cambió de expresión mirando a Samora y dando unas palmaditas en los pañales.

—Más vale que los salvemos de la humedad —musitó. Y los dos tuvieron que contener la risa.

Durante aquellas semanas, en el periódico, Mapetla y Tenjy se habían ganado el respeto como periodistas y como personas. Con un par de excepciones, todo el personal gustaba de su compañía y en algunos casos habían llegado a cubrir noticias generales y no estrictamente negras. Mapetla, por ejemplo, asistía ya a las reuniones del ayuntamiento con otro periodista blanco, y muchas veces el artículo definitivo lo escribía él. A Tenjy se le daban muy bien los artículos de fondo y escribía algunos sobre escolaridad e historia local que trascendían las simples barreras raciales.

Por eso cuando Mapetla entró de pronto en su despacho y le dijo a Woods que quería enseñarle una cosa, Donald optó por tomarse libre el mediodía que el negro sugería, llevándose también a Ken, porque Mapetla opinaba que Ken era mucho mejor que él con la cámara.

Eligieron un jueves por la tarde. Ken iba al volante y recorrieron varias millas en dirección norte hasta que Mapetla le indicó tomar por una carretera secundaria polvorienta. Continuaron otros cuarenta minutos aproximadamente hasta que Mapetla se inclinó hacia adelante y tocó a Ken en el hombro.

—Es ahí mismo —dijo.

Woods y Ken escudriñaron con la vista y lograron distinguir algo como una enorme masa a la derecha de la carretera, pero el terreno era tan árido y los edificios, o lo que fuesen, tan polvorientos, que casi parecían integrarse en el paisaje.

—Ve más despacio —ordenó Woods y Ken fue levantando el pie del acelerador. Mapetla les había pedido que no le preguntasen nada sobre el lugar hasta que lo vieran, y a Woods le parecía que había llegado el momento de saber qué diablos iban a hacer.

—¿De qué se trata, Mapetla? Explícate —inquirió.

Ahora ya distinguían los «edificios»; eran tiendas de campaña y vieron una alta valla de alambre de espino rodeando el recinto.

—Bien —comenzó a decir Mapetla—, ya saben que cuando el «Sistema» sorprende a gente sin permiso de trabajo, dicen que los envían a su lugar de origen, pero generalmente es un pueblo que no conocen, pero de todos modos los envían ahí. Camino de su destino los meten en «campos de tránsito». Yo no conocía ninguno y pensé que ustedes probablemente tampoco.

Se hallaban ya ante la puerta. Un soldado negro era el único centinela de servicio, pero había una gran tienda de campaña en la que haraganeaban otros soldados. Tras ella el campo se extendía inmenso, sin un solo árbol. Todo lo cubría el polvo: tiendas, gente y hasta el alambre de espino que cercaba el lugar.

—¿Cómo lo localizaste? —inquirió Woods.

—Me lo dijo un amigo —contestó Mapetla—. Yo no acababa de creerle, pero cuando vi éste, me enteré de que había otros dos a unos noventa kilómetros.

—¿Nos dejarán entrar?

—Claro —respondió Mapetla—, no es algo de lo que se avergüencen.

Ken detuvo el coche junto a la puerta. El soldado de guardia se les acercó.

—Queremos dar una vuelta —dijo Ken—. ¿Podemos?

—Sí, señor —contestó el soldado—. Aparquen ahí junto a la tienda del centinela; ahora llamo al teniente Heyman para anunciarle la visita.

—No tenemos que esperar que llegue, ¿no? —inquirió Mapetla, bajando el cristal de la ventanilla—. La última vez...

—¡Ah, sí! —añadió el soldado—. Estuvo usted el otro día, ya me acuerdo. No, no tienen que esperar; den una vuelta. Ya vendrá el teniente a hablar con ustedes si le parece bien. ¿Sigue trabajando en un periódico?

—Por eso llevo chofer blanco —contestó Mapetla, y el soldado soltó una carcajada como si fuese el mejor chiste que había oído en años. Les hizo signo de que continuasen y Ken aparcó el coche a la sombra de la tienda del centinela.

Comenzaron a recorrer el campo sin prisas. Tras el primer vistazo a una de las tiendas, Woods quedó anonadado; su paso se tornó lento como en un entierro. Las tiendas eran pequeñas y rudimentarias, a veces con seis catres, todos cubiertos de polvo. En ellos, gente tumada o sentada, con su montón de pertenencias debajo de los mismos.

Lo que más impresionó a Woods fue la expresión de los rostros más que las condiciones generales; una expresión casi absoluta de letargo y desesperación. Hasta los niños miraban sentados, inmóviles, a ellos, a la nada, bajo aquel sol abrasador. Un simple caminante por aquellos senderos entre las tiendas levantaba nubes de polvo.

Aunque se veían algunas madres acunando a niños enfermizos, no había indicios de hambre, y en un punto vieron una cola para la distribución de rancho en la que la gente esperaba sin angustia avanzando despacio. Ninguno parecía apresurarse por llegar a los peroles por miedo a que se acabase la comida, pero aquellos hombres y mujeres de ojos hundidos irradiaban una sensación de desesperanza como Woods jamás había visto.

—Esto es lo que hacen con el «excedente» de negros —dijo Mapetla— En los pueblos hay mucha pobreza para acogerlos y por eso organizaron estos campos de tránsito. Muchos llevan aquí tanto tiempo que ya han perdido la esperanza de volver a ver un pueblo o una ciudad. Si acaso, sólo confían en que el hombre blanco los necesite para algún trabajo y así poder volver al poblado.

Ken iba tomando fotos conforme avanzaban. También allí los niños hacían «cohecitos» con alambres retorcidos y tiraban de ellos entre las tiendas. Tomó una foto de la escena, y los dos niños que estaban jugando se levantaron y sacaron pecho para que los fotografiase.

Ken les dijo que sonrieran y los dos pequeños respondieron con una gran sonrisa. Fueron las únicas sonrisas que vieron en el campo.

Aproximadamente cada tres tiendas había una letrina nauseabunda, asediada por moscas zumbonas, aunque junto a ellas había cubos de cal, y Woods concluyó que al menos se adoptaban los cuidados higiénicos básicos. Lo de las moscas era ya otra historia.

Al llegar al final del campo recibió cierta explicación. Había una gran zona en la que, conforme se aproximaron, vieron juguetes sobre pequeños montones de tierra. Desde uno de los caminos que separaban las tiendas se veía una media docena de juguetes, uno de ellos un «coche» de alambre.

—¿Eso qué es? —preguntó Woods a Mapetla.

—Un cementerio —contestó, y conforme se acercaron más vieron que algunos montones tenían un biberón y algunos un simple chupete cubierto de polvo.

Al dejar atrás las tiendas pudieron ver que había muchas filas de aquellos pequeños montones de tierra, todos con un «juguete» tallado u otro recuerdo infantil. Mientras los tres permanecían mudos mirando aquel asombroso número de tumbas, Mapetla tomó la palabra:

—Cuando vine el otro día había una enfermera poniendo inyecciones —explicó—. Me dijo que los atienden bien médicamente, pero que la mortalidad infantil en estos campos de tránsito es de las más altas del mundo. Hay quien dice que es la carencia de una alimentación como es debido... —añadió haciendo una pausa y mirando las filas de tumbitas polvorientas—, y otros que es porque los padres se rinden. Decidan ustedes mismos —concluyó mirando a Woods.

Woods estaba demudado y el imperturbable Ken tenía los ojos bañados en lágrimas.

El teniente Heyman apareció antes de que se marcharan. Era un joven afrikaaner dinámico, con la boca llena de cifras de los confiados a su cuidado, el coste diario de su alimentación, los camiones necesarios para el suministro de agua. En resumen: el oficial pensaba que hacían un magnífico trabajo. Woods advirtió que el hombre jamás se había planteado al más ínfimo nivel si estaba mal lo que

hacía. Él tenía una misión, pocos hombres y un presupuesto limitado; cumplía su deber como cualquier otro. Vivía con su mujer en un pueblo cercano, cosa que también era un sacrificio ya que el lugar presentaba poco atractivo social para una pareja joven. Habría sido como hablarle en chino preguntarle qué podía «socialmente» hacer en un campo de tránsito como aquél una pareja negra joven, de mediana edad o vieja. Ken le preguntó si relevaban a sus hombres.

—A menudo. El trabajo es muy aburrido y el calor un gran inconveniente.

Woods le dio las gracias, montaron en el coche que estaba como un horno y regresaron a East London. Durante un buen rato ninguno habló. Luego, Mapetla dijo pausadamente:

—Me gustaría escribir un artículo. ¿Le parece bien?

—Sí —contestó Woods abatido—, me parece bien... Escríbelo, y, con las fotos de Ken, que haga cuatro páginas —añadió en tono apagado. Durante el resto del viaje apenas hablaron.

El artículo sobre el campo de tránsito causó el efecto que Woods había previsto. El teniente Heyman fue destinado a otro lugar; no con la idea de reformar los campos, naturalmente, sino para enseñar a los jóvenes tenientes que hablar con la prensa no formaba parte de sus atribuciones. Woods pensó que recibiría otra citación, pero no le llegó ninguna. Lo que le agradó fue la cantidad de cartas recibidas de los lectores blancos, tanto afrikaaners como de otras etnias, deplorando que existiesen lugares así. Lo más patético del artículo era una foto que había hecho Ken en cuclillas de las pequeñas tumbas con sus recuerdos polvorientos. La gente afirmaba en una carta tras otra que «lloraban por aquellos niñitos», lo que confirmó el convencimiento de Woods de que muy pocos blancos fuera del gobierno sabían lo que era la vida para los negros. Como había dicho Biko, él era «un periodista de cuarenta y dos años» que seis meses atrás apenas sabía nada. Woods estaba convencido de que si los blancos se enteraban, las cosas cambiarían. No milagrosamente de la noche a la mañana, pero mejorarían.

Por fin llegó el juicio en el que Woods se enfrentaba a una condena de seis meses de cárcel por no dar el nombre de Dilima. Si al finalizar los seis meses se negaba, le condenarían a otros seis meses y así sucesivamente hasta el final de los tiempos o de Donald Woods.

No ocultaba que sentía cierto temor, pero tenía una confianza casi absoluta en Harold Levy. El letrado había considerado la situación y opinaba que podía realizar un gran alegato filosófico y quizá ganar la causa, pero lo más seguro era enfocarlo desde un punto de vista estrictamente legalista. Es lo que hizo; y por los resultados, creció ante los ojos de Donald.

Los dos matrimonios iban a salir a cenar para celebrarlo. Woods estaba ya vestido cuando empezaron las complicaciones. Se encontraba en la sala de estar sirviéndose una copa y contando a dos de sus hijos, Duncan y Gavin, cómo había ido el juicio, mientras Jane y Dillon jugaban a las cartas, aunque también escuchaban, si bien no

con tanta credulidad como sus hermanos, porque Donald estaba exagerando un poco.

—En aquel momento —decía en tono teatral— el fiscal concluyó la exposición de los hechos y toda la sala pensó que iría a la cárcel.

—¿Es que vas a ir a la cárcel, papi? —inquirió Gavin entusiasmado, al tiempo que Duncan le daba un codazo.

Woods se dispuso a concluir en tono triunfal, cuando los gruñidos de *Charlie* ante la puerta trasera distrajeron su atención. Se asomó a la cocina, pero no vio nada y se limitó a decir: «Calla, *Charlie*», y regresó a la sala de estar.

—Bueno —continuó—, eso creían, que iría a la cárcel, pero entonces tío Harold tomó la palabra y empezó rechazando la imputación: sus términos eran impropios, las fechas estaban equivocadas...

Se acercó otra vez a la puerta de la cocina porque *Charlie* seguía gruñendo con insistencia.

Wendy estaba aún arriba en el dormitorio acabando de maquillarse. Oyó gruñir a *Charlie* y se acercó a la ventana a ver qué pasaba. Suponía que sería algún gato o cosa parecida, pero lo que vio fueron dos linternas enfocando el camino cerca del cuarto de Evalina, una vivienda separada de la casa como casi todas las de los sirvientes negros. Se llegaba a ella bajando unos escalones desde el patio o por un sendero desde el garaje. Allí era donde se movían las linternas, que se dirigieron hacia la puerta de Evalina. Llamaron y la criada encendió la luz y, al abrir la puerta, Wendy vio a dos policías.

En el piso de abajo, Woods se había olvidado de *Charlie* y proseguía su relato:

—... y además de que las fechas estaban mal, él fue demostrando que todos los antecedentes que habían citado, uno por uno, se referían a situaciones totalmente distintas. En veinte minutos había desmontado toda la acusación...

Se detuvo al oír el sonido de los tacones altos de Wendy bajando la escalera.

—¡Donald, es la policía! —gritó ella—. ¡Vienen a por Evelyn! Woods dejó su copa y echó a correr hacia el vestíbulo.

—¡La policía! —volvió a exclamar Wendy—. ¡Han llamado a su puerta!

Jane también salió corriendo al vestíbulo, pero Woods la agarró por los hombros y la hizo volver hacia la escalera.

—¡Vete con Mary, rápido! —Dillon la siguió y Woods le señaló con el dedo la sala de estar—. Esos dos que se estén ahí. ¡Vamos! Yo me ocupo de esto.

Se acercó a un armario y abrió el cajón de arriba. *Charlie* ladraba enloquecido, contagiado por la tensión de Woods y Wendy.

—¡*Charlie*, tranquilo! —exclamó Wendy, pero aún le invadió mayor temor al ver que su marido cogía una pistola del cajón—. ¡Donald!, ¿qué haces?

Woods, sin contestar, se dirigió a la puerta exterior de la cocina. Wendy le asió del brazo, mientras *Charlie* daba vueltas a su alrededor ladrando furioso. Woods se dio la vuelta y se soltó de Wendy.

—Tú vete con los niños —ordenó—. ¡Y llévate a *Charlie*!

Ella trató de retenerle de nuevo, pero él se zafó; entonces cogió a *Charlie* por el collar y volvió a suplicarle: «¡Donald!», pero en vano porque ya estaba fuera.

Cuando Woods cruzó corriendo el patio, los dos policías se volvieron hacia él relamiéndose de gozo. Habían oído al perro, las voces y los gritos, y sabían que habían perturbado la vida de la casa. Su gesto de sorna fue para Woods como otro aguijonazo.

—¿Qué demonios hacen aquí? —vociferó, cubriendo la distancia que le separaba de ellos y situándose en la escalinata ante la puerta del cuarto de Evalina apuntando con su pistola al mayor de los policías. Pero el agente Nel no se intimidó.

Evalina, aterrada, decía desesperada a Donald:

—No es nada, amo. No es nada.

—Queremos ver su pase —replicó Nel, beligerante—. Tenemos derecho, señor Woods.

—¿A esta hora de la noche? —inquirió Woods.

—No pasa nada, amo. Ahora se lo enseño —interrumpió Evalina. Nel seguía enfrentado a Woods.

—A esta hora de la noche es cuando reciben a sus novios —dijo a modo de insinuación.

—Esta usted hablando a una mujer casada, mal nacido —replicó Woods, amenazándole con la pistola— y siento...

—¡Lo he encontrado, amo! —grito Evalina, histérica.

Woods se limitó a mirar a Nel. Seguía apuntándole a la cara con la pistola, mostrándole todo el odio que había ido acumulando desde que había comenzado a comprender lo distinto que era Sudáfrica para el blanco y para el negro.

—¡Le sugiero que se largue! —gruñó a Nel.

Evalina había empezado a buscar enloquecida el pase por su pequeño cuarto, con la esperanza de poner fin a aquella locura, y, como de costumbre cuando se asustaba, su sibilancia asmática casi le impedía respirar.

Nel comenzaba a perder seguridad ante la agresiva actitud de Woods, pero sabía que estaba en su derecho y le habían dado instrucciones concretas en cuanto a la casa de Woods.

—Hemos pedido a esta hembra bantú... —comenzó a decir altivo, pero no pudo concluir.

—¡*Mujer!* —vociferó Woods—. ¡Es una *mujer*, no una hembra bantú! ¿Se cree que está hablando con animales?

Nel retrocedió un paso ante la pistola que le apuntaba, pero tanto él como su joven colega comenzaban a incomodarse. Sabían que la fuerza los asistía. El policía joven, de brazos y cuello gruesos, comenzó a sacudirse con el chuzo en la pierna, apretando con fuerza el mango, deseoso de entrar en acción. Woods se volvió hacia él, mirando sucesivamente al chuzo y a su cara.

—Ven demasiada televisión —dijo con desprecio—; si vuelve a tocar ese palo, le juro que...

El policía joven avanzó la cabeza dispuesto a responder, pero Woods soltó el seguro de la pistola y le apuntó. Le miró con ojos de loco, el policía le observó como quien se encuentra ante un demente armado y retrocedió un paso.

Evalina había encontrado el pase y salió a la puerta y se quedó paralizada al ver la escena. Nel intuyó que había pasado el momento de peligro y trató de restablecer su autoridad.

—Estamos autorizados a interpelar a los bantúes en cualquier momento — manifestó—. Es nuestra obligación. Puede haber ahí dentro un varón clandestinamente...

Woods volvió a apuntarle con la pistola.

—¡Está usted en mis propiedades! —replicó en tono tan enfurecido que Nel comprendió que no había pasado el peligro.

—Se cree usted que es un gran editor que puede hacer lo que...

—¡Creo que soy una persona que ha sorprendido a dos intrusos en mi casa! —le interrumpió Woods, dando otro paso hacia él, por lo que el policía pensó que la actitud irracional de Woods requería otro tratamiento.

—Vamos, Kobus —dijo al policía joven—. ¡Ya nos ocuparemos de esto! —Y tomó por el sendero del garaje, volviéndose para decir algo.

—¡Vamos, lárguense!... —exclamó Woods, que medio les había seguido sin darle tiempo a hablar, esgrimiendo la pistola, ya sin intención de usarla.

Se volvió hacia Evalina, que seguía de pie en la puerta mirándole atónita.

—¡Y le dices de mi parte a Sipo que traiga a los niños aquí cuando quiera! —dijo con decisión.

—Sí, amo —musitó Evalina, perpleja por aquella faceta de Woods desconocida para ella.

Woods subió la escalinata del patio y se dirigió a la casa. Wendy salió corriendo en su busca, rodeándole con un brazo.

—Estás loco, Donald Woods —dijo admirada—. ¡Eres un loco!

—Pues estoy que no me tengo —contestó él, agarrándose a su cintura para no perder el equilibrio—, y si me sueltas creo que caería de bruces. —Wendy se echó a reír y le besó en la mejilla—. Tratan de intimidarnos —añadió él— y no podemos consentirlo.

—Wendy le abrazó con fuerza y abrió la puerta de la cocina, donde *Charlie* los esperaba meneando excitado la cola.

Al día siguiente la policía se tomó su venganza. Ken lo vio todo y hasta hizo fotos. Era en el momento de la pausa de media mañana. Había comprado unos helados para él y para Doreen, la mecanógrafa más guapa de la redacción. Caminaban por la calle cerca del periódico y Ken se detuvo para coger una cucharada del helado de ella.

—Ken —protestó ella con coquetería—, si querías fresa, ¿por qué no lo pediste al comprarlo?

—Porque si hubiera pedido fresa tú no podrías probar mi chocolate —replicó él, que iba andando hacia atrás para verle la cara—. Es por atención a ti —añadió con una sonrisa en respuesta a la coquetería de Doreen—. Yo pruebo un poquito del tuyo y tú...

Se calló de pronto. Por encima del hombro de la muchacha acababa de ver un coche camuflado de la policía —siempre eran Chrysler Valiant color negro— que se detenía junto al bordillo enfrente de Mapetla. Del vehículo saltaron tres policías de paisano, dos de los cuales agarraron a Mapetla, mientras el tercero contenía a los dos negros que iban con él. Ken tiró el helado y, cogiendo la cámara que llevaba en el cinturón, corrió hacia el lugar para tomar fotos del secuestro. Mapetla, cogido por sorpresa y obligado a sentarse en la trasera del coche, apenas acababa de comprender lo que sucedía. Uno de los policías señaló amenazador con el dedo a Ken y un automovilista, que casi le atropella, tocó el claxon enrabiado, pero Ken siguió haciendo fotos hasta que el coche policial se alejó a toda velocidad doblando por la primera esquina.

Woods sostuvo una larga lucha interior para decidir si publicar o no las fotos. La policía había actuado conforme a la ley, pues tenía derecho a detener a cualquier negro para interrogarle; pero, lo que era aún más importante, tenía que sopesar cuidadosamente sus pasos en el conflicto con ellos. Había obtenido dos «victorias», una ante el tribunal y otra en su casa. Si llenaba la primera plana con las fotos de Ken —y su espectacularidad lo justificaba de sobra—, los induciría a que actuasen con mayor dureza con Mapetla. Se trataba de una cuestión de orgullo, y optó por dejarles apuntarse una «victoria» y

ahorrar municiones para otra ocasión en que se metieran con alguien o con algo menos vulnerable que Mapetla.

A última hora de aquella noche, después de que Jane y Dillon se hubieron acostado, Donald explicó el incidente a su mujer. Ellos iban también a acostarse y Woods se había servido una última copa mientras Wendy apagaba las luces de abajo.

—¿Qué crees tú que le harán? —preguntó ella.

—Supongo que le pegarán para asustarle y que deje el periódico y le soltarán sin más —contestó Woods—, pero están presionando fuerte y temo que quieran dar con él un ejemplo para que ningún negro se atreva a acercarse a mí.

Wendy iba ya por la mitad de la escalera y Woods la seguía, cuando les sobresaltó un fuerte golpe en la puerta. *Charlie* salió corriendo del cuarto de los niños ladrando enfurecido.

—¡Por Dios, *Charlie*, calla! —exclamó Woods.

En la puerta veía la silueta de una persona. Miró a Wendy como preguntándose si sería de nuevo la policía y volvió a bajar, dejando su copa en la consola y dirigiéndose despacio a la puerta. Ya cerca de ella, reconoció la silueta y abrió corriendo la puerta.

—¡Steve! —musitó, mientras Biko entraba apresuradamente y él miraba fuera de la casa, alcanzando a ver un coche antes de cerrar la puerta—. ¿Qué diablos haces aquí?

Steve se había agachado a acariciar a *Charlie* y volvió la vista hacia Woods.

—Quiero saber algo de Mapetla —contestó muy serio.

Woods asintió con la cabeza y le hizo un signo nervioso de que pasase a la sala de estar.

—¡Dios! —exclamó Woods con un suspiro—. Steve, mira que entrar en zona blanca de noche... —añadió, meneando la cabeza.

—Estoy en mi país —replicó Biko— y voy a donde me place...

Lo decía sin fanfarronear; la simple explicación de alguien que no se doblega a imposiciones. Woods le admiraba, pero al mismo tiempo le espantaba.

Wendy había bajado y se quedó parada en la puerta de la sala de estar, mirando atónita a Steve. Biko, al verla con aquella cara sonrió.

—Hola, Wendy —dijo tranquilo.

—¡Estás loco!

Woods estaba preparando una copa para Steve.

—Se ha enterado de lo de Mapetla —dijo a su mujer—. Le he encargado el caso a Harold Levy —añadió, dirigiéndose a Biko—, pero no le dan ninguna explicación, y legalmente no tienen por qué dársela.

Steve contempló reflexivamente la copa y luego dio un sorbo.

—¿Tú crees que deberías...? —inquirió Wendy a modo de advertencia. Biko asintió con la cabeza.

—Conduce Peter —dijo, volviéndose hacia Woods—. Si todo va bien, dentro de unos días me voy a Ciudad del Cabo. Cuando lo termine, le haré llegar algo que voy a escribir sobre esta detención. A ver si lo publica.

—¿A Ciudad del Cabo? —exclamó Wendy.

—Steve, debes de estar loco —añadió Woods.

Biko les lanzó una mirada y, recostándose en la silla, dio un largo sorbo. Al hablar todo el fuego y la energía que le animaban al entrar habían desaparecido.

—Es una reunión de estudiantes negros —explicó—. Es muy importante... y antes de que adopten una postura quiero que oigan lo que tengo que decir.

Era evidente la importancia que para él tenía, pero por primera vez su tono era trágicamente cansado.

No sucedió nada durante un par de días. Woods no publicó la noticia de la detención de Mapetla y la policía se negó a dar ninguna información a Harold Levy. Woods imaginó que era una especie de represalia y que en unos cuantos días se les pasaría la ira y le dejarían en libertad.

Pero se equivocaba de plano. A las doce, cuando las calles cercanas al *Dispatch* estaban más concurridas, un coche de policía y una camioneta con barrotes aparcaron ante el periódico y tres agentes en-

traron con paso decidido en el edificio. Subieron las escaleras hasta la redacción y fueron directamente al escritorio de Tenjy, que estaba escribiendo a máquina un artículo y que, como todos los demás, alzó la vista al irrumpir los tres policías. Al verlos acercarse, se imaginó a qué venían.

—Traigo orden de detención contra Tenjy Mtintso —dijo el mayor de los agentes—.

¿Es usted Tenjy Mtintso? —Ella asintió con la cabeza—. Haga el favor de acompañarnos —añadió tajante el policía.

Tenjy se mordió el labio y miró a la redacción, que permanecía en silencio. Todos miraban, pero era evidente que nadie podía hacer nada. Julie Davenport tenía los ojos llenos de lágrimas.

Woods estaba en la sala de tiraje cuando Ken bajó corriendo a decirle lo que sucedía. Los dos echaron a correr hacia la entrada principal, pero ya era tarde. La policía cerraba ya la puerta trasera de la camioneta. Se había formado un corrillo de gente y Woods se abrió paso entre ella; Tenjy le miró a través de la tela metálica de la ventanilla trasera del vehículo. Woods dio unas zancadas hacia el coche policial y cogió del brazo al agente de más edad.

—Quisiera saber los cargos de la orden de arresto —dijo.

El policía se soltó de la mano de Woods con una despectiva mirada fría y amenazadora.

—No hay cargos —contestó tajante—. ¡No tiene por qué haber cargos! —añadió, montando y sentándose en el asiento trasero y ordenando al conductor arrancar.

Ken tomó una fotografía y al pasar la camioneta otra. Había dos agentes urbanos conteniendo a la gente en la acera; Woods los miró y en voz suficientemente alta para que la gente le oyese dijo:

—Bien: publicaremos las fotos de la detención en primera página. Se dio la vuelta y cruzó entre el grupo hacia la puerta del periódico. Ken tomó una foto de los dos agentes y le siguió.

Woods cumplió su promesa, pensando ahora que había sido un error no publicar las fotos de la detención de Mapetla. No había conseguido apaciguar a la policía, sino más bien hacerla crecerse en su poder para hacer su voluntad. No volvería a cometer tal error, y pu-

blicó una primera plana con fotos de las dos detenciones. Las del arresto de Mapetla eran las más espectaculares y las publicaron sin ninguna explicación que justificara el que no hubieran aparecido en su momento.

El artículo causó cierta reacción entre los lectores y otros periódicos del país publicaron dos fotos de Ken; pero no hubo reacción por parte de la policía, y Harold Levy siguió estrellándose contra un muro de silencio tratando de hablar con su cliente u obtener noticias.

Una semana más tarde, Tony Morris, el encargado de la maqueta, estaba a punto de marcharse a casa cuando sonó su zumbador. Volvió a quitarse la chaqueta. Sabía lo que aquello significaba: Woods había revisado la compaginación y se le había ocurrido un cambio. Volvería a llegar tarde a cenar.

En la redacción sólo quedaban un par de personas cuando él cruzó la sala, pero vio a Woods en su despacho mirando por la ventana en la noche. Quizá estuviera pensando si valía realmente la pena hacer aquel cambio, pensó optimista Tony.

Asomó la cabeza por la puerta diciendo:

—¿Qué hay, jefe?

Woods regresó despacio hacia su escritorio y Tony se dio cuenta de que se trataba de algo importante.

—Vamos a rehacer la primera página... —dijo mirando fijamente a Tony—. Ha muerto Mapetla —añadió lacónico—. Dicen que se ha ahorcado en su celda.

Tony, sin reaccionar, se le quedó mirando atónito.

—Mapetla no se... —comenzó a decir Tony, pero se dio cuenta de que era innecesario decirlo. Y los dos permanecieron de pie, mirándose impotentes y dramáticamente agobiados por una verdad que no podían publicar.

Biko se enteró de la muerte de Mapetla casi al mismo tiempo que Woods. A pesar de la terrible impresión que le causó, hizo enseguida lo que consideró absolutamente necesario. Fue con Ntsiki y Mamphela a consolar a la joven viuda, Nohle, pero lo más delicadamente posible señaló que, si querían demostrar lo que había sucedido, tendrían que obtener la autopsia de Mapetla. Si Nohle se sentía

con fuerzas para ir al depósito de cadáveres, Mamphela la acompañaría. Como familiar más próximo al muerto, tenía derecho a solicitar la autopsia.

Nohle sabía que Mapetla no se había ahorcado; a su dolor se unía el rencor hacia la policía y no se veía con fuerzas para personarse en el depósito.

Steve dijo que sería mejor si otro médico practicaba la autopsia con Mamphela, por lo que se puso en contacto con un amigo de su época de estudiante, quien aceptó el encargo.

Como Biko sospechaba, la autopsia planteó suficientes interrogantes para abrir una investigación. Llamó a Woods para ver si Harold Levy podía actuar en las pesquisas judiciales, pero el letrado se encontraba en Pretoria, donde tenía que estar unos días. Por propia sugerencia de Steve, Woods se puso en contacto con Wilfrid Cooper, quien aceptó representarlos.

El personaje más importante de la pesquisa judicial resultó ser Tenjy. Estaba tan delgada y el policía que la escoltaba era tan gordo, que parecía más débil y desamparada. Vestía un severo uniforme de presa, y con el pelo cortado y echado hacia atrás, aunque aún era bonita, parecía consumida y enfermiza.

El funcionario la hizo prestar juramento y Cooper inició el interrogatorio, preguntándole nombre y ocupación.

—Era periodista en el *Daily Dispatch*, pero ahora soy una presa —contestó Tenjy.

—¿De qué se le acusa? —inquirió Cooper.

—De nada —respondió Tenjy, altiva.

—Esta pesquisa tiene por objeto —añadió Cooper— determinar la causa de la muerte de otro periodista, Mapetla Mohapi..., a quien se encontró colgado en su celda.

Tenjy se volvió para mirar implacable al capitán Schoeman, de la Policía de Seguridad, sentado detrás del Consejo de Estado. Cooper prosiguió su alegato.

—El examen médico ha revelado hematomas en el lado del cuello del difunto y no en su parte inferior, lo que invalida la tesis de que

se colgara él mismo. ¿Puede darme una explicación de cómo pudieron producirse?

Tenjoy contestó con decisión:

—Sí. La Policía de Seguridad utiliza un método de interrogatorio que...

—¿Lo ha oído decir? —interrumpió Cooper sin alterarse.

—No —replicó ella sin inmutarse—, fui sometida de ese modo a interrogatorio por el capitán Schoeman y sus subordinados. —Y miró a Schoeman a la cara—. Primero —prosiguió— me arrastraron por el pelo y luego me pegaron hasta hacerme caer al suelo y me patearon. —La emoción estrangulaba su voz, pero continuó—: Y cuando vieron que no conseguían que aceptara algo que no había hecho, me ataron a una silla y me pasaron una toalla por el cuello que fueron apretado cada vez más hasta que me desmayé. —Miró fijamente a Schoeman un instante y luego se volvió hacia Cooper—. Lo repitieron varias veces..., causándome estos hematomas —añadió, mostrando unas anchas señales negras en los lados del cuello.

Wendy lloraba y alargó el brazo para coger la mano de Donald.

—Salgamos de aquí —musitó.

Woods asintió con la cabeza, aunque sabía que no era fácil. Tenjoy se había vuelto hacia Schoeman.

—Es de dominio público que en la cárcel... —comenzó a decir, pero el abogado del estado protestó.

—Habla de oídas, señoría. Protesto.

—Se acepta la protesta —cantó el juez.

—Y realmente toda esa historia de la toalla en el cuello me parece más bien uno de esos artículos que la señorita Mtintso escribía en el *Dispatch* —prosiguió la defensa oficial—, invenciones exageradas producto de una histórica politizada.

El letrado continuó de pie, convencido de que el juez haría algún comentario también sobre el testimonio, pero Cooper intervino.

—Por favor, señoría —dijo, volviéndose a su joven ayudante. Éste y Cooper habían sido asesorados por Biko, y el joven presentó una

toalla que llevaba en la cartera. Mirando al abogado del estado, Cooper se acercó al estrado de la testigo y se la mostró a Tenjy—. ¿Podría usted hacernos una demostración, señorita Mtintso?

Hubo murmullos en la sala y la propia Tenjy tuvo un momento de vacilación. Luego cogió la toalla y con gran soltura y conocimiento se la enrolló al cuello por detrás, apretándose la garganta tirando de los extremos hasta casi sofocarse. Tragó saliva un par de veces, se rehizo y miró fríamente a Schoeman, acusadora, sin quitar los ojos de él hasta que no pudo contener las lágrimas.

El juez se retiró a su despacho quince minutos; al salir requirió orden en la sala para leer su conclusión.

—Según los resultados de la encuesta —sentenció sin emoción—, Mapetla Mohapi murió por estrangulación; no hay ningún inculpa-do. La investigación queda cerrada.

Woods miró asombrado a Wendy y se volvió hacia Mamphela, que le miraba con amarga sonrisa como diciendo: «¿No se lo dije yo?»

Aquella noche Biko telefoneó a Donald desde el cuarto de Mamphela, donde había estado escribiendo. Mientras hablaba, ella pasaba a máquina el texto.

Woods estaba en su despacho; había acabado una crónica sobre la investigación y estaba sentado reflexionando. Sólo la lámpara de su escritorio y las luces de la redacción estaban encendidas y la melancolía del lugar estaba en consonancia con la tristeza de Woods. Cuando sonó el teléfono de su línea privada, cogió el receptor sin ánimos:

—Al habla Donald Woods. Diga.

—Donald, soy Steve. —Woods se incorporó al oír la voz de Biko—. Una información —dijo el rebelde—. El día anterior a la muerte, la policía mostró a otro preso un muñeco de Mapetla colgando de un cordel.

Woods se derrumbó en el sillón anonadado por la maldad y la cru-
deza del detalle.

—¡Mierda...! —exclamó angustiado—. Steve, no sé qué decir.

Biko estaba más afectado de lo que Woods podía imaginar y repentinamente sintió una oleada de desesperación por los negros y blancos de Sudáfrica.

—Diga que algún día se hará justicia —contestó—, y esperemos que no sea a costa de los inocentes.

Hizo una pausa y luego colgó despacio.

Mamphela había dejado de escribir a máquina durante la conversación. No había mirado a Steve, pero había advertido la emoción de su voz.

—No deberías ir a Ciudad del Cabo —dijo—. Es muy peligroso.

Biko dirigió la mirada hacia ella, que estaba de espaldas y que en aquel momento se volvió a mirarle.

—Es un país peligroso —contestó Biko, lacónico.

Cortaron la carretera a las diez de la noche. La policía procuraba cambiar siempre el lugar y la hora de aquellas barreras porque la noticia se difundía enseguida por el «tam—tam negro», como llamaban a la red de información, y en poco tiempo toda la población indígena estaba al corriente.

Tampoco mantenían las barreras mucho rato, porque sabían que los camioneros difundían rápidamente la noticia en la carretera en cuestión, y entonces no detenían a nadie que mereciese la pena.

Por tanto, tropezarse con una de esas barreras siempre era un poco cuestión de mala suerte. Aquella noche sólo habían parado a dos coche antes de que Peter Jones, uno de los mejores amigos de Steve, al doblar la curva viese las luces intermitentes de la policía bloqueando a unos metros la carretera. Había dos coches y un Land Rover. Ninguna posibilidad de dar la vuelta y menos aún de saltársela.

Peter aminoró la marcha.

—Seguramente sólo me pedirán el pase —murmuró nervioso. *Llevaba a Biko a su lado en el asiento delantero.* Volvían de Ciudad del Cabo.

—¿Llevas algo en el maletero? —preguntó Biko.

—No..., todos los carteles los dimos en Ciudad del Cabo. Sólo está la rueda de recambio.

La policía hizo seguir al coche que los precedía y un agente hizo señas con la linterna indicando a Peter que avanzase. Peter avanzó despacio y paró el coche. El policía alumbró con la linterna el rostro de Peter.

—Llaves y papeles —ordenó, al tiempo que otro agente se dirigía al maletero.

Peter le entregó las llaves del coche y el librito de pases. El agente lanzó las llaves a su compañero y alumbró el libro de pases con la linterna.

El agente que inspeccionaba el maletero no conseguía abrirlo. Biko miró de soslayo a Peter, quien se encogió de hombros sin que ninguno de los dos dijese palabra.

El policía devolvió el pase a Peter, satisfecho, y revisó con la linterna el asiento de atrás y dio un paso apartándose dispuesto a dejarlos continuar, pero el del maletero aún seguía intentando abrirlo inútilmente.

—No puedo abrir este maldito maletero —dijo. El otro agente comenzó a sospechar de pronto.

—¿Qué hay ahí? —inquirió ásperamente.

—Nada —contestó Peter con la angustiada esperanza de que le creyera. Uno de los agentes de la barrera comenzó a acercarse por el lado de Biko.

—¿Qué sucede? —preguntó sin darle importancia.

—Deben de llevar algo aquí —contestó el policía del maletero, al tiempo que se acercaba otro agente de la barrera y entre los dos golpeaban y seguían manipulando con la llave.

—¿Pruebo yo? —se ofreció Peter, abriendo la portezuela para salir.

El agente de su lado le hizo un signo afirmativo, pero el policía del lado de Biko se detuvo en la ventanilla, dando unos golpecitos.

—¡Afuera! —ordenó.

Biko dudó un instante, pero no le quedaba más remedio. Abrió la portezuela y se apeó. A su adversario le sacaba la cabeza y mantenía la mirada hacia la oscuridad detrás de la barrera policial.

—Papeles —ordenó el agente.

Biko volvió a dudar, pero metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y le entregó el librito de pase. Negligentemente, el policía lo abrió y alumbró con la linterna el rostro de Biko para compararlo con la foto, y de pronto se puso rígido. Volvió a alumbrar el rostro de Biko y de nuevo el librito.

—¿Cómo te llamas, cafre? —inquirió mascando las palabras.

—En el libro lo pone —contestó Biko.

—¡Dilo! ¡Di tu nombre! —bramó el policía.

Los otros se volvieron a mirar. ¿Qué sucedía? Tras una pausa de silencio, Biko contestó.

—Bantú Stephen Biko —dijo pausadamente, mientras los otros policías miraban estupefactos.

Era una captura que jamás habría podido soñar la policía. Transmitieron por radio la noticia al puesto de mando regional de la comisaría de Walmer en Port Elizabeth. La noticia de que habían detenido a Steve Biko varios kilómetros fuera de su zona de confinamiento fue considerada lo bastante importante como para despertar al comandante de la comisaría, quien ordenó que retuvieran a Biko hasta que llegasen seis agentes para trasladarlo directamente al puesto.

Aún era noche cerrada cuando llevaron a Biko a la comisaría. Le habían esposado con las manos a la espalda y no hubo ningún papeleo. Escortado por seis policías de paisano, le hicieron subir por la escalera en penumbra hasta las celdas de presos peligrosos. Conforme avanzaban por el pasillo, Biko oyó sollozos amortiguados de algún detenido presa del dolor.

Sería uno de los últimos sonidos que oyese.

Seis días después —también en la oscuridad de la noche— un coche policial llegaba a la comisaría de Walmer. El recinto del patio estaba iluminado por hirientes luces y, cuando el coche se detuvo ante la verja, le saludaron los ladridos de los perros guardianes.

En el coche venían un médico y el comisario.

Quince minutos después un sargento los conducía por un pasillo. Les franqueó una puerta de barrotes, otra doce metros después, una tercera y, finalmente, llegaron a una celda alejada en el fondo del pasillo. Era el 11 de setiembre de 1977. Un día que ninguno de los tres olvidaría.

Cuando el sargento entreabrió la puerta de la celda, el médico pudo ver un cuerpo desnudo tirado en el suelo de cemento, esposado con las manos a la espalda y una pierna sujeta por grilletes a las barras de la celda. En aquella oscuridad no pudo ver más.

Cuando el sargento abrió la puerta del todo, el comisario le hizo pasar. Ahora el médico vio que el cuerpo en el suelo estaba cubierto de magulladuras, y, con más detalle, observó que el rostro presenta-

ba heridas en la frente y en las órbitas, que aparentemente habían causado luxación del hueso frontal. El facultativo echó rodilla en tierra y levantó el párpado del preso. Se veía un globo ocular vidrioso, de pupila fija. Era evidente el estado de coma, pero el médico tenía que asegurarse.

Le tomó el pulso y examinó el cuerpo por encima. Había contusiones y, en las piernas, llagas sin tratar producidas por los grilletes; hematomas en las muñecas por efecto del retorcimiento de las esposas, abrasiones en el pecho, hinchazón en el labio superior, cruzado por un corte profundo sin curar, y sobre el ojo izquierdo una fuerte contusión con posible luxación ósea.

El pulso era muy débil, pero uniforme. Levantó un brazo del preso y comprobó que no tenía fuerza alguna, que era peso muerto. La respiración alternaba entre fuerte y débil, acompañada en todo momento de una sibilancia líquida, indicativa de hemorragia bucal. No era cosa suya juzgar lo que le había sucedido al preso, pero manifestó que se le debía haber aportado cuidado médico mucho antes.

Cogió su maletín y sacó un martillo rotuliano y probó con él los reflejos en el pie izquierdo. No hubo reacción. Percutió un par de veces más y, como se temía, el dedo gordo se enderezó. Dejó un momento el martillo en el suelo, él ya también con la respiración agitada. Sabía lo que convenía hacer, pero tampoco ignoraba que el preso Biko era muy importante para la policía.

Se puso en pie. El comisario le miraba impasible. Era socialmente un hombre importante, gracias al cual el médico se beneficiaba. Tendría que argumentar lo más decididamente posible.

Abrió el expediente médico del preso, lo leyó con atención y vio lo que se temía. Había que haber adoptado antes la medida, ahora la responsabilidad recaía en él.

Levantó la vista hacia el comisario.

—Creo que... debería verlo un especialista —arguyó con la boca seca.

—¿No estará fingiendo? —inquirió imperturbable el comisario.

«¡Santo cielo! —pensó el médico—. ¿Cómo va a fingir un hundimiento craneal ni una protuberancia ocular por efecto de la conges-

tión? Hasta un lego podría contestar.» Cediendo a la mirada inquisitiva del comisario, comenzó a decir con voz vacilante:

—El reflejo extensor plantar indica una... una posible lesión cerebral.

—¿No estará fingiendo? —insistió imperturbable el comisario.

—No... no se puede «simular» un reflejo, señor —contestó el médico. No podía sostener aquella mirada del comisario y bajó la vista hacia el expediente—. Y la punción lumbar practicada por el doctor Hersch indicaba un exceso de hematocitos en el líquido cefalorraquídeo —añadió curándose en salud—, lo que igualmente indica..., es posible evidencia de lesión cerebral grave.

—Pero ¿por qué se ha desmayado ahora? —insistió el comisario. Había visto muchos hombres en el estado de Biko que habían sobrevivido.

El médico no sabía realmente qué contestar, ya que únicamente podía conjeturar lo que le había sucedido al preso en las últimas horas, pero sabía que tenía que hallar una respuesta que satisficiera al comisario y al mismo tiempo no le ofendiese. Miró al sargento.

—¿Ha... comido y ha ido al retrete?

El sargento miró al comisario antes de contestar. Éste hizo un gesto afirmativo imperceptible y el sargento se volvió hacia el médico para decir:

—No..., hoy no.

El médico dirigió la mirada al comisario; hasta él tenía que reconocer que había disfunción cerebral, que existía una lesión interna grave que amenazaba la vida del preso.

—Debe verle un especialista —apremió con temor y con la mayor firmeza que pudo. El comisario reflexionó un instante, mirando alternativamente al médico demudado y al cuerpo contusionado inerte.

—Lo trasladaremos al hospital de la policía en Pretoria —dictaminó finalmente. El médico se le quedó mirando atónito.

—Pero eso... está a mil kilómetros de aquí —adujo tartamudeando. Había un hospital a cuatro kilómetros, en Port Elizabeth.

—Puede escaparse del hospital de aquí —replicó imperturbable el comisario, como si hubiera leído el pensamiento del médico—. Quiero que lo lleven al hospital de la policía.

El médico lanzó una mirada al preso en estado de coma, pensando que suerte tendría si al cabo de unas semanas podía caminar o hablar, ¿cómo iba a «escaparse»?

Independientemente de lo que le hubiera sucedido al preso Biko, estaba claro que el comisario no quería que le viesan médicos civiles. Sabía perfectamente que, con arreglo al juramento hipocrático, su deber era insistir en que el preso fuese trasladado sin demora al hospital más cercano, y estaba decidido a exigirlo. Alzó la vista hacia los ojos impasibles y hoscos del comisario y... no dijo nada.

Media hora más tarde el médico hacía acto de presencia mientras trasladaban a Biko al muelle de carga del garaje de la cárcel. Seguía desnudo y le transportaban cuatro policías perfectamente abrigados con chaquetas gruesas; un quinto policía extendió una manta en el suelo del Land Rover y sobre ella pusieron a Biko.

Un capitán de la policía dio a los cuatro hombres las órdenes finales.

—Id por el camino de Seymour y evitad las carreteras principales. Y cuando hagáis alto, que uno de vosotros se quede siempre en el vehículo.

El médico pensó que tapparían al comatoso o le pondrían un cojín bajo la cabeza, pero dos policías montaron atrás con el preso y los otros dos tomaron asiento delante.

El médico volvió a mirar al comisario que estaba a su lado; quería decir algo, pero el comisario tenía los ojos fijos en el Land Rover, que arrancó y se perdió en la noche.

Dentro del Land Rover la cabeza de Biko fue golpeándose con el suelo metálico conforme el vehículo discurría dando bandazos por el camino de tierra que conducía desde la cárcel a la carretera de Port Elizabeth. Su rostro ya estaba penosamente contuso y con coágulos de sangre en la nariz y los oídos; llevaba la boca abierta y de vez en cuando, cuando el Land Rover saltaba sobre un bache, sus ojos casi sin vida se entreabrían. Aún le quedaban mil kilómetros por sobrevivir.

Woods recibió una llamada telefónica anónima. Pudo haber sido algún funcionario negro de la caree, o algún enfermo negro del hospital de la policía. Al principio no lo creyó. Biko era un personaje demasiado importante y un líder claramente vinculado a la no violencia. Después de todo, ya anteriormente le habían detenido, condenándole al confinamiento, pero sin tocarle un pelo. Pero algo más tarde fue el jefe de la edición de noche quien le llamó para comunicarle que acababan de recibir una comunicación del gobierno obligándolos a presentar en la Dirección General de la Policía en Pretoria cualquier artículo que estuviera relacionado con las actividades policiales.

Woods se vistió y se dirigió al periódico. Por el camino trató de convencerse de que no podía ser cierto lo de Biko. El gobierno no podía arriesgarse a tal escándalo y necesitaba a los líderes negros para negociar. Además, era inconcebible que alguien tan vital y dinámico como Biko de repente ya no existiera.

Cuando llegó al periódico tenía un recado para telefonar a John Qumza. John se había enterado por la clandestinidad negra. No había duda.

Woods llamó a sus principales colaboradores y pasaron el resto de la noche elaborando la edición especial de la mañana. La primera página llevaba una esquila y con los tipos de letra generalmente reservados para anunciar la guerra o la paz, los titulares decían: «¡BIKO MUERE BAJO vigilancia!»

No se atrevió a dar pormenores, limitándose a mencionar la fecha de detención y las circunstancias de la muerte en el hospital de la policía de Pretoria.

Pero era suficiente. Habiendo transgredido la orden gubernamental, los demás periódicos del país se hicieron eco de la noticia. Woods pasó horas al teléfono llamando a amigos y conocidos del gremio de la prensa fuera del país para asegurarse de que obtenía cobertura internacional. En algunas ciudades importantes como Bonn y Tokio, donde no conocía a nadie, llamó a los principales directores. Todas las agencias de noticias difundieron el artículo y apareció publicado en todo el mundo.

No había peligro de que el *Dispatch* fuese objeto de multa o castigo por no hacer caso de la orden oficial, porque hasta el gobierno sud-africano sabía que aquello hubiera sido un error garrafal ante la opinión mundial, aparte que en aquellos momentos estaba ocupado sopesando la reacción a la noticia.

Hubo desórdenes y protestas en los poblados negros de todo el país y la multitud atacó las comisarías de policía con ladrillos y piedras, y en algunos casos con cócteles Molotov. En Crossroads tuvo lugar una gigantesca manifestación agitada con tambores y estentórea música funeraria. Miles de personas estuvieron desfilando día y noche, sin que interviniese la policía, consciente de que cualquier incidente podría desatar un desastre que en términos cuantitativos habría podido poner en peligro su poder.

Ntsiki se vio incapaz de compartir su dolor con nadie y permaneció en la casita del poblado, con Samora en los brazos y acunando al pequeño Nkosinathi, sollozando desconsolada. Los niños, sin saber qué sucedía, la acompañaban llorando.

El padre Kani llevó anonadado la noticia a Tenjy en la cárcel. En pocas semanas había perdido a Mapetla y ahora a Steve. ¿Existía Dios? Y, sin embargo, lo que más ansiaba era rezarle por el alma de los desaparecidos, por ella y por África. El anciano padre Kani estuvo abrazándola mientras sollozaba, hasta que le obligaron a marcharse al cabo de una hora.

A Mamphela nadie la vio llorar. Cuando Peter comunicó la noticia por teléfono, ella, a diferencia de Woods, sí que lo creyó. Lo comunicó al resto del personal de la clínica y luego echó a andar sola por el campo desierto. Nadie la vio regresar, pero al día siguiente de su cuarto salía una música baja y solemne, pero no se dejó ver. Al día siguiente efectuó las visitas rutinarias de la clínica sin hablar con nadie. Comía sola, sin leer, y así estuvo varios días.

Wendy tampoco lloró. No podía explicarlo, pero incluso cuando las lágrimas bañaban los ojos de Donald hablando de Steve o cuando se producían tristes pausas de silencio, lo que ella sentía era una especie de cruel desolación, pero no le salían las lágrimas. Se pasaba horas paseando junto a la piscina, mientras Jane y Dillon vigilaban que nadie interrumpiese sus melancólicos paseos.

Al segundo día se encendieron grandes hogueras en muchos poblados y la gente se congregó en torno a ellas mirando las llamas en silencio. Los fuegos se encendieron todas las noches hasta el día del entierro.

Al principio todos los periódicos afrikaaners, con excepción de los más derechistas, condenaron la acción de la policía, pero ésta contaba con un astuto portavoz de su parte: el viejo «amigo» de Donald, el ministro del Interior J. T. Kruger. Primero negó toda responsabilidad de la policía en la muerte de Biko. Era cierto que le habían encontrado a varios kilómetros de su lugar de confinamiento y, naturalmente, le habían detenido, pero la policía se había conducido con toda meticulosidad, y cuando se conocieran los hechos exactos, mucha prensa histérica tendría que arrepentirse de su comportamiento atolondrado.

Por suerte hubo por entonces un congreso del Partido Nacionalista Afrikaaner en el que intervino el ministro. Al subir a la tribuna recibió tibios aplausos, pero a los cinco minutos se había ganado a la audiencia. Sí, habían detenido al señor Biko. Sí, aquel hombre pretendía apoderarse de Sudáfrica y tirar por la borda cuatro siglos de sudor, trabajo y lágrimas de los afrikaaners; sí, habían detenido a ese hombre. Un hombre que iba a echarles a ellos y a sus hijos de aquel país que sus padres y los padres de sus padres y ya otros antes que ellos habían trabajado, y aquel hombre había recibido un trato *correcto y educado* de las autoridades policiales. ¿Por qué había muerto en el hospital? Porque había hecho huelga de hambre. Habían hecho todo lo posible porque comiese, pero el señor Steve Biko no estaba dispuesto a romper la huelga si el gobierno no levantaba su confinamiento y le permitía llevar libremente su mensaje a todo el país. ¡Y por orden expresa de él, el ministro, se le había informado que aquello no era posible!

Los congresistas prorrumpieron de pie en aplausos como un solo hombre. Su estado había empeorado, prosiguió el ministro, sonriente. No podía él arriesgar el juicio de si el se—ñor Biko era un juerquista o su salud muy frágil —se produjeron risitas y carcajadas—, pero al ver que corría grave peligro le habían trasladado al hospital de la policía en Pretoria y allí había fallecido. Por voluntad propia, por así decir.

La audiencia vitoreó, rió y aplaudió. Kruger alzó una mano para apaciguar los ánimos.

—¡Por tanto, la muerte de Biko me deja frío! —vociferó, recibiendo otra salva de aplausos—. ¡Murió tras una huelga de hambre!

Se produjeron más aplausos, pero en esta ocasión un delegado se había puesto en pie solicitando urgentemente la palabra, que Kruger le concedió, instándole a hablar. Cuando se hubo hecho silencio, el delegado gritó:

—Quiero manifestar mis elogios al señor ministro por ser tan democrata y conceder a los presos el derecho democrático a morir de hambre.

Se produjo una oleada de risas y se oyeron gritos de: «¡Que hable! ¡Que hable!»

—Sí, es *muy* democrático —prosiguió Kruger—. Supongo —añadió en tono más templado— que uno siente cualquier muerte... Supongo que sentiría mi propia muerte —prosiguió sonriente alzando la mano y encogiéndose de hombros—, ¿qué se imaginaban?

Los delegados acogieron el chistecito como algo divertidísimo e ingenioso con risas, silbidos y vítores.

El congreso fue televisado y a Woods le sacó del sopor en que le había postrado la muerte de Steve.

Al día siguiente salió en coche con Ken hacia el norte y a la una estaban aparcados junto a un indicador de carreteras que rezaba «King Williams Town». Era una pequeña carretera que conducía a una pequeña ciudad, pero bajo el indicador se veían los escudos habituales del Rotary, Round Table y Rapportryers, signo de que allí la vida era normal.

Cuando el autobús se detuvo en el cruce, una prueba viviente de que la vida no era «normal», se apeó del vehículo. Era Ntsiki, la esposa de Steve, a quien Woods había llamado para tener una entrevista. Era la primera vez que se veían desde la muerte de Steve. Ntsiki permaneció de pie en el borde de la carretera hasta que el autobús volvió a arrancar y cuando la carretera estuvo vacía comenzó a cruzarla. Woods fue hacia ella a saludarla.

No había tráfico. Cuando Woods estaba cerca de ella, Ntsiki se detuvo. También Woods se quedó parado. Los dos permanecieron mirándose; un instante de tensión lleno de recuerdos, de dolor, de tragedia y de afecto. Habían sucedido muchas cosas desde la primera vez que se habían visto, menos de dos años atrás. Acto seguido, Woods fue hacia ella y la abrazó.

—Ntsiki, era un gigante, un hombre cuyo recuerdo perdurara en el mundo —dijo en voz baja—. Espero que lo que has compartido con él te haga más llevadera la pena.

Ntsiki respondió al abrazo con una rigidez que denotaba el dominio que se autoimponía. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero cuando Woods la soltó echó a caminar hacia el coche con el mismo porte estoico con que había bajado del autobús.

Woods no se había atrevido a decirle, cuando le telefoneó para la cita, lo que tenía pensado. Estaba convencido de que algunos teléfonos públicos en el poblado estaban intervenidos y sospechaba que el suyo también, pero ambos sabían que Steve no había muerto por una huelga de hambre. La cuestión era ¿cómo había muerto? Cuando llegaron al depósito de cadáveres para «no blancos», Woods le había explicado lo que pretendía hacer. Era una iniciativa que había aprendido de Steve, pero necesitaba su consentimiento. Ntsiki no dijo ni sí ni no y se limitó a asentir con la cabeza, aunque Woods notaba que en su interior pugnaban terriblemente su deseo de ver el cadáver de Steve y su temor a contemplarlo.

Cuando se apearon del coche ante el pequeño edificio, le preguntó a Woods cómo había obtenido el permiso.

—No lo tengo —contestó Woods—, porque sé que si lo hubiera solicitado les habrían advertido y lo habrían trasladado. Me he informado de la ley —añadió—, y por eso necesitaba que vinieses, pero no creo que se atrevan a impedirlo.

El edificio no habla sido remozado durante años y su aspecto era tan inhóspito y triste como la función a que estaba destinado. Un paquistaní bajito de mediana edad abrió la puerta. Le sorprendió un tanto la petición de Woods, pero los condujo a los tres —Woods, Ntsiki y Ken— al despacho del jefe.

Woods manifestó que querían ver el cadáver de Biko, ya que, para tranquilizar su espíritu, su mujer quería identificarlo y tributarle la despedida póstuma.

El funcionario se mostró aterrado por la petición.

—Me temo que no es posible —respondió envarado—. Se trata de un caso especial en el que no ha habido pesquisas judiciales y...

—No es especial en absoluto —interrumpió Woods—. La ley lo estipula claramente: el familiar más cercano tiene derecho a ver al difunto.

El funcionario se puso tenso, dispuesto a negarse, pero Woods se le anticipó previendo su reacción.

—La muerte del señor Biko ya ha causado bastante revuelo en la prensa —dijo fríamente—. Si quiere darme una nueva oportunidad de que haga un comentario en primera página, lo haré muy gustoso.

La resuelta actitud de Woods bastó para atemorizar al funcionario. El hombre sabía que tendría problemas en cualquier caso, pero, mirando a Woods, comprendió que si se negaba el problema se materializaría, y a regañadientes se levantó y los condujo al depósito.

Allí vieron tres pares de pies sobresaliendo de los «cajones». Cada uno de ellos tenía una etiqueta atada al dedo gordo. El funcionario alargó el brazo hasta la fila superior y dio la vuelta a una etiqueta que decía «Biko». Hizo un gesto a su ayudante paquistaní y éste accionó la rudimentaria palanca que hacía salir las planchas y las bajaba. El cadáver estaba tapado con una sábana blanca. Cuando la plataforma estaba a un metro de altura del suelo, el paquistaní la detuvo con la palanca. El funcionario les lanzó una severa mirada y salió de la dependencia. Woods estaba convencido de que se dirigía directamente al teléfono. Avanzó un paso y apartó cuidadosamente la sábana del rostro de Biko.

No sabía lo que iba a ver, pero el cuadro le heló la sangre en las venas. Lo habían recompuesto un poco, pero había una fuerte contusión en la frente, un pómulo estaba desplazado y los labios los habían cosido, pero estaban hundidos y deformados. Aquellos ojos que habían sido tan imponentes y profundos, estaban hinchados y contusos. Ni aun vivo habría podido abrirlos, pensó Woods.

Ntsiki se había ido acercando a la plataforma, recorriendo despacio con la mano la sábana como si fuese una mortaja horrible, hasta que al ver el rostro no pudo contener más su dolor. Se dejó caer sobre el cadáver, abrazando por el pecho con su cabeza junto a la del muerto.

—Steve..., Steve —balbució entre sollozos—. ¿Qué te han hecho?

Woods se había quedado paralizado de la impresión, mientras a sus espaldas Ken hacía una mueca para contener su propia reacción.

Finalmente, Woods rodeó con el brazo a Ntsiki para apartarla suavemente.

—Tenemos que darnos prisa, Ntsiki, antes de que avisen a la policía.

Poco a poco se desprendió del cadáver y Woods le dio la vuelta hacia la puerta. El ayudante paquistaní, que seguía junto a la palanca, se acercó a prestar ayuda; rodeó a Ntsiki con el brazo y comenzó a llevarla hacia la salida. En la puerta se volvió.

—No deje que le asusten, señor Woods.

Era la súplica sentida de un hombre que con toda evidencia sabía lo que era el miedo.

Woods cerró la puerta y Ken sacó del bolsillo de la chaqueta una pequeña Nikon con flash.

—Desde todos los ángulos —ordenó Woods.

Ken dio la vuelta con celeridad al cadáver tomando imágenes del rostro frontales y laterales. Woods apartó la sábana y quedó al descubierto el cuerpo lleno de hematomas. Steve había estado sin jugar al rugby cierto tiempo y había engordado un poco.

—Muerto por una huelga de hambre... —masculló Woods, amargamente, y por un instante, contemplando desde arriba los rasgos familiares de aquel hombre antiviolento que había animado aquel cuerpo apaleado, lloró como nunca lo había hecho de adulto.

Cuando volvieron al coche, Ntsiki estaba en el asiento delantero mirando al infinito. Ninguno habló. Ken se sentó atrás y Woods puso el motor en marcha.

Antes de arrancar, Ntsiki rompió el silencio.

—Tú y Wendy vendréis al entierro, ¿verdad? —preguntó apaciblemente.

A Woods aquella pregunta le cogió de sorpresa. Teniendo en cuenta lo que le había sucedido a Steve no sabía cómo reaccionarían los demás ante la presencia de un hombre blanco.

—Pues... sus otros amigos —balbuceó— ¿nos aceptarán?

—Sí, Donald —respondió Ntsiki sin dejar de mirar al infinito—; tú y Wendy sois nuestros hermanos.

Lo había dicho sin mirarle.

—Iremos —contestó Woods y arrancó, alejándose del depósito de cadáveres.

El entierro se celebró días después. Era la primera vez que Woods asistía a un funeral negro. Sabía que en numerosas ocasiones se convertían en clamorosas demostraciones de dolor y de afirmación política. Había acudido con Wendy al estadio donde se iba a celebrar a primera hora el acto, pero ya cuando llegaron había miles de personas. Muchos llevaban pancartas con el retrato de Biko ampliado. Aquel rostro multiplicado por todas partes suscitaba en ellos emotivos recuerdos.

En las carreteras principales había barreras de policía, pero aun así el estadio seguía llenándose. No sorprendió a Woods el estado emotivo de la muchedumbre, mezcla de dolor y de cólera. Wendy y él se situaron en medio del campo. No vieron a nadie conocido de la clínica ni del centro comunitario, pero nadie les mostró animosidad. Prescindieron de ellos como si no existiesen.

Aproximadamente una hora después de su llegada, un grupo subió a una plataforma levantada a un lado del campo. Woods dio la vuelta a Wendy para que pudiese ver Primero comparecieron una serie de dignatarios. Reconocieron al embajador británico y esposa, al norteamericano y señora y al sueco con la suya. Luego tomó asiento Helen Suzman y la muchedumbre la recibió con un murmullo a guisa de saludo, gutural y profundo. A continuación se sitúan representantes negros y blancos de la Iglesia. Sólo reconocieron al obispo Tutu; y finalmente subieron a John Qumza, el padre de Kani y Mamphela. La última en subir fue Ntsiki con los dos niños. En

aquel momento aquel murmullo gutural creció hasta llenar el estadio. A Woods se le antojó el saludo de un gigantesco animal herido de muerte. Medio amenazador, medio trágico.

El estadio estaba ya a rebosar. Había cientos de retratos de Steve. Entre la multitud, Woods veía caras blancas de vez en cuando, y le dijo a Wendy:

—Si algún día pierdo la esperanza, recuérdame esto... Hay blancos en Sudáfrica que han empezado a pensar mucho antes que nosotros.

De pronto comenzó a oírse claramente un canto. Conforme se aproximaba el sonido vieron que la multitud se apartaba haciendo sitio y a continuación hizo su entrada la vanguardia del cortejo fúnebre. Woods sabía que Steve era famoso en toda Sudáfrica y era conocido de los activistas políticos y de cualquiera interesado en la política, pero realmente le asombró ver aquella organización y la enorme concurrencia. La gente seguía accediendo al estadio conforme el cortejo comenzó a cruzar el campo en el que los miles de personas congregadas se abrían a su paso. En cabeza iban Malusi y el hermano de Steve, a quienes los dos conocían de la clínica, pero a diferencia del ambiente que reinaba en aquel centro, en esta ceremonia se notaba una fuerte beligerancia. Un grupo de jóvenes, todos con chaquetas iguales, dirigían el canto marcando furiosamente el ritmo con los pies y con la voz. Y a cada golpe levantaban al unísono sus puños.

La gente comenzó a secundarles en el canto y a marcar el ritmo con los pies, llenando el estadio con una sensación de potencia.

Tras los jóvenes uniformados seguía una fila de curas, cosa que también dejó perplejo a Woods. Había hablado de religión con Steve y sabía que él pensaba que la Iglesia había sido utilizada como instrumento para colonizar y en ciertos casos destruir la cultura africana, y, sin embargo, le constaba que para Biko la religión aún contaba mucho, y que tenía varios curas entre sus mejores amigos. Su presencia en el cortejo fúnebre era prueba de que la Iglesia pensaba en él.

Detrás de los curas venía el féretro. Iba sobre un remolque tirado por dos bueyes pintados, como el vehículo, con los colores de «Azania», como denominaban los seguidores de Steve a lo que se llama Sudáfrica. El propio féretro era de preciosa caoba oscura y llevaba inscri-

to en oro la leyenda: «Una Azania... Una nación.» Conforme atravesaba la multitud surgían de ésta manos para tocarlo.

Cerraba el cortejo una masa de escolares. Prueba de la influencia de Steve entre los jóvenes y que, según Woods, representaban el impacto que el muerto causaría en generaciones futuras.

Cuando el cortejo llegó ante la plataforma principal, levantaron el féretro y lo colocaron sobre un catafalco cubierto de flores. El canto desafiante cesó en su dramático ritmo y flotó en el aire cual evanescente elegía.

Por un instante se hizo silencio. Luego, un joven negro con túnica oro y marrón se acercó al micrófono situado delante de la plataforma, y levantó la mano para solicitar silencio.

—¡Hemos venido a despedir a uno de los hombres más grandes de África! — exclamó asiendo el micrófono y haciendo que el eco de su voz recorriese el estadio, levantando un intenso clamor entre la muchedumbre.

—Yo quería a Steve Biko —prosiguió—, ¡y odio al «Sistema» que lo mató!

Tras sus palabras se produjo un bramido de asentimiento. Los pies golpeaban el suelo, los puños se alzaron y comenzó a darse rienda suelta a la furia soterrada de los asistentes.

Woods reaccionó tenso ante aquel clamor agrio y constante que planeaba sobre el campo. ¿Adónde iban a llevar a aquella muchedumbre? Rodeó a Wendy con el brazo como protegiéndola.

—Dios —musitó bajo aquel trueno furibundo—, tenía la esperanza de que esto no sucediera.

Finalmente el orador alzó los brazos y poco a poco la multitud volvió a calmarse.

—Incluso hoy —continuó—, día del entierro de Steve Biko, los blancos, en su arrogancia, han impedido el paso a miles de personas que simplemente querían acudir a rendirle su homenaje. —Hubo gritos de protesta, pero él siguió hablando—. ¡Han obligado a regresar a los autobuses de Soweto, Durban y Ciudad del Cabo! —Otra vez pareció que la multitud iba a estallar, pero el orador levantó la voz y no interrumpió el discurso—. ¡Y han montado barreras poli-

ciales en las carreteras para impedir que llegase aquí gente de todos los puntos del país!

Ahora había abierto los brazos dejando que la muchedumbre expresase su cólera. El estadio era un volcán, un mar enfurecido en el que se agitaban continuamente las pancartas con la efigie de Biko.

Finalmente el orador volvió a alzar el brazo para apaciguarlos, y cuando se hizo silencio bramó:

—¡Pero estamos aquí!

La multitud respondió con un clamor de triunfo y de cólera. Golpeaba el suelo con los pies, acompasando sus gritos ensordecedores que retumbaban en el estadio.

El orador se movía de arriba abajo por la plataforma, dejando que el público diese rienda suelta a su orgullo y furor, animándolo..., hasta que volvió al micrófono y los calmó de nuevo.

—Odio al «Sistema» —repitió pausadamente—, pero doy la bienvenida a todos los sudafricanos que hoy se unen a nosotros en duelo por el hombre que nos dio fe en la clase de país que Sudáfrica puede ser..., la clase de país que Sudáfrica será..., cuando todos los hombres sean considerados como seres humanos y miembros iguales de la familia de Dios.

Se reanudaron los aplausos. Esta vez más suaves y cálidos, entremezclados con numerosos gritos de «¡Amén!». Woods miró en derredor a otros blancos que había y advirtió la presencia de numerosos estudiantes, algunas parejas de edad mediana y un gigantón rubio con su esposa y su hijito con pelo de estopa sobre los hombros.

—Y mientras llega ese día —prosiguió el orador—, en el que el aislamiento que produce hostilidad se transforme en el acercamiento que fomenta la amistad, unamos nuestras voces en la canción de África que Steve Biko amaba como nosotros.

Cuando entonó la canción, la masa de miles de personas fue sumándose al coro esgrimiendo los retratos de Biko.

Nkosi Sikelel'i Afrika

Malupbanyisw' upando Iwayo...

Cerca de Woods había tres estudiantes blancos, una chica y dos chicos; la chica, al ver que Woods cantaba con la muchedumbre, se llegó a su lado.

—¿Entiende usted la letra? —inquirió.

Woods asintió con la cabeza y medio cantó medio fue haciendo una traducción sobre la marcha:

*Dios bendiga África.
Arriba su nombre...
Escucha nuestras plegarias
y bendícenos...
Bendice a los líderes,
bendice también a los jóvenes
que llevarán el país
con paciencia.
Bendícelos en su juventud.
Bendice nuestros esfuerzos
para unirnos y levantarnos,
aprendiendo y comprendiendo.
Y bendícenos.
«Woza Moya! (Yilba Moya!)»
¡Ven, Espíritu! ¡Desciende, Espíritu!
«Woza Moya Oyingeivele!»
¡Ven, Santo Espíritu!*

Woods, Wendy y los estudiantes permanecían sobrecogidos por la solemne calma de la multitud, conforme el eco del hermoso himno que había arrebatado la voz emocionada de los presentes moría en el viento...

En la plataforma, junto al catafalco, todos se habían puesto en pie para cantar. Ntsiki tenía a Samora en los brazos y las lágrimas rodaban por sus mejillas. Esta vez Mamphela también lloraba, viendo aquellos miles de pancartas con el retrato de Biko ondeando al ritmo de la canción...

Woods había ido a Pretoria dos días después del entierro a una reunión de editores de todo el país. Esperaba lograr su colaboración en la solicitud de una encuesta sobre la muerte de Biko. Wendy sabía que era una tarea ímproba dado que el gobierno seguía en sus trece de que la muerte de Biko era consecuencia de una huelga de hambre. Además habían amenazado con cerrar cualquier periódico que utilizase el tema de Biko para, como ellos decían, provocar revueltas en los poblados negros, so pretexto de que la situación era peligrosa, y, si se quería mantener la ley y el orden, había que prohibir las soflamas en la prensa.

Woods había retenido las fotos, pues pensaba que en esta ocasión el gobierno sí que cerraría el periódico si las publicaba, y él tenía una responsabilidad básica ante el personal y los propietarios. Creía, por otra parte, que si las hubiera publicado antes del entierro se habrían producido disturbios y habría corrido la sangre por todo el país, creándose heridas en ambos bandos que habrían tardado años en curar. Estuvo tentado de enseñárselas a algunos editores en Pretoria, pero temió que, debido a alguna filtración, la policía se apoderase de ellas antes de que *alguien* las publicase. Estaba madurando una idea, pero aún no quería decírsela a nadie.

La primera noche que Woods estuvo fuera, Wendy estaba leyendo en la cama y medio escuchando las noticias por la televisión, cuando surgió el tema de la muerte de Biko. El locutor decía que habían grabado una entrevista con el ministro del Interior J. T. Kruger. Wendy dejó la lectura. El ministro recibía al reportero en una mesa en el césped de su casa. Le preguntaron si había alguna duda sobre cómo había muerto Steve Biko arrestado por la policía: «No — contestó el ministro taxativamente—. Biko se declaró en huelga de hambre. Lo cierto es que —añadió señalando su brazo con un gesto ambiguo— tratamos de alimentarle por vía intravenosa con un tubo en el brazo. Yo de esas cosas no entiendo —añadió con otro ambiguo gesto teatral, como si se lo dijera a Wendy—, no soy médico.»

Sonó el teléfono y Wendy bajó el volumen del televisor, deseando poder borrar el rostro del señor Kruger con la misma facilidad; a continuación cogió el aparato.

—Sí, hola. Dime, Donald...

Una voz con fuerte acento a afrikaans cortó sus palabras.

—¡Muy bonito, traidora! ¡Perra pro negra! ¡Sabemos que estás sola y vamos a ir por ti!

Wendy trató de responder, pero el que llamaba colgó de golpe y sólo se oyó el zumbido de la línea desconectada. Wendy colgó despacio y miró hacia la ventana. Hasta las sombras de su dormitorio le parecían amenazadoras. Llamaron a la puerta y Wendy se asustó. La puerta se abrió y era Jane.

—No puedo dormir —dijo—. ¿Era papá? Wendy suspiró aliviada.

—No —contestó—. No era papá. Jane notó su nerviosismo.

—¿Más amenazas?

Wendy asintió con la cabeza. A Jane no le ocultaba casi nada, y dado lo que les estaba pasando, necesitaba una aliada y confidente. Jane era ya precozmente adulta cuando nació Gavin, y la sabía capaz de enfrentarse a la realidad tan bien como ella misma.

—¿La policía? —inquirió Jane.

—Son los únicos que saben lo que hacemos —contestó encogiéndose de hombros.

—Cuando vuelva papá —aseveró Jane, meneando la cabeza, apesadumbrada— tenemos que poner un magnetófono conectado al teléfono para grabar lo que dicen y publicarlo en el periódico.

—Tendrían que utilizar muchos asteriscos y puntos suspensivos —contestó Wendy, sonriendo.

Jane sonrió también al pensarlo.

—Bueno —añadió con un suspiro—, voy abajo a hacer un chocolate.

—¡No! ¡No bajas!

Jane la miró perpleja, y antes de que Wendy pudiera explicarse oyeron el ruido de un coche que se detenía junto a la casa. Wendy apa-

gó rápidamente la luz de la mesilla, saltó de la cama y se acercó a la ventana. De paso había apagado el televisor y ahora la habitación estaba a oscuras, a excepción de un poco de luz que llegaba del pasillo.

Atisbo por entre los visillos y Jane se acercó. Vieron un coche parado en ángulo contra el bordillo de la acera de enfrente. Habían apagado las luces y en aquel momento vieron dos sombras que salían de él y echaban a correr hacia la valla de su jardín.

—¿A quién podemos llamar? —musitó Jane, apartándose de la ventana. Ahora estaba tan asustada como su madre.

Wendy se dirigía ya hacia la puerta.

—¡Tú quédate aquí! —exclamó presa de pánico, mientras salía al pasillo, donde seguía encendida la luz que había dado Jane. Wendy dudaba en apagarla, tal vez eso delatase su presencia allí. La dejó encendida y comenzó a bajar despacio la escalera.

A pesar de la advertencia de su madre, Jane salió al pasillo y se detuvo en la barandilla conforme Wendy bajaba despacio; ya veía parte de la sala de estar y parte de la habitación de juego. Agachó la cabeza para ver mejor y de pronto ¡sonó un disparo!, ¡y otro!, ¡y otro! Wendy se quedó paralizada y Jane dio un grito. Aún se oyeron otros dos disparos con ruido de cristales rotos.

Charlie salió ladrando del cuarto de los niños, pero Jane levantó la mano amenazadora.

—¡A callar, *Charlie!* —musitó, y el animal, lloriqueando, se echó a su pies moviendo la cola.

Wendy y Jane, conteniendo la respiración, permanecían a la escucha de lo que sucedía fuera de la casa. Se oyó una voz en afrikaans y carreras en la calle y finalmente el coche arrancó y se alejó.

Wendy temblaba, pero dio otro paso hacia abajo.

—¡Madre! —protestó Jane, y Wendy se lo pensó mejor.

Lentamente subió la escalera y Jane se echó en sus brazos. Permanecieron abrazadas un instante, como dándose mutuo apoyo, mientras *Charlie* daba vueltas lloriqueando para llamar la atención.

—Tengo una idea —dijo por fin Wendy, llevando a Jane al cuarto de Mary.

Cogió a la niña en brazos y le dijo a Jane que quitase el colchón de la cama y lo pusiera en el suelo, donde volvió a acostar a la pequeña.

Más difícil resultó poner a Duncan y a Gavin en el suelo, pero los dos dormían profundamente como era propio de su edad y consiguieron levantarlos y volverlos a acostar, sin que por su parte dijeran más que un «Hola, mamá», indicativo de que no se imaginaban lo que sucedía. Con la ayuda de *Charlie* despertaron a Dillon, que no protestó, pero no quiso molestarse en cambiar el colchón y se limitó a acomodarse en un cobertor diciéndoles que le dejaran. Wendy hizo que el perro se acostase en su camita del cuarto de los niños, ayudó a Jane a bajar su colchón y regresó al cuarto de Mary, donde cogió una almohada y se tumbó en el suelo junto a la pequeña.

A las seis de la mañana Wendy ya estaba en pie. Se encontraba como si no hubiera dormido y le dolían los huesos de permanecer en el suelo, pero pensó que seguramente algo habría descansado. Dejó salir a *Charlie* y a los pocos minutos entró Evalina y el perro con ella.

—¿Oíste algo anoche, Evelyn? —preguntó Wendy.

Desde hacía años que Evalina estaba con ellos. Wendy había adoptado por costumbre llamarla «Evelyn» porque le resultaba más fácil, pues tenía una amiga con ese nombre, y con el paso del tiempo se había convertido en una especie de apodo que sólo Wendy utilizaba, a modo de un vínculo entre ambas.

—Sí, claro que oí —respondió Evalina—, pero me levanté, salí afuera y miré a la casa y sólo vi la luz de arriba. Pensé que el jaleo era en otro sitio y me volví a acostar.

—No, el jaleo era aquí —dijo Wendy—. Dispararon contra la casa. Evalina pasó el paño de fregar por el borde del fregadero.

—Espero que el amo vaya al tribunal y meta a esa gente en la cárcel. ¡Yo les pongo un maleficio, lo juro!

Evalina se expresaba a veces de modo incorrecto, pero no había duda respecto a sus intenciones.

—Bueno, en cuanto sea una hora decente —indicó Wendy— voy a llamar a Don Card a ver si puede venir, pero mejor será que los niños se estén en casa hasta que venga.

—No se preocupe, yo les haré algo especial de desayuno y ni pensarán en salir —añadió Evalina con absoluta confianza.

Don Card era un antiguo policía que Donald conocía desde los primeros tiempos de su carrera. Era un hombre de gran valor que en cierta ocasión había ido solo hasta un poblado rural para detener a un homicida violento. Donald había escrito un largo artículo sobre él y en sus contactos había quedado impresionado por la probidad de Card y sus dotes de mando. Había hablado de él a la dirección del periódico para que le respaldasen y pudiese montar su propia empresa privada de seguridad. Había resultado una buena inversión para el periódico y a Card le había procurado unos ingresos y un lugar social muy por encima de lo que habría logrado en el cuerpo de policía. El hombre se había convertido en un buen amigo de Donald, que sabía que podía contar con él para lo que fuese.

En cuanto recibió la llamada de Wendy se personó en la casa. Wendy no quería asustar a los pequeños y por eso únicamente los acompañaron Jane y Dillon en el examen que hicieron de la casa por fuera. El indicio más evidente de la presencia de los visitantes nocturnos era una hoz y un martillo trazados toscamente con pintura roja en la valla blanca junto a la puerta. Debajo habían escrito: «Cuartel General Comunista de Biko.»

Card meneó la cabeza y dirigió la vista a la casa. En la esquina, junto al estudio de Donald, se advertían dos impactos de bala.

—Dillon, mira por la calle a ver si encuentras casquillos —sugirió Card—. Yo voy a echar un vistazo más cerca.

Mientras sacaba la escalera y observaba los impactos en la pared, Dillon y Jane habían encontrado los cinco casquillos. Al descender de la escalera, Card mostraba gesto de ira. Dillon le entregó los casquillos. Card los examinó y sus sospechas quedaron confirmadas.

—Aquí hay otra señal —repuso Jane indicando un pilar junto a la puerta.

—Y por ese lado una entró por tu ventana, mamá —añadió Dillon. Card sopesó las balas en su mano.

—Ha sido la policía —dijo sin alterarse—. En este lado hay dos disparos; uno en tu ventana y otro junto a la puerta. Mira debajo de la ventana del otro lado, Dillon.

Dillon se apresuró a hacer lo que le decían y Wendy se volvió hacia Card.

—Pero ¿tan seguro estás?

—Mira, Wendy —contestó Card, dirigiéndose hacia su Jaguar—, cuando uno ha estado treinta años en la policía sabe lo que se dice. Dile a Donald que Jim...

—Tienes razón, tío Don —dijo Dillon corriendo hacia ellos—. Está junto a la ventana de la sala de estar.

Card abrió la portezuela del coche y miró a Wendy.

—Dile a Donald que uno de nosotros se quedará aquí hasta que él vuelva. Y voy a *demostrar* que lo hicieron mis ex colegas.

—¿Y de qué va a servirnos? —le gritó Jane.

Card estaba ya en el coche y sacó la cabeza por la ventanilla.

—¡De nada! ¡Pero prefiero estar seguro de que saben que lo sabemos! —replicó, poniendo el coche en marcha.

Dillon seguía buscando junto a la ventana rota del cuarto de su madre.

—¡Caray, mamá, dieron cerca de tu cama! ¡Qué suerte que no estuvieses asomada a la ventana!

Jane se acercó a su madre mientras decían adiós a Card, y Wendy la cogió por la cintura. Se volvieron a mirar a la ventana y Dillon meneó la cabeza.

—Están locos —exclamó.

Donald regresó inmediatamente de Pretoria al enterarse del tiroteo a la casa. Ya había presentado su propuesta en la reunión de editores, animando a los más predispuestos a exigir una encuesta sobre la

muerte de Biko. Quedarse más tiempo no habría servido de mucho y sabía que, de todos modos, no habría podido dormir tranquilo.

Durante el vuelo había decidido lo que iba a hacer, y, al ver los impactos en la casa, su resolución aumentó. Llamó a Ciudad del Cabo y pidió a su más antiguo amigo de la profesión, el periodista australiano Bruce McCullough, que viniese a East London lo antes posible.

—Allí me tendrás al atardecer, compañero —aseguró Bruce, y cumplió su palabra. Woods solicitó también la ayuda de dos personas en las que podía confiar: Don Card y el amigo de Biko, el sacerdote negro Kani.

Serían las nueve cuando se reunieron. Evalina había preparado una gran fuente de espagueti para los cuatro, que colocó en la mesa del jardín, junto a la piscina iluminada. Cuando puso en el centro el gran cuenco de ensalada, Bruce la cogió por la cintura.

—¿Sabes que sólo he venido porque me dijeron que ibas a hacer espagueti? —le musitó al oído.

—Yo lo que sé —replicó Evalina, soltándose— es que los australianos son buenos comilones y habladores, que yo sepa.

Bruce soltó una carcajada y cogió una cerveza de un montón que había en un cubo con hielo.

—A tu salud, Evalina —exclamó brindando con la botella.

La mujer no pudo contener una sonrisa y esperó por si Woods ordenaba algo más.

—Perfecto, Evalina —dijo éste mirando la mesa—. Está muy bien. Muchas gracias. Cuando la sirvienta se hubo retirado a la casa, les explicó lo que se proponía.

—Tengo un contacto en Estados Unidos, en Boston —comenzó diciendo—, que me ha informado que podría organizarme un ciclo de conferencias en su país.

—¿Ah sí? —intervino Bruce, como queriendo decir: «No me habrás pedido que haga este viaje para darme esa noticia, ¿verdad?»

—La cuestión está en que —continuó Woods— tendría que hablar de Biko, su muerte y el falseamiento de la policía.

Todos se le quedaron mirando, y Don Card fue el primero que habló.

—Lo considero una locura —dijo tajante—. Si te dejan salir, y puedes jurar que en su lugar yo no lo haría, te detendrán en cuanto regreses.

—Mira —replicó Woods—, acabo de volver de Pretoria y no hay nadie realmente dispuesto a enfrentarse al gobierno.

—Por eso Don tiene razón, amigo —intervino Bruce, sirviéndose un plato de espagueti—. Ya están más que hartos por lo que has hecho aquí. Tendrías que haber leído la prensa afrikaaner de Ciudad del Cabo. Si empiezas a levantar jaleo en el extranjero te...

—Aquí o allí —le interrumpió Woods—, tenemos que obligarlos a que hagan una encuesta. Allí no pueden detenerme, aquí pueden amordazarme, pero una gira de conferencias en Estados Unidos servirá para aumentar la presión y que se avengan a hacer caso.

—Mire, si fuese abogado —dijo el padre Kani, pensativo—, conseguir el apoyo de la ley sería una cosa factible. ¡Pero va a hablar de Biko! Donald, de verdad, no se van a andar con lindezas.

—Kruger mintió —arguyó Woods—. Si Bruce puede sacar esas fotos del país, podemos demostrarlo. Está entre la espada y la pared. Si le ponemos en evidencia, tendrán que admitir cómo murió realmente Steve.

Todos le miraron escépticos; no dudaban de los hechos, pero sí de su juicio sobre la reacción del gobierno.

—Amigos —dijo Woods altivo—, voy a ir. Si uno de vosotros se queda en mi casa con Wendy y los niños, iré tranquilo. En realidad, creo que cuanta más publicidad obtenga, más seguro estaré.

Su profunda resolución los convenció de que iba a hacer el viaje, pero no de que tuviese razón.

Woods sacó billete de avión para Boston con escala en Nueva York. Lo tramitó en la agencia BEA para que por el papeleo no trascendiera que iba a salir del país. El día anterior a su marcha publicó las fotos que había tomado Ken del cadáver de Biko, con un acerbo editorial pidiendo una encuesta. El gobierno se incautó de los ejemplares que pudo y prohibió a los demás periódicos publicar las fotos.

Woods tomó un vuelo nacional hasta Pretoria con identidad falsa, para desde allí coger el avión para Nueva York. Bruce se reunió con él en el aeropuerto y le aseguró haber enviado copia de las fotos a las agencias de noticias y a los principales periódicos de Inglaterra y Estados Unidos.

Conforme caminaban hacia el control de pasaportes, Donald se mostró absolutamente seguro de que ponía al gobierno en un brete. Bruce no era tan optimista.

—Sólo espero que sea yo el único que te aguarde a tu regreso —dijo en broma—. Si Kruger envía a sus muchachos, a lo mejor leemos que has sucumbido a «una huelga de hambre».

Woods sonrió. Sacó su pasaporte y cogió la cartera que llevaba Bruce, haciendo malabarismos con un periódico y el cigarrillo que iba fumando.

—Cuando vuelva —dijo— me pedirás un autógrafo.

—Buena suerte —replicó Bruce dándole en broma un puñetazo a guisa de adiós. Permaneció allí viendo cómo Woods entregaba el pasaporte al policía del control. A los lados de la taquilla había dos soldados armados. Era el momento de la verdad. Si

el gobierno había dictado orden de detención, no le dejarían pasar. El hombre miró a Woods, examinó el pasaporte, lo selló y se lo devolvió. Woods lo recogió y, camino del control de seguridad, se volvió hacia Bruce sonriendo con aire de triunfo.

—¡Te telefonaré cuando llegue! —exclamó.

Cruzó el tabique de vidrio ahumado que separaba la salida de pasajeros del vestíbulo general y, cuando se aproximaba al control de metales, alguien le tocó en el brazo.

—¿Donald Woods? —inquirió, y Woods asintió con la cabeza—. Policía de Seguridad —añadió en voz queda. Woods alzó la vista y vio que se acercaban otros dos—. Haga el favor de acompañarnos —ordenó el agente, agarrándole levemente por el brazo para conducirlo hacia un despacho.

Los otros dos los siguieron y de pronto apareció un soldado armado que se situó de guardia en la puerta. Woods oyó que anunciaban su vuelo y se impacientó.

—No se preocupe —aseguró el que le había detenido, el mayor Boshoff—. No va a tomar ese avión. Pero mis maletas están...

—No —replicó tranquilamente Boshoff—, las hemos retirado.

Sin salir de su asombro, le condujeron a un pequeño despacho. Todo se había desarrollado tan discretamente que nadie lo había advertido. Woods se maldijo interiormente por no haber organizado un jaleo.

En el despacho le esperaba otro oficial de Seguridad, el teniente Beukes. Antes de que pudiera decir palabra, Beukes comenzó a leerle un decreto.

—Donald James Woods —comenzó con voz áspera—, se le declara persona proscrita con arreglo a la ley de seguridad interna. Y a partir de ahora y durante un plazo de *cinco años*, se le prohíbe reunirse con más de una persona a la vez, y estar en una habitación con más de una persona a la vez, con excepción de los miembros más allegados de su familia.

Woods, que había lanzado un suspiro de exasperación al comenzar Beukes la lectura, vio que el mayor Boshoff abrió su cartera y cogía las fotos del cadáver torturado de Biko. A Woods le enfureció aquella arrogancia innecesaria, pero no le quedó más remedio que contemplarle impávido, mientras Beukes proseguía:

—Se le prohíbe escribir tanto privadamente como para publicaciones. Se le prohíbe la entrada en cualquier instalación de imprenta o de edición, y queda confinado esos cinco años en el distrito de East London.

—¡Dios mío! —exclamó Woods moviendo la cabeza—. ¿Se ha vuelto loco Kruger?

—El ministro del Interior, señor Kruger, ha firmado personalmente el decreto de confinamiento —indicó complacido Boshoff—, y nos ha ordenado conducirlo inmediatamente a su domicilio en East London.

«¡Cinco años! —pensó Woods—. ¿Qué hará el periódico? ¿Qué haré ahora?» En aquel momento vio en la esquina del escritorio el periódico de la mañana de Pretoria, con grandes titulares que de-

cían: «PARTIDARIOS DE BIKO REDUCIDOS AL silencio. — fijada la fecha de encuesta.» Alzó la mirada hacia Boshoff y pensó:

«Estupendo. El gobierno se ve obligado a admitir que procede una encuesta y castiga a los que la promueven.» El confinamiento era un duro golpe, pero, con viaje o sin viaje, había logrado lo que se proponía.

El viaje de Pretoria a East London fue largo y aburrido, y de noche resultaba aún más largo y aburrido. Fue derrengado en el asiento trasero con el equipaje al lado. Beukes iba al volante y Boshoff a su lado. Durante kilómetros no dijeron palabra, y Woods fue cavilando en la impresión que causaría en los niños semejante regreso y pensando en Steve y lo importante que había llegado a ser en sus vidas.

Finalmente Boshoff rompió el silencio.

—Mire, yo conocía a Steve Biko —dijo medio volviéndose para mirar a Donald—. Bueno, le conocí una vez en una redada en la Universidad de Natal —precisó—. Era muy inteligente..., en eso coincido con usted.

—Sí —contestó Woods, mirándole irónico—, era muy inteligente, y matarlo ha sido muy poco inteligente —añadió volviendo la vista hacia la oscuridad de la noche—. Y tratar de enmascararlo, una estupidez.

—Bueno —replicó Boshoff tranquilamente—, aún no se sabe lo que sucedió, ¿no?

—Yo vi el cadáver —replicó Woods, tajante—. Murió de lesión cerebral causada por golpes en la cabeza. Kruger lo sabe, porque hace semanas que dispone del informe médico.

—¿De verdad cree que Biko fue asesinado? —inquirió Boshoff, volviéndose de nuevo hacia él.

—No —contestó Woods—, lo que creo es que le torturaron y apalearon sus compañeros de Port Elizabeth y se les fue la mano. No es la primera vez, ¿verdad? Así que seguramente sabían lo que hacían. Y de esas fotos que me han confiscado —añadió— han salido ya catorce copias para la prensa mundial.

Beukes lanzó una mirada a Boshoff, pero ninguno de los dos dijo palabra. Recorrieron varios kilómetros más mirando en la oscuridad

a solas con sus pensamientos hasta que Woods volvió a tomar la palabra.

—También es una estupidez detenerme y confinarme —dijo pensativo—, porque ahora su «ministro del Interior» ha fijado la atención internacional en la encuesta sobre Biko.

Woods casi palpaba la hostilidad y mala conciencia que dimanaba del asiento delantero. Los policías sabían lo que le había sucedido a Biko. Si no lo sabían ya antes, ahora no podían ignorarlo después de haber visto las fotos, y estaban perfectamente al corriente de lo que sucedía en las comisarías. Pero aun sabiendo que estaba mal, seguían pensando que un blanco que se pusiera de parte de los negros era un traidor.

El más joven, Beukes, miró por el retrovisor hacia Woods.

—Yo tengo dos niños pequeños, señor Woods —refirió pausadamente—, y me preocupa el futuro... ¿Usted que haría?

En sus palabras había una sinceridad y desamparo inquietantes. Woods no ignoraba el dilema que se les planteaba a los jóvenes afrikaaners, que era realmente el dilema de todos los blancos de Sudáfrica. En aquel momento sintió simpatía por los miles de Beukes que había en el país.

—Yo también tengo hijos —respondió—, pero han pasado los tiempos en que un puñado de blancos dirija un país negro. Va a cambiar, con sangre o amistosamente...

—Hizo una pausa, pensativo—. Por sus hijos y por los míos, espero que sea amistosamente.

—¿Con gente como Biko? —respondió Boshoff despreciativo.

Aquellas palabras fueron como una puñalada para Woods. ¿Cómo sería el país compartido con gente como Biko y cómo sería con otros distintos a él?

—¡Dios —exclamó sombrío—, espero que con gente como Biko!

El coche siguió devorando kilómetros y el sonido del motor y el viento los hizo concentrarse en sus pensamientos. Woods recordó el día en que había dado un largo paseo con Biko por el campo cerca de Zanempilo, hablando de cómo sería la «nueva» Sudáfrica.

—Donald, no queremos que se vayan los blancos —había dicho Biko riendo—. ¿No has leído la propaganda que te he dado?

—Sí, ya sé —había replicado él, escéptico—, queréis «una sociedad no racista e igualitaria». Eso es un sueño, yo me refiero a la vida real.

—¡Que demonio! Ya sé que en la vida real os necesitamos desde el punto de vista económico —había dicho Biko—. Pero aún hay más; sé que tus antepasados vinieron aquí hace varios siglos. Incluso antes de que mis antepasados estuvieran en el país. Es tan país tuyo como mío... Pero mío *también*. Eso es lo que argumentamos. Lo único que tenemos que aceptar los dos bandos es que África pertenece a todos los que viven en ella, no sólo a una «tribu», sea negra o blanca.

Viendo desfilar los pueblecitos en la noche, Woods rogó por que hubiese algún medio, algún modo, de mantener vivo el espíritu de Biko, las ideas de Biko.

Transcurridos tres meses de confinamiento, Woods se había acostumbrado a la rutina. Por los movimientos de la policía cuando se decían ciertas cosas, sabían que había escuchas electrónicas en la casa. No sabían cuántas ni dónde, pero con toda seguridad las tenían en la sala de estar, en la cocina y en el dormitorio.

Día y noche tenían frente a la casa un Valiant negro de la policía con dos agentes de paisano. No sólo vigilaban los movimientos de Donald, sino también los de Wendy. Al segundo día de estar en casa, Woods se puso a escribir a máquina y a los dos minutos la policía hizo acto de presencia. Así se enteraron de que había escuchas. Por suerte, estaba Jane en casa, y con el revuelo que se armó por la irrupción de los agentes, los ladridos de *Charlie* y la inútil búsqueda de la policía, ella y su padre tuvieron tiempo de comprender lo que había sucedido, y Jane alegó que era ella la que escribía a máquina una redacción para el colegio. El agente de paisano se empeñó en que Jane se sentase a la máquina para demostrar que sabía utilizarla. Woods había iniciado un párrafo sobre Steve, pero las primeras palabras hablaban de África, y Jane no sólo demostró que dominaba la mecanografía, sino que redactó toda una secuencia sobre historia africana.

Woods se sintió muy orgulloso de ella, pero, a partir de entonces, sólo se atrevía a escribir a máquina cuando su hija estaba en casa y, de común acuerdo, haciendo los deberes en el estudio con él. Cuando ella salía, no tenía más remedio que escribir a mano. Durante días tuvo calambres en las manos y el callo del escritor por la intensidad con que trabajaba.

Todas las noches escondía el manuscrito, a veces entre las maderas de la librería, otras, en las espinilleras de criquet. Algunas tardes acudía alguno de sus amigos íntimos a jugar al ajedrez; otras, se acercaba Ken desde el periódico y daban un paseo en coche hasta el mar o por la ciudad. El coche de la policía los seguía constantemente, pero para Woods era un desahogo salir del encierro de la casa, y Ken le tenía al tanto de las dificultades y triunfos del *Dispatch*. A

pesar de todos los problemas que había tenido con el consejo de administración por sus roces con la ley, le siguieron pagando el sueldo íntegro, conservando su nombre y título de director en la cabecera del periódico. Se sentía orgulloso de aquel detalle; por él y por ellos.

Nunca había tenido tiempo de trabajar tan intensamente en un solo tema. Para él era un reto nuevo y motivante aquella disciplina de revivir a Biko sobre el papel, Le acuciaba un deseo de comunicación como nunca había sentido, pero aun con su ferviente voluntad de fijar su figura por escrito, algunas ideas de Steve no acababa de entenderlas. Y menos aún su criterio de no violencia. Steve no equiparaba la no violencia a la resistencia pasiva, sino que opinaba que había que desafiar al gobierno en todos los casos en que la justicia más elemental estuviese en juego. Igual que Ghandi en su momento, pensaba que no había sitio para los cobardes en la campaña de no violencia. Se tratase de una huelga o de un boicot, el rebelde no violento corría el mismo riesgo físico que los «activistas» contra el «Sistema». Podían encarcelarle, apalearle y hasta matarle. Pero a largo plazo, Steve opinaba que lo que él denominaba

«regateo organizado» se abriría paso hasta en las mentes más obtusas. Aunque siempre respetaba a los que se disponían a entablar la lucha armada para ganar la libertad, opinaba que el enfoque no violento contaba con dos grandes aliados. Uno era la historia; opinaba que el proceso sería largo y a Donald le decía a veces que duraría veinte años, pero no le cabía duda de que la historia avanzaba en una determinada dirección lógica y que el sistema de Sudáfrica no podía durar. Era irrefutable el triunfo definitivo del régimen un hombre un voto.

El otro aliado que Biko preveía era «el resto del mundo». Si luchaban por exponer claramente al resto del mundo la opresión y descarada explotación de la mayoría negra por parte de la minoría blanca, la situación se materializaría en un pecado imperdonable que la sociedad civilizada no podía perdonar.

Una de las reservas de Donald respecto a la tesis de Steve era que, por muy consciente que fuese de los sufrimientos de los negros en Sudáfrica, el resto del mundo nunca llegaría a saberlo por muchos

sacrificios que se hicieran. Biko argumentaba con el convencimiento de que la combinación de la no violencia con la Conciencia Negra serviría para elevar a la mayoría negra de un modo que en último extremo haría inevitable la negociación, aunque hubiese derrotas transitorias.

Esforzándose por fijar en el papel el espíritu y las ideas de Steve, Donald se decía que ojalá tuviese él la confianza que Biko mostraba en el método y en los resultados. En su enfoque subyacía la firme creencia de que la gente es más buena que mala. A veces cuando contemplaba por la ventana a los dos policías que vigilaban la casa y pensaba en la muerte de Biko, ponía en cuestión aquella perspectiva optimista de la humanidad. Había días que aquel concepto le inducía a sonreír con sorna porque estaba convencido de que incluso tratar de escribir un libro sobre Steve era adoptar un método que el propio Biko habría calificado de «acción no violenta».

Cuando lo tuvo acabado invitó al padre Kani a jugar una partida de ajedrez, y sin decir una palabra le enseñó el manuscrito. La portada rezaba sencillamente «Biko», con dos fotos de él: una riendo y otra muy serio.

El padre Kani, al verlo, se quedó muy impresionado y alarmado. Woods le había pedido claramente por teléfono que trajese su álbum de fotos, y al cura le había extrañado la petición, pero, sabiendo que el teléfono de Woods estaba intervenido, imaginó que se trataba de alguna artimaña. Ahora comprendía que Donald quería que sacase de la casa aquel manuscrito.

Durante la partida, Woods le escribió un par de notas; una diciendo que quería que lo leyese y le dijera si había hecho justicia a Steve, y otra indicándole que, si le parecía bien, podía sacarlo del país en su proyectado viaje a Inglaterra.

Al concluir la partida estuvieron un rato viendo y comentando las fotos del álbum del cura para que lo registrasen los micrófonos. En realidad fue algo que al padre Kani le divirtió y a Woods también, y, aunque no bastó para tranquilizar al cura ante el hecho de escamotear el manuscrito ante los policías, de algo sirvió.

Tres días después Kani volvió a llamar a Woods diciéndole que tenía un par de tardes libres y si le apetecía otra partida de ajedrez.

Al llegar, salieron los dos al jardín para dar un paseíto antes de ponerse a jugar. El jardín era grande y, aunque estaban lejos de la casa, hablaban en susurros. Los niños jugaban y gritaban en la piscina creando suficiente ruido de fondo para darles confianza y hablar sin tapujos.

—Me gusta lo que ha escrito —dijo el padre—, pero está jugando con fuego. ¿Cree que no se habrán imaginado lo que ha estado haciendo desde que...? —inquirió dirigiendo un gesto vago hacia la casa. El cura tenía la costumbre de no acabar las frases cuando el contenido estaba claro—. Sabe usted perfectamente que la casa está llena de escuchas —prosiguió—, y yéndose un poco de la lengua o si irrumpen sin previo aviso... —Volvió a hacer un gesto equivalente a «desastre»—. Lo que ha escrito sobre Steve está calificado de traición y si me sorprenden sacándolo fuera del país, nos pasará lo que a Nelson Mándela o... lo que a Steve. Y nadie se enteraría; ya sabe usted por qué.

Woods tuvo una enorme decepción. Sabía que lo que alegaba Kani era cierto, pero él escribiendo el libro no había pensado en ello, posponiendo la problemática para cuando llegase el momento. Y ahora que tenía el libro y era una realidad, quería defenderlo.

—Entonces, ¿cree usted que ha sido trabajo en balde? —inquirió con un suspiro.

—Lo que creo es que debe destruir sin demora lo que ha escrito —contestó Kani. Woods se le quedó mirando—. O bien —añadió tentador— salir usted de Sudáfrica con el manuscrito —hizo un gesto hacia la piscina—. Y no sólo por..., bueno, por ellos también.

Woods no podía creérselo. «¿¡Abandonar el país... para siempre!?» Sudáfrica era su patria, la patria de su padre, la tierra de su abuelo, el país de sus hijos.

—Verdaderamente —añadió el padre Kani—, lo uno o lo otro.

Woods había puesto demasiado corazón en el libro para destruirlo siguiendo la opinión de alguien, por muy lógica que esa opinión fuese. Llamó a Bruce McCullough y le pidió que viniese a darse uno chapuzones y a hablar de los viejos tiempos.

—Tráeme los libros que me prometiste —añadió.

Bruce estuvo a punto de decir «¿Qué libros?», pero, igual que Kani, se figuró que Woods le decía algo que no quería que supiese la policía. La opinión de Bruce a propósito del manuscrito fue similar a la del padre, pero, en vez de aconsejar a Woods su destrucción, se puso en contacto con un antiguo editor de Londres y le contó la historia. El editor le dijo que si llegaba a sus manos el manuscrito, por la vía que fuese, lo publicaría. Bruce volvió a East London para darse otros chapuzones.

Un par de días después Woods sugirió a Wendy llevar los niños a la playa. Hacía mucho tiempo que no lo hacían y a todos les encantó la idea. Evalina preparó una gran cesta de comida y a primera hora se dirigieron en coche a una de las magníficas playas solitarias que abundan en Sudáfrica.

Llevaban allí un par de horas y los niños, después de haberse dado buenos revolcones con papá, estaban jugando solos, Jane ayudando a Mary a buscar conchas y los tres chicos haciendo de piratas con un trozo de madera de una balsa. Los policías de Seguridad se hallaban en la ladera, sobre ellos, vigilando, pero habían llegado a la conclusión de que era una simple excursión familiar y se habían tumbado tranquilamente en la yerba junto al Valiant negro. En ese momento Woods le dijo a Wendy que iban a tener que marcharse de Sudáfrica. Con las noticias que le había dado Bruce había recuperado moral y le cogió totalmente de sorpresa la vehemente reacción de Wendy.

—¿Cómo que tenemos que marcharnos? —replicó ella, consternada.

—Bruce se ha puesto en contacto con un editor inglés y quieren mi libro —contestó Donald con cierto orgullo—. Y el padre Kani tiene razón: cuando lo publiquen, aquí lo considerarán traición. No podemos quedarnos.

Así de claro, pero Wendy se puso en pie y se le quedó mirando.

—¡No puedo creérmelo! —vociferó—. Porque quieras que te publiquen un libro, ¿vas a arrancar a los niños de su colegio, de sus abuelos, de su vida?

—Son niños y se...

—¿Y yo? ¡No te molestas siquiera en preguntarme qué quiero hacer! ¡Vivimos en un régimen odioso, pero es *nuestro* país!

Woods se incorporó apoyándose en los codos; él también se estaba consternando.

—¿Y tú eres la radical, Wendy? ¿Qué quieres: conformarte con la muerte de Steve? ¿Conformarte con lo que hace este gobierno?

En la ladera uno de los policías llamó la atención de sus compañeros al advertir la discusión. Con el viento y el rumor de las olas no oían lo que decían, pero notaban el acaloramiento de sus palabras.

—¿Y qué más quieres? —decía Wendy, furiosa. Era una mujer que se refugiaba en la seguridad de su nido, a pesar de las grandes dificultades y de pronto veía aquel nido amenazado, y todo por la vanidad del marido—. ¡Tú has forzado a que se abra la encuesta! ¡Estás confinado!

—¡Exacto! —comenzó a decir Woods sin que ella le dejase hablar.

—¿Es que eres tan poderoso que tú solito los vas a hacer cambiar?

—¡Yo voy a hacer lo que pueda! —replicó Woods a gritos—. ¡Soy un escritor! ¿Te crees que voy a estar cinco años sentado sin poder escribir una palabra? —¿Y

nosotros qué? —Pero no...

—¡Escribe otra cosa! ¿Es que un libro va a cambiar el mundo? —
¡Wendy...!

—¿Y qué haremos nosotros? ¿Dónde iremos? Donald, ¡tenemos cinco hijos! ¡De aquí no podremos sacar un céntimo!

—Ya nos arreglaremos. Yo no...

—¡Ya! ¡Estás dispuesto a destrozarnos nuestras vidas por ver tu nombre en la cubierta de un libro! —¡Maldita sea!

—¡Y te vales de la muerte de Steve como excusa! Woods se puso en pie de un salto. Nunca le había pegado, ni siquiera se le había pasado por la imaginación, pero en aquel momento tuvo que contenerse para no llegar a la acción física. Pero ella no se amilanó y sostuvo la mirada con igual violencia. Finalmente, Donald le dio la espalda y comenzó a pasear por la playa.

Los niños, igual que los policías, habían oído las voces, pero ya habían vuelto a sus juegos, tranquilos al ver que su padre se alejaba y asustados al ver que su madre pateaba la arena.

Woods paseó media hora para calmarse. Sabía que parte de su cólera tenía su origen en lo que había dicho ella de que deseaba fervientemente que le publicaran un libro. Pero eso sólo era parte de la verdad, porque para él Steve Biko era el individuo más grande que había conocido, incluido Bobby Kennedy y Jan Christians Smuts, y que desapareciese sin que se supiera le parecía tan grave crimen como el de sus asesinos.

Cuando regresó al lugar en que se hallaba su familia, Wendy estaba sentada sola en una lengüeta de la arena. A pesar de tantos años de matrimonio, Donald no pudo contener una sonrisa al ver lo guapa que aún estaba en bañador. Jane le vio llegar y distrajo a la pequeña Mary alejándola de ellos. «¡Qué lista es!», pensó Woods, enternecido.

Fue chapoteando despacio con los pies hasta la barra de arena y se sentó junto a Wendy. Ella estaba sentada inclinada hacia adelante, cogiéndose las piernas con los brazos, mirando la arena a sus pies. No movió un solo músculo cuando él se sentó a su lado.

—Wendy, ¿podemos hablar? —dijo él pausadamente.

Ella le miró. Había llorado y se le notaba en los ojos. Estuvo mirándole impasible durante un rato que pareció una eternidad y finalmente dijo:

—Perdona que haya sido tan cruel.

Woods hizo un gesto quitándole importancia.

—No —dijo—. Es verdad que quiero que me publiquen el libro, pero si Steve ha muerto para nada —añadió, dominado por la emoción—, si su nombre va a quedar enterrado, si las cosas van a seguir aún peor... No pudo concluir la frase.

Wendy se volvió hacia él; las lágrimas afloraban de nuevo a sus ojos, pero su voz era pasmosamente tranquila.

—¿Quién te crees que eres? ¿Dios? Woods lanzó un suspiro y miró al mar.

—No —dijo por fin—. Dios, no. Pero no hay ningún escritor que conozca la historia de Steve ni de este gobierno como yo. Eso es una realidad.

—Somos siete, Donald —replicó ella, alzando levemente la voz—. ¡Tienes cuarenta y tres años! ¿Qué vas a conseguir con un libro?

Woods la miró anonadado un instante, abrumado por la rabia, el temor y la precisión que bullían como mercurio al fuego bajo aquel dominio que ella trataba de imponer a sus palabras.

Wendy miró por encima del hombro a los policías que los vigilaban desde la altura.

—¿Tú crees que nos van a dejar salir? Podemos morir en nuestro intento de fuga... o acabar en la cárcel, y no lograrás que te publiquen el libro.

Donald asintió en silencio, pero señaló con la *cabeza* a los niños.

—Si nos quedamos —respondió pausadamente—, sabes que Dillon, y luego Duncan y Gavin, tendrán que ir al ejército...

—Todos los jóvenes van...

—A matar gente que sabemos que es decente. O peor, para que acaben matándolos gente que sabemos que es decente...

Wendy le dio la espalda y ocultó el rostro entre las rodillas. Sabía que era una posibilidad cierta.

—No soy Dios —añadió Woods—, pero sabemos cómo está este país actualmente, y no podemos consentirlo ni esperar a que Dios lo cambie. Tenemos que hacer lo que esté en nuestra mano y el libro es mi única posibilidad.

Era una afirmación sincera, centrada en la verdad que k asistía por encima de su vanidad, de su ego..., y Wendy lo entendió. Se volvió hacia él con los ojos bañados en lágrimas y una expresión escindida entre el amor y la disconformidad. Finalmente se inclinó hacia él y le abrazó desesperada, mientras él la sujetaba conteniendo sus fuertes sollozos.

Los policías en la altura seguían mirando.

A lo lejos, Jane jugaba en la arena, con Mary mirándolos preocupada.

Durante más de diez días no volvió a hablarse una palabra de marcharse o no marcharse del país. Wendy sabía que Donald seguía deseándolo, y él sabía que Wendy no quería. Luego, una tarde en que Wendy hacía escalas al piano para un recital que iban a dar ella y un amigo que tocaba el violín, mientras Woods corregía párrafos del libro que a lo mejor nunca se publicaba, el cartero llamó a la puerta.

Mary y *Charlie* echaron a correr hacia la puerta, pero la pequeña apartó al perro para abrir.

—Un paquete para Mary y Duncan Woods —dijo el cartero en tono simpático y la pequeña Mary, sonriendo tímidamente, lo recogió y cerró.

—¡Mami, papi! —gritaba excitada—. ¡Un regalo para nosotros! Duncan llegó corriendo y dio la vuelta al paquete para ver las señas.

—¡Es verdad, mamá! —exclamó entusiasmado—. ¿Lo abrimos?

—Claro, si va dirigido a vosotros... —contestó Wendy sin dejar de hacer escalas. Duncan rompió el paquete y mostró una camiseta con una imagen de Steve Biko y

su nombre inscrito con la palabra Steve arriba y Biko debajo.

—¡Es un retrato de Steve...! —La camiseta que mostraba era muy pequeña y se la dio a Mary—. Toma, Dumbo.

—A ver si me sienta —dijo la pequeña echando a correr hacia el patio para mirarse en el espejo de la entrada.

Al oír el nombre de Steve, Woods había salido de su estudio. Duncan cogió la otra camiseta del paquete y la sostuvo en el aire.

—Mira, Wendy —dijo Woods.

Wendy miró la escena y, al ver el retrato de Biko, sintió cierto remordimiento por su actitud respecto al libro.

—¿Quién las hará? —preguntó.

—Se está convirtiendo en una leyenda —comentó Woods cogiendo el paquete—. Es lo único positivo de su muerte —añadió dando la vuelta al paquete para ver la etiqueta—. De los abuelos no puede ser —musitó a Duncan—. ¿No hay remite?

En aquel momento un chillido horroroso los dejó paralizados.

Mary estaba en el patio con la camiseta medio puesta sobre su delantalito escotado. Tenía la cabeza embutida en la prenda y con los brazos estirados gritaba de dolor. Woods llegó corriendo con Wendy a sus talones y Evalina salió también de estampida de la cocina.

Cuando Woods llegó a su lado, Mary seguía chillando de miedo y dolor con los brazos totalmente estirados. Woods le quitó la camiseta de la cabeza y vio que tenía todo el cutis inflamado con una erupción, los ojos rojos e hinchados y los brazos cubiertos de sarpullido. Sin parar de chillar, la niña fue a restregarse los ojos, pero Woods le cogió las manos.

—¡No te toques los ojos! —vociferó—. ¡Wendy, llama al doctor James! ¡De prisa!

¡Que venga a casa inmediatamente!

Wendy echó a correr al teléfono mientras Woods cogía a la pequeña y la metía apresuradamente en la cocina.

—¡Tira esa camiseta! —gritó a Duncan, que los había seguido al patio.

Se dirigió al fregadero con la pequeña, que no paraba de chillar, y ayudado por Evalina le echó agua por la cara y los hombros. El sarpullido comenzaba a extenderse por el cuello y los hombros en forma de llagas en carne viva.

Duncan seguía en la puerta de la cocina sacudiéndose las manos doloridas.

—¿Qué pasa? —inquirió—. ¿Qué es?

—¡No te preocupes! —le espetó Evalina—. ¡Deja esa camiseta y sube a lavarte las manos! *Baleka, bhuti!* —añadió en chosa, como siempre que se excitaba.

Duncan se restregaba las manos contra el pecho tratando de quitarse la sustancia irritante.

—Pero ¿por qué hacen las camisetas así? —preguntó con voz quejumbrosa.

—¡Duncan! —gritó Woods, encolerizado—. ¿No has oído lo que te ha dicho Evalina? —Y volvió a procurar calmar a Mary mientras Evalina seguía echándole agua.

Duncan rompió a llorar y se secó las lágrimas con el dorso de las manos.

Aquella noche Wendy acostó a Duncan. El niño tenía las manos vendadas y apósitos en dos puntos próximos a los ojos. La madre le abrazó y besó con mayor cariño del habitual.

—Te curarás, cariño —dijo—. El doctor James ha dicho que se te pasará en un par de días. —A Duncan le pareció demasiado tiempo y sus labios se movieron temblorosos. Wendy volvió a abrazarle—. Ahora duerme, que el médico ha dicho que esa píldora te hará descansar. —Le besó y se acercó a la cama de Gavin para besarle también. Después salió sin hacer ruido de la habitación.

Cuando entró en el cuarto de Mary, Jane y Woods seguían a la cabecera de la niña, cuidándola. El doctor James le había dado un sedante y ahora dormía inquieta. Tenía brazos y hombros vendados y el rostro cubierto de crema blanca. Sus ojos cerrados estaban rojos e hinchados. Jane lloraba en silencio.

—Por mucho que nos detesten —musitó—, ¿cómo pueden haberle hecho esto...?

Se volvió hacia su madre, echándose en sus brazos, mientras Wendy la abrazaba fuerte, pensando lo mismo. Restregó la barbilla en la cabeza de Jane, mirando a Mary, con los ojos bañados en lágrimas. Finalmente miró a su marido.

—¿Sabes lo que te digo? Que me gustaría ver publicado ese libro. —Y las lágrimas rodaron por sus mejillas.

Donald las abrazó a las dos.

Después de aquello, las cosas sucedieron con rapidez. Woods se puso en contacto con Bruce McCullough, el padre Kani y Don Card, convencido de que eran los únicos en quienes podía confiar totalmente. Había otras personas que no es que fuesen a traicionarle, pero que podían hacerlo sin querer. A Bruce la idea de la fuga le pareció apasionante. Mediante una señal prevista Woods convino reunirse con Bruce el 15 de diciembre. En Sudáfrica era principios de verano y Woods le había indicado que aparcase junto a un campo en la calle cerca de la casa. Bruce y el padre Kani se habían encargado de tener listo un avión que los llevase a Botswana. Querían haber salido del país en Navidad.

Cuando Dillon comunicó a Donald que el coche de Bruce estaba en el sitio previsto, Woods se dirigió al fondo del jardín y saltó la tapia. Una vez en campo abierto, comprobó que no había ningún coche de policía y corrió a campo traviesa hasta una bocacalle en que no había casas y en la que únicamente se veía el coche en el cruce de la misma con su propia calle. Llegó apresuradamente hasta el vehículo y montó.

—¡Mierda—! —exclamó Bruce—. ¡Esperaba que llegases por el otro lado!

Por su reacción, Donald comprendió que, a pesar de su ánimo apasado, el australiano estaba tan nervioso como él.

—Si hubiera salido por delante —dijo—, sabrían dónde estoy y además con quién. Y en el decreto de confinamiento no se especifica que tenga que salir por la puerta principal.

Bruce sonrió y puso el coche en marcha en dirección contraria a la casa de Woods. Éste miró hacia atrás y vio el Valiant negro con uno de los policías recostado.

—No me han visto —comentó pletórico.

—Tienes que denunciarlos por negligencia en el servicio —añadió Bruce.

—Te veo muy animado —replicó Woods—. Apuesto a que tienes buenas noticias. En respuesta, Bruce metió la mano en el bolsillo y echó un pasaporte en el regazo de Woods.

—Estaba caducado —dijo Bruce—, pero lo hemos amañado. No te valdrá para salir de Johannesburgo, pero te servirá para circular por ahí a guisa de identificación.

Woods lo había abierto para comprobar la foto y los datos.

—¡Padre David C. Curren! —exclamó riendo—. ¡Un cura irlandés! ¿Cómo lo conseguiste?

—El padre Kani lo «limpió» —contestó Bruce—. Dice que está convencido de que el padre Curren no habría puesto objeciones, pero para mayor seguridad se lo dirá a su debido tiempo.

Woods movió la cabeza asombrado.

—Pelo negro —dijo—, pero, aparte eso, si la luz no es muy buena, supongo que dará el pego.

—¿Seguro que no nos siguen? —inquirió Bruce.

Woods miró hacia atrás. Llevaban ya un buen rato en campo abierto y no se veía ningún coche.

—No, estamos solos —contestó.

—Bueno, entonces éste parece un buen sitio para perderse —repuso Bruce parando el coche junto a la cuneta—. Vamos a echar un vistazo al mapa.

Se apearon y Bruce extendió el mapa sobre el capó.

—Queda descartado el vuelo a Botswana —comenzó a decir.

—Pero si...

—¡Lo hemos intentado! —indicó Bruce, terminante, para disipar los temores de Woods—. Pero no podemos conseguir un avión con el combustible necesario sin pillarnos los dedos. Es imposible. Lo he intentado y no se puede.

Woods estaba anonadado. Si no podían contar con el avión, no veía el modo de sacar a su familia. Y no pensaba dejar a Wendy y a los niños. Por otra parte, viajar más de dos mil kilómetros con la mujer y cinco niños y la policía a sus talones no era un plan viable.

Bruce lo sabía, pero con el padre Kani había ideado una alternativa y no estaba dispuesto a dejar que Woods cediera a la desesperación.

—Abre el mapa por ese extremo —le instó Bruce, animoso—. Kani y yo lo hemos previsto todo.

Woods lanzó un suspiro de decepción y le ayudó a sujetar el mapa.

—Pensamos que el mejor momento es la noche de fin de año —comenzó a explicar Bruce—. Todo el mundo está como una cuba. Tú te transformas en padre Curren y te diriges al norte de Queens-town. Allí se reúne contigo el padre Kani y te lleva en coche a la misión de Santa Teresa, un convento de monjas junto a la frontera en Lesotho. Dos curas... Es perfecto.

Lesotho era la minúscula república independiente situada en el centro de Sudáfrica. Gozaba de una independencia nominal, pero económicamente dependía totalmente de Sudáfrica. Por allí no entraba ni salía nada, salvo a través de Sudáfrica, de lo cual el gobierno sudafricano se aprovechaba descaradamente.

—¡Pero si en Lesotho la Policía de Seguridad sudafricana secuestra a gente todos los días! —protestó Woods—. ¿Tú crees que me van a dejar...?

—¡Espera! —interrumpió Bruce—. Una vez en pleno campo, Kani dice que la frontera no es más que un río que se puede vadear por muchos sitios...

—¡Un cura vadeando el río fronterizo! —exclamó Woods meneando la cabeza. Aquello era cada vez más descabellado.

—¡Lo haces de noche! —exclamó Bruce—. Y una vez que cruces, yo estaré allí para llevarte a Maseru antes de que la policía se entere de nada..., y de allí puedes llegar en avión a Botswana. La compañía aérea, por llamarla de algún modo, la dirige un canadiense con un australiano y un par de pilotos neozelandeses.

Aquello le hacía sentirse orgulloso: los australianos y la Commonwealth lo solucionaban todo.

Woods volvió a echar un vistazo al mapa. No compartía en absoluto el entusiasmo de Bruce.

—¿Y mi familia? —inquirió—. ¿Wendy y los niños?

—Kani ha pensado en todo —aseguró Bruce, sin titubear.

—¿Y tú cómo llegas a Lesotho? —inquirió, escéptico.

—Me manda el periódico en avión para hacer un artículo sobre una línea aérea de la Commonwealth con tres aparatos en una república negra —contestó, animado—. Ten en cuenta que mientras tú te dedicabas a ligar en Londres, yo me preocupaba de que un periódico trabajase por mí, y no lo contrario.

Woods no pudo ocultar una sonrisa. Había estudiado periodismo en Londres y allí había conocido a Bruce. Compartían un piso entre cuatro: Woods, Bruce y otros dos australianos.

—Si todo sale bien —replicó Woods, sarcástico—, lo único que siento es que te voy a procurar el mayor notición de tu carrera.

—¡Un cuerno! —rebatió Bruce, burlón—. ¡He conseguido mejores noticias en cafeterías!

Woods volvió a sonreír y consultó el mapa. Era un largo camino de East London a Queenstown.

—¿Y por qué tengo que ir tan al norte para reunirme con el padre Kani? —preguntó.

—La policía piensa que entran armas por esas carreteras cercanas a la frontera y registra todos los coches matriculados fuera del distrito. Kani va allí para obtener un coche local.

Woods lanzó un suspiro de pesimismo. Había muchos inconvenientes.

—No te quejes de Kani, compañero. Hacer lo que hace siendo negro...

—No hace falta que me digas el riesgo que corre —contestó Woods—. Lo que pasa es que no veo cómo voy a llegar al norte de Queenstown.

—Haciendo autostop, padre Curren, haciendo autostop —añadió Bruce. Woods se le quedó mirando y el australiano sonrió, aunque con una reserva indicativa de que era consciente del riesgo—. Así, querido compañero, si te cogen —añadió taciturno—, no implicarás a Kani y a Wendy.

Woods sopesó la idea con todo el detenimiento que merecía. Ambos levantaron la cabeza al oír el fuerte ruido de un motor. Un camión de transporte de personal blindado, un enorme «Hipo», avanzaba hacia ellos por la carretera. Bruce dobló el mapa como quien no quiere la cosa y saludó con la mano a su paso. Iba lleno de soldados saludables y bronceados sosteniendo negligentemente sus modernas armas. Un par de soldados respondieron al saludo.

Woods tuvo que esperar cinco días para verse con el padre Kani. Habían convenido reunirse en el jardín botánico, un bonito parque desde el que se dominaba el mar. El problema fue que los «no blancos» sólo podían visitar el parque martes y jueves.

Por sus deberes sacerdotales, el padre Kani tenía un permiso que le autorizaba a entrar en East London después de anochecer, pero los dos habían pensado suscitar menos sospechas encontrándose «casualmente» por el día. Woods había paseado algunas veces por el parque desde el momento de su confinamiento, porque en el ambiente de aquel gran espacio abierto, con hermosas vistas, podía pensar con mayor tranquilidad en el libro. Fue a solas el sábado para restablecer la rutina a los ojos de la policía, y el martes se «tropezó» con el padre Kani, que paseaba tranquilamente. Los dos sabían que no engañaban a nadie, pero les serviría de coartada en caso necesario y el encuentro no agravaba para nada su relación.

Tras su encuentro «casual» pasearon por el parque hasta encontrar un banco, en el que tomó asiento el padre, mientras Woods hablaba de pie ante él. Era el mejor modo de estar al acecho de los policías que vigilaban al periodista; Kani cubría una dirección y Woods la otra, y así no podían sorprenderlos ni oírlos sin que se percataran.

—Podemos hablar —dijo Woods—: se han tumbado en el césped a unos cincuenta metros detrás de usted.

—¿Le ha explicado Bruce todos los demás detalles? —inquirió el cura.

—Sí.

—Bruce y yo no hemos explicado el plan exacto a nadie, ni siquiera al señor Card. Pensamos que cuanto menos gente conozca los por menores, menos..., ya sabe... Alguien sin querer puede hablar.

Woods asintió con la cabeza.

—No pienso hablar de ello con nadie, ni siquiera a nuestros amigos más íntimos —

respondió Woods—, pero me preocupa cómo enlazar con usted.

—Muy sencillo —arguyó Kani—. Nos reuniremos en un puente a seis kilómetros de Queenstown en la carretera de Pretoria. No es un puente grande —añadió—, pero es el primer puente al salir de Queenstown.

—De acuerdo, eso no se me olvidará —aseguró Woods—, pero lo que me preocupa es cómo llegar allí.

—No tiene por qué preocuparse —respondió Kani sin inmutarse—. A las cinco, en víspera de Nochevieja, todos los policías blancos están en fiestas. Wendy le lleva en coche hasta las afueras de la ciudad, y usted hace autostop hasta el puente. No es nada difícil con tal de no salir tarde.

A Woods aquello no le convenció.

—Si hay una llamada telefónica y no estoy en casa... Kani se limitó a sonreír.

—Bueno, es Nochevieja y usted se ha acostado borracho —dijo, riendo—. ¡Nadie se lo va a reprochar! Al menos este año...

Woods sonrió por la irónica verdad. No, nadie le iba a echar en cara que se fuese a la cama borracho.

—Después, a la mañana siguiente —prosiguió Kani—, Wendy sale en coche hacia la playa, pero en realidad se dirige a casa de sus padres en Umtata. Si todo sale bien, usted la telefonea en cuanto llegue a Lesotho, y ella sale con los niños en dirección norte hacia la frontera antes de que la detengan.

Woods asintió con la cabeza. Sí, aquello le parecía bien.

—Si usted no consigue llegar... —dijo Kani con ojos serios, mientras Woods le miraba y él se encogía de hombros. Era una posibilidad que tenían que considerar—, entonces, no habrá llamada telefónica, y lo que ella hará será volver a casa lo antes posible para que no la acusen de complicidad.

Woods siguió paseando pausadamente unos minutos pensándose lo bien. Podría salir bien. Tenía que salir bien. Y desde luego era lo más seguro para Wendy. Finalmente se volvió sonriente hacia Kani. Lo harían.

Kani le contestó con una gran sonrisa. Se sentía orgulloso del plan y de que Woods lo hubiera aceptado.

—Si consigo escapar —aseveró Woods mirando hacia los dos policías—, sospecharán de usted.

Kani ni se molestó en mirar para atrás.

—Probablemente —continuó con toda naturalidad, a pesar de la gravedad del asunto—. Pero siendo un sacerdote les faltarán pruebas..., y en mi caso creo que les gustaría tenerlas.

Woods no se quedó muy convencido. Kani era muy valiente y corría un grave riesgo. Si conseguían salir de Sudáfrica, jamás podrían pagar lo que hacían por ellos. Esperaba que el libro compensara todos aquellos riesgos...

El 31 de diciembre fue un día cálido y soleado en East London. Siguiendo el plan, Wendy llevó los niños a la playa, donde la mayoría de los habitantes de la ciudad pasaba la fiesta. En toda la curva arenosa del litoral había niños jugando, gente bañándose, gente tomando el sol, jóvenes en uniforme jugando al rugby. Parecía un anuncio de las delicias de la Sudáfrica blanca: sol, mar, gente saludable entregada al ocio.

Wendy se sentó en una toalla sobre la arena y abrió un libro, pero no dejaba de mirar las incesantes olas con una expresión angustiada, en radical contraste con el ambiente de la playa. En veinticuatro horas habría abandonado Sudáfrica para siempre, o su marido estaría en la cárcel para el tiempo que quisieran tenerlo. O, lo que era peor, estarían los dos presos y sólo quedarían sus padres para ocuparse de los niños.

—¡Wendy! —oyó gritar y se sobresaltó; cogió el libro a punto de caérsele y se volvió a mirar, protegiéndose con la mano del sol que le daba en los ojos. Era una mujer de su edad de pie junto a ella.

—Alice... —saludó Wendy, una vez repuesta de la sorpresa—. Estaba en Babia.

—Ya lo creo —dijo Alice, sonriendo—. No esperaba verte en la playa estas Navidades.

—¿Qué otra cosa puedo hacer con los niños? —respondió Wendy, haciéndose la mártir.

Alice asintió comprensiva con la cabeza. Llevaba un ejemplar del *Dispatch* en la bolsa playera.

—He visto que sigue el nombre de Donald en el periódico —añadió con simpatía.

—Sí, se están portando muy bien —contestó Wendy, viendo que se aproximaba Larry, el marido de Alice. Se notaba que ya se iban de la playa, pero él evitaba deliberadamente pasar por su lado.

—Hola, Wendy —saludó finalmente desde lejos—. ¿Qué tal Donald?

—Sobrevive —contestó ella con una mueca.

—Bien —concluyó Larry—. Vamos, Alice, que es tarde.

Alice dirigió un mohín a Wendy de mutuo entendimiento y siguió a su marido, pero se volvió para decirle:

—Wendy, he sacado entradas para tu recital del mes que viene. Me imagino que con todo el tiempo que tienes para ensayar estarás magistral.

Una broma a propósito de su «confinamiento» que Wendy aceptó complacida. Alice agitó el brazo gritando: «¡Feliz año nuevo!»

—Igualmente... —contestó Wendy, cabizbaja.

Se volvió y miró a sus hijos. Jane estaba sentada sobre una barca varada, hablando tímidamente con un muchacho y acariciando distraídamente a *Charlie*. Mary, aún con las señales cutáneas del ácido, llenaba muy seria con agua de mar un hoyo que había hecho. Los tres chicos jugaban al criquet con otros un poco más allá.

Aunque logran escapar, nunca podrían revivir aquello, pensó.

En casa, Woods se hallaba en el cuarto de recreo, adonde había entrado a recoger el manuscrito, pero se había entretenido con las fotos de las paredes. Hacía meses que no las miraba. Había una preferida suya, de él y su hermano ante una portería de criquet en el colegio, los dos vestidos con traje blanco de criquet. Donald había marcado sus primeros cien tantos y era candidato a la copa del colegio, y su hermano había fallado cinco palos. Su padre, que daba al deporte más importancia que a nada, dijo en aquella ocasión que era el día más feliz de su vida.

Había una foto de Wendy y él haciendo un hoyo en Inverness. Era al año siguiente de casarse, y el viaje de aniversario a Inglaterra era el regalo que les habían hecho los padres de ella. Había también fotos de los niños a distintas edades. Una de Dillon a los cuatro años con una pelota de rugby que era la mitad de grande que él. Una de Wendy de jovencita, una de Jane a los seis años en el club de tenis, Gavin y Duncan jugando a gatas con un balón.

Le habría gustado llevárselas todas, pero optó por la de él y su hermano y una reciente de toda la familia en canoa en el Great National Park de Durban. Las sacó de los marcos para meterlas en la bolsa con su muda.

Luego sacó el libro del escondrijo en las espinilleras de criquet. Miró las fotos de Steve en la portada. Cómo había cambiado aquel hombre su vida..., sus vidas.

Cuando Wendy dejó la playa tomó el camino largo para regresar a casa. Cruzó un pequeño poblado negro que antaño estaba lejos de la ciudad, pero que con la expansión de ésta ahora quedaba a la derecha del final de la zona blanca. Quería ver por última vez aquella zona de Sudáfrica. Jane iba sentada a su lado y los otros niños con *Charlie* en el asiento trasero con las toallas, las pelotas y los trastos de criquet. El tramo de carretera que tomó era en realidad una raya fronteriza, con el poblado a un lado y la ciudad al otro. En el lado del poblado había un pequeño mercado. Una hilera de rudimentarias tiendas de madera y alrededor mujeres que vendían fruta y verduras en trozos de plástico en el suelo. En pleno día festivo, había muchos negros con el día libre y estaban reunidos delante de la tienda más grande, riendo y charlando, a pesar de sus ropas andrajosas y el contraste entre las calles asfaltadas de enfrente y los caminos polvorientos de tierra del poblado a sus espaldas.

En el camino que conducía al poblado había aparcado un coche de policía, con tres agentes negros y uno blanco. Estaban arrellanados en los asientos con las puertas abiertas, charlando y mirando despreocupadamente la actividad en las tiendas.

Era una escena familiar para Wendy, pero en el último año ya lo veía de otra manera. No obstante, por mucho que deseara que cambiase, parte de su ser lo seguía viendo con cierta nostalgia. Echaría de menos aquellas sonrisas, aquella variopinta vitalidad.

Avanzaban despacio en caravana. Delante de ellos iba un viejo camión con cinco o seis jóvenes negros; de dieciocho o diecinueve años, pensó Wendy. Cuando llegaban a la altura de las tiendas, el camión frenó para detenerse y dos negros saltaron a tierra y descargaron un gran cesto de patatas. Conforme lo llevaban hacia la tienda, el que estaba más cerca de Wendy se volvió sonriendo.

—Gracias, señora —dijo, refiriéndose a su paciencia por esperar mientras descargaban.

Wendy llevaba la ventanilla bajada y les sonrió.

—No os gastéis todo lo que ganéis con eso en la fiesta —les dijo en chosa.

Los dos muchachos se quedaron mirándola un tanto sorprendidos por oír su lengua vernácula y el que había dado las gracias sonrió con malicia y replicó:

—¡Guardaremos algo! ¡Feliz año nuevo, señora!

Wendy volvió a sonreírles. Aquella vivacidad y la amplia sonrisa descubriendo sus blancos dientes le habían traído el recuerdo de Steve. El camión arrancó y Wendy reanudó la marcha.

Cuando llegaron a la zona blanca, se detuvo en una tienda a comprar helados para los niños. Una vez que todos volvieron a montar en el coche, Gavin preguntó suplicante:

—Mami, ¿podemos quedarnos levantados para recibir al año nuevo? Primero nos desvestimos...

—Sí, sí, mami —corearon Duncan y Mary.

Jane dirigió una mirada a Wendy. A ella y a Dillon les habían explicado el plan a grandes rasgos, porque Wendy y Donald pensaron que ya eran demasiado mayores para no darse cuenta de los preparativos y podían plantear preguntas incómodas que la policía podía captar por los micrófonos de escucha.

—Si estáis preparados —contestó Wendy—, tengo una peli y dibujos animados. Los tres acogieron la idea alborozados.

Ahora cruzaban las afueras de la ciudad. Preciosas casas con gente en torno a piscinas y barbacoas; en algunos jardines se veían jardineros negros en su faena. Wendy siguió con la vista a *un jeep* de la policía con dos agentes blancos, que cruzó en dirección opuesta.

—¿Verá también papi la película? —preguntó de pronto Gavin.

—Yo creía que ibais a pedir a Alan y a Greg que vinieran... —dijo Jane volviendo a lanzar una mirada a su madre.

—¡Ah, sí!, ¿eh, mamá? —replicó en seguida Duncan.

—Bueno, entonces papá no estará; de todas formas, ya sabes que a él vuestras películas no le convencen mucho.

Los críos respondieron con diversos sonidos de abucheo y Wendy vio por el retrovisor a Dillon que hacía un gesto de connivencia, como diciendo: «Muy bien resuelto, mamá.»

Wendy detuvo el coche delante de la casa de Alan y Greg y los tres pequeños saltaron del coche seguidos del perro y cruzaron corriendo el césped hasta la casa.

—¿Podemos quedarnos un rato? —gritó Gavin por encima del hombro.

—¡No! —replicó Wendy—. ¡Tenéis que ayudarme a descargar el coche! ¡Preguntad sólo si pueden venir Alan y Greg esta noche!

Se dejó caer arrellanada en el asiento. En aquella zona no había ace-ras ni bordillos y los grandes céspedes llegaban hasta el asfalto. Un poco más allá se veía parte de su casa y la parte trasera del coche de policía aparcado enfrente.

—¿Sientes miedo, mamá? —preguntó pausadamente Dillon. Estaba inclinado sobre el asiento delantero entre Wendy y Jane, apoyado en el respaldo.

—Claro que tengo miedo... —contestó pensativa, y a continuación sonrió y le sacudió afectuosamente por los hombros—, pero por papá, no por nosotros.

—¿Y lo que hicieron a Mary? —replicó Jane.

—Y los tiros cuando papá estaba fuera... —añadió Dillon.

Wendy titubeó un instante y volvió a zarandearle por los hombros.

—De acuerdo, tengo miedo por nosotros y estoy aterrada por papá. Los tres esbozaron una tímida sonrisa.

Woods había guardado el manuscrito y las pocas cosas que se lleva-ba en una bolsa pequeña. Paradójicamente la bolsa más conveniente era una de la South African Airlines de equipaje de mano. Luego puso el pasaporte falso en la cómoda del cuarto de baño, se quitó las gafas y comenzó a teñirse de negro el pelo. Estaba en plena opera-ción cuando oyó abrirse la puerta del garaje y a Evalina saludando a los niños que en traban en tromba en la casa.

—¡Ya estamos aquí! —gritó Wendy tanto a guisa de saludo como de advertencia.

—¡Papi, le he ganado a Dillon por seis! —chilló Gavin.

—¡Estupendo! —contestó Woods disponiéndose a echar el cerrojo por si a alguno se le ocurría venir a verle. Ya oía a Mary y a *Charlie* subiendo las escaleras.

—¡Papi, te he traído conchas! —gritaba la pequeña.

—Llévalas al cuarto de la tele —contestó rápidamente Woods—, ya las veré en cuanto me lave.

Cuando estaba cerrando la puerta del cuarto de baño se abrió la del dormitorio, pero era Wendy. Entró y cerró la puerta tras ella.

Woods se puso las gafas y le hizo señas de que tuviese cuidado con lo que decía, porque sabía que el pelo negro podía causar el tipo de sorpresa que provoca un comentario lamentable.

—¿Habéis pasado un buen día? —preguntó deliberadamente.

—¡Agotador! —contestó Wendy con igual intención—. Pero los niños quieren volver mañana.

—¿Por qué no? —respondió Woods—. Han estado tanto en casa con todo esto... Wendy se había acercado a la ventana; miró a los dos policías de enfrente y vio que observaban la casa y, al verla en la ventana, la enfocaron con los prismáticos para verla mejor. Ella corrió las cortinas.

—He visto a Alice y a Larry en la playa.

—Tengo que llamarle —dijo Woods, volviendo al cuarto de baño— a ver si puede venir la semana que viene a jugar conmigo al ajedrez. Oye: ¿te has acordado de recoger el proyector? —dijo, volviéndose y alzando la voz expresamente.

Wendy le miró despacio y luego extendió su toalla en la cama.

—¡Vaya! ¡Maldita sea! —exclamó—. Los niños querían helados y, a pesar de que lo hablamos, vine por el otro camino y lo olvidé por completo... Lo recogeré más tarde.

Woods la miró y luego dirigió la vista al techo, como diciendo «con eso basta» y luego, arqueando las cejas, se quitó las gafas y volvió a su tarea de teñirse el pelo.

Cuando terminó, pensó que había llegado el momento de decir adiós a los niños. Estaba en albornoz y con una toalla liada a la cabeza. Mary vino corriendo con su cubito de conchas y se quedó parada al verle.

—Papi, no estás vestido —dijo.

—No, me he lavado la cabeza —contestó Woods, pero la pequeña ya pensaba en otra cosa.

—Ésta es la más bonita —indicó sacando una concha del cubo.

Woods la examinó detenidamente y se sentó en la cama mientras ella se metía entre sus piernas, los dos de cara a la puerta.

—A ver... Sí que es bonita —precisó Woods—. Mira, si mañana encuentras otra igual, las monto en madera y te hago unos sujeta—libros, para tus discos y tus cositas

—añadió con gesto ilustrativo.

—¿De verdad me lo puedes hacer? —repuso la pequeña entusiasmada.

—Claro —contestó Woods—. Ahora estoy volviéndome muy mañoso. Llamaron suavemente a la puerta y entraron Duncan y Gavin.

—Papá, querías vernos... —dijo Duncan, indeciso.

Los dos miraban a su padre con curiosidad, viéndole en albornoz con la toalla liada a la cabeza.

—Tiene la cabeza mojada de la ducha —dijo Mary muy seria y los niños aceptaron la explicación, pero seguían sin saber por qué los habían llamado.

—Me han dicho que van a venir Alan y Greg dentro de un rato y, como yo no voy a bajar, pensé que os gustaría felicitar el año nuevo a vuestro padre —dijo Woods.

Los niños se mostraban cohibidos, sin saber si iba a regañarlos y sin imaginarse que era un adiós.

—Claro... —contestó Duncan tímidamente—. Feliz año nuevo... El pequeño Gavin no hizo más que sonreír perplejo.

Woods sonrió y a continuación dijo bastante serio:

—Chicos, espero que no deis mucha guerra a mamá esta noche.

—No, papá —contestó Duncan.

—Muy bien... Entonces, feliz año nuevo —declaró Woods en tono solemne.

Los dos asintieron con la cabeza. Duncan abrió la puerta, dio un codazo a Gavin, ambos contestaron apresuradamente «Feliz año nuevo» y cerraron al salir.

Woods dio la espalda a la puerta y fingió una alegría que no sentía.

—¿Un besito de mil novecientos setenta y siete para mí? —preguntó a Mary, quien le besó obediente en la mejilla. Llevaba otra vez el delantalito escotado y se veían las señales blancuzcas de las quemaduras de ácido en los hombros y un par de ellas junto a los ojos—. ¿Y un besito de mil novecientos setenta y ocho? —La pequeña le besó con fuerza en la otra mejilla—. Muy bien —añadió a regañadientes—, a soñar con los angelitos. —Le dio una palmada afectuosa en el trasero y la hizo salir. Mantuvo un rato los ojos fijos en la puerta cerrada.

Al poco rato entró Wendy preocupada por la hora. Señaló intranquila el reloj y el pelo mojado de Donald. ¡Le miraba como si necesitase una enfermera! Fue al tocador y cogió su secador de pelo. Woods quiso quitárselo de las manos, pero ella se resistió y le hizo sentarse en la esquina de la cama, le quitó las gafas y comenzó a secarle la cabeza.

Al cabo de unos minutos estaba casi seco. Wendy le arregló el pelo con unos toques, desconectó el secador y se detuvo un instante a mirarle con curiosidad, acariciándole delicadamente el pelo con cariño. Woods la agarró de la otra mano y la hizo ponerse frente a él. Se estuvieron mirando a los ojos, llenos de temor, cariño y recuerdos suscitados por lo que los aguardaba. Finalmente habló Woods.

—Feliz año nuevo —dijo en voz baja. Año nuevo, vida nueva, todo nuevo, quería decir. Wendy sonrió y se apretó contra él, abrazándole la cabeza amorosamente. Él estiró el cuello y sus labios se juntaron, uniendo sus miedos, esperanzas y recuerdos.

Wendy le dio otro apretón y fue hacia la ventana, mientras Woods miraba la hora. Los dos policías de paisano se habían marchado,

pero en su lugar había un flamante policía negro uniformado. Estaba sentado en el pequeño banco que había en la parada del autobús para «no blancos», porque no le estaba permitido sentarse en el que había un poco más allá en la parada con marquesina para «blancos». El hombre observaba la casa con la misma atención que sus colegas blancos.

Woods se acercó a Wendy, se caló las gafas, la abrazó y se puso a mirar con ella por entre las cortinas.

—Gracias a Dios que son tan rutinarios —dijo, recordando las palabras del padre

Kani: «A las cinco todos los policías blancos estarán en fiestas...»

Wendy se volvió a mirarle. Llevaba alzacuellos, un traje negro, una gabardina negra y la bolsa de SAA. Quedaba bien. Ella le quitó las gafas y se las dio. Las gafas no formaban parte del disfraz. Él sonrió con gesto de advertencia, pero Wendy estaba decidida a no prolongar el adiós y fue directamente a la puerta para acabar cuanto antes. Le precedió escaleras abajo, mientras oían a los niños jugar al billar en el cuarto de juegos; Mary estaba aporreando el piano. Dillon vio que su madre bajaba y distrajo a los pequeños, mientras Woods se deslizaba hasta la puerta de la cocina. Por un instante estuvo tentado de mirar por última vez a los niños, pero Wendy le asió decidida del brazo. «Si te ven y dicen una palabra...», musitó a su oído, señalando el techo, y Woods desistió muy a su pesar.

Wendy entró en la cocina. Jane estaba en el fregadero.

—¿Dónde está Evalina? —inquirió la madre—. ¿En su cuarto?

—No, la he enviado a Corders por panecillos de hamburguesas —contestó Jane—. No veas cómo se ha enfadado...

Wendy abrió la puerta e hizo signo a Donald de que entrase. Jane le miró en su disfraz de cura y casi se echó a reír, a pesar de la angustia que la embargaba. Jane era la más consciente de los hermanos, y mentalmente preveía cualquier posibilidad, en particular la más horrible. Woods iba a decirle algo, cuando de pronto sonó el teléfono. Todos se quedaron paralizados, pero Woods reaccionó y cogió el supletorio de la cocina.

—Sí —respondió jovial—. ¡Hola, Terry! Feliz año nuevo. No, claro que siguen las escuchas, pero no te preocupes... No, estoy bebiendo como si nada, así que tendré un buen año nuevo, a pesar... Sí, iremos a veros cuando volváis... Brindaremos por la «libertad»... Igualmente, colega.

Woods los miró pensativo, levantó las cejas aliviado y colgó. Dillon había entrado en la cocina mientras su padre hablaba, cerrando cuidadosamente la puerta a sus espaldas para que nadie entrase sin previo aviso. Miró a su padre, haciendo un gesto de aprobación por el disfraz, y Woods le sonrió y miró la hora. No la veía sin las gafas, pero Wendy interpretó su gesto.

—Bueno —dijo—: más vale que vaya a recoger el proyector.

Era la señal de partida. Jane tenía los ojos bañados en lágrimas y Dillon se mostraba ligeramente pálido. Woods se acercó a él y le apretó los hombros, mientras el muchacho le sonreía débilmente. A continuación Woods se acercó a la puerta trasera e hizo un signo a Jane, que se echó en sus brazos, conteniendo el ruido de sus sollozos. Su padre la besó en el pelo y le dio un fuerte abrazo, luego la soltó y se dirigió a la puerta del garaje. Wendy ya estaba fuera. Él se detuvo en el umbral y miró hacia atrás por última vez la habitación..., la casa..., su vida... y sus hijos. Tuvo que contener las lágrimas; levantó el índice en señal de triunfo a Jane y a Dillon, se quitó las gafas y pasó al garaje.

Wendy tenía abierta la portezuela trasera del Mercedes, esperándole impaciente. Woods montó en el coche, puso en el suelo la bolsa con la gabardina encima y se tumbó; Wendy le tapó con una manta, abrigándole con manos nerviosas, casi con enojo. Cerró la portezuela y abrió la puerta del garaje.

El policía negro de enfrente se puso en pie para mirar. No en actitud amenazante, sino para observar.

Wendy se sentó al volante y arrancó el motor manteniendo la llave demasiado rato y produciendo un ruidoso chirrido. Dominó todos los músculos de su rostro decidida a mostrarse impasible, pero su mano temblaba mientras metía la marcha atrás... y sacaba el coche.

El policía negro la observaba; tenía el *walkie—talkie* junto al oído y escuchaba. Wendy cambió de marcha rascando fuertemente y se

alejó. El policía la siguió con la vista mientras decía algo por el aparato.

En el suelo de la parte trasera del coche, Woods acusaba el nerviosismo de Wendy y quería decir algo para calmarla, pero no se atrevía a hacerlo hasta que se hubiesen alejado lo bastante de la casa. Pero fue Wendy quien habló primero.

—Espero que no haya todavía borrachos por ahí, porque estoy tan nerviosa que a la primera de cambio me iría contra el bordillo.

—¿Nos siguen? —inquirió Woods levantando la voz.

—No creo —contestó Wendy tras lanzar nerviosa una ojeada al retrovisor—. Viene un coche, pero creo que es el de Atman.

Woods, tumbado bajo la manta, escuchaba el ruido del coche y el roce de los neumáticos sobre la carretera. Todo lo que habían planeado saldría bien o se iría al agua en las próximas horas. Tenía más miedo del que osaba confesar, incluso a sí mismo. Recordó una noche en que se hallaban en el centro comunitario, desierto y en penumbra, y en que Biko y Mapetla habían entrado clandestinamente en la ciudad. Wendy y él estaban allí para ver lo que hacía falta tras las primeras reparaciones subsiguientes a la irrupción vandálica de la policía. Cuando llegaron Steve y Mapetla, Woods salió a comprar cervezas y luego se sentaron a hablar; Biko era el más tranquilo de todos y estaba sentado con las piernas estiradas y apoyadas en una máquina de coser, sonriendo mientras él le reconvenía por «correr riesgos».

—Claro que corro riesgos —había contestado Biko con una leve sonrisa—. Constantemente; pero sólo resulta chocante si se piensa que somos un país en paz, pero en una guerra la gente corre normalmente grandes riesgos. Yo estoy en guerra... —había añadido tomando un trago de cerveza.

Y ahora, en el suelo del Mercedes, Woods comprendió que también él estaba en guerra. No es que la idea le reconfortase, pero confería cierto sentido al absurdo de cruzar la ciudad tumbado en el suelo de su coche.

—Ya me lo temía —dijo de pronto Wendy—. Está lloviendo. Todo el día despejado, ¡y ahora se pone a llover!

—¿Llueve mucho? —inquirió Woods.

—Bueno, no. Sólo son unas nubes. Parará. Estamos casi en las afueras; ya puede sentarse, padre Curren.

Woods se incorporó y cogió la bolsa y la gabardina, que comenzó a ponerse.

—Sólo es una tormenta —puntualizó Wendy mirando al cielo—. Creo que pasará.

—Es usted una mujer muy valiente, señora Woods —dijo él, mirándola a la nuca, consciente de la tensión que la embargaba.

—¡Qué va! —contestó ella—. ¡Soy una mujer asustadísima! Y no intentes meterme en ningún lío más.

Woods sonrió. Ya estaban en la carretera general en dirección norte hacia King Williams Town.

—¡Dios mío, qué suerte! —exclamó Wendy—. Tenía razón el padre Kani: no serás tú el único autostopista.

Wendy detuvo el coche al final de la larga fila de autostopistas. La lluvia casi había cesado. Volvió la cabeza sin moverse del asiento.

—Nada de adioses —advirtió hierática—. Baje, padre Curren. Le deseo buena suerte.

Woods la miró a los ojos, interpretando lo que quería decir. Se había puesto ya la gabardina, y cogió la bolsa y abrió la puerta.

—Gracias por traerme, señora Woods —dijo con el mejor acento irlandés que supo. Cerró la portezuela y Wendy arrancó. De repente Donald echó a correr tras ella, golpeando la ventanilla.

—¡Wendy! ¡Wendy! —gritó. Ella paró y bajó el cristal.

—No te olvides de recoger el proyector —dijo él con la respiración entrecortada.

—¡Dios mío! —contestó ella con un suspiro—. ¡Menos mal que me lo has dicho; se me había olvidado por completo!

—Hasta pronto —murmuró Woods sonriendo.

Aquellas palabras le llegaron al alma y tuvo que morderse el labio para contener su emoción. Volvió a arrancar y al cabo de unos metros hizo una cerrada maniobra en U para volver hacia la ciudad.

Woods siguió con la vista al coche entre el tráfico hasta que se perdió en la oscuridad.

Woods observó con atención un pequeño convoy militar procedente de la ciudad. Lo componían *un jeep* con oficiales blancos seguidos por un camión con tropas negras y un segundo camión con una pequeña pieza de artillería. Contempló con gran tensión a los soldados del camión, pendiente de si reaccionaban ante su presencia, y en aquel preciso instante se dijo que tenía que desechar la idea de que cualquier persona uniformada estuviera buscando a Donald Woods. Mientras los miraba, un coche se detuvo a su lado y tocó el claxon, provocándole un sobresalto. Era un BMW antiguo y muy sucio. Por la ventanilla asomó la cabeza un granjero afrikaaner.

—Voy a King Town —dijo.

—Estupendo, estupendo —contestó Woods, reintegrándose mentalmente a la idea del autostop—. Muchas gracias —añadió montando.

Arrancaron y Woods se sacudió el pelo.

—Ha quedado un poco de humedad —indicó para dar conversación.

—Veo que el Papa no les da dinero suficiente para tener coche —observó el hombre en broma, pero sin deseos de ofender.

Woods sonrió; no se le había ocurrido por qué un cura tenía que verse obligado a hacer autostop.

—Pues... —comenzó a decir en blanco— es que... seguramente tiene cosas más importantes en que emplearlo. —De pronto se le ocurrió algo—: Tenemos un coche en la parroquia, claro —añadió meloso—, pero no era mi día de servicio y siendo Nochevieja... —concluyó, dejando la frase en el aire para que el afrikaaner sacase sus propias conclusiones.

—¡Aaah! —contestó el granjero—. Ya veo. Debo decirle que no me hacen mucha gracia los católicos —continuó de corrido—. Yo creo que Dios habla por la Biblia y que es una blasfemia por parte del hombre decir que habla en nombre de Dios en la tierra.

Lo había dicho con la misma campechanía burlona, seguro en su postura y sin mala intención para con los demasiado ignorantes o perversos para reconocer la verdad.

—Pues entonces he tenido mucha suerte en que me cogiese — contestó Woods, mordaz.

—¡Bah! Yo no tengo nada contra nadie —replicó el hombre riendo—, al margen de lo que cada uno sea, con tal de que no tengan nada contra mí. ¿Es usted auténtico sudafricano o de importación?

—Auténtico sudafricano —respondió Woods antes de percatarse que se suponía que era el padre Curren, irlandés.

El granjero se volvió hacia él y advirtió su inquietud.

—Parece como si le diera vergüenza —le espetó.

—No, no, en absoluto —contesto Woods—. Mi... mi familia ha vivido y muerto en Sudáfrica durante seis generaciones y yo adoro cada valle y cada colina del país — añadió en un tono de melancolía, pensando en que iba a dejar aquella tierra probablemente para siempre.

El tono hizo que el granjero le preguntara concretando.

—No será usted uno de esos curas rojos que se lo dan todo a los cafres, ¿no? — inquirió, ya menos campechano.

Woods miró la bolsa que llevaba en el regazo con deseos de contestarle, pero se contuvo.

—Ni mucho menos —dijo—. Soy jugador de criquet y no me gusta todo ese boicot que nos impide derrotar a los malditos australianos.

—¡Un buen cura! —replicó el locuaz granjero conteniendo la risa—. Le juro que me gustaría que hablase usted con sus hermanos de religión. Porque son las malditas escuelas de la Iglesia donde esos cafres adquieren sus puñeteras ideas.

—¿Verdad que sí? —dijo Woods sonriendo y mirando su bolsa, con mayor intención de la que el granjero suponía.

—Eran tribus errantes que nunca se asentaban. Nosotros hemos sido los que hemos hecho el país, y si no les hubiésemos dado algo que hacer, se habrían marchado a otras tierras. Eso es lo que hay que enseñarles. —Encendió los faros y vieron que se aproximaban al convoy militar, al que adelantaron.

—Pero nuestros soldados meterán en cintura a los cafres que se desmanden e impedirán que los comunistas les faciliten armas —

repuso, volviéndose sonriente hacia Woods—. Pero también el Papa está en contra de los comunistas; así que, a pesar de las puñeteras escuelas, espero que nos entendamos.

Woods se dijo que iba a tener que escuchar argumentos parecidos durante muchos kilómetros y se relajó dispuesto a escuchar aquel deje afrikaaner del granjero para el capítulo de recuerdos.

Hacia las diez cambiaron el vigilante en casa de Woods; llegó un oficial blanco en coche y dejó a otro agente negro, que relevó al anterior. El que salía de servicio le comunicó que habían corrido las cortinas de la sala de estar y que anteriormente había visto que montaban un proyector. El oficial miró hacia la casa. Por entre las cortinas de la sala de estar y las persianas del estudio se filtraba luz. En el piso de arriba había también luz.

—Está bien —dijo al agente que entraba de servicio—. Observa la casa ¡y no te duermas!

Dentro de la casa, Dillon pasaba un dibujo animado en la sala de estar, donde habían instalado en un rincón el gran árbol de Navidad. Los niños estaban en pijama: Mary, sentada en el regazo de Evalina; Duncan y Gavin, tumbados en el suelo con sus amigos Alan y Greg.

—¡El correcaminos! —exclamó Mary entusiasmada, haciendo volver a Evalina el rostro hacia la pantalla.

—Sí. ¡Qué divertido! —respondió la sirvienta dando un apretón a la pequeña, que lanzó un chillido. Pero Evalina miraba a Jane, que estaba inquieta dando vueltas a la mesa de billar en el cuarto de juegos—. Ven aquí —dijo la negra moviendo los labios sin emitir la voz. Jane se encogió de hombros y señaló a Dillon.

—Cuando ponga la película —respondió la muchacha articulando los labios con voz apagada.

Se oyó un golpe en el piso de arriba y Evalina levantó inquieta los ojos hacia el techo. Jane se acercó en seguida a ella, previendo lo que iba a hacer.

—Voy a echar una mano —musitó Evalina.

—No —contestó Jane con gran énfasis—. Seguramente madre se está quitando los zapatos.

Evalina no se quedó muy convencida, pero en aquel momento Mary volvió a obligarla a mirar la pantalla.

A Wendy se le había escurrido de las manos una gran maleta que estaba bajando. Aguardó nerviosa la reacción que provocaba el golpe, pero oyó que los niños seguían riendo y ningún paso en la escalera. Ya había recogido las cosas que consideraba imprescindibles para los niños. Le había costado decidir lo que dejaba en la casa. No había cogido más que un recuerdo de Sudáfrica para ellos: un banderín de rugby con un jugador avanzando; en la parte superior se veía la bandera sudafricana y sobre ella las inscripciones «The Springboks». Elección que incluso a ella le había conmovido. Curiosa la motivación que suscitaba el deporte...

Ahora miraba indecisa el dormitorio. ¿Qué se llevaría? Primero se dirigió al tocador. Casi no podían llevar dinero, porque no se habían atrevido a tocar la cuenta de ahorros por temor a alertar a las autoridades. Así que tendrían que arreglárselas con sus joyas hasta que uno de los dos encontrara trabajo.

Abrió el primer cajón y sacó un collar de perlas, un broche de rubí con diamantes. Mientras rebuscaba entre los objetos para separar la bisutería de las piezas auténticas, se tropezó con una foto que había guardado tiempo atrás en el cajón. Eran los niños en la piscina con Evalina, muy sonriente, detrás de ellos como una gallina clueca. Se detuvo a contemplarla. A Gavin le estaba saliendo un diente; Jane aún parecía andrógina en traje de baño; y Evalina... Wendy sintió una punzada de remordimiento. Aquel rostro, aquella devoción... Recordó el tribunal de Pretoria, cuando le habían preguntado a Steve: «¿Y por qué utiliza usted el lema "Lo negro es hermoso"?»

«Porque generalmente se asocia con algo negativo —la oveja negra, el mercado negro—, algo que se considera malo», había respondido Steve. «Entonces, ¿por qué utiliza la palabra? —había replicado el juez Retger—. Quiero decir que son más morenos que negros.» «¿Por qué ustedes se denominan blancos? —había replicado Biko, burlón—. Son más rosa que blancos.»

Wendy recordaba que se había producido un embarazoso silencio en la sala y que ella y otros contenían la risa porque el juez Retger era tan rosa, que casi resultaba rubicundo. Finalmente el juez había par-

padeado, diciendo: «Exacto.» Ella tenía ganas de reír, pero Steve había continuado argumentado con palabras que nunca olvidaría.

«Hagamos lo que hagamos, algunos nos llamarán negros en el sentido peyorativo. Y precisamente por eso hemos optado por emplear la palabra en sentido encomiástico, para cambiar su imagen negativa; para sacudir las mismas raíces de lo que de sí mismo cree el hombre negro. Para poder decir: "Estás bien tal como eres, hombre."»

Wendy miró la imagen de Evalina y pensó en aquellas palabras. Se le enturbiaron los ojos, pero guardó la foto en el estuche de joyería.

El viaje de Woods en dirección norte fue accidentado. El granjero le había dejado en el cruce con una carretera secundaria en plena desolación, y él había recurrido a todo: hacer señales, agitar el brazo y silbar; todos menos ponerse de rodillas para suplicar a los coches que pasaban. Estaba tan desesperado, que había empezado a caminar. Se volvió al oír un motor y agitó el brazo, al tiempo que señalaba su alzacuellos; pero como si nada. Los faros del coche le rebasaron veloces sin detenerse. Pero a unos doscientos metros, el vehículo se acercó al arcén y paró. Al principio, Woods no daba crédito a sus ojos. Pero sí, el camión —era un camión— daba marcha atrás. Echó a correr hacia él.

Conforme se aproximaba vio que era un viejo Bedford lleno de cajas de pollos vacías. Abrió la portezuela contraria al conductor.

—¿Hacia dónde va, padre? —preguntó el hombre. Era un negro vestido con mono, con aspecto de haber pasado todo el día trabajando.

—Pues me dirijo a Queenstown, pero iré hasta donde me lleve —contestó Woods inmediatamente.

—Vamos, suba —añadió el hombre, sonriente.

Se llamaba Jason y regresaba a una granja al norte de King Williams Town después de haber entregado una carga de pollos a un cliente de East London. Woods puso pie en el estribo y de pronto un sucio perrucho blanco y marrón comenzó a ladrar. El negro le agarró y lo hizo sentarse.

—No se preocupe —dijo el hombre—, mete mucho ruido pero no hace nada.

Woods montó en la cabina y Jason volvió a ponerse en marcha. El perro olisqueaba a Woods y meneaba la cola.

—Padre, ¿por qué viaja de noche en autostop? —inquirió el negro, secundando sus palabras con una carcajada para mostrar que no trataba de ofenderle.

—Pues... no era mi intención —contestó Woods—, pero también los curas tenemos problemas.

Lo había dicho en un tono que expresaba toda la desesperación por el tiempo que llevaba en la carretera esperando que alguien le recogiera.

—¡Sí, señor; ya lo creo! —contestó Jason riendo—. Pero una cosa, padre. Se le ve muy mal con ese traje tan oscuro. Al principio no me di cuenta de quién era.

Woods se miró preocupado la vestimenta.

—Sí —contestó pensativo—. La próxima vez me pondré a la luz. Podría dejarme en Stutterheim...

—Sí, señor, padre —contestó el negro riendo—, si usted me acompaña para atravesar King Williams Town. Es que esta noche los blancos, como están bebidos, a lo mejor me dan la lata. Pero con un padre blanco... —rió de nuevo. Era su modo de actuar ante los blancos y las dificultades: riendo. Lanzó una mirada a Woods, quien también le sonrió comprensivo.

Continuaron unos kilómetros en silencio y Jason hizo un prudente comentario para evidenciar que no pretendía ofender.

—Desde luego, fuera de Nochevieja, es una ciudad estupenda —dijo, riendo de nuevo—. ¡Conozco gente estupenda en King Williams Town!

Woods miraba hacia adelante la oscura carretera. ¿Cuánta gente estupenda conocía él en King Williams Town?

—Yo también... —contestó pensativo. Por algún motivo recordó no su primer encuentro con Biko, sino la encuesta por la que con tanto esfuerzo había luchado. La evidencia médica de los golpes recibidos por Steve, los detalles de aquel bárbaro traslado tirado en un Land Rover hasta Pretoria, el testimonio contradictorio de la policía, y, sin embargo, aún resonaban en sus oídos las palabras del veredicto:

—Este tribunal ha establecido lo siguiente. Primero: que el difunto, el bantú Stephen Biko, hombre negro de treinta años de edad, murió el doce de septiembre, y que la causa de la muerte fue lesión cerebral que indujo insuficiencia renal y otras complicaciones. Dos: que según las pruebas que constan, la muerte no puede atribuirse a nin-

gún acto de omisión equivalente a comportamiento criminal por parte de nadie.

Y había cerrado la encuesta con un golpe de maza.

Por primera vez a Woods le asaltó el temor de que Sudáfrica nunca saldría de su estado sin derramamiento de sangre.

Siguieron avanzando en la noche y Woods se fue acostumbrando a la oscuridad de la cabina. En el tablero de instrumentos, Jason llevaba en un gastado y barroco marco de plástico la foto de unos niños de pie ante una rudimentaria vivienda de ladrillo. Estaban por estaturas, desde el más pequeño a la derecha hasta el mayor a la izquierda, todos descalzos y harapientos, pero casi todos sonriendo.

—¿Son sus hijos? —inquirió Woods. Jason sonrió orgulloso.

—Sí, señor. Tengo siete. Eran ocho, pero Sarah murió. ¡Pobrecita!

Le complacía que se lo hubiera preguntado, y Woods le miró de soslayo con una sonrisa burlona.

—Usted es aún joven; va a acabar con una familia muy numerosa. Jason se arrellanó en el asiento soltando una carcajada.

—¡Es verdad! —exclamó—. Mi mujer y yo procuramos pasar siempre juntos el fin de semana y, no falla, cada año se queda embarazada.

Y volvió a lanzar una carcajada.

—¿Dónde trabaja su mujer? —preguntó Woods.

—En Johannesburgo. Yo tuve una vez un permiso para buscar trabajo allí, pero si no trabajas en las minas, el *boas* casi no te paga ni para coger el autobús, y no podía mandar nada al pueblo para los niños.

—¡Ah! ¿Están en un pueblo?

—Sí, señor —contestó Jason—. En Ciskei. La prima de mi mujer..., ¡oh, oh! —

exclamó echándose a reír. Una risa excesivamente forzada e inquietante. Woods miró al frente y comprendió.

Acababan de entrar en King Williams Town y algunos jóvenes blancos obstruían la calle. Estaban de juerga, gritando «¡Feliz año

nuevo!» sin actitud agresiva, pero tenían ganas de divertirse y el viejo camión con su carga de jaulas de pollos vacías les venía como anillo al dedo.

Jason aminoró la marcha, pero consciente de que no convenía parar. Por un instante pareció que los chicos iban a dejarlos continuar sin incidentes, pero de pronto uno de ellos lanzó una botella de cerveza vacía contra las jaulas de pollos, la cual rebotó y se estrelló contra el asfalto, haciendo un ruido que los excitó. Y las botellas llovieron sobre ellos. El grupo se había abierto lo suficiente para dejar paso y Jason siguió adelante sin dejar de reír, pero cuando ya rebasaban al último muchacho, éste se agarró a la soga que sujetaba las jaulas para hacerse remolcar. Los demás echaron a correr detrás dando gritos para hacer lo mismo. El que iba agarrado a la soga estaba inclinándose con su peso la carga de las jaulas, con el consiguiente riesgo de hacerlas caer de un momento a otro.

Jason seguía riendo, cada vez con menos entusiasmo, y Woods estaba casi histérico ante la posibilidad de un incidente que atrajese la atención de la policía. Finalmente, sin poderse aguantar, abrió la portezuela y se asomó gritando:

—¡Suéltate loco! ¡O te parto la cara!

El muchacho se lo quedó mirando atónito con la boca abierta... y finalmente soltó la cuerda. Los demás seguían gritando y corriendo tras ellos, pero el que acababa de soltarse les dijo señalando el camión:

—¡Hay un cura blanco con el café!

Satisfecho de haber puesto fin a la persecución, Woods volvió a acomodarse y cerró la portezuela de golpe. De pronto se percató de que Jason le miraba también sorprendido con la boca abierta, y comprendió que el léxico que había empleado no era precisamente «clerical».

—Su... supongo que tendré que hacer penitencia por mi arrebato...

—dijo lo más estirado que pudo.

Jason volvió a soltar una carcajada.

—¡Ah sí, ya lo creo! Pero ha conseguido que cruzásemos King Williams Town, así que imagino que Dios nos acompaña.

Y su risa explosiva volvió a resonar en la noche.

En la casa, Wendy había acabado de hacer la maleta y había bajado con los niños. Mary se había quedado dormida en brazos de Evalina, pero los demás seguían viendo la película. Apenas acababa de sentarse cuando llamaron a la puerta. Jane le dirigió una mirada preocupada y *Charlie* lanzó un gruñido, pero Duncan lo agarró. Wendy hizo signo a Evalina de que se quedase quieta con la pequeña y, angustiada, fue hacia la puerta.

Al abrirla se encontró ante un sonriente y algo achispado Don Card. Iba de esmoquin con una bufanda blanca de seda.

—¡Hola! —saludó jovial—. ¡Vengo a brindar por el año nuevo con Donald! —Y antes de que Wendy pudiera impedirselo pasó al vestíbulo, dándole un torpe beso en la mejilla—. ¡Feliz año nuevo! —dijo hipando.

En aquel momento Wendy comprendió lo acertado que había sido no haber hablado de la fuga más que con los directamente implicados. En aquel estado, Don habría sido capaz de comentárselo al propio Kruger. Le cogió del brazo con firmeza, pero sonriente.

—Don está en la cama. ¡Ya está bastante cargado!

—Bien —respondió Card resistiéndose a Wendy, que le empujaba hacia la puerta—.

¡Despiértale! ¡Le vendrá bien beber una copita!...

—No, Don, no puedo —insistió Wendy—. Está fuera de combate. Además, los niños tienen unos amigos y no puede bajar.

—La tomaremos en la cocina —imploró Don—. Nosotros dos solos. Te aseguro, como ex policía que soy, que no infringimos la ley.

Wendy volvió a asirle del brazo y con femenina persuasión le hizo salir.

—Venga, viejo búfalo, márchate —replicó regañona—. Ven mañana por la noche que necesitará compañía.

Card renunció a regañadientes a la copa con Donald y, al salir de la casa, la animación etílica le impulsó a seguir hablando.

—Vengo de un baile de la policía y voy a ir a otro.

—Bueno: si no atropellas a nadie, seguro que no te detendrán por conducir bebido —dijo Wendy despidiéndole.

Card lanzó una mirada hacia la sala de estar y los niños mirando la película, al tiempo que dirigía una señal de entendimiento a Wendy para que se le acercase. Ella lo hizo con prevención. Él le pasó el brazo por el hombro y echó a andar hacia el coche.

—Wendy —anunció muy serio, midiendo sus palabras y mirando al policía negro en la otra acera—, han estado tratando el caso. La han tomado con Donald porque los ha hecho quedar fatal. —Hizo una pausa y la miró—. Van a por él.

Wendy sintió un estremecimiento que recorría todo su cuerpo.

—¿Qué quieres decir? —inquirió en voz baja lo más tranquila que pudo.

—Saben que una persona como Donald no se queda en su casa sentado mano sobre mano —contestó Card en igual tono—, y esperan sorprenderle escribiendo. Tengo la impresión de que van a irrumpir en la casa cuando menos os lo esperéis.

—¿Ah, sí? —replicó Wendy con acritud acrecentada por la tensión y la rabia.

Card no contestó. Se inclinó y montó en su coche; cerró la portezuela y bajó el cristal de la ventanilla para seguir hablando con Wendy.

—Tendré los oídos bien abiertos —musitó con todo cuidado—, pero ten en cuenta que si le sorprenden escribiendo, o encuentran algo que haya escrito y pueden justificar su encierro en una celda, una sola vez... —concluyó dejando la frase en suspenso y alzando los ojos hacia ella para expresar el peligro. Aquella mirada transformó el estado de desprecio de Wendy en pánico.

—¿Cómo puedes tratarte con ellos, Don? —replicó en tono conminativo. Aunque estaba bebido, Card captó su profunda repulsa.

—Wendy —replicó como excusándose—, entré en la policía cuando tenía dieciocho años y antes de que Donald me consiguiera aquel trabajo en la seguridad privada, eso había sido toda mi vida. Mis amigos más antiguos siguen en la policía. —Wendy seguía mirándole, con lágrimas corriéndole por las mejillas. Card lo vio y creyó comprender las tensiones y temores que la embargaban, pero tam-

bién tenía la perspectiva del otro bando—. No todos los policías son unos malnacidos, Wendy — prosiguió serio—, o si no, te aseguro que os habrían sucedido cosas mucho peores...

—Pero no resistió seguir viendo aquel gesto de dolor de Wendy y agachó la cabeza—. El problema está en que si a la gente le dan licencia para hacer barbaridades, la escoria escala puestos y hasta los más decentes pierden el incentivo de ser honrados.

Se hizo un momento de silencio en el que sólo se oyeron los sollozos contenidos de Wendy como residuo de la conversación que acababan de mantener. Card encendió los faros, puso el motor en marcha y volvió a mirar a Wendy.

—Dile a Donald que se atenga a las reglas —dijo muy serio—, que no se arriesgue —añadió sacando el brazo para apretarle la mano y arrancando.

Wendy siguió el coche con la mirada y luego dirigió la vista al policía negro que la observaba en la oscuridad. Acto seguido entró en la casa.

Wendy estuvo paseando de arriba abajo por el jardín unos minutos después de la marcha de Don, tratando de calmarse para extraer algo positivo de aquella visita. Llegó a quedar aún más convencida que nunca de que la fuga era la decisión acertada. Ahora bien, tenían que hacerlo lo más prudentemente posible y ello dependía en parte de saber dominar las emociones.

Entró en la casa unos veinte minutos antes de medianoche. Lo hizo por la puerta de la cocina y fue directamente a la «bodega» de Donald. Era un simple aparador, pero tenía una buena reserva de botellas, entre las cuales tres de champán caro. Sacó una y la metió en la nevera y después cogió un cubo y lo llenó de cubitos de hielo.

Cuando llegó el momento mágico, estaba en la sala de estar con el champán frío tratando de descorchar la botella.

—De prisa, mamá —apremió Gavin—, que es casi la hora.

Por la televisión transmitían una fiesta de Nochevieja y la aguja de los segundos avanzaba consumiendo el último minuto del año. Por fin logró dar el estampido con el corcho y todos gritaron alborozados, mientras ella reía al ver brotar el espumoso líquido.

Evalina había traído una bandeja con copas y Wendy comenzó a servir un sorbito para Mary y algo más para los otros. Jane fue repartiéndolo apresuradamente las copas: Dillon, Duncan, Gavin, los invitados Alan y Greg y luego Wendy sirvió las dos últimas para Evalina y para ella. La manecilla de los segundos seguía avanzando.

—¿Por qué no baja papi a la otra habitación? —gimoteó Mary.

—Papá está durmiendo, que es lo que vais a hacer vosotros dentro de un cuarto de hora —puntualizó Wendy alegremente.

—¡Faltan diez segundos! —gritó Duncan.

Dillon subió el volumen del televisor. La gente en la fiesta contaba los segundos:

«Nueve», «Ocho», y todos en la casa corearon alegres: «¡Siete!», «¡Seis!»... Wendy miró en derredor..., su casa..., sus hijos. ¿Cómo sería el próximo «Año Nuevo»?...

«¡Tres! ¡Dos! ¡Uno! ¡Feliz año nuevo!», gritaron todos a coro. Brindaron todos, entre risitas de los niños, excitados por participar en cosa de mayores, y dieron un sorbo. Los chicos seguían riendo; el pequeño Gavin corrió hacia su madre y Mary se abrazó a ella cogiendo a su hermano.

—Feliz año nuevo —repitió Wendy. Duncan y Alan se abrazaban haciendo el payaso. Wendy les pasó el brazo por los hombros y dio un achuchón a Duncan—. Feliz año nuevo —volvió a decir, y en aquel momento sus ojos se posaron en Jane al otro extremo de la habitación y brindaron en emotivo silencio.

Mary había echado a correr hacia Evalina y se abrazaba a sus piernas.

—Feliz año nuevo —prorrumpió sin saber concretamente lo que significaba. Evalina la abrazó y la devolvió a su madre—. ¡Feliz año nuevo, mami! —repitió la pequeña, excitada.

—Feliz año nuevo, cariño —contestó Wendy, abrazándola con fuerza.

Wendy levantó la cabeza. Dillon acababa de besar a Evalina en la mejilla y Jane estaba a su lado. Arrodillada, con la pequeña en sus

brazos, Wendy vio la sonrisa beatífica de Evalina cuando Duncan y Gavin se acercaron a felicitarla.

Woods esperaba bajo una farola en Stutterheim, cuando el repique-teo de campanas y el sonido de las bocinas y los gritos de una fiesta próxima le hicieron saber que se iniciaba un nuevo año en su vida. Había estado consultando el mapa, preocupado por la hora, cuando comenzó la fiesta. Vio luz en algunas ventanas y en un edificio cercano a donde estaba se celebraba una fiesta con gente bien vestida bailando al son de música de orquesta. Estaba en una pequeña ciudad cuidada y próspera. Los gritos y risas distantes le recordaron a Steve bailando en aquel tabernucho tan contento y despreocupado. Y acto seguido le vino al recuerdo el día que le había visto jugando al rugby a muchos kilómetros de donde la policía creía tenerle localizado.

«Me ha llegado la citación. Creo que quieren romper nuestra amistad»: Woods recordaba perfectamente sus propias palabras.

«No sé —había contestado Biko con aquella sonrisa burlona—, unos meses en la cárcel quizá es lo que necesita para demostrar su autenticidad.»

El rugido de un motor le sacó de su ensoñación. Era un Land Rover que doblaba la esquina para detenerse junto a él. El policía de patrulla bajó de un salto, lanzó una mirada al sorprendido Woods, y fue a abrir la portezuela trasera.

—¡Muy bien, padre arriba! —dijo sin más.

—Si yo estaba... —comenzó a decir titubeando.

—La policía de aquí nos ha dicho que quiere llegar a Queenstown —indicó el agente de servicio—. Nosotros vamos a patrullar ese tramo de carretera, y si no hay incidentes le dejaremos allí en un par de horas.

—Dios le bendiga, hijo —musitó Woods, tranquilizado mientras montaba.

El agente Louw cerró la puerta y el conductor Nienaber se volvió hacia Woods para preguntarle:

—¿Va a la misión?

—Sí —contestó Woods mientras arrancaban.

—Yo en su caso, si no es una urgencia, pasaría la noche en Queens-town —sugirió Louw.

—¡Oh..., seguro que encuentro alguien que me lleve! —replicó Woods.

—Es que puede tropezarse con terroristas negros —comentó Nienaber.

—¿Aquí? ¿En Cabo Oriental? —inquirió Woods.

Los dos agentes se volvieron a mirarle como si bromease.

En la casa, Wendy estaba tumbada en la cama, vestida. Miraba el reloj, el techo y el lugar vacío a su lado. La puerta se abrió despacio y *Charlie* entró con el mismo humor que su ama. Ella lo acarició y el animal se tumbó junto a la cama.

Siguió mirando el techo sin pensar en nada, pero por fin se dijo que ya era hora de meter las maletas en el coche. Primero bajó la grande con todas las cosas de los niños; procuraba evitar cualquier ruido, porque no quería que ninguno de los pequeños se despertase y al verla con una maleta comenzasen a hacer preguntas. *Charlie* bajó las escaleras al mismo tiempo y ella le hizo señas para que no metiera ruido.

Cuando llegaron al garaje el perro estaba convencido de que iban a ir a algún sitio y comenzó a dar vueltas en torno a su ama, gimoteando y suplicado. Preocupada por el ruido que estaba haciendo el perro, Wendy cerró de un golpe el maletero y propinó un cachete a *Charlie* en el morro; luego se quedó paralizada y aguardó la posible reacción.

Al otro lado de la calle, el policía de guardia había oído el ruido y se puso en pie mirando hacia la casa. Pero como el ruido no se repitió se encogió de hombros y volvió a sentarse cómodamente en el banco para no blancos.

En la casa, Wendy cogió a *Charlie* por el collar y lo hizo cruzar la cocina y, llegando al vestíbulo, lo soltó y el perro subió corriendo las escaleras. Lo habría matado; el animal permaneció al final de la escalera meneando la cola, esperándola. Wendy movió la cabeza y no pudo contener una sonrisa.

Una vez superado el miedo inicial, Woods recordó que debía actuar como un cura irlandés. Los policías habían comenzado a hablar de Sudáfrica. Woods participó jovialmente en la conversación, inclinado sobre el asiento delantero, hablando con un leve acento. Nienaber había cometido el desliz de llamar a Sudáfrica uno de los países libres del mundo.

—¿Libre? —exclamó Woods—. ¡Por Dios! En Sudáfrica nadie es libre. Los negros, por ejemplo, usted bien sabe lo libres que son... Y ustedes los blancos, casi lo mismo. Gastan una fortuna en armas y policía y que me aspen si no viven amenazados por el miedo y el terrorismo. En mi opinión hasta que no implanten cierta justicia, la cosa seguirá empeorando.

—¿Justicia?! —replicó Louw—. Habla usted como los puñeteros norteamericanos.

Ellos casi acabaron con los indios, y ahora nos dicen que somos muy malos porque queremos que los negros tengan pases.... Justicia!

Woods no pudo contener una sonrisa.

—De acuerdo —respondió—, pero si los cinco millones de blancos que son ustedes tuvieran que matar a veinte millones de negros, tendrían que importar otros veinte millones de algún sitio para que hicieran el trabajo.

—Mire, padre —replicó Louw con una sonrisa de connivencia—: eso es precisamente lo que estamos haciendo. Los estamos deportando a los pueblos y luego los importamos para el trabajo.

Nienaber contuvo una carcajada.

—Bien, eso quizá le parezca a usted bien, hijo —replicó Woods—. Pero ¿cree usted que en el extranjero se lo van a tragar?

—Nos importa un pito, compa... perdone, padre, que se lo crean o no, da igual —contestó Louw—. Necesitan nuestro manganeso, cromo, etcétera, y aceptarán lo que digamos a condición de edulcorarlo un poquito.

—No lo creas, hijo —replicó Woods—. Lo que arruinará las minas y la industria de Sudáfrica es una larga guerra civil. Si ésta se desencadena, vuestro hermoso país volverá a la edad de piedra en más

de un aspecto. ¿Pensáis que Inglaterra y Estados Unidos no lo han previsto?

Todo lo demás había sido en broma, pero estás últimas palabras llevaban una carga de convicción que molestó a los dos agentes.

—¡Ah! —exclamó Louw con cierta amargura—. Me alegra que haya venido a este país, padre. Mientras nosotros estamos por ahí arriesgando nuestras vidas, es agradable saber que hay gente como usted en retaguardia.

—Entiéndeme, hijo —replicó Woods afable—. Ya sé que vosotros cumplís con vuestro deber, y no es fácil. Yo lo que digo es que lucháis contra un enemigo imaginario.

—Sííí; yo también —intervino Nienaber—. Creo que deberíamos estar cazando unos cuantos curas irlandeses —añadió sonriendo burlón, pero Louw soltó una carcajada—. ¡Qué gracioso! —Se volvió a Woods y le ofreció un cigarrillo.

—Fume, padre —repuso con una mueca—, y déjenos a nosotros Sudáfrica.

Más tarde tomaron por una carretera secundaria que conducía a un poblado. En una casa había habido una pelea, y los dos agentes entraron en ella. El reloj del tablero *de* instrumentos del Land Rover marcaba ya las 2.40 y a Woods cada vez le invadía más la impaciencia. Afuera, un negro estaba apoyado contra la pared en posición de cacheo. En el poblado no había luz eléctrica y sólo veía lo que alumbraban un par de lámparas de queroseno. Aún se oían gritos y lloros; finalmente Nienaber salió con un negro con las manos esposadas a la espalda, a quién metió atrás con Woods, atándole a una cadena con candado que había en un lateral del vehículo.

Woods se apartó, aproximándose al asiento del conductor. Louw salió por fin de la casa y esposó al que estaba contra la pared, lo llevó al Land Rover y lo encadenó frente al otro. Los dos tenían la ropa manchada de sangre y el que había estado contra la pared llevaba una venda ensangrentada en el rostro. Nienaber sacó de la casa dos grandes cuchillos, un machete y una gruesa cadena ensangrentada, los dejó en el suelo junto a Woods y, sin decir palabra, le lanzó una mirada.

Los dos policías volvieron a montar y arrancaron. Conforme cruzaban el pequeño poblado, los faros alumbraban los rostros de los negros, algunos indiferentes y resignados, otros feroces, pero ninguno amistoso.

—¿Sigue queriendo ir más allá de Queenstown? —inquirió Louw.

Woods miró el reloj: las 2.50. Volvió la vista y sus ojos se cruzaron con los del negro que iba frente a él. Eran unos ojos coléricos y hoscos, de hostilidad acentuada por la cicatriz que le cruzaba la mejilla. Woods recordó los ojos más apacibles de Biko, mirándole con igual intensidad. «Los negros no tienen ninguna esperanza, son personas derrotadas. Viven con su miseria y beben mucho a causa de la miseria. Yo quiero darles esperanza antes de que su resentimiento llegue a un extremo en que estén dispuestos a recurrir a lo que sea para lograr sus aspiraciones.»

Woods volvió a mirar los ojos hostiles de aquel hombre, con ganas de decir: «Yo también querría darte esperanzas.» Pero era evidente que el detenido no estaba aquella noche para escuchar a curas irlandeses.

Con más de una hora de retraso Woods se apeó por fin de un camión en el punto que esperaba fuese el convenido con el padre Kani. Estaba lloviendo y al conductor negro del camión no acababa de convencerle el dejarle allí en plena carretera.

—¿De verdad que quiere bajarse aquí, padre? —preguntó, solícito. Woods miró con incertidumbre aquella desolación bajo la lluvia.

—Sí..., sí, aquí está bien —contestó—. Muchas gracias.

Al proseguir el camión su marcha, los faros iluminaron el puentecillo de la cita. El agua invadía la calzada y reflejó las luces del vehículo al cruzarlo.

Woods comenzó a dar vueltas en la oscuridad y de pronto vio lucir los faros de un coche detrás de un matorral al lado de la carretera. No estaba muy seguro sin gafas, y metió la mano en la bolsa para buscarlas. Los faros volvieron a parpadear y eso le decidió. Guardó las gafas en el estuche y se dirigió por el barro hacia los árboles.

Al aproximarse comenzó a distinguir la silueta de un hombre. Éste le alumbró el camino encendiendo una linterna. Ya cerca del coche, Woods vio que era el padre Kani.

—¡Le espero hace tres horas! —gruñó Kani—. Dentro de una hora amanecerá —añadió dirigiendo la luz al rostro de Woods—. ¡Tye-ni, sí que está cambiado! —exclamó.

—Lo que me ha cambiado ha sido el viaje —replicó Woods—. Cuando no he pasado pánico, he tenido que estar esperando a la buena de Dios quién sabe qué. ¡Puro milagro que no se me haya vuelto blanco el pelo!

Kani se echó a reír y le abrió la portezuela.

—Aquí estaba bastante seco cuando aparqué —comentó preocupado—, pero nos va a costar salir .

Woods montó y Kani puso en marcha el motor; metió la primera y pisó el acelerador y el coche patinó. Woods pensó en decirle que no diera tanto gas, pues Kani era esa clase de conductor que creen que

la potencia lo es todo y estaba pisando a fondo. El coche dio un bandazo y una fuerte sacudida y salió patinando a la carretera mientras Kani lo dominaba a golpes de volante sin levantar el pie del acelerador y Woods se preguntó si no le quedaría por vivir la parte más peligrosa del viaje.

Mientras, en East London, Wendy estaba sentada en la cocina. Iba por la tercera o cuarta taza de café. Ya había perdido la cuenta. El perro estaba tumbado a sus pies, tranquilo, pero con los ojos abiertos mirando de un lado a otro en espera de que sucediera algo aquella extraña noche. Wendy miró el reloj: las cuatro y media. Había desistido totalmente de echar un sueño.

El coche del padre Kani discurrió sin detenerse ante la misión de Santa Teresa. Woods vio el letrero en el muro. Habían perdido algún tiempo cuando un coche de policía había salido de una carretera detrás de ellos, siguiéndolos durante cinco minutos. A Woods le pareció una eternidad, pero finalmente los agentes doblaron por otra carretera secundaria, Kani se persignó y apretó el acelerador. La carretera era bastante recta y casi no había tráfico, sólo algunos camiones en dirección contraria.

Habían recorrido otros ocho o nueve kilómetros más allá de la misión, cuando el padre Kani tomó por una pista de tierra.

—Esto lleva directamente al río —explicó—. A partir de aquí le será fácil. —añadió con uno de sus gestos ambiguos.

Al llegar a la orilla del río, su gesto quedó en nada. Estaban ante un ancho torrente impetuoso, lleno de remolinos y crecido por la reciente lluvia. Se apearon del coche y se acercaron sin decir palabra. Woods dejó caer su bolsa anonadado.

—¡Dios! —murmuró—. ¿Quién vadea esto? —añadió mirando la orilla de arriba abajo. Al otro lado se veían colinas verdes y húmedas; por eso se llamaba a Lesotho el «Gales» africano. Lo que no veía era ningún sitio para vadear.

Kani escrutaba por el lado contrario. Era demasiado rápido y ancho por lo que veía a la tenue luz del incipiente amanecer.

—¿A qué hora tiene que telefonar? —preguntó, angustiado.

—A las diez —contestó Woods—. Si no lo hago a tiempo, Wendy se volverá atrás.

—La simple idea le hizo reaccionar y se volvió hacia Kani muy decidido—. Bien: ahora márchese de una vez o se pasará diez años en la cárcel si le ven conmigo.

—¡Hayibo! —replicó Kani—. No he hecho todo este viaje para... — Y volvió a hacer uno de sus gestos vagos.

Woods señaló el horizonte, que ya empezaba a clarear.

—Mire: está amaneciendo —indicó—. Allí está Lesotho. ¡Voy a cruzar! Ahora, ¡váyase antes de que nos vean juntos!

Kani no acababa de decidirse. Le preocupaba que estuviera amaneciendo, pero le parecía que abandonaba a Woods antes de concluir su tarea. Woods le lanzó un saludo con la mano, cogió la bolsa y, al hacerlo, casi se le cayeron las cosas.

—¡Maldita sea! —exclamó, apretándola con el brazo—. ¡Se me ha roto la bolsa! Era como la última gota.

—Realmente —comentó Kani, anonadado— todo se ha complicado, ¿no es cierto?

—Todo lo hemos hecho bien —replicó Woods, comenzando a caminar por la orilla—. Encontraré un sitio para cruzarlo. ¡Váyase! — Volvió a saludarle con un gesto de despedida pisando matas mientras avanzaba por la orilla.

Kani miró al cielo otra vez. Ya se veía luz detrás de las colinas. Tenía que irse. A aquella hora el coche llamaría la atención más que ellos dos.

—Si se ve apurado —gritó—, ¡acuda a alguien de los nuestros! ¡Dé el nombre de Steve!

Woods seguía avanzando; el terreno estaba embarrado y el río hacía una curva, pero seguía siendo ancho y caudaloso. Delante de él había un espacio despejado y podrían verle fácilmente en cuanto hubiera amanecido completamente. Apretó la bolsa bajo el brazo y con el otro volvió a saludar a Kani.

—¡Nos veremos! —gritó, y, pensándolo mejor, añadió—: ¡Nos veremos en Londres!

La luz del amanecer que entraba por la ventana abierta despertó a Jane. Había dejado expresamente subida la persiana para no quedarse dormida. Oyó abajo el piano y se calzó las zapatillas, se puso la bata y bajó.

Era su madre que hacía escalas para relajar su angustia con la rutina del ejercicio. Cuando Jane abrió la puerta, levantó la vista. Gracias a Dios que contaba con la colaboración de su hija. Jane permaneció apoyada en el umbral mirándola y escuchándola conforme la luz invadía el cuarto.

El sol apenas se había alzado y los pájaros ya comenzaban a dejar oír su canto, cuando Woods decidió que no le quedaba más remedio que intentar cruzar el río como fuese. No había encontrado ningún punto en que la corriente fuese más estrecha que en el primer paraje al que había llegado con el padre Kani, por lo que optó por un punto en el que en la orilla opuesta había algunos árboles a los que quizá podría agarrarse; se quitó los zapatos y se los colgó al cuello y, aguantándose la bolsa de la SAA en la cabeza, se metió en el agua. Con un par de pasos ya le llegaba el agua a la rodillas; el fondo era resbaladizo y blando y dio cauteloso otro paso, que le sumergió hasta la cintura. Siguió avanzando lentamente y el agua impetuosa le llegó al pecho; cuando le alcanzaba los sobacos, aún le faltaban dos tercios de la distancia hasta la otra orilla. La corriente era tan fuerte que comprendió que le costaría cruzar a nado aun sin llevar la bolsa; pero no podía poner en peligro lo que contenía por luchar contra la corriente. La bolsa estaba rota y era fácil perderlo todo. Poco a poco se dio la vuelta y fue retrocediendo hasta la orilla de donde había partido. Miró el reloj: eran las 6.15.

El sol ya había salido; Wendy fue al cuarto de los niños y despertó primero a Duncan, que se le resistió como hacen todos los niños, pero ya era mayor y aceptó lo inevitable. Luego, se acercó a la cama de Gavin y le dijo al oído:

—Que nos vamos a la playa temprano. Anda, tesoro.

Gavin se la quedó mirando, le echó los brazos al cuello y cerró los ojos. Wendy se soltó, le hizo cosquillas e insistió:

—¡Venga, a levantarse!

Se dirigió a la puerta y se volvió hacia Duncan, que estaba desesperándose.

—Zarandéale dentro de un par de minutos. Y no hagáis ruido —añadió—, que papá está durmiendo.

Salió al pasillo y se encontró a Mary que venía hacia ella en pijama agarrada a su muñeca.

—Evalina no está en la cocina —dijo gimoteando como si se hubiera hundido el mundo.

—Ahora la llamo —contestó Wendy agachándose y abrazándola—. Dile a Jane que te ayude a vestirte.

—Llevas el reloj nuevo —dijo la pequeña tocándole la muñeca.

Wendy contuvo la respiración. No convenía que aquello lo oyeran por las escuchas.

—Es que el otro atrasa —contestó como sin darle importancia—. Vamos, busca a Jane. A ver si llegamos a la playa los primeros.

Mary se alejó adormilada hacia la habitación de Jane sin soltar su muñeca.

Veinte minutos después de su intento de cruzar el río, dos manos negras agarraban el libro mirando la portada. El rostro acartonado y avejentado de Tami Vundla contemplaba las dos fotos de Steve Biko. Tami sabía leer; no bien y de prisa, pero recorrió la primera página y luego buscó la última y comenzó a leerla.

Woods había ido a parar a un grupo de casitas, con toda evidencia las viviendas de obreros agrícolas. Por pura suerte había llamado a la puerta de Tami. Ahora estaba sentado, abrigado con una manta, mirando a Tami leer mientras sus pantalones y camisa se secaban en una cuerda sobre la estufa en el reducido cuarto. La mujer de Tami y cinco niños los rodeaban sentados, contemplándolos en silencio.

Woods había explicado a grandes rasgos a Tami sus intenciones y el motivo. Pero resultaba un visitante tan inesperado y su aventura tan rara, que Tami le había escuchado con ojos escépticos sin decir palabra. No podía arriesgarse a insultar a un forastero blanco, aunque estuviera loco. Fue aquella expresión imperturbable de sospecha lo que indujo a Woods a enseñarle el libro, como prueba palpable de

su increíble historia. Al principio Tami lo miró como si se tratase de un peligroso explosivo, pero Woods lo desenvolvió y le enseñó las dos fotos de Biko. Le contó la detención de Biko y cómo su periódico había revelado su muerte al mundo. Tami había oído algo de aquello y al final cogió el libro y se sentó a mirarlo.

Cuando hubo acabado de leer la última página, dejó el libro en su regazo y contempló un rato las fotos de Steve.

—Si no llueve más —observó finalmente—, esta noche habrá sitios para vadear. Woods sintió cierto alivio al ver que por fin le creía.

—No puedo esperar —respondió angustiado mirando el reloj—. No tengo tiempo —

añadió, sin que Tami reaccionase, al tiempo que se le ocurría una idea desesperada—.

¿Está muy lejos el puente Telle? —inquirió.

—Likude —contestó Tami—. Nueve o diez millas; por allí no podrá cruzar.

—Tengo un pasaporte falso —repuso Woods—. A lo mejor sí puedo... Estoy tan cerca... Ahora no puedo abandonar.

Tami se puso en pie y volvió a guardar cuidadosamente el manuscrito en la bolsa de Woods, cerró la cremallera y se quitó el cinturón para atar con él la bolsa. Aquel gesto le hizo comprender a Woods que Tami estaba de su parte.

—¿Hay alguien en quien podamos confiar que tenga coche? —preguntó.

Tami volvió a sentarse sin cambiar para nada su expresión de tranquila sobriedad.

—Yo confío en mí —contestó—. Y tengo coche —añadió. De pronto cruzó su rostro una sonrisa burlona y dio una palmada a Woods en la pierna acompañada de un carcajada—. El gran editor Donald Woods escapándose —vociferó—. ¡Botha se cagará!... ¡Vorster se cagará! ¡Kruger se cagará! ¡Masiquebe!

No paraba de reír y la mujer y los niños le secundaron. Woods se puso la ropa aún húmeda y apartó al alborozado Tami de la puerta. El coche estaba aparcado junto a un montón de yerba en un coberti-

zo. Se diría que no lo habían usado desde hacía años. Woods espantó a puntapiés unas gallinas y montó. El vehículo no parecía tener una sola pieza metálica entera, pero cuando Tami giró la llave de contacto, el motor reaccionó y al tercer intento se puso en marcha. Los hijos de Tami y niños de otras casitas se habían congregado en torno a ellos, pero Tami los apartó con un gesto patriarcal y el coche arrancó bruscamente, despidiendo polvo, yerba y trozos de corteza. Tami no era un conductor consumado y tampoco el coche contribuía con sus explosiones y continuos petardeos del escape. Tami acarició la bolsa de Woods y soltó una sonora carcajada.

—¡Lo conseguirá! —gritó por encima del asmático motor—. ¡Lo conseguirá y los bóers se cagarán! ¡Mayibuye Afrika! ¡Arriba Afrika!

—¡Mayibuye Afrika! —coreó Woods, agarrándose al traqueteante coche.

Al cabo de veinte minutos llegaron a una explanada. Tami aminoró la marcha y poco a poco detuvo el coche con unos frenos cuyo estado Woods advirtió estaban a la altura de la condición del vehículo. El negro paró el motor y acto seguido oyeron el rumor de la corriente.

—El puente, ¿dónde está el puente? —inquirió Woods.

—Por allí —indicó Tami, señalando a través del follaje un punto en que la carretera hacía una curva. Ahora se mostraba más contenido, a todas luces asustado por la proximidad de la autoridad y el peligro.

Woods se apeó. Todo estaba en calma. Era casi un silencio amenazador. Se llegó al punto de la carretera que le había señalado el negro y se internó en la espesura. Apenas había avanzado unos pasos cuando se percató que se hallaban en un alto desde el que la carretera descendía hacia el puente Telle a unos centenares de metros. Se veían las casas de los guardias y las instalaciones de la aduana a este lado de la frontera y en la orilla de Lesotho.

Woods regresó a la carretera. Tami seguía sentado al volante esperándole. Woods le sonrió.

—¿Ha encontrado el camino? —preguntó Tami.

—Sí —contestó Woods—. Un día, cuando todo haya cambiado, volveré y nos tomaremos juntos una cerveza, Tami.

—Sí, amo Donal Woods, le esperaré —replicó Tami, lacónico.

Woods sonrió y dijo adiós con la mano. Conforme se internaba en el follaje y tomaba cuesta abajo, oyó el escandaloso coche de Tami dando la vuelta y alejándose. Salió de la espesura a unos cien metros de la caseta de aduanas y pasaportes. Una gran valla metálica cerraba el puente ante la caseta. Woods se acercó y vio que estaba echado el candado. La sacudió pero no apareció nadie. ¿Qué sería aquello?, se preguntó. ¿Estaría sólo abierta algunos días?

Al oír el ruido de un motor se volvió con reparo. Parecía venir a toda velocidad y sonaba como el de un Land Rover. Woods se miró las ropas. Estaban arrugadas del remojón y llenas de polvo; se las sacudió lo mejor que pudo. Le alarmaba la velocidad del vehículo que se aproximaba. ¿Sería alguien con algún aviso sobre su persona?

¿Habrían cogido al padre Kani?

Distrajo su atención cierto movimiento al otro lado del río. Vio a un oficial negro en pantalón corto junto a la caseta más pequeña de pasaportes de Lesotho. ¡Pensar que estaba tan cerca...!

El Land Rover apareció por la curva en lo alto de la cuesta. Llevaba insignias oficiales. A través del parabrisas distinguió un hombre robusto al volante. Buscó con la vista por dónde escapar, pero no había salida; atajando por la espesura se había apartado totalmente de la colina. Conforme se aproximaba el Land Rover se sintió acorralado. El vehículo dio un frenazo a pocos metros de la valla y se detuvo al lado de él. Al volante iba un negro con gorro de punto y uniforme marrón claro, que miró a la valla y gritó por la ventanilla a Woods:

—¡¿Está cerrado?!

—Sí —contestó Woods, titubeante.

—Tendría que estar abierto —señaló el negro mirando el reloj—. ¡Son las siete! Woods miró su reloj tranquilizado al ver que al menos no venían por él.

—Casi —comentó.

—¡Dios! —masculló el negro, y acto seguido lanzó una mirada a Woods—. Perdona, padre —añadió, apeándose.

En aquel momento Woods vio en la portezuela abierta el rótulo de «Servicio Postal de Lesotho».

—No te preocupes, hijo —contestó Woods, afable, con gran alivio. El de correos le miró, fijándose en él por primera vez.

—¿Qué hace usted a pie, padre? —preguntó, curioso.

—Pues es que... —balbució Woods— me ha traído un amigo y otro me espera en la otra orilla. Tengo... tengo una misa en Maseru a las diez.

—Pues tiene suerte —contestó el negro— porque la lluvia ha dejado las carreteras hechas una pena. —Y lanzó una nueva mirada a Woods—. Padre, meta usted aquí la bolsa, que yo le llevo al otro lado.

Y alargó la mano, cogió la bolsa y la metió en la cabina.

Woods sintió un inmenso alivio. Pasando en coche al otro lado su presencia resultaría mucho más normal.

—Gracias —dijo—, muchas gracias, me llamo Woo... Curren. Padre Curren —

añadió alargando la mano.

—Y yo Moisés —contestó el negro, con vivacidad. Woods se le quedó mirando atónito.

—¿Moisés? —repitió, incrédulo.

—Sí, señor —contestó el negro, sonriendo. Woods miró al otro lado del río.

—Claro, claro —añadió pensativo—. Naturalmente.

A aquella hora todo era actividad en casa de Woods. En la calle hubo otro relevo de guardia. Llegó otro coche con un oficial blanco, pero el vigilante sustituto era también negro.

—¿Alguna novedad? —inquirió el oficial, mirando la casa.

—Acaban de levantarse, eso es todo —contestó el que salía de servicio.

El oficial asintió con la cabeza y advirtió al que entraba de servicio que estuviese alerta y se alejó en el coche.

Dentro de la casa reinaba la tensión. Wendy estaba en la cocina guardando bocadillos y fruta en una cesta para llevarla al coche. Estaba con los nervios de punta y la noche pasada en vela empeoraba la situación. Y no menos el hecho de que Evalina tenía uno de sus días. Estaba fregando los platos del desayuno resollando dolida porque Wendy le había dicho que no se llevaban al perro a la playa. *Charlie* estaba lloriqueando, sintiendo que algo pasaba y cada vez que el perro gimoteaba Evalina rezongaba.

El pequeño Gavin entró en la cocina camino del garaje. Llevaba una toalla enrollada con el traje de baño y una cámara inflada. *Charlie* se unió a él corriendo.

—Di adiós a Evalina —indicó Wendy.

—¿Por qué? —replicó el pequeño, parándose y mirándola.

—¡Por educación! —chilló Wendy—. ¡*Charlie*, sentado! —ordenó al animal señalándole el suelo.

Gavin se encogió de hombros extrañado por la tajante actitud de su madre.

—Hasta luego, Evalina —dijo obediente. Evalina se volvió hacia él sin mirar a Wendy.

—No te pelees con tu hermanita —manifestó, reconviniéndole—. Si no tuviera a este perro a mis pies todo el día, haría un pastel para cuando volváis.

A Gavin se le iluminó el rostro, y miró a *Charlie*, que estaba a la expectativa gimoteando.

—¿Por qué no podemos llevar a *Charlie*? —inquirió.

—¡No nos llevamos a *Charlie*! —respondió Wendy, tajante e impaciente—. Vamos, sigue. ¡*Charlie*! —gritó enojada.

El perro se levantó al oír su nombre, pero al ver la expresión de Wendy volvió a tumbarse.

Dillon entró en la cocina con un par de bastones de criquet y su toalla y tirando de su hermano Gavin. Desde la puerta lanzó una mirada a Evalina.

—Hasta luego, Evalina —dijo—. Que tengas un buen día, como dicen los americanos.

—Vete ya —contestó Evalina mirándole ceñuda, sin entender aquellos adioses—. Si hago una tarta, le pondré cerezas congeladas para que no comáis más de una.

Dillon sonrió algo tristón y se dirigió hacia el coche siguiendo a Gavin.

Entró Jane con Mary, que sólo llevaba un cubito, una pala y un gorrito. Jane se acercó apresuradamente a Evalina. Llevaba gafas ahumadas y se las quitó para dar un beso en la mejilla a Evalina, y seguir sin detenerse hacia el garaje.

—No les hagas caso, Evalina —dijo, tratando de contener su emoción—. Hasta la vuelta.

Cuando llegó a la puerta, las lágrimas le rodaban por las mejillas. Duncan asomó la cabeza por la puerta.

—Mamá, no encuentro mis zapatillas de deporte...

—¿Has mirado debajo del televisor? —indicó Evalina.

Duncan se la quedó mirando, se dio la vuelta y volvió al pasillo. Wendy se inclinó hacia la pequeña Mary.

—Dale un beso a Evalina —dijo— y dile a Dillon que abra la puerta del garaje.

Mary echó a correr hacia Evalina, quien se agachó aún enfurruñada con Wendy. Mary le echó los bracitos al cuello y la besó.

—No cojas insolación —dijo Evalina.

—No —contestó la pequeña, muy seriecita, y se dirigió al garaje—. Vamos, *Charlie*

El perro se levantó como movido por un resorte, pero se detuvo ante el grito de Wendy.

—*¡Charlie!* —El animal volvió a sentarse—. *Charlie* no viene —ordenó Wendy. Mary se había detenido y la miraba perpleja—. Vamos: dile a Dillon que abra el garaje —añadió, poniendo en práctica un método de distracción.

La orden dio resultado y la pequeña cedió en su perplejidad y siguió su camino. Entró Duncan corriendo con un montón de toallas y sus zapatillas.

—Gracias, Evalina —dijo al pasar.

Al cerrarse la puerta a su espalda, Wendy miró a Evalina. Ya estaba la cesta lista y sólo estaban ellas dos en la cocina. Wendy se acercó a coger de la nevera una botella de refresco.

—El amo está durmiendo —dijo—. Anoche bebió un poco más de la cuenta. Si llama alguien, coge el número y di que no se le puede molestar.

Guardó la botella de naranjada en la cesta y se volvió hacia Evalina... por última vez.

Evalina estaba de espaldas, fregando enfurruñada los platos.

—Evelyn —imploró—, no te enfades conmigo por lo de *Charlie*. Es que me da mucha lata en la playa; no puedo leer..., no puedo hacer nada.

—Siempre lo ha llevado —contestó la negra, imperturbable.

—Es que... quiero que hoy no venga —añadió Wendy, suplicante—. ¿No te importa?

La rigidez de los hombros de la criada cedió un poco, en signo de concesión, pero no levantó la vista. Wendy se mordió el labio por tener que marcharse así; cogió la cesta y se dirigió a la puerta del garaje. *Charlie* seguía lloriqueando, implorante a sus pies. Ella se inclinó y le revolvió el pelo del cuello, pesarosa de tener también que dejarlo.

—Estoy segura de que se portará bien —añadió, dándole un último apretón.

Se incorporó, pero Evalina seguía sin dirigirle una mirada. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Cuando se levante el amo, no le hagas un desayuno muy copioso —añadió como referencia frívola a un viejo «conflicto» casero.

Evalina contestó con un bufido.

Wendy la miró con afecto, un afecto que databa de antes de que naciera Jane. Miró por última vez la cocina y luego, de nuevo, a Evalina.

—Adiós, Evalina... Hasta luego... —dijo, entrando en el garaje y cerrando la puerta tras ella.

Al policía negro le sorprendió ver abrirse tan temprano la puerta del garaje. Se puso de pie y frunció el ceño al ver salir el Mercedes despacio en marcha atrás. Habría algún motivo para que se levantasen tan temprano el día de año nuevo. Miró a los niños amontonados en el asiento trasero con los artículos playeros. La madre y la hija iban en el asiento de delante.

Wendy tuvo que hacer un esfuerzo para sobreponerse después de despedirse de Evalina. Los pequeños se empujaban y alborotaban como de costumbre, y por ellos no había que preocuparse de que vieran su cara descompuesta, pero ante Jane y Dillon quería mostrarse decidida.

Cuando sacó el coche a la calle ya se había dominado lo suficiente para echar una última mirada a la casa que dejaba para siempre. En ella quedaban tantos recuerdos que casi le resultaba imposible pensar que ya no volverían aquella tarde..., ni nunca.

Jane, a su lado, miraba muy tiesa hacia adelante, mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas, bajo las gafas de sol.

Finalmente Wendy arrancó y la casa fue quedando atrás.

El policía de servicio se llevó el *walkie-talkie* al oído y comenzó a transmitir.

En el puente del Telle ya había pasado la somnolencia matinal. No era habitualmente un punto de mucho tráfico, pero a ambos lados esperaban ya en fila dos o tres camionetas.

En el lado sudafricano, Moisés y Woods eran los primeros. Esperaron en el mostrador de pasaportes mientras los dos funcionarios del puesto de control efectuaban todas las rutinas burocráticas que hace esa clase de gente antes de atender realmente al público. Sacaron fichas, afilaron lápices y abrieron cajones. Moisés los contemplaba con sonriente impaciencia y Woods a punto de perder los nervios.

Finalmente uno de ellos se volvió hacia la fila y parecía que ya estaba listo para comenzar su trabajo.

—Atienda primero al padre —dijo Moisés—, que los dos tenemos prisa.

Woods entregó su pasaporte. El funcionario le entregó un formulario y examinó el pasaporte. Woods le contemplaba con los nervios en tensión, fingiendo leer el formulario.

—Siempre vas con prisa, Moisés —comentó el funcionario en broma—. Nunca entenderé por qué una carta tarda cuatro días de Queenstown a Maseru.

El otro funcionario, que entraba en aquel momento leyendo un télex, se echó a reír. Moisés tiró su pasaporte sobre el mostrador.

—¿Sabes por qué? —replicó—. Porque se pasa uno mucho tiempo esperando a que abráis la puerta. Por eso.

El funcionario dejó el pasaporte de Woods y selló el del negro sin apenas examinarlo. Woods comenzó a rellenar el formulario que le habían dado, pero lanzando miradas de vez en cuando a su pasaporte, allí encima del mostrador, como una bomba.

—Tenemos que seguir las instrucciones que nos dan, Moisés —precisó el funcionario del télex—. ¿Quién sabe si la Policía de Seguridad no anda buscando a algún inspector de correos de Lesotho?...

—Por eso tarda tanto el correo —replicó Moisés—. Porque vuestra Policía de Seguridad se lee la mitad antes de dejarlo pasar. Os pensáis que no sabemos lo que hay, pero claro que lo sabemos. Ya lo creo.

Durante el diálogo ritual, Woods había rellenado el formulario y lo había entregado. Al hacerlo se percató de que llevaba la alianza en el dedo, y retiró apresuradamente la mano, y, a escondidas, se la quitó. Esperaba que no lo hubiera visto ninguno de los conductores de la fila.

El funcionario echó otra mirada al pasaporte de Woods y anotó algo en el formulario. Titubeó un instante y luego selló los dos documentos y le devolvió a Woods el pasaporte.

Woods se dispuso a salir tras Moisés de la dependencia, pero el funcionario le llamó antes de que hubiese llegado a la puerta.

—Padre —dijo, y Woods se volvió, demudado—, es usted muy valiente. —El hombre le miraba inexpresivo. ¿Sería parte de un juego cruel?—. Muy valiente por ir con Moisés al volante. Buena suerte, padre. Le hará falta.

La sangre le volvió al rostro y sus piernas recuperaron el movimiento. Moisés hizo un gesto burlón a los funcionarios y abrió la puerta a Woods, quien la cruzó haciendo esfuerzos por no perder el equilibrio y mostrando la mayor indiferencia posible.

Fuera de la dependencia, un policía negro esperaba junto a la cabina del Land Rover de Moisés. En las manos tenía la bolsa aún atada con el cinturón de Tami. Moisés dio la vuelta para entrar por la otra portezuela y Woods se quedó mirando al policía.

—¿Es suya la bolsa, padre? —inquirió éste.

—Sí —respondió Woods, tenso.

—¿Qué lleva en ella?

Moisés ya estaba al volante, mirando impaciente.

De pronto a Woods no le salían las palabras, pero en seguida meneó la cabeza con gesto de indiferencia.

—¡Oh, alguna ropa, los útiles de afeitarse..., una biblia!

—Ya decía yo que había notado algún libro —dijo el policía sonriendo por su perspicacia y devolviendo la bolsa a Woods.

Éste hizo una leve inclinación de cabeza exánime y montó en el Land Rover. Moisés puso el motor en marcha y el policía de fronteras levantó la barrera. El negro arrancó a toda velocidad y Woods saludó con la mano al policía.

Sus ojos iban captando cada metro que avanzaban hacia la línea de demarcación en el centro del puente. Se acercaban a ella cada vez más. Finalmente el Land Rover la cruzó, camino ya de la caseta en la orilla de Lesotho.

Woods se puso por fin las gafas y reclinó su cabeza hacia atrás en el asiento. Iba con los ojos cerrados cuando pasaron ante el puesto de vigilancia de Lesotho, pero cuando ya rebasaban la dependencia de pasaportes se oyó un silbato y una voz. Moisés aminoró la marcha del Land Rover y se detuvo. Woods miró angustiado hacia afuera, pero el funcionario de pasaportes se dirigía a Moisés.

—¡Moisés, espera, que hay un mensaje para ti! Ha habido jaleo por las carreteras! Moisés arrimó el Land Rover al arcén y saltó a tierra.

—Vuelvo en seguida —dijo mirando a Woods.

—¡Moisés! —gritó Woods. El negro se detuvo y asomó la cabeza por la ventanilla—. Moisés, ¿podría telefonar desde aquí?

—Está usted en Lesotho —contestó el negro riendo—. Aquí no hay teléfono. Si quiere volver al lado sudafricano, allí sí tienen.

Woods movió la cabeza negativamente.

—¿Y por el camino puedo telefonar?

Moisés volvió a sonreír como si hubiese oído algo divertido.

—¿Para qué necesita la gente teléfono? —replicó con toda naturalidad. A Woods le invadió de repente un profundo temor.

—¿Es que no hay ningún teléfono en Lesotho? —inquirió, angustiado.

—La localidad más próxima con teléfonos es Maseru —contestó Moisés—, y sólo en los edificios oficiales y en un par de empresas importantes.

—¿Y en las embajadas?

—Seguramente —respondió Moisés, riendo—. Pero si quiere llamar rápido, más vale que vuelva atrás y llame desde ahí.

—No, no, ya lo haré en Maseru.

Moisés asintió con la cabeza y echó a correr hacia la dependencia de pasaportes. Woods abrió la portezuela del Land Rover y miró la tierra. Tierra de Lesotho. Se apeó del vehículo y se volvió para mirar hacia la otra orilla. Allí estaba: Sudáfrica y la policía de fronteras sudafricana, las casetas sudafricanas de aduanas y pasaportes; y él estaba ya en Lesotho. «Lo he conseguido, ¡Soy libre, Steve Biko! ¡Dios mío, si pudieras estar hoy aquí conmigo, amigo!» Y recordó los tiempos en que él y Steve paseaban por un paisaje de colinas parecido a aquél en los alrededores de Zanempilo. Habían hablado de libertad también aquel día. «La peor cárcel —había comentado Biko— es la que te hacen construir alrededor de ti mismo. Por eso esos chicos de Soweto, que se niegan a aprender en afrikaans, están rompiendo cadenas mentales que nadie podrá volver a ponerles. Por eso yo soy libre como tú, Donald, me hagan lo que me hagan.» ¡Dios, cómo le gustaría compartir ahora esa libertad con aquel hombre! La idea le asaltaba con violencia y no paraba de dar vueltas, obsesionado. De pronto se puso a bailar una antigua danza tribal africana que había aprendido de niño. Y al compás de su ritmo se repetía: «¡Oh, Dios, oh Dios, lo he conseguido, lo he conseguido!»

Embriagado por la danza, advirtió que Moisés y el funcionario de Lesotho le miraban con el rabillo del ojo. Se detuvo y se volvió des-
pacio hacia ellos. Le miraban perplejos y con la boca abierta.

—Lo aprendí de niño —les dijo con sonrisa desmayada.

Como seguían sin salir de su asombro, Woods se encogió de hombros.

—¡Qué demonios! ¡Un día es un día! —dijo.

Wendy ya había recorrido unos cuantos kilómetros cuando los niños pequeños se dieron cuenta de que no iban a la playa. Finalmente Duncan gritó:

—¡Mamá, creo que te has perdido!

Wendy no tuvo más remedio que explicarlo todo.

—Así que papá ha estado viajando toda la noche, ¿sabéis? —concluyó para acabar la historia.

—¿Y entonces por qué vamos a casa de los abuelos? —inquirió Duncan.

—¡No me he traído el pijama! —exclamó de pronto Mary.

—Lo llevo en el maletero —contestó Wendy y vio por el retrovisor la mirada de Duncan—. Si papá consigue cruzar la frontera sin tropiezos, nos telefoneará y entonces nos reuniremos con él y nos vamos en avión a Inglaterra.

Gavin se inclinó sobre el asiento delantero.

—¿Y qué va a pasar con *Charlie*? —preguntó con voz sentida y temblorosa.

Todos miraron a Wendy esperando una respuesta. Más que a los niños, tenía que decir algo que a ella misma la convenciese.

—Le he dejado una nota a Evelyn —contestó muy seria— para que lo lleve a Bricelands.

Jane la miró un instante sin decir palabra.

—¿Y Evalina? —inquirió finalmente.

Wendy hizo una pausa antes de contestar. Parecía mirar sin ver.

—No lo sé —dijo al fin—. Papá le ha dejado todo el dinero que ha podido... Se mordió el labio tembloroso y siguió conduciendo.

En la casa hubo otro cambio de guardia. Esta vez los que hicieron el relevo eran dos policías de Seguridad blancos. Estaba su coche y otro para recoger al policía negro a quien sustituían. Tras intercambiar unas palabras con el que salía de servicio, aparcaron el coche enfrente de la casa. El conductor se repantigó en el asiento y el otro se acercó a la casa de Woods a echar un vistazo por ambos extremos. Satisfecho, volvió al coche y llamó al cuartel general.

En Lesotho, Moisés y Woods ya rodaban hacia Maseru. Woods se había enterado consternado que había cinco carreteras a Maseru y como ninguna estaba asfaltada, a saber cuál de ellas habría tomado Bruce... Además, la advertencia del funcionario sudafricano a propósito del modo de conducir de Moisés era justificada. Era la clase de conductor que da por supuesto muchas cosas; que no va a apare-

cer nadie de frente en un cambio de rasante o que las curvas son más cortas de lo que realmente parece.

Woods vio el cielo abierto cuando al llegar a un cruce vieron un coche lleno de barro aparcado en lo alto de la confluencia.

—¿Es ése su amigo? —inquirió Moisés sin reducir velocidad.

—Puede —contestó Woods.

Moisés frenó patinando en la carretera mojada. Woods cogió la bolsa, saltó a tierra y echó a correr hacia el coche. Si hubiese sido Bruce, ya habría tocado el claxon. Sólo iba a asegurarse. Al llegar al coche vio a alguien apoltronado tras la ventanilla llena de barro. Miró con mayor atención y ¡era Bruce!, dormido como un tronco.

—¡Eh, eh, despierta! —gritó Woods golpeando la ventanilla.

Bruce se desperezó adormilado y Woods levantó la mano en gesto de bendición.

—Yo te bendigo, hijo —gritó y Bruce parpadeó perplejo—. ¡Despierta, dormilón australiano de los cojones! —vociferó.

El epíteto hizo efecto y Bruce abrió la portezuela y cogió a Woods por los hombros.

—¡Dios, ya no me acordaba! —exclamó en voz baja con alivio. Woods se volvió en dirección a Moisés.

—Gracias, Moisés —gritó—. Sí que es él.

—¡Buena suerte, padre! —contestó el negro—. ¡Buen viaje! —Y arrancó.

Sin soltar la bolsa, Woods se soltó del brazo de Bruce y se dirigió a la otra portezuela.

—No hay tiempo que perder —bramó—. Me han dicho que las carreteras son horribles.

—¡Dios! —exclamó Bruce mirando su reloj—. ¡Las ocho y media! Ayer tardé dos horas —añadió ya despejado, dispuesto a iniciar la marcha—, ¡y eso que le pisé a fondo!

Puso el coche en marcha, lo sacó a la carretera, y ya en los primeros cien metros Woods vio que llevaba un auténtico conductor al volante. En nada, estuvo a la altura de Moisés, quien se arrimó a la dere-

cha para dejarlos pasar. Saludó con la mano a Woods y contempló admirado el BMW. Bruce había reducido para pasar y a continuación cambió la marcha pisando el acelerador.

Evalina comenzó sus tareas en el piso de arriba haciendo la cama de Mary. Miró por el cuarto sin lograr encontrar la muñeca, y, como había previsto, el perro no se apartaba de sus pies. En realidad, el animal le gustaba más de lo que habría admitido, y hasta hablaba con él como si fuese un miembro más de la familia.

—Pero, bueno..., ¿dónde estará la muñeca? —masculló—. Si todas las noches duerme con ella. —La muñeca no aparecía—. ¡Oh, *Charlie!* —dijo al perro con un profundo suspiro—. Bueno, miraremos en el cuarto de los niños.

Cruzó el pasillo seguida de *Charlie* y entró en el cuarto de Duncan y Gavin; asomó la cabeza por la puerta tratando de localizar la muñeca y algo raro llamó su atención. El armario estaba abierto y sólo se veía una percha vacía. Y el cajón de abajo de Gavin estaba abierto y vacío. Entró en la habitación y abrió el cajón de los calcetines de Duncan. Ella siempre lo mantenía ordenado, pero ahora estaba todo revuelto y faltaban calcetines. Miró a la pared y advirtió la señal que había dejado el banderín de rugby. También faltaba. Despacio, medio asustada, fue al armario y lo abrió del todo. No estaban los abrigos de invierno de los niños... ¡en pleno verano! Se agachó y abrazó a *Charlie*.

—Aquí pasa algo raro, *Charlie* —balbució cabizbaja, mirando el cuarto, tratando de imaginarse algo...

Wendy tuvo muy mala suerte con el tráfico. Había un tramo de cuatro kilómetros de carretera en obras que limitaba la anchura a un solo carril en ambas direcciones. Estaba controlado por señales operativas, pero la retención había provocado un gran atasco. Ya iban en caravana diez minutos antes de ver las luces. Al principio, Wendy se lo tomó con impaciencia moderada y aprovechó el tiempo para dar a los niños un bocado de lo que había preparado. Dillon rebuscó en la cesta y encontró algo raro.

—Cabeza de chorlito, mira lo que he encontrado —exclamó, sacando la muñeca de la pequeña y dándosela a Mary, que la abrazó como si fuese de carne y hueso.

—Ojalá hubiésemos traído a Evalina —le espetó la niña con tristeza.

Wendy lanzó una mirada por el retrovisor, pero estaba demasiado preocupada con el atasco para entretenerse con la psicología infantil. Menos mal que había cogido la muñeca.

Cuando por fin salieron del tramo en obras y ya se disponía a pisar a fondo, se encontraban casi en la escarpadura que dividía la carretera a Umtata en dos partes. Era un barranco en el que aún no habían tendido un puente y la carretera lo salvaba por ambas pendientes en sinuosas curvas. A él llegó Wendy detrás de una cola retenida por el camión de un granjero y un vehículo de transporte de tropas.

Intentó inútilmente varias veces adelantarlos en la bajada, pero en ninguna ocasión podía efectuar la maniobra sin peligro. En la subida, pensó que la mayor potencia del Mercedes le permitiría adelantar, pero ningún vehículo cedía un metro, y cuando reducía para pasarlos a todos de seguido, nunca tenía sitio de sobra para hacerlo antes de la próxima curva.

Ahora Jane comenzaba a ceder a los nervios y, por su parte, se habría arriesgado ya en un par de ocasiones.

—Mamá, no llegaremos a tiempo —observó con cierto tono de censura.

—¡No quiero tener un accidente y que nos pare la policía! —replicó Wendy, airada, al tiempo que adelantaba al camión, al transporte del ejército y a un viejo Vauxhall. Lo había hecho jugándose todo y se quedó aferrada al volante mientras sus pulsaciones recobraban la normalidad. Ya la carretera aparecía más despejada y poco a poco recobró la calma.

Gavin había sentido como los demás el apuro y la angustia, pero aún era muy pequeño para que sus nervios resultasen afectados por cosas que desesperaban a los mayores.

—¿No vamos a llegar, mami? —preguntó, inquieto. Wendy miró desesperada el reloj.

—No lo sé —respondió tensa—. Después de la cuesta todo es llano, pero no lo sé.

—Y si no llegamos, ¿qué? —preguntó Duncan.

—¡No lo sé, Duncan! —casi vociferó Wendy.

Los niños se apelmazaron en el asiento en silencio, mientras el Mercedes salvaba las últimas pendientes.

El BMW de alquiler de Bruce cruzó veloz un gran charco con barro al salir de una curva y luego perdió velocidad al iniciar una larga subida llena de baches.

Woods miró el reloj: las nueve y cuarto. Llevaba el mapa desplegado y lo consultó conforme progresaban por la cuesta.

—¡Santo cielo! —exclamó—, más de sesenta kilómetros así! Después del calvario que he pasado, no puedo volverme atrás —masculló abatido reclinando la cabeza en el asiento.

Bruce le miró de soslayo sin decir nada. Había subido a todo gas y al llegar al cambio de rasante frenó por prudencia, pero, al ver que no venía nadie, volvió a pisar el acelerador: sin embargo, cuando iban a tomar una curva, frenó de repente con un patinazo. Tenían delante un rebaño de cabras.

—¡Mierda! —masculló Woods.

—¡Maldita sea, vamos a apartarlas! —añadió Bruce bajándose del coche, y secundado por Woods comenzó a pegar a los animales para que despejasen la carretera, ante la atónita mirada del pastor.

Wendy había por fin alcanzado el llano y pisaba el acelerador como nunca lo había hecho. Los tres pequeños iban apoyados en el respaldo del asiento delantero mirando absortos cómo conducía su madre. Duncan fue el primero en verla.

—La policía, mamá —dijo pausadamente.

Ahora ya lo veían todos. Venían en dirección opuesta hacia ellos. Wendy aminoró la marcha a noventa.

—Chicos, agachaos en el asiento. No sabemos si la policía busca un Mercedes con cinco niños —informó a sus hijos, y los tres pequeños se agazaparon.

El coche policial llegó a su altura y los pasó, mientras los agentes miraban a Wendy y a Jane. Wendy los siguió por el retrovisor sin aumentar la velocidad, al tiempo que lanzaba una ojeada al reloj: las diez menos cuarto. Luego volvió a pisar a fondo.

Los niños sintieron la velocidad y se incorporaron a mirar por la ventanilla trasera el coche de policía que se perdía en la distancia.

Mary apretaba a su muñeca en el rincón del asiento, y, al ver sobre ella la cara de Duncan, le largó una bofetada, por efecto de la tensión acumulada en el coche. Duncan levantó la mano amenazador, pero no respondió.

En las cercanías de Maseru el firme era ya de asfalto. Bruce y Woods cruzaron de un salto de la tierra al asfalto a las diez menos cuatro minutos. Ya se veían los primeros edificios de la ciudad.

—¡Cielos, vamos a llegar a tiempo! —exclamó Woods, dando una palmada a Bruce en la espalda. Había conducido como un auténtico piloto de rally.

Bruce le contestó con una sonrisita sin apartar los ojos de la carretera en aquella lucha contra reloj y las posibles sorpresas que pudiesen procurarles las carreteras de Lesotho.

Entraron a toda velocidad en las afueras de Maseru, dejando atrás carros tirados por burros, algunos viejos coches y unos cuantos camiones aún más viejos. Cuando ya alcanzaban el centro, Woods iba atento a localizar a alguien que pudiera informarlos.

—¡Para! —gritó de pronto—. ¡Ese hombre de la acera!

Bruce hizo una rápida maniobra para acercarse al bordillo en un cruce y detuvo el coche ante un individuo alto, bien vestido. En aquella república negra casi no había blancos y aquel hombre era un indígena. Llevaba un traje de mil rayas y paraguas. Woods saltó del coche y se le acercó.

—Perdone —dijo sin aliento—. ¿Qué está más cerca, la embajada inglesa o la norteamericana?

El hombre se le quedó mirando tranquilo y siguió su camino con Woods a su mismo paso.

—Esto es un país *de* la Commonwealth, padre —respondió pausadamente—. Y hay *embajada* norteamericana y *alto cornisa*—nado inglés.

Woods estaba en ascuas pendiente de cada palabra. No ignoraba la diferencia y lamentaba no haberlo recordado al preguntar.

—Pero ¿cuál está más cerca? —repitió suplicante. El hombre, imperturbable, señaló con el paraguas.

—El alto comisariado inglés está ahí, después de aquellas columnas. La embajada norteamericana...

Pero Woods ya había advertido la bandera inglesa en el edificio que le señalaba y echó a correr en aquella dirección. Bruce se inclinó a cerrar la portezuela que Woods había dejado abierta y le siguió en el BMW.

Nada más llegar al edificio, Woods subió a la carrera la escalinata sin detenerse ante un centinela que le miró sorprendido. Era raro ver correr a la gente en Lesotho.

En recepción se encontró ante una recepcionista impresionante tras un inmenso escritorio. Había otro soldado junto a una inmensa puerta de doble hoja. Woods dirigió una mirada a la puerta y al soldado y se acercó sin perder tiempo a la recepcionista.

—Tengo que ver al alto comisario inmediatamente —dijo sin aliento, mirando a la mujer, que permaneció impasible—. Me... me llamo Donald Woods —añadió—, y soy director del *Daily Dispatch* de Sudáfrica.

La recepcionista se le quedó mirando no muy convencida, mientras inhalada profundamente el humo de un cigarrillo medio acabado, pero finalmente, dándole la espalda, pulsó morosamente la tecla de un intercomunicador.

—Está aquí un tal padre Donald Woods, el... un director de periódico, y quiere ver al alto comisario.

Mientras la mujer escuchaba lo que le decían, Woods le hacía señas enloquecido murmurando que no era cura.

—Sí, señor —dijo la recepcionista—, del *Daily*...

Y miró a Woods para que repitiera el nombre.

—*Dispatch* —señaló él con voz queda.

—*Dispatch* —repitió la recepcionista mirándole escrutadora y asintiendo con la cabeza—. Sí, señor. —Volvió a colgar despaciosamente el intercomunicador y se volvió con deliberada calma—. El

alto comisario se halla en Londres —indicó—, pero le recibirá el alto comisario en funciones.

Le señaló la puerta doble; Woods musitó un muchas gracias y se acercó a la puerta. El soldado abrió una de las hojas y Woods entró en el despacho apresuradamente.

El alto comisario en funciones, James Moffat, se dirigía hacia la puerta a recibir a Woods cuando éste irrumpió como una tromba y estuvo a punto de tropezar con el representante.

—¡Santo cielo! —exclamó Moffat, sorprendido—. ¡No sabía que era usted cura!

—No lo soy —respondió Woods, impaciente—, pero necesito urgentemente utilizar el teléfono.

Moffat se quedó un tanto perplejo, pero advirtió la urgencia de la demanda y le señaló el aparato en el escritorio.

—Por favor —dijo solícito y, conforme Woods se llegaba al escritorio, probó a aclarar algo—. Teníamos entendido que estaba usted confinado —añadió discretamente.

—Lo estaba —contestó Woods—. ¿Hay que marcar algún prefijo?

—No, no... marque directamente el número de Sudáfrica, si es que llama allí. Woods comenzó a marcar. Estaba lleno de polvo y su angustia era evidente.

—¿Le apetece una taza de té? —inquirió Moffat, afable.

Woods sonrió y meneó la cabeza en signo negativo.

—He venido a solicitar asilo político a su gobierno —contestó. Ya había acabado de marcar el número y miraba inquisito al representante diplomático.

Moffat no acababa de salir de su sorpresa, pero asintió con la cabeza.

—Con mucho gusto —contestó con una escueta sonrisa.

—¿Qué hora tiene? —inquirió Woods mirando su propio reloj.

—Pasan de las diez —contestó Moffat, mirando el suyo.

Woods escuchaba angustiado sonar el timbre al otro extremo del hilo.

En Umtata la madre de Wendy abandonó precipitadamente el jardín para entrar a contestar el teléfono.

—Lo cojo yo, querido —gritó a su marido—. Sí, dígame —contestó al aparato, en el momento en que el ruido de un coche le hacía volver la cabeza y veía el Mercedes blanco entrar por el camino—. ¡Donald! —exclamó—. Ni cronometrado, hijo. Wendy acaba de llegar. —Mientras escuchaba, saludó con la mano hacia el coche—. No, no, en este momento entra con el coche —añadió asomándose por la ventana abierta y apartándose el receptor.

—¡Wendy, Wendy! —gritó, cuando ya el padrastro de Wendy se había acercado al coche, pero ella había oído que la llamaba y se dirigía ya a la casa, mientras los niños se apeaban empujándose—. Donald —inquirió la madre de Wendy otra vez al teléfono, con cierta preocupación—, no os habréis peleado... ¡Viene con todos los niños! No, hijo, no me digas nada, que ya entra.

Wendy, que acababa de entrar, se quedó mirando al teléfono, con una exaltación medio angustiada. Detrás de ella entraron Jane y Dillon, mientras la pequeña Mary pasó como una chispa a echarse en brazos de su abuela. La anciana la abrazó y apartó el teléfono con una mano.

—Es Donald —exclamó muy contenta—. ¡Qué coincidencia!

Wendy sentía prevención de cogerlo pensando en si estaría en Lesotho o habría fallado en su intento.

—Vamos, mamá —la apremió Dillon, y Wendy se acercó despacio al teléfono.

—¿Qué sucede, hija? —inquirió la madre, preocupada. Wendy, sin contestar, cogió el teléfono como sonámbula.

—¿Donald...? —dijo como hipnotizada.

—Wendy —contestó Woods—. ¡Aquí estoy, según lo previsto! —añadió en tono de triunfo—. ¡Ven lo antes que puedas! —Y miró el reloj del despacho de Moffat que marcaba las 10.04.

Cediendo a su tensión, Wendy rompió a llorar a lágrima viva. Se volvió hacia Jane y Dillon.

—Ha llegado. Ha podrido cruzar —prorrumpió entre sollozos. Jane echó a correr a sus brazos.

—¡Oh, mamá...! —exclamó, hundiendo su cabeza en el hombro de su madre.

—Donald, Donald... —añadió Wendy, conteniendo a duras penas las lágrimas—.

¿Nos encaminamos, entonces, a la frontera del puente del Telle?

—Sí —contestó Woods, tajante—. Es una pequeña localidad tranquila, créeme... Desde Umtata casi todo el camino es buena carretera... ¡Pero date prisa que no...; bueno: date prisa!

—¡Vamos para allá! —exclamó Wendy, pletórica—. ¡Te quiero!

—Soy un sacerdote —contestó Woods—. No me digas esas cosas. ¡Date prisa! Cuando colgó vio que Moffat le miraba perplejo.

Wendy se enjugó las lágrimas, medio sonriente, y se volvió a los niños.

—¡Todos a hacer pis, rápido! —ordenó—. Mamá, ¿tienes fruta, galletas... o lo que sea?

La madre, sin contestarle y con la pequeña en brazos, se dirigió a la cocina.

—¡Regina! —llamó—. ¡Ven, rápido, a echar una mano!

Regina, la criada negra, salió de la cocina, sonriendo al ver a los niños.

—Te llevaremos nosotros —ofreció la madre de Wendy, volviéndose.

—No hay sitio —replicó Wendy.

James Moffat actuó con rapidez una vez vista la situación de Woods. Necesitarían un permiso de Lesotho para abandonar el país en avión. El jefe Jonathan, presidente de Lesotho, se mostraba valetosamente firme frente a las autoridades sudafricanas, pero por la gran dependencia real del país respecto a Sudáfrica, sus posibilidades eran muy limitadas. Había que plantearle delicadamente el caso de Woods. Moffat se puso en contacto con el más allegado a Jonathan de los que componían su círculo íntimo, a quien sabía le resultaría simpática la causa de un blanco sudafricano «liberal». Aquel hombre era John Monyane y, ante el urgente requerimiento de Moffat, acordó llegarse al alto comisariado por la tarde.

Nada más llegar, Moffat le informó a grandes rasgos del caso y le entregó el manuscrito sobre Biko, que él mismo había ya hojeado. Monyane saludó a Woods y a Bruce muy atento, pero mientras Moffat le hablaba no dio muestra alguna de simpatía. Al coger el libro, volvió a mirarlos más bien como estudiándolos, contempló las dos fotos de Biko en la portada, pasó algunas páginas y leyó un párrafo, otras cuantas páginas y otro párrafo, y se estuvo unos diez minutos ojeando el libro mientras Woods paseaba nervioso de arriba abajo, mirando de vez en cuando, afuera, la lluvia que caía desde mediodía.

Finalmente, el señor Monyane se guardó las gafas, se puso despacio en pie, dejó el libro en el escritorio de Moffat, y volvió a sentarse rehuyendo la mirada de Woods. A continuación le miró callado. Bruce, que contemplaba la escena, se dio cuenta de que la situación requería un catalizador.

—Aquí no pueden quedarse —precisó— porque no estarían a salvo de la policía sudafricana.

La desagradable realidad era que el gobierno sudafricano enviaba frecuentemente su policía a Lesotho para secuestrar a sospechosos y llevárselos al otro lado. Políticamente, en ambos estados se mante-

nía la apariencia de que semejante situación no era cierta, pero nadie se llamaba a engaño.

—Contábamos con volar a Botswana —añadió Woods—. Cuanto antes mejor. Monyane frunció el ceño. Detrás del escritorio del comisario había un gran mapa de cerámica de Sudáfrica de un cierto estilo impresionista, pero que mostraba perfectamente cómo Lesotho quedaba prácticamente rodeado por el mucho más vasto país vecino. Monyane señaló hacia él.

—Para salir en avión de Lesotho —comenzó a decir— hay que sobrevolar territorio sudafricano —añadió—, y exigen que todos los aviones que salen de Lesotho hagan escala en Sudáfrica.

A Woods se le hundió el mundo. Miró a Moffat como inquiriendo si no había algún medio. Moffat, que era antes que nada un diplomático profesional, *se* limitó a encogerse de hombros, como diciendo: la ley es la ley. Su actitud encolerizó a Woods.

—Si salimos en avión, contra viento y marea, ¿pueden *obligarnos* a aterrizar? —inquirió desafiante.

—Les sobran aviones militares —contestó secamente Monyane.

Woods se veía acorralado, pero había una cosa que tenía clara: Wendy y los niños tenían que ir a algún sitio seguro en cuanto cruzasen la frontera. En cuanto la Policía de Seguridad se enterase de que habían huido del país, harían lo que fuese por cogerlos. Se volvió hacia Moffat.

—Si todo va bien —añadió—, dentro de unas horas mi mujer y mis hijos llegarán al puente del Telle. Por lo menos podríamos ir allí por si acaso...

Monyane le interrumpió haciendo un gesto hacia la ventana.

—Con esta lluvia —decretó moviendo la cabeza—, imposible. Telegrafiamos —añadió al ver el gesto de preocupación de Woods— para que los recojan en el puente. Yo me ocupo de que lleguen hasta aquí con una escolta militar.

Era algo, pero Woods seguía profundamente abatido.

Llovía con fuerza en el puente del Telle. Un gran camión aguardaba ante la barrera en el lado sudafricano cuando el Volkswagen de Ha-

rold se detuvo ante la caseta de pasaportes. Habían dejado el Mercedes porque Harold había recordado a Wendy que no podían cruzar con él la frontera sin el complicado papeleo de aduanas. Tendría que cruzar a pie, pero eso era un problema secundario.

Wendy miró a través de los regueros ondulantes de lluvia en el parabrisas. Había tres o cuatro policías de fronteras de un lado para otro examinando el camión por detrás. Se volvió hacia su madre y Harold.

—Bueno, vamos a ello —dijo lo más animosamente que pudo—. Vamos, niños.

Se apeó, agarró a Mary y echó a correr hacia la caseta. Una vez que todos los niños se le unieron, entregó la pequeña a Jane y abrió la puerta.

Habían entrado otros funcionarios, y el grueso oficial de pasaportes que estaba en el mostrador alzó la vista del documento de carga del camión que examinaba.

—¡Caramba, cuánta gente! —musitó en afrikaans al verlos entrar, medio en broma medio molesto.

Wendy se sacudió el pelo y se llegó a él nerviosa, pero mostrando una agresiva seguridad.

—Llevo a los niños de excursión —explicó.

El funcionario sacudió la cabeza, como quien asume que la gente haga todo tipos de cosas raras. Cogió el pasaporte que le presentaba Wendy y le entregó un formulario.

—¿Son todos menores de dieciocho años? —inquirió.

—Sí —contestó Wendy, tensa.

—Pues ponga los nombres en el formulario —precisó el hombre, volviendo a la documentación del camión—. Sí que ha elegido un buen día para ir de excursión —añadió, haciendo un guiño al chofer del camión.

Wendy miraba el formulario. La mitad de su ser no oía lo que le decían.

—Bueno, dicen que cambia cada media hora —dejó caer Wendy—, y a lo mejor cuando crucemos mejora.

El funcionario hizo una mueca medio sonriente. No dejaba de tener razón, pensó; y comenzó a sellar el documento de carga.

Wendy miró a Jane admirada por su «dominio», y ella le contestó con una sonrisa grave, señalando el formulario.

—Mamá, has puesto mal mi fecha de nacimiento —protestó Dillon, asomando la cabeza junto a su hombro.

Wendy le apartó la mano. El funcionario había devuelto la documentación al camionero y se acercó a Wendy. Ella le sonrió nerviosa, firmó el formulario y se lo entregó.

El hombre echó un vistazo al papel.

—¡Ooop! —exclamó—. No ha puesto el nombre de su marido. —Y cogió su propio bolígrafo, que llevaba en la oreja, para escribirlo.

—¡Oh! —balbució Wendy—. James.

Los niños la miraron. El segundo nombre de Donald era James.

—Bien, ¿y la inicial del segundo nombre? —inquirió el funcionario. Se hizo un silencio.

—D —continuó Wendy con aplomo, incapaz de pensar en otra letra. Jane la miró y le tocó el brazo para tranquilizarla.

Mientras el funcionario contaba los niños para comprobar la lista del formulario, el télex comenzó de pronto a teclear. Wendy se sobresaltó y vio con angustia cómo el otro funcionario se levantaba y se acercaba a la máquina.

Su atención se centró de nuevo en el mostrador cuando el funcionario que la atendía selló el pasaporte y se lo devolvió.

—Que tengáis buena excursión —repuso el hombre, sonriente, dirigiéndose a los niños—. Y no os mojéis mucho.

Wendy le devolvió nerviosa la sonrisa y volvió a coger a Mary. La pequeña se había hecho con el sello de pasaportes y Jane tuvo que quitárselo de la mano y dejarlo en el mostrador. Conforme salía, Wendy lanzó una mirada de aprensión al funcionario que estaba en el télex. Su colega se había vuelto hacia él.

—¿Qué dicen? —preguntó.

—A ver si marcan bien la puñetera señal —masculló el de la máquina—. Quieren transmitir algo.

Wendy ya corría hacia el microbús, cuando su madre se apeó y le entregó un paraguas plegable.

—Ten, hija. Estaba en la bolsa de la portezuela. Wendy se protegió bajo él y se volvió hacia Dillon.

—Sacas las maletas. Y date prisa —añadió, cogiendo ella el paraguas—. ¡Qué tonta, no he traído nada para la lluvia! —masculló, autorregañándose.

Su madre le apretó el brazo para tranquilizarla.

—Todo saldrá bien —dijo—. Ten —añadió, metiéndole unos billetes en el bolsillo—. No es mucho, pero no puedes llegar a Inglaterra con cinco niños y sin dinero.

Wendy besó a su madre en las mejillas y miró hacia los policías de fronteras que, bajo la lluvia, protegidos por sus capas de plástico, contemplaban la escena. Dentro de la caseta de pasaportes las luces eran potentes y arrojaban largas sombras que ponían una nota amenazante y antipática.

Harold ayudaba a los chicos a sacar las maletas de la parte trasera del microbús. Dillon y Duncan llevaban las grandes y Gavin las dos pequeñas. Harold sacó del vehículo un viejo impermeable de plástico.

—Ten, Dillon —dijo—, lo llevo para casos de urgencia. Ponéoslo en la cabeza. Dillon y Duncan lo cogieron por los extremos y se taparon con él. Andaban a tropezones, pero al menos iban protegidos de la lluvia. Gavin se cubría con un gran sombrero playero de paja.

Cuando llegaron al morro del microbús, Wendy se dio cuenta, afligida, de lo extraño que tenía que resultar el grupo para la policía de fronteras.

—Tenemos que irnos —dijo.

Su madre la abrazó y la besó, e hizo lo propio con la nieta.

—Escríbenos, cariño —le recordó, apartándose y ya con lágrimas en los ojos, mientras besaba a los otros niños.

Harold abrazó a Wendy y besó a la pequeña.

—Da recuerdos a Donald —dijo—. Ten cuidado. Te queremos.

Wendy asintió con la cabeza con el dolor reflejado en su rostro por la partida.

Harold se inclinó para dar un beso a Jane y luego se quitó el sombrero y se lo puso a la muchacha. Jane le abrazó y apresuró el paso delante de su madre.

En la barrera había un policía negro, que al ver al extraño cortejo acercarse, ya iluminados por luces más fuertes, los miró de soslayo.

—Nos esperan al otro lado —explicó Wendy lo más naturalmente que pudo.

El policía levantó la barrera una vez que el grupo estuvo ante él: Wendy y Mary bajo el paraguas, Dillon y Duncan bajo el «toldo» del impermeable, Jane con el sombrero de Harold y Gavin con el sombrero de paja, y todos cargados con el equipaje.

Comenzaron a cruzar el puente. Cuando Wendy miró atrás, vio a Harold y a su madre, junto al microbús, en aquellas luces brillantes bajo la lluvia, contemplándolos angustiados.

—¡Dios os bendiga! —gritó su madre, y Wendy dijo adiós con el paraguas y apretó el paso seguida de los niños.

Al policía de la barrera se le unieron otros dos, mirando suspicaces la reducida comitiva que cruzaba el puente y pensando en aquellos emotivos adioses.

Al mismo tiempo, el funcionario de pasaportes que había sellado el de Wendy miraba por la ventana de la oficina, con la mano sobre los ojos a guisa de visera para protegerse del brillo de las luces, totalmente sorprendido de verlos cruzar el puente a *pie* con aquella lluvia.

Avanzaban por el puente calándose hasta los huesos, pese a todos los esfuerzos por taparse. Jane exclamó de pronto: «¡Mamá...!» Wendy la miró y la muchacha señaló con la cabeza hacia el centro del puente donde se veía una línea pintada que representaba la frontera. Jane sonrió a su madre y dio el primer paso cruzando la raya.

Wendy sintió un gran alivio nada más cruzar aquellos diez centímetros de pintura. Alzó la vista y miró a la otra orilla. Sólo se veía una discreta luz, pero advirtió que había un joven con un gran paraguas que le dirigía una gran sonrisa. Conforme se acercaban vieron tras él un Land Rover oficial y dos soldados sentados en la cabina que también les sonreían.

Jane cambió de brazo la carga y cogió con el otro a su madre por la cintura. Wendy agachó la cabeza y la besó en el pelo, al tiempo que ambas se guarecían bajo el enorme paraguas.

Aquella primera noche, nada más recibir el telegrama de que su esposa e hijos habían entrado en Lesotho, Woods se quitó el tinte del pelo, dio la vuelta al cuello de la camisa y se compró una vistosa corbata indígena. Al día siguiente por la mañana fue con Bruce a ver al señor McElrea, propietario y director de la línea aérea de tres aparatos que había en Lesotho.

Bruce le explicó la historia y el canadiense McElrea contestó que tenía un avión que arriesgaría en aquel vuelo. El piloto era un neozelandés llamado Richie De Montauk. Si Richie accedía a volar sin aterrizar en Sudáfrica como exigía el reglamento, él estaba dispuesto a hacer la vista gorda.

—Ya ves cómo en Australia no todos son prófugos —repuso Bruce en broma al ver a Woods abrumado por la generosidad de aquel gesto.

Entró Richie y, sin dudarle un instante, accedió a realizar el vuelo.

Woods fue a la sala de control a llamar a Moffat, considerando que era mejor ponerle al corriente. Además, quería estar seguro de que habrían trasladado a Wendy y a los niños desde el puente fronterizo.

Pero Woods subestimaba la amistad entre Moffat y Monyane, porque, nada más colgar él, el diplomático inglés llamó a Monyane y le explicó el plan.

Woods y Bruce aguardaron en el aeropuerto mientras Richie y dos mecánicos ponían a punto el aparato. McElrea pidió el parte meteorológico y trazó un plan de vuelo en dirección al sudeste de Johannesburgo —en contra de lo habitual— con desvío hacia Gaborone, capital de Bostwana.

Woods paseaba por el césped ante el pequeño edificio de control al borde de la pista, cuando por la entrada de taxis apareció un gran coche con el banderín inglés y, sin detenerse, llegó hasta la pista.

—¡Bruce! —gritó Woods.

Bruce estaba tumbado en un banco disfrutando del magnífico sol. Se incorporó y vio la limusina que se detenía ante el edificio. Los vidrios de las ventanillas eran ahumados y sólo se veía al chofer, pero se abrió una portezuela de atrás y Jane y Mary echaron a correr hacia Woods, llamándole a gritos.

Woods avanzó hacia ellas en el momento en que Gavin y Duncan aparecían corriendo por delante del morro del coche.

—¡Papá! —gritaban—. ¡Hemos pasado!

Woods se detuvo y se agachó abriendo los brazos para acoger a los dos grupos. Mientras se echaban en sus brazos, Wendy y Dillon bajaron del coche. Ahora era Dillon quien se quedó parado viendo a su padre coger en brazos a Mary y Gavin, poniéndose en pie. Woods lanzó un guiño al muchacho.

—¡Bien, chico! —exclamó.

Dillon se encogió de hombros como quitándole importancia, pero estaba emocionado.

Woods dirigió la vista a Wendy. Ella sostuvo durante un instante la mirada y luego continuó hacia él hasta llegar a un paso.

—Bienvenida al exilio —dijo él a guisa de saludo. Wendy se escurrió entre los niños y le besó.

Bruce contemplaba la escena riendo.

—¡Eh, ahora que ya estáis todos voy a dar por teléfono el notición, colega! No los asustes mucho explicándoles la salida de aquí —añadió, señalando el avión con la cabeza.

Woods asintió risueño.

—¡Bruce! Ni una palabra sobre Tami ni el padre Kani —advirtió. Bruce le miró picado en su amor propio.

—A quien voy a mencionar es a Steve Biko... Pero no creo que en Sudáfrica lo reproduzcan. ¡Pierde cuidado, colega; te convertiré en

un héroe! —gritó, saludando con la mano y desapareciendo en el edificio de control.

Los policías de servicio ante la casa de Woods eran la pareja diurna habitual. Uno estaba apoyado en el coche mirando la casa y el otro en el asiento delantero con la portezuela abierta, escuchando la radio. Se oyeron las señales horarias de mediodía y el locutor de los informativos anunció: «Aquí Radio Sudáfrica. Boletín informativo de las doce.» El policía subió un poco el volumen. «Según una agencia de noticias australiana, Donald Woods, director del *Daily Dispatch*, confinado por el gobierno, ha logrado huir del país a Lesotho cruzando de noche a nado el crecido río Telle.»

Los dos policías se quedaron mirando embobados la radio. El locutor continuaba la información: «Su familia le había precedido, cruzando por Maseru para reunirse con él en el Alto Comisariado británico. No se ha podido localizar al ministro del Interior J. T. Kruger...»

Sin acabar de escuchar la noticia, los dos policías salieron de estampida hacia la casa, dejando el coche abierto y la radio encendida.

Finalmente quedó listo el avión de Richie, un Britton Norman Islander. Richie comenzó a calentar motores mientras la familia subía a bordo. Woods mantenía la puerta abierta mientras Dillon le pasaba la bolsa de la SAA con el manuscrito de Biko.

—Papá, deberías haberte comprado una bolsa nueva a juego con la corbata — comentó mirando el usado cinturón de Tami.

—¡Ah, no! —replicó Woods—. Me llevo ésta, tal como está. Hasta donde sea.

—¡Eh, un momento! —gritó Bruce.

Woods se volvió. Toda la familia le seguía en fila; el aire procedente de los motores azotaba el pelo de Wendy y Jane.

—¡Momento para la posteridad! —exclamó Bruce, armado de una cámara fotográfica—. Vamos, juntaos. —Todos obedecieron a su requerimiento—. ¡Una sonrisa! —exclamó animado, siendo inmediatamente complacido y apretando el disparador.

—Vamos, vamos —dijo Donald ayudando a Dillon a subir la maleta grande.

—¡Donald! —gritó Wendy de pronto.

Woods se volvió y vio a Moffat y a McElrea que corrían hacia el aparato. Woods cogió a Wendy por el brazo.

—Ayuda a Dillon a subir el equipaje y poneos los cinturones.

Wendy hizo lo que le decía su marido, pero miró, preocupada, a los que llegaban. Woods atajó a Moffat y a McElrea en el extremo del ala.

—El gobierno sudafricano tiene conocimiento del vuelo —dijo Moffat—, y ha negado el derecho de tránsito; y advierte que lo interceptará con sus reactores.

Woods se quedó de piedra, mirando a Wendy y a Bruce.

—Yo creo que es un farol —añadió McElrea—. Con todos los medios de comunicación pendientes, ahora que se sabe la noticia, no creo que se atrevan. Les sería contraproducente.

—Mire —explicó Bruce—, ya han demostrado la consideración que tienen con la prensa. Si los obligan a aterrizar, usted se verá con un avión incautado, pero para Donald es... —No concluyó la frase, pues todos eran conscientes de que Woods había dejado en ridículo al gobierno sudafricano.

Los motores del aparato rugían mientras Richie los probaba.

—¿Tenemos alguna posibilidad? —gritó Woods a McElrea.

—Hay una fuerte nubosidad —contestó éste—, y Richie es muy buen piloto. ¡Yo creo que hay una posibilidad! ¡Pero cuanto más esperen, más tiempo les dan para planear algo!

Woods dudó un instante. Miró a Wendy, cuya expresión era inmutable, miró al cielo, y luego su rostro se iluminó decidido.

—«En la guerra hay que correr riesgos»... —recordó—. ¡Si Richie se atreve, nosotros también!

El piloto había probado los motores a máxima velocidad y ahora los tenía a ralentí. Todos los niños estaban a bordo. Richie miró impaciente desde la carlinga y McElrea se acercó, pero antes de que pudieran saber el resultado de su conversación, Bruce llamó su atención hacia otra parte.

—¡Mierda! —exclamó por encima del fragor de los motores.

Un gran coche negro con el banderín de Lesotho se acercaba a toda velocidad por la pista.

Antes de que el coche se detuviera, McElrea estaba ya junto a ellos en dos zancadas.

—¡Richie dice que sí! —clamó a pleno pulmón.

Se abrió la puerta de la limusina y de ella se apeó John Monyane. El chofer se bajó de un salto y le entregó un sobre y una pequeña bolsa de viaje.

—¡Señor Woods! —gritó Monyane con voz fuerte para hacerse oír por encima del ruido de los motores—. El primer ministro Jonathan ha obtenido para ustedes pasaportes de las Naciones Unidas —añadió, entregando el sobre al atónito Donald—. Y ha decidido que yo los acompañe en el vuelo.

Woods volvió a quedarse perplejo. Ni imaginaba que supieran lo del vuelo.

—Eso hará que los sudafricanos se lo piensen —añadió Monyane—. Bueno: ahora más vale que nos demos prisa. —Y se dirigió seguido de todos hacia la portezuela del aparato.

Cuando el avión estuvo listo para el despegue, en la pista le despedía un grupo de personas. Moffat y su esposa, McElrea, el chofer inglés y el chofer de Lesotho. Y, naturalmente, Bruce, que delante de todos agitaba sin cesar los brazos...

En el avión, Woods y Wendy respondían al adiós; Monyane iba sentado junto a Richie, Dillon con su padre, Jane y Duncan y finalmente Wendy con Gavin y Mary en su regazo. Era mucha carga para el pequeño aparato, y tuvo que recorrer gran parte de la pista para elevarse. Una vez en vuelo, Woods se inclinó hacia el piloto.

—¿Cuánto se tarda en entrar en territorio sudafricano? —inquirió a gritos a Richie.

—¡Unos treinta segundos! —contestó Richie, también a voces—. ¡Maseru está pegado a la frontera! ¡No voy hacia donde ellos esperan —prosiguió—, pero eso también lo habrán previsto!

Todos escrutaban el cielo en busca de otro avión. Cuando Richie hubo ganado altitud, de pronto hizo un viraje y volvió a perderla. Woods se inclinó hacia él, impaciente.

—¡No se preocupe! —chilló Richie—. Voy a aprovechar un poco esas nubes.

El aparato entró en un banco de esponjosas nubes y prosiguió así el vuelo durante un rato, saliendo y entrando en la niebla. Cada vez que salían a cielo abierto todos miraban angustiados a todos lados por si había algún avión.

Volaban por un gran banco de nubes cuando Richie respondió al pitido de su casco transmisor y se lo ajustó para oír mejor.

—Roger, mantente a la escucha... —respondió por el micrófono—. ¡Han detectado el vuelo —gritó volviéndose hacia Woods—, y preguntan quién va a bordo! ¡McElrea opina que hay que contestarles algo!

Woods no sabía qué hacer, pero antes de que se le ocurriera algo Monyane dio un golpecito a Richie en el hombro.

—¡Díales que viaja un representante oficial de Lesotho —gritó— y siete personas con pasaporte de las Naciones Unidas!

Richie sonrió. Donald asintió con la cabeza y el piloto se dispuso a transmitirlo por radio. Woods dio unas palmaditas en el hombro a Monyane, agradecido.

Estuvieron jugando al escondite entre las nubes lo que les pareció una eternidad. Al principio, cada vez que salían a cielo abierto, tenían el corazón en un puño, pero conforme fueron viendo que no sucedía nada, el miedo fue cediendo, aunque continuaban atentos.

Finalmente salieron al sol, cuando ya Woods calculaba que no deberían estar muy lejos de Botswana. Miró arriba, abajo y a ambos lados, y Dillon, que había hecho lo mismo, musitó: «Nada.» Miró hacia abajo a los campos..., las fértiles tierras de labranza, el ganado pastando en las laderas, una granja, las chozas de los trabajadores..., una pradera..., un redil..., mientras mentalmente escuchaba los sonidos de la campiña, los rebaños, ruido de palos, los tambores, las voces africanas entonando una canción... Y recordó lo que le había

contestado Wendy casi llorando aquel día en la playa cuando por primera vez había dicho que tenían que marcharse:

«Puede que sea un régimen odioso, pero no deja de ser nuestro país...» ¿Hasta qué punto seguía él sintiendo la verdad de aquellas palabras? Siempre sería su país, lo sabía, aun ahora que lo veía pasar bajo él quizá por última vez.

Miró la bolsa en su regazo y sintió el volumen de las páginas mecanografiadas. Era una ironía que Biko, a quien más relacionaba con Sudáfrica —aparte Wendy— fuese precisamente el motivo de que huyera de Sudáfrica. Sabía que una de las cosas que habían compartido era su amor por el país, tan fuerte como su amor individual.

Volvió a mirar fuera. Volaban por encima de una pequeña ciudad, y allá, un poco apartado, como gallineros vistos desde el aire, estaban las casitas del poblado negro al servicio de la ciudad. Grande o pequeña, cada ciudad tenía su poblado. Oía en su interior la voz de Biko. «¿Ha oído lo de Soweto?», le había dicho excitado y entusiasmado. Woods estaba en su oficina y Biko le llamaba desde su pequeño despacho en King Williams Town.

—Sí —le había contestado él—. Y no olvide que habla por teléfono.

—Dígame una cosa —había replicado Biko, riendo—. ¿Es cierto?

Woods había sonreído. Era uno de los días más agradables desde que era amigo de Biko.

—Los escolares de Soweto están en huelga —le había contestado con cierta alegría—. Hablan de Conciencia Negra y se niegan a dar clases en afrikaans y a ser tratados como simples sirvientes del «Sistema». Se ha oído de vez en cuando el nombre de Biko.

—Es el principio del fin, Donald —había contestado Biko—. Cuando cambia la forma de pensar de la gente, las cosas no vuelven a ser las mismas. ¿Cuál es la reacción del gobierno?

—Tensa —había contestado él, alegre—. Han enviado tropas para «restablecer el orden».

—Pero si son críos —se había limitado a decir Biko—: darán cuatro gritos y romperán unos cuantos cristales...

Y de pronto la mente de Donald se llenó de aquellas horribles fotos de Soweto que habían llenado su escritorio.

«Críos», pensó, sarcástico. Era aquel primer día en que miles de aquellos críos se habían manifestado saltando y bailando bajo las pancartas escritas a mano de «¡Fuera el afrikaans!», «¡Libertad!», «¡No disparéis, yo no hablo afrikaans!». Aquellos miles de estudiantes alegres, quizá arrogantes, que habían llegado ante la barricada de policías; todos armados, apoyados por vehículos de seguridad de todo tipo, desde coches policiales hasta los «Hippos» blindados del ejército.

Y aquellos chicos alegres y animados que no habían roto nada más que sus cuadernos de asistencia escolar, recibieron el aviso de que manifestarse por la libertad era «reunión ilegal» y tenían que dispersarse. Orden que la mayoría de ellos ni oyó y cuyas posibilidades de acatamiento eran prácticamente inexistentes. En definitiva, era la ley afrikaaner lo que pretendían modificar.

Repitieron la orden de dispersión, que apenas pudo oírse por encima de los vítores y canciones de la multitud estudiantil. La policía apuntó sus fusiles y preparó los botes de gases lacrimógenos. Quizá Dios pueda decir lo que pasó primero: si la policía disparó los gases o los estudiantes tiraron algunas piedras.

Lo cierto es que se lanzaron piedras contra hombres armados ante potentes vehículos militares y el gas lacrimógeno se disparó contra una multitud de adolescentes cuyas únicas armas fueron si acaso algunas piedras que hubiera por la calle, y cuya única protección consistía en las carteras de algodón o poliéster que llevaban a la espalda.

El asfixiante gas sembró en cuestión de segundos el caos entre la masa abigarrada de adolescentes, secundado por disparos con bala de la policía y los militares. La mayor parte no precisamente al aire. Los jóvenes fueron muriendo por la espalda conforme huían de la policía.

Luego arrojaron las piedras y prosiguieron los disparos segando la vida de niños de doce, de catorce años. Los jóvenes destrozaron y quemaron expresando su odio hacia el «Sistema», en venganza de sus compañeros asesinados. La policía y el ejército cargaron, apa-

learon y dispararon, como si sus víctimas no fuesen sudafricanos, sino hordas invasoras de otro planeta.

Cuando todo concluyó habían ardido algunos de los «mejores» edificios de Soweto, se habían destruido numerosos coches y autobuses y cientos de ventanas estaban rotas.

Aparte de más de quinientos niños asesinados y más de cuatro mil heridos.

Como todas las batallas, fue escenario de grandes actos de heroísmo. Niños arrastrando a compañeros hacia algún abrigo a través del campo abierto batido por los disparos. Hermanos «mayores» de catorce años desafiando las balas para recoger a hermanos pequeños de ocho, heridos en el suelo.

Y como en todas las batallas, se dieron ejemplos de inhumanidad contra hombres, mujeres y niños difíciles de creer.

Los coches de la policía dieron «pasadas» por las calles destrozadas de Soweto disparando contra niños y niñas, cual si se tratase de algún tipo de deporte legal. Los niños corrían, los que disparaban contra ellos lo hacían con toda impunidad, contra culpables de un delito indeterminado.

La brutalidad, el ofuscamiento, el malentendido que engendró Soweto flotó sobre el país como una nube de miasmas asfixiantes.

Woods sabía y Biko estaba convencido de que podía cambiarse la mentalidad de la gente. ¿Podrían, lo harían suficiente número antes de que el Soweto carbonizado y letal de aquellas semanas se erigiera en microcosmos de toda Sudáfrica?

Woods aferraba angustiado las páginas del manuscrito que llevaba en la bolsa. El coste que se había pagado ya era alto. «Biko —decía el informe oficial— murió como consecuencia de heridas sufridas en una caída» y Mapetla «se había ahorcado». Informes oficiales como aquellos daban cuenta de la muerte de docenas y docenas de hombres que habían intentado sacar a Sudáfrica de aquella nube. ¿Había ya suficientes mártires para que la causa triunfara?

—¡Papá, mira! ¡Ahí delante, esa ciudad!

Era la voz de Duncan sacando a Woods de su ensueño. Miró hacia afuera.

—Sí, ahí está. Al otro lado del río... Lo hemos conseguido...

Y sus ojos se volvieron hacia aquella hermosa tierra en que había nacido y escuchó el inmenso coro de voces del funeral de Biko:

*Dios bendiga África.
Arriba su nombre...
Escucha nuestras plegarias
y bendícenos...
Bendice a los líderes,
bendice también a los jóvenes
que llevarán el país
con paciencia.
Bendícelos en su juventud.
Bendice nuestros esfuerzos
para unirnos y levantarnos,
aprendiendo y comprendiendo.
y bendícenos.
«¡Woza Moya! (¡Yilha Moya!)»
¡Ven, Espíritu! ¡Desciende, Espíritu!
«¡Woza Moya Oyingenele!»
¡Ven, Santo Espíritu!*

El avión hizo un viraje e inclinó el morro hacia tierra.

